

LEE GÜI-NAM, un chino llamado Eligio: Poder, familia y secretos Hongmen en México (1903-1999)



Fredy E. Cauich Carrillo

Palabra de Clío

Prólogo por Mónica Cinco Basurto



Fredy E. Cauich Carrillo es historiador y ecólogo mexicano. Es licenciado y maestro en Historia por la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, y doctor en Ecología y Gestión Ambiental por el Centro Universitario Bonpland & Humboldt. Su eje de investigación es el Hongmen Chee Kung Tong en México, entendido como una sociedad corporativa ritualizada, desde una perspectiva interdisciplinaria entre historia, biohistoria y ecología.

Lee Güi-nam, un chino llamado Eligio:
Poder, familia y secretos Hongmen
en México (1903-1999)

李

Fredy E. Cauich Carrillo

Prólogo por Mónica Cinco Basurto



"Divulguemos la Historia para mejorar la sociedad"

*Lee Güi-nam, un chino llamado Eligio:
Poder, familia y secretos Hongmen en México (1903-1999).*

© 2007, Palabra de Clío, A. C.
Insurgentes Sur # 1814-101, Colonia Florida,
C.P. 01030, Ciudad de México.

Coordinación editorial: José Luis Chong
Diseño de portada y maquetación: Patricia Pérez Ramírez
Foto de portada: Miembros de la Logia Hongmen Chee Kung Tong en la Ciudad de México,
10 de octubre 1946. Archivo Histórico Hongmen Chee Kung Tong.
Cuidado de la edición: Dr. Fredy E. Cauich Carrillo.

Primera edición: marzo de 2026

ISBN: 978-607-8719-59-4

Impreso en Impresora litográfica Heva, S. A.

Todos los derechos reservados. Los contenidos e ideas expuestas en este trabajo son de exclusiva responsabilidad de los autores.

www.palabradeclio.com.mx

Impreso en México - *Printed in Mexico*

A mis padres

Carlos Humberto Cauich Soriano (1941-2021)

Lourdes del Socorro Carrillo Echeverria (1941-2025)

Mis raíces migrantes

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Prólogo. <i>Mónica Cinco Basurto</i>	9
Presentación	13
Glosario	17
Introducción	19
Capítulo I. De Hoisan a la colonia Guerrero: infancia, migración y los cimientos del poder (1903-1938)	39
El Conejo; símbolo, origen y destino	40
En la tercera calle de la Soledad: donde inicia la historia (1997)	42
Hoisan: crisis ambientales y migración.	45
Lee Güi-nam, el conejo de agua (1903)	47
El cometa y la pérdida (1910)	49
Diario de viaje a Mazatlán (1915)	51
Capítulo II. Entre el desierto y La Quemada: de Ímuris a la colonia Guerrero (1915-1938)	67
Ímuris, crecer entre el río y el desierto (1915-1920)	68
El silencio aprendido (1921)	75
La Guerra, masón y la huida (1922-1924)	80
La Quemada, Jalisco (1924-1928)	100
Rosa Trigueros Fragozo; el primer linaje (1928-1938)	107
Rumbo al Distrito Federal - Ciudad de México (1938)	111
Capítulo III. Mina 138: El poder, la guerra de banderas y linaje (1939-1971)	125

El Hongmen y Mina 138: enclave comunitario y templo estratégico	126
Eligio Ley Lim: el ascenso desde las sombras (1943).	133
Beijing y Taipéi en la colonia Guerrero: la tercera guerra Tong (1963-1972).	136
El Estado observa: archivos, vigilancia y sospecha.	148
El linaje extendido: Eligio y Francisca Teresa Chávez Olguín	158
La fortaleza femenina, las invisibles	165
A Lin Mei Hua (林美花): la esposa que no abordó el barco.	167
Rosa Trigueros Fragoso.	168
Francisca Teresa Chávez Olguín	169
Capítulo IV. Soledad, legado y archivo: la memoria de Eligio entre silencios y fragmentos (1972-1999)	175
El reconocimiento de 72: la caída del Hongmen en México.	176
El patriarca: De viajes y pérdidas (1972-1985).	180
La fotografía intervenida: deseo de regreso, imposibilidad del retorno . . .	184
La voz de las hijas: Gilda, Teresa, Guillermina, Emma	186
De hijos, nietos bisnieta: el archivo revivido.	189
Morir sin confesión: Eligio ante sí mismo	194
Epílogo	197
Conclusiones	201
Anexo 1. Memoria fotográfica en la calle de la Soledad	205
Anexo 2. Lista de imágenes del Libro: Lee Güi-nam, un chino llamado Eligio: Poder, familia y secretos Hongmen (1903-1999)	209
Anexo 3. Lista de imágenes del Libro: Memoria fotográfica en la calle de la Soledad	217
Apéndice 1. Las 33 Reglas del Hongmen. 1910, San Francisco, California. USA	218
Apéndice 2. Canción de guerra: 大刀进行. (La marcha del gran cuchillo) . .	220
Fuentes consultadas	221

Agradecer es comprender; es un acto simbiótico que combate al olvido. Las historias que nos comparten los protagonistas, los herederos y los archivos, no reflejan el mundo: nos permiten recrearlo. Este trabajo es un intento por narrar un pasado que existió en las orillas de los procesos migratorios, y que, sin embargo, sostiene parte de lo que hoy son y somos; gracias a todos los que colaboraron en su elaboración.

Expreso mi agradecimiento a la Universidad de Costa Rica (UCR), por el respaldo que hizo posible la consolidación editorial de este trabajo; a la Red Académica Latino (e Hispano) Americanista sobre Estudios Sinológicos, adscrita a la UCR por su acompañamiento intelectual; y al Instituto de Educación Media Superior de la Ciudad de México (IEMS-CDMX), por el apoyo brindado durante el proceso de investigación.

Agradezco de manera muy especial a las Colecciones de la Sede del Pacífico de la Editorial de la Universidad de Costa Rica y a la editorial mexicana *Palabra de Clío* por su trabajo colaborativo y su apoyo en la elaboración, publicación y difusión de esta obra que busca contribuir en la comprensión de la identidad nacional a partir del conocimiento de la historia de las comunidades chinas-mexicanas y mexicanas de ascendencia china, cuya existencia constituye un pilar fundamental de lo que hoy reconozco como nuestra cuarta raíz cultural. Especialmente agradezco al Dr. José Luis Chong para que esta obra salga a la luz y rompa las fronteras de la memoria.

Al *Archivo Histórico de la Gran Logia “El Potosí”*, en San Luis Potosí, México, mi gratitud por permitir el acceso a materiales fundamentales que fortalecieron el trabajo documental de esta obra, y a la gestión realizada por mis queridos hermanos Luis M. Sánchez Leija y Carlos Guevara Requena, presidentes sucesivos de la Gran Comisión del Archivo para que esto fuera posible.

A mis colegas y amigos, la Dra. Greta Alvarado Lugo y al Dr. Arturo Gutiérrez del Ángel (Colegio de San Luis), por abrir caminos hacia fuentes esenciales sobre el Hongmen Chee Kung Tong en el estado de San Luis

Potosí; al Dr. Ricardo Martínez Esquivel de la UCR, por respaldar esta obra desde sus primeros pasos; y a la Dra. Mónica Cinco Basurto (Fundación EDUCA, México), por haberme facilitado el vínculo con la comunidad de inmigrantes chinos en México, así como su invaluable trabajo como prologuista de este libro. La Dra. Lai Sai Acón Chan, por las largas conversaciones telefónicas que me ayudaron a clarificar encrucijadas sobre construcciones culturales de miembros de la comunidad china migrante y la reconstrucción de personalidades desde la biografía, y a la Mtra. Maribel Castillo Marcelo (IEMS-CDMX), por escuchar con atención y aportar su juicio sereno y crítico sobre algunos temas que convergen en el texto. Agradezco muy especialmente al Dr. Raúl González Alpizar (IEMS-CDMX y CUBYH), amigo ambientalista y fotógrafo documentalista, por haber capturado la memoria visual del encuentro con la familia Ley. Su trabajo fotográfico no es un complemento, sino parte viva del archivo emocional y testimonial de este libro.

Especialmente le doy las gracias eternas a mi esposa Diana P. Delgado López, mi compañera de vida, mi cómplice, por su presencia constante, por creer en esta obra desde el primer momento en el que la imaginé y la platicamos caminando por las calles del centro histórico de la Ciudad de México. Por sostener los tiempos de trabajo y silencio que implicó. Su impulso y su capacidad de estar han fundamentales para que este barco llegara a puerto.

A la familia Ley (Lee)

Mi reconocimiento y gratitud a Gilda y Andrés Ley Chávez; Alejandra y Marco Simón Ley y Robby Ley, y en lo particular a Mauricio y Yazmin Saraya Ley, por su disposición para compartir la memoria de su linaje. Gracias a ellos, esta obra es también un testimonio del cómo la narrativa familiar puede reconstruir la historia migrante desde abajo, y volver visible lo que durante tanto tiempo fue silenciado y tergiversado. Sus narraciones y, en ocasiones, testimonios, constituyeron una aportación indispensable para la comprensión de la mexicanidad de ascendencia china en nuestro país. Gracias por permitirme usar sus palabras, brindarme su tiempo y el acceso a la memoria gráfica proporcionada para la elaboración de esta obra, espero que al tener este libro en sus manos resuelvan un par de preguntas, que todos nos hacemos día a día: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?

Durante décadas, los estudios de la migración china en México se concentraron en dos grandes temas: el racismo contra la comunidad china, y sus actividades económicas y políticas, principalmente en el norte del país. Hasta hace relativamente poco tiempo, tal vez en los últimos veinte años inició una producción académica y literaria que aborda la historia de los chinos en México a partir de enfoques novedosos, desde nuevas líneas de investigación y abarcando territorios que conocíamos muy poco. Hoy sabemos del interés de descendientes por contar su historia familiar, conocemos sobre la complejidad del asociacionismo chino, y gracias al trabajo de Freddy Cauich sabemos detalles del Hongmen Chee Kung Tong en el país.

Por mucho tiempo hablar de la migración china en México remitía a la imagen homogénea que los censos de población, analizados por el Dr. Ham,¹ nos ofrecían y que la literatura histórica reforzó: hombres jóvenes, de origen campesino, provenientes de Cantón, trabajadores del campo, en los ferrocarriles, la cocina, las lavanderías o el comercio. Los chinos que llegaron a México fueron eso, y fueron mucho más. Eran todo lo que los censos mostraban; sin embargo, lo que las estadísticas no alcanzaron a revelar es que detrás de cada número había historias de desplazamiento, de separación, de añoranza y de miedo, pero también de esperanza y de futuro. En cada dígito había un padre, un esposo, un hermano que formó una familia, que trabajó por ella y que, junto a sus pares, construyó comunidad. De una de esas historias trata este libro.

Esta obra nos invita a mirar el fenómeno migratorio no como una anécdota distante, sino como una historia viva. Nos recuerda que la identidad es una construcción en tránsito, un territorio que se habita entre lenguas, entre terruños y entre memorias. Que las comunidades chinas en

México no solo han formado parte de nuestra historia nacional, sino que son una de sus raíces más profundas y menos conocidas.

La vida de Don Eligio Ley Lim, de la que habla este libro, es la historia de una generación de chinos que entre finales del Siglo XIX y principios del XX llegaron a México. El relato del autor es una evidencia que reitera mi convicción de que los aparatos analíticos desde los que hemos estudiado la migración de chinos al país: diáspora china, comunidades chinas, migración transnacional, explican procesos macro, pero resultan una injusta abstracción que no muestra la riqueza ni la complejidad de las vidas de los chinos en su trayecto histórico por el país. Estos conceptos utilizados sin tomar en cuenta la profundidad histórica desdibujan lo íntimo, lo privado, las emociones, los desafíos y las vicisitudes de la cotidianidad de la experiencia migratoria. Si de algo nos habla este texto, es justamente de eso. De un niño de 12 años que salió de Toisán abrumado por las pérdidas, el hambre, la orfandad, que dejó vida, que construyó futuro, y que se convirtió en líder de una comunidad en un momento álgido en el que ser chino era peligroso.

Hace algunos años Fredy me habló por primera vez de Eligio Ley. Entre charlas informales, diálogos académicos y reflexiones compartidas, intuí que conocer la vida del Sr. Ley reclamaba un lugar en nuestra conciencia presente, y el trabajo del autor lo hizo realidad. Cada fragmento que él rescató —una carta, una fotografía, una voz heredada— nos muestra una vida fascinante, y una mirada de la historia mexicana de la que con frecuencia poco se habla: aquella que habita en los márgenes, en los silencios de las familias y en las huellas de quienes llegaron a nuestro país para reinventarse.

En repetidas ocasiones le comenté a Fredy que su investigación es muy importante porque había encontrado al líder que nos hacía falta en la historia del asociacionismo chino en México durante el siglo XX. Así como la Dra. Velázquez² halló a Francisco Yuen, guía del Guomintang, y adversario férreo del Hongmen Chee Kung Tong; Fredy visibilizó a Eligio Ley, Gran Maestro, líder indiscutible de la logia china en el país, cuya vida estuvo marcada por el esfuerzo constante en su ascenso al poder. Esta obra sin duda va más allá de ser solo una narrativa histórica.

El texto entrelaza una historia de México en formas que aún no terminamos de evidenciar ni de comprender. Las voces de las hijas y nietos de Eligio reconstruyen desde la emoción lo que los archivos no alcanzan a decir. Este es un texto de construcción de memoria, la de aquellos que

vivieron en su tiempo, y lo conocieron, pero también de una memoria surgida como una narrativa de amor y de justicia, porque narrar la vida de un hombre como Don Eligio fue también, para Fredy, narrar la historia de las mujeres que lo recordaron, de los hijos que heredaron sus silencios y de los nietos que transformaron la distancia en búsqueda.

El trabajo que Fredy nos presenta no es una biografía convencional. Es una combinación de investigación histórica, archivo, memoria oral y una narrativa que habla de lo que verdaderamente importa en la vida en la migración: las personas y sus familias. Fredy nos ofrece una mirada que cruza disciplinas —historia, antropología, arqueología, literatura— para reconstruir la vida de un hombre que encarna las tensiones de la migración, el poder y la identidad. Lee Güi-nam, Ramón, Eligio, no es solo un personaje: es espejo y símbolo. Espejo de lo que fueron miles de chinos en el desplazamiento transnacional, y símbolo de una generación migrante de la que solo quedan reminiscencias. En él confluyen las contradicciones del siglo xx mexicano y chino y la lucha entre el arraigo y la pérdida.

El autor logra un equilibrio admirable entre el rigor documental y la dimensión íntima. Los archivos de la logia Hongmen Chee Kung Tong, los informes de la Dirección Federal de Seguridad, las fotografías familiares, las imágenes obtenidas de la Inteligencia Artificial y los testimonios orales dialogan con la voz del narrador que busca sentido. En esa búsqueda, Eligio se vuelve humano, deja de ser un nombre en un expediente para transformarse en una vida que nos interpela. Fredy imagina lo que pudieron ser los pensamientos, los sentimientos y las emociones de Don Eligio en sus diferentes etapas. Esta es quizás una de las novedades del texto. El rigor académico de Fredy se combina con su profunda conexión con el protagonista de esta historia, dando como resultado un texto casi literario que, por momentos, me hizo olvidar que no estaba ante una novela histórica, sino frente a un historiador que recupera la experiencia y la memoria de su personaje.

Lo que más admiro de este trabajo es su ética del cuidado: la forma en que cada dato, cada testimonio, ha sido tratado con respeto, pero también con la conciencia de que toda reconstrucción implica interpretación. En este sentido, Fredy escribe con la precisión del historiador, pero también con la sensibilidad del narrador que sabe que detrás de los hechos hay vidas, emociones y heridas. Su escritura no busca idealizar ni condenar, sino comprender.

Este libro confirma que la historia no está hecha de certezas, sino de ecos. Que cada silencio que Fredy desentierra se convirtió también en una promesa de permanencia en la memoria no sólo de sus descendientes, sino ahora también de quienes tenemos este libro en nuestras manos. Que la memoria encuentra siempre un cauce para volver a fluir, incluso cuando pareciera que el olvido prevalece.

En la pluma de Fredy, Lee Güi-nam, el chino llamado Eligio, volvió a respirar. Y con él, respiran también las voces que lo amaron, lo temieron y lo soñaron.

Mónica Cinco Basurto
Ciudad de México, 2025

NOTAS

¹ Roberto Ham Chande. “La Migración China hacia México a través del registro Nacional de Extranjeros” en María Elena Ota Mishima, *Destino México. Un Estudio de las Migraciones Asiáticas a México, siglos XIX y XX*. (1997) El Colegio de México, México, 167-188.

² Catalina Velázquez Morales. (2001) *Los Inmigrantes Chinos en Baja California 1920-1937*, Universidad Autónoma de Baja California, p. 333.

La historia de una institución o, en este caso, una red corporativa transnacional como lo fue el Hongmen Chee Kung Tong (HCHKТ), puede y debería relatarse desde las fronteras de lo íntimo, pues ello no representa lo aislado de un personaje, como lo fue su último Gran Maestro en México: Eligio Ley Lim. Al reconstruir su biografía, lo individual refleja sus colectividades: la logia, la comunidad china en México y la familia, es decir la manifestación de la simbiosis mutualista, el trabajo que construimos en la colaboración que, como lo biológico, no ha de terminar: se extiende.¹

Este libro es una obra colaborativa, vital, pues es la suma de historias recuperadas, desde los archivos más oscuros de la *Dirección Federal de Seguridad de la Secretaría de Gobernación* mexicana, del *Archivo Histórico del HCHKТ en el Distrito Federal*; hasta los recuerdos llenos de emotividad de hijos, nietos y bisnietos del viejo patriarca, y ¿por qué no? mi voz desde la pasión, que intentará ser contenida, por el tema, pero, en las reconstrucciones biográficas: ¿Quién puede salir ileso?

El antecedente más importante para la elaboración de este trabajo fue el desarrollo del *Simposio Internacional sobre Migraciones Transoceánicas Chinas* organizado por la Universidad de Costa Rica, sede del Pacífico, celebrado en noviembre de 2022, en San José, y Puntarenas, Costa Rica, cuando algo se reafirmó en mí mente: regresar al “*oficio de historiar*”.² En ese evento coincidimos varios especialistas, desde distintos rincones del mundo, que nos habíamos dedicado durante años al estudio del *Hongmen Chee Kung Tong* (HCHKТ) y de las migraciones asiáticas, en especial la de origen chino hacia Latinoamérica y el Caribe. Asistieron al llamado los doctores Fredy González, Ricardo Martínez Esquivel, Mónica Cinco Basurto, Arturo Gutiérrez del Ángel, Lai Sai Acón Chan, Albert Manke, Benjamín Narváez, entre otros. En esos intensos días compartimos testimonios, documentos,

hipótesis, dudas, evidencias, silencios y un diluvio universal en Puntarenas; y todos mostraban novedades que se me revelaban y construían nuevas preguntas que años atrás no se me habían ocurrido y renació el *entusiasmo informado*, palabras claves en todo aquel que se llama, o al menos, pretende ser investigador.

Las fotografías que tomamos, en las sesiones de conferencias, reflexión, y durante la clausura del evento, no solo capturaron momentos, también lo hicieron con las emociones, la camaradería, personalidades y acercamientos desde los intereses comunes, fotografías que nos mostraron sin la pretensión de sobresalir unos por encima de otros, era la colaboración en pleno, la acción simbiótica manifestada en las entrañas de la academia; de igual manera selló compromisos personales y colectivos inmateriales para continuar con la investigación de la diáspora china en América Latina y con ello, de manera muy personal, el impulso que necesitaba para volver a la escritura de la historia del НСНКТ. Con este punto de partida iniciaba la recuperación de la memoria de un chino llamado Eligio, aunque aún no lo sabía, solo era cuestión de tiempo para averiguarlo.

Fue en ese espacio de reflexión académica donde comprendí que aún quedaban muchas páginas por escribir sobre esta organización: no desde el poder abstracto o la jerarquía institucional, sino desde el temblor humano de quienes la construyeron, habitaron, le dieron vida y la sufrieron como una comunidad con nombres y apellidos, pues todos los participantes del evento continuábamos hablando del proceso de las diásporas desde el anonimato de la colectividad, y ese era un vacío que debía de abordarse, pista que encontré en el trabajo realizado y presentado durante el evento por la Dra. Lai Sai Acón Chan, con la historia de José Chen Apuy, cofundador del *Círculo de Comerciantes del Imperio Celeste*, en Puntarenas, Costa Rica a principios del siglo xx,³ por lo menos había una senda que se nos invitaba a explorar: la biografía comunitaria.

Vale decir que hasta este 2025 los encuentros entre algunos participantes del simposio han continuado y los aportes sobre las diásporas chinas y el estudio de la red global НСНКТ se han incrementado, con ello, la información no ha dejado de fluir,⁴ por lo que ese 2022 quedará como un parteaguas de la simbiosis académica: la colaboración viva y creativa en la investigación.

Finalmente, otro punto que no puede pasarse por alto en los aportes; es que fue una reunión transdisciplinar donde historiadores, antropólogos,

sociólogos, literatos y profesores del idioma chino del Instituto Confucio de la UCR convivieron e intercambiaron sus experiencias. La manera tan abierta y múltiple de expresar la información durante todo el evento me dejó una enorme enseñanza y me hizo reflexionar sobre la importancia de divorciarme del lenguaje academicista de la ciencia histórica, no así de su rigurosidad documentalista, pero definitivamente había un mundo de la comunicación de resultados por migrar, explorar y disfrutar al compartirla.

En 2023 se publicó *Hongmen: Chee Kung Tong. Migración, xenofobia y masonería china en la Ciudad de México, 1880-1947*, mi primera contribución formal sobre la historia multiespacial de esta organización de la comunidad china ultramarina,⁵ y en esta se reconstruyeron los engranajes de una sociedad secreta transnacional que se asentó en la Ciudad de México.

Ahora en esta segunda obra se narra la historia del hombre/comunidad que la sostuvo con sus propias contradicciones políticas y sociales durante casi treinta años, la intensión de este nuevo trabajo es el mismo: la recuperación histórica de los procesos históricos del НСНКТ en México; pero el lenguaje ha cambiado, ahora quiero que los lectores se involucren de manera más íntima con la historia de los procesos migratorios adentrándose en las historias desde la familia y sus interpretaciones, quiero que conozcan a Eligio desde sus raíces, pese a lo difícil que puede resultar reconstruir una vida con información limitada, fragmentada y, en ocasiones, tergiversada por el propio sujeto de estudio.

Hacer la recuperación biográfica de Eligio Ley Lim era una tarea pendiente, ahora, la hago desde un interés renovado apoyado en los métodos de la recuperación arqueológica de la ecología de climas, actividad que he desarrollado en los últimos tres años. Por extraño que pudiera parecer en un primer momento en este campo se trabaja con una información limitada y fragmentada; desde el laboratorio se reconstruyen los huecos faltantes considerando las pequeñas pistas, las que otros colegas en el campo de las ciencias sociales descartarían por irrelevantes.

En la paleoarqueología del clima arcaico, así como en los trabajos de ecología, cambio climático y sustentabilidad a veces necesitamos jornadas extenuantes en el campo, para obtener muestras cuidadosamente seleccionadas y, posteriormente, con trabajo meticuloso en el laboratorio y en los procesadores además de un incansable diálogo con colegas de diferentes disciplinas y también apertura por parte de nuestra mente al momento de

escribir los resultados, pues meses de trabajo pueden desaparecer por simples contaminaciones de muestras o por pasar por alto alguna variante y entonces hay que volver a empezar de cero.

En mi experiencia esto se necesita para escribir la historia de las migraciones y de los migrantes chinos de primera generación: los cuales tuvieron un muy especial gusto, o necesidad, de ocultar y tergiversar sus historias de viaje, por tanto, es necesario un trabajo científico, meticulado con la construcción de la historia adaptándose a las pistas que se tengan, pero con una narración que tenga la libertad necesaria para ser expuesta como una hipótesis sustentada. En este libro espero haber materializado esta idea, con la información sesgada y en ocasiones contrapunteada en momentos específicos de las “vidas” de un chino que se le llamó Eligio. Si lo logré o no serán los lectores quienes lo juzgarán.

Ciudad de México, septiembre de 2025.

SELLO CORPORATIVO INTERNACIONAL DEL
HONGMEN CHEE KUNG TONG S. XX



Fuente: Archivo Histórico Hongmen Chee Kung Tong CDMX (AHHCHKKT).

NOTAS

¹ Lynn Margulis, *Planeta simbiótico*, traducción de Victoria Laporta Gonzalo (Barcelona: Ediciones Omega, 1998).

² Luis González y González, *El oficio de historiar*, 2ª edición corregida y aumentada (Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán, 1999).

³ Lai Sai Acón Chan, *Retratos de las migraciones chinas a Costa Rica, 1855–1975: comunidades del Pacífico* (Puntarenas: Editorial de la Sede del Pacífico, Universidad de Costa Rica, 2022), 17-36.

⁴ De manera reciente en San Luis Potosí se ha desarrollado trabajo coordinado y colectivo para recuperar la historia de la comunidad china agrupada alrededor de la logia Chee Kung Tong núm. 4. Greta Alvarado Lugo y Arturo Gutiérrez del Ángel, “Sociedades Tong y migración china en San Luis Potosí,” en *Memorias de la comunidad china a la luz de la luna: reflejos entre México y Latinoamérica*, coord. Alvarado Lugo, Greta y Gutierrez del Ángel, Arturo (Ciudad de México: Palabra de Clío, 2025), 233–264, https://www.palabradeclio.com.mx/src_pdf/Memorias_de_la_comunidad_china_int.pdf.

⁵ Fredy E. Cauich Carrillo, *Hongmen: Chee Kung Tong. Migración, xenofobia y masonería china en la Ciudad de México, 1880–1947* (Ciudad de México: Palabra de Clío, 2023). La versión original fue mi tesis de maestría: *La Asociación Masónica Chee Kung Tong y la comunidad china en la Ciudad de México (1890-1943)*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (2002).

GLOSARIO

(AHHCHK) Archivo Histórico Hongmen Chee Kung Tong

(ADHE-SER) Archivo Histórico Diplomático “Genaro Estrada” de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

(DFS) Dirección Federal de Seguridad

(HCHK, logia china, Iglesia china) Hongmen Chee Kung Tong.

(LPMCOCHM) Liga de Protección Mutua de Comerciantes y Obreros Chinos de México.

(MCHT) Min Chih Tang

(PCCH) Partido Comunista Chino.

(Kuomintang, Guomindang) Partido Nacionalista Chino.

(RDDSG-DFS) Repositorio Documental Digital de la Secretaría de Gobernación-Dirección Federal de Seguridad.

(RDCH) República Democrática China.

(RPCH) República Popular China.

(UF) Unión Fraternal.

Lee Güi-nam, fue un migrante o “paisano” chino, nacido en la región de Hoisan o Toisán; Taishan, en cantonés, en la provincia de Guangdong, del imperio Chino, bajo la dinastía Qimg en 1903,¹ y el proceso de las diásporas transnacionales lo trajeron a nuestro país en octubre de 1915. Las contingencias de su vida en México lo llevaron a borrar su nombre al menos en un par de ocasiones y adoptar finalmente el de Eligio Ley Lim en 1924.

En 1943 consolidó su liderazgo al interior de la comunidad china en México con su elección de Gran Maestro y nombramiento de diácono vitalicio del HCHKT nacional. Desde esa posición y con la ayuda de sus negocios lícitos: el “Café-Fonda” y el “Casino Chino”, ubicados en la calle Artículo 123, núm. 30, de la Ciudad de México,² operó espacios como una asociación mutualista de apoyo al migrante chino llamada la “Asociación Ley (Lee)”, ubicado en la calle de Perú núm. 142,³ que funcionaron tanto como centros de reunión comunitaria y puntos estratégicos para la articulación de discursos y acciones secretas de la logia, como lo fueron la protección de paisanos, el tráfico ilegal de drogas y personas, así con redes de tratas de blancas y la conspiración política.

Durante su gestión transformó al HCHKT en una instancia activa de diplomacia y de alineamiento con Beijing después de 1949, en un momento en el que México aún reconocía oficialmente a la isla de Taiwán y a su República Democrática China, (RDCH) como el gobierno legítimo de la China continental, acción que provocaría un clima de enfrentamiento entre masones chinos pronacionalistas y procomunistas, así como una guerra abierta en contra del Guomindang entre 1963 y 1972, lo que daría vida a la tercera guerra Tong, conflicto de facciones representantes de uno y otro grupo político.

Los documentos revisados en el *Repositorio Documental Digital de la DFS* ponen en evidencia que, bajo su conducción, la logia fue objeto de segui-

miento continuo por parte del aparato de seguridad mexicano, preocupado por sus vínculos con el comunismo chino internacional y por el despliegue simbólico que realizaba en actos públicos y conmemoraciones de la comunidad china en México. Eligio Ley Lim aparece en los reportes como intermediario entre intereses chinos trasnacionales y sectores locales, gestionando simultáneamente relaciones con miembros de la comunidad chino-mexicana, actores políticos nacionales y representantes diplomáticos.⁴

Su trayectoria como Gran Maestro permite comprender cómo el HCHKT funcionó como enclave de resistencia cultural al reconstruirles una China a los miembros de su organización desde la lectura de cartas, los diarios que informaban de los conflictos que enfrentaba en sus guerras fratricidas, de invasión como la guerra chino-japonesa, y la segunda guerra mundial; al tiempo que la logia se fragmentaba por la multiplicidad de interés internos y externos, y que día tras día se mexicanizaba,⁵ y se convertía en un canal de expresión política dentro de una comunidad marcada por la exclusión, la vigilancia y la negociación constante de su pertenencia. Este líder era la voz de un fragmento de la comunidad china que se enfrentaba a otro fragmento de la misma comunidad.

Dos bandos se definían al interior y exterior del Hongmen en el conflicto político, uno encabezado por la embajada y los consulados chinos en el país, y que defendían los ideales nacionalistas del Guomindang y otro que se estructuró visiblemente desde 1951 con el grupo procomunista encabezado desde el interior de la logia por Eligio Ley y Sia Chuan con la creación de la *Liga de Protección Mutua de Comerciantes y Obreros Chinos de México* LPMCOCHM;⁶ mientras otras partes de la comunidad china permanecía indiferente y aislada de este conflicto pues no comulgaban ni con un bando ni con el otro y su camino a la creación e integración de la mexicanidad de ascendencia china avanzaba: así se aclaraba otra parte de la complejidad de la diásporas chinas a México, estos procesos no constituyeron la existencia de una comunidad china, por el contrario, con el proceso histórico de la migración existían las comunidades chinas, así en plural, y las cada vez más numerosas comunidades mexicanas de ascendencia china que ampliaban el cimiento de la cuarta raíz identitaria nacional.

La LPMCOCHM fue una organización cuyos fines de presión económica y política a los negocios propiedad de nacionalistas avanzó con éxito,

gracias a la alianza de Eligio con la agencia noticiosa Xin Hua “Nueva China”, a través de sus representantes Pien Cheg, Wu Chu y Tuan Chih Chih⁷ y con Guillermo Nasser Quiñonez, el más importante promotor de las relaciones de México con la República Popular China, contrabandista de opio y espía al servicio de Pekín,⁸ como en el desarrollo del trabajo mutualista que emprendió.⁹

Así la documentación consultada y los testimonios recopilados entre sus descendientes permitieron situar a Eligio Ley como figura clave en la transformación de la logia china, vinculando prácticas masónicas tradicionales con estrategias contemporáneas de intervención en el espacio público y en los procesos de redefinición identitaria de la sociedad mexicana.

Con el paso del tiempo, Don Eligio, como fue conocido por miembros de la colonia China en México, tanto por amigos y enemigos chinos y mexicanos, se convirtió en un referente del poder que esta comunidad llegó a representar; pero, más allá de ello, como lo veremos a lo largo del texto, no fue solo una figura pública o un diácono de la logia masónica china: también fue hijo, esposo, padre, abuelo, patriarca de una creciente familia, que como muchas otras que se crearon alrededor de los migrantes chinos de primera generación y que se convertirían en parte indispensable de la sociedad mexicana.

El enfoque para la construcción de este trabajo es la biografía comunitaria o coral¹⁰ y la memoria familiar, recogiendo además de los documentos oficiales, los relatos susurrados por generaciones, las fotografías intervenidas, las cartas y los silencios heredados a medias, algo someramente similar que ya había empezado a trabajar en mi primera obra sobre el HCHKT,¹¹ método que no sustituye la investigación de las instituciones desde lo archivístico, pero lo complementa.

Daniel Wallace escribió: “Un hombre cuenta sus historias tantas veces que se convierte en ellas. Siguen vivas después de él, de ese modo se vuelve inmortal”,¹² pero: ¿Qué ocurre con aquellos que contaron su historia de manera enigmática? ¿Con los que tejieron su vida con medias verdades, con silencios y con relatos fantásticos? ¿Con los que, en su propia voz, parecían no estar del todo presentes? ¿Con aquellos que tejieron laberintos a derredor de sí? El caso que presentó ese enigma se convirtió en Eligio.

Supé de Eligio Ley Lim, porque era mencionado en documentos dentro del *Archivo Histórico del Hongmen Chee Kung Tong* (AHHCHKT), descubierto,

rescatado y restaurado de la casona del templo chino de la calle de Mina 138, en 1988. Su nombre destacaba entre los cientos que estaban plasmados, por ser el responsable de firma de actas, cartas y notificaciones de la logia después de 1943 y hasta el corte abrupto de la información en 1947, cuando la organización tomó el nombre de Resp. Log. Simb. Min Chih Tang núm. 108, adscrita a la Muy Respetable Gran Logia Valle de México, y parte del Partido Democrático Chino, Min Chih Tang (MChT), integrado al Partido Zhi Gong en China.¹³

En un aquel momento intuí, erróneamente, que la logia había llegado a su fin en la Ciudad de México en ese año, como resultado del desgaste que la comunidad china tuvo después de casi dos décadas de persecuciones institucionales y los conflictos internos, y que a Eligio le había tocado cerrar y dar por finiquitada a esta organización que mantuvo en el interior de sus instalaciones una logia masónica del rito escoses antiguo y aceptado, que rentaban a miembros del Rito Nacional Mexicano, agrupados en la logia *Cosmos núm. 20*, y a cualquier logia masónica independiente que necesitara un espacio para realizar sus trabajos ritualísticos que pudiera pagar una renta mensual por el uso de ésta como una manera de generar ingresos para la manutención del edificio, y es que el templo chino Hongmen original ubicado en el segundo nivel de la casona se encontraba en completa ruina y abandono sin ningún tipo de mantenimiento cuando lo visité por primera vez en 1988, y no se le daba acceso al público en general por los riesgos que implicaba el acceder, por los pisos y sus maderas rotas y dispersas por todos lados.

En la búsqueda de información sobre los miembros de esta “masonería china”, tema colateral de mi tesina de licenciatura, y el conocer más allá de lo que mencionaban los archivos masónicos de la logia me di a la tarea de hallar descendientes, labor que no resultó nada sencillo, pues cualquier posible pista que me llevaba a alguno de ellos, me dirigía a la misma tanda de respuestas:

¡No sé nada! ¡Mi papa/abuelo, según fuera el caso, nunca me contó nada! ¡Uh!

¡Eso fue hace mucho tiempo y ya ni me acuerdo!, pero, ¿de qué se acuerda? yo insistía, ¡DE NADA! Así de tajantes eran las respuestas, parecía, en conclusión, que sabían que habían tenido un padre o un abuelo chino y nada más; tal vez resulte gracioso mencionar que mientras yo me retiraba un tanto frustrado por que me negaban la información, algunos

de ellos regresaban a sus ocupados trabajos en los restaurantes de comida china-mexicana o en alguna tienda de artículos igualmente chinos, hablando en chino, en la calle de Dolores, del mal llamado *Barrio Chino*.

—¡No sabían nada! ¡No saben nada!— refunfuñaba, por decir lo menos, como el niño que se le había negado un dulce de los que abundaban sobre la mesa.

Parecía que entre los descendientes había un pacto colectivo de silencio, un auténtico *Omerta*,¹⁴ pero no me iba a rendir sin dar una pelea al olvido y así, después de un prometedor contacto telefónico llegué al hogar de Roberta María Teresa Ley Chávez en 1997, donde la hija de Eligio Ley Lim me atendió con amabilidad y platicamos durante más de 2 horas, contándome algunos aspectos de lo vivido en la logia durante su infancia y lo que sabía de su padre: “Un hombre muy importante del Chee Kung Tong”.¹⁵ Una segunda entrevista se realizó en marzo de 2001, durante mis estudios de maestría, y alguna otra información que me proporcionó se ratificó y se amplió con la participación en la plática de su hermana Elia.¹⁶ Con esos datos concluí mi tesis sobre la masonería china y lo que había descubierto se convirtió en tema de algunas conferencias a las que fui invitado, después, guardé silencio durante casi quince años, tenía mucho que vivir, observar y reflexionar para poder narrarlo, el lugar que hallé para ello fue el desierto de Coahuila y los estudios predoctorales de la migración ambiental donde me encontraba entre 2019 y 2020; de ese lugar la Pandemia de COVID 19 me expulsó y me colocó en la sala de mi casa para recibir la llamada e invitación para retomar los estudios sobre el НСНКТ, el resto ya es historia.

En 2022 me invitaron a participar en el *Simposio Internacional sobre Migraciones Transoceánicas Chinas* en Puntarenas, Costa Rica, de lo más importante de aquella reunión fue que el eje central del evento fue el estudio del НСНКТ. Después del evento, y dando continuidad a las investigaciones sobre la logia china, supe que en 2024 la *Dirección Federal de Seguridad* (DFS) liberó sus archivos para consulta pública a través del Repositorio Documental Digital de la Secretaría de Gobernación, RDDSG-DFS, lo que dio acceso a información del organismo de inteligencia mexicano desde su creación en 1947 y hasta su disolución en 1985. Al realizar una búsqueda sobre lo que dicho repositorio contenía de la logia China, el nombre de Eligio Ley Lim nuevamente apareció en una serie de informes que contenían desde su nombre en chino Lee Kui-nam [sic] recuperado en fonética can-

tonesa, hasta sus nexos con personajes mexicanos y de sus paisanos, para la construcción de una red de apoyo político a las actividades de la RPCH, respaldados en la actividad del comercio y trasiego del opio y de otras actividades criminales.

Los documentos confirmaban algunas de las ideas expresadas por el trabajo de Fredy González,¹⁷ pero iban mucho más allá al corregir la reconstrucción de la figura de Eligio visto solo como un líder pro comunista enfrentado al Guo-mindang en México; pues desde las páginas centrales del Catálogo Comunista se describía a un líder complejo y camaleónico inserto en las dinámicas de la guerra diplomática entre Beijín y Taiwán.¹⁸ Del trabajo con este repositorio se elaboró un primer artículo publicado por la *Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña plus, REHMLAC+*, titulado: “La masonería china bajo la lupa: El Hongmen Chee Kung Tong 致公堂洪門 en los informes de la Dirección Federal de Seguridad Mexicana (1965–1971)”,¹⁹ en donde se examinó el papel del HCHKT en México durante el periodo de vigilancia estatal más intenso sobre asociaciones extranjeras consideradas ideológicamente problemáticas.

A partir del análisis de los informes desclasificados y complementando con el Archivo Histórico Hongmen, se reconstruyó la estructura organizativa, algunas de las prácticas de las redes de influencia política de la organización en el contexto de la Guerra Fría, destacando la figura de Eligio como dirigente central de la logia durante las décadas críticas de 1940 a 1970; yo me había quedado corto en mi investigación de posgrado, veinte años atrás, pues la logia no había desaparecido en 1947, el mismo año en el que nació la DFS, si no que su existencia se extendió hasta su cierre en 1976, y eso generaba nuevas preguntas, las más importantes eran: ¿Por qué habían desaparecido los archivos de 1948 en adelante? ¿qué contenían los informes y los registros de los trabajos de la logia bajo el mando de Eligio Ley Lim que prefirieron ser retirados y seguramente destruidos? La DFS nos daría algunas respuestas, pero desde la logia ese periodo quedó en la oscuridad. Algo que también sobresalía en los reportes de espionaje eran los datos sobre su familia, o mejor dicho familias, y así algo que quedaba pendiente ahora se podía pensar en subsanar: Su biografía.

En el artículo destaco la entrevista que se realizó a Clementina Lugo,²⁰ ahijada de Eligio Ley, quien, junto con su suegra, Teresa Vda. de Lugo, proporcionaron información general sobre la importancia de éste en la

comunidad del llamado Barrio Chino de la Ciudad de México y el papel destacado en la logia China. Clementina me proporcionó un par de fotografías que después serían claves para poder adentrarse en el mundo de los secretos que Eligio manejaba con su familia. De éstas hablaremos más adelante. Mientras que Doña Teresa resultó ser la viuda de Juan Chip Lugo Lee, compadre de Eligio Ley, y presidente de la Asociación Pro-Unificación Pacífica de China en México

A.C. y presidente de Chinos Mexicanos Unidos de México A.C., personaje unido al grupo procomunista y miembro del НСНКТ.²¹

Con esta información, como el nombre de sus hijos, se buscó a otros descendientes de Eligio, nietos, bisnietos. Honestamente la curiosidad se había convertido ya en la idea aterrizada de que debía reconstruir una biografía coral de este personaje, pero estaba un tanto perdido, me faltaban los datos precisos, y el contacto con María Teresa hacía dos décadas que se había diluido. Caminando por las calles del centro histórico después de haber visitado el *Barrio Chino*, mientras platicaba con mi esposa de lo que hasta ese momento llevaba, y los retos que esto significaba, ella me animó a continuar y que debía de usar las redes sociales y mandar mensajes una y otra vez, pues alguien, al final, hasta por hartazgo, me respondería, ella tuvo razón.

Durante tres meses solo me topé con silencio y puertas que no respondían, por un momento pensé que este proyecto no podría llegar a desarrollarse, que se truncaría sin haber iniciado, al menos en los alcances que yo deseaba, hasta que uno de mis innumerables mensajes enviados a más de una veintena de presuntos familiares identificados de Eligio Ley a través de las redes sociales fue contestado: Robby Ley, bisnieta de Eligio, me respondió y después de una lógica desconfianza con preguntas que buscaban precisar lo que era o no real de su bisabuelo, logré convencerla de que sólo estaba realizando una indagación para reconstruir la biografía de Don Eligio, así ella me contactó con Gilda Ley Chávez, hermana de María Teresa, la cual conversó conmigo a lo largo de 4 sesiones de entrevistas telefónicas durante julio del 2024;²² ella, con gran generosidad y amabilidad me dio detalles de la vida de su padre. También me contactó con su hermano Andrés Ley Chávez,²³ el cual me proporcionó información sobre la logia, su ceremonia de iniciación y charlas que tuvo con su padre durante su infancia, particularmente cuando lo acompañaba en sus viajes en tren rumbo al norte del país, para ir a arreglar negocios.

Andrés también me proporcionó un dato que a la larga sería inmensamente valioso: el lugar donde se encontraba el último lugar de descanso de Eligio en el Panteón Civil de Dolores en esta Ciudad de México, mausoleo que visité, después de perderme durante dos días en los interminables pasillos de dicho camposanto, el más grande del país.

Por las entrevistas con Gilda Ley, supe que un nieto de Eligio se encontraba recopilando narraciones familiares desde hacía años con la finalidad de elaborar un texto literario-filosófico, en donde reflexionaba sobre sus orígenes.

Después de una llamada telefónica me contacté con Mauricio Saraya Ley, escritor, cuentista y novelista, así como activista en la lucha en contra del cáncer.²⁴ Tuvimos una charla en una cafetería, en el poniente de la ciudad, en septiembre de 2024²⁵ y me encontré con la sorpresa de que él también buscaba datos sobre su abuelo para lograr terminar su novela "*Tan distintos tan iguales. Lo intricado de la vida*".²⁶ una obra que vio la luz en el mes de mayo de este 2025, y a la cual tuve el honor de realizarle el prólogo.

Si bien el texto de Mauricio se inscribe en el género de la narrativa literaria-filosófica, y es una obra desde lo íntimo de su legado sirio-chino-mexicano, posee un valor anecdótico y testimonial considerable al estar elaborado sobre la recuperación de los relatos intergeneracionales, documentos familiares privados y una memoria cultural transmitida por las familias Ley Trigueros y Ley Chávez, resultados del segundo y tercer matrimonio de Eligio Ley. Su valor recae en una perspectiva metodológica que reconoce las memorias familiares como fuentes válidas de información histórica, especialmente cuando dichas memorias pudieron ser confrontadas, cotejadas o complementadas con testimonios externos a los círculos familiares por parte del autor, él había encontrado la razón y dirección de su trabajo.

Desde una perspectiva metodológica, se reconoce que el texto de Saraya Ley no fue concebido con datos verificables en términos positivistas; sin embargo, su estructura narrativa, el detalle en las escenas y la coherencia de los contextos geográficos, lingüísticos e históricos permiten considerar su valor como una fuente para la recuperación de memorias silenciadas o fragmentadas en los archivos oficiales. El uso de elementos simbólicos, como el cometa Halley, en la narración que le transmitió el propio Eligio Ley o las referencias a la organización Hongmen, permiten vincular los testimonios individuales a procesos históricos de larga duración, como la caída de la

dinastía Qing, el reparto colonial del Medio Oriente y la Revolución Mexicana, lo cual refuerza su utilidad como instrumento de interpretación histórico-cultural, a través de la historia oral.

En ese sentido, el contenido de esta novela histórica de Mauricio ha sido considerado no solo por su aporte narrativo, sino como material susceptible de validación cruzada, por lo que se ha diseñado un ejercicio sistemático de confrontación con fuentes primarias (expedientes de migración, documentos del Hongmen Chee Kung Tong, informes de inteligencia, registros hemerográficos y testimonios de descendientes), a fin de preservar el rigor académico de este estudio sin prescindir de la riqueza interpretativa y emotiva del testimonio familiar.

Después de leer durante varias ocasiones el trabajo de Mauricio Saraya quedaba clara la línea que debía de seguir para este libro: La rigurosidad de la investigación documental histórica y la narrativa de novela histórica, para cubrir huecos de información generados por el silencio de Eligio Ley Lim, apoyado en la *suposición informada*,²⁷ lo que permitió acceder a una reconstrucción que busca la veracidad de la vida de Eligio, no desde una óptica institucional o biográfica convencional, sino desde su condición subjetiva como migrante trabajador, reclutado, miembro ascendente y dirigente del HCHKT, esposo y padre “mestizo cultural”.²⁸ Una historia que se contó de diferentes maneras en la logia y con los miembros de su familia, pues parecía que para cada oyente tenía una versión, pero al sobreponerlas se podían observar patrones y datos que repitió en todas las narraciones, entonces se podía reconstruir una vida, respetando los vestigios de la vida del patriarca, es decir una reconstrucción arqueológica de su vida.

Esta reconstrucción tiene como meta aportar elementos fundamentales para la comprensión de su trayectoria vital: las condiciones estructurales que impulsaron su migración desde Hoisan, China, el carácter semiesclavizante del sistema de enganche operado por sociedades chinas ultramarinas, particularmente la que estructuró el HCHKT y su posterior integración a la vida sociopolítica de la comunidad mexicana de ascendencia china. Asimismo, el texto documenta las tensiones culturales derivadas de su relación con mujeres mexicanas, constituyendo un ejemplo narrativo del entrelazamiento sexual y afectivo entre migrantes chinos y comunidades en México.²⁹

La búsqueda de ampliar la información me llevó nuevamente al hogar de María Teresa Ley, gracias a la intermediación y gestión de Mauricio, la

cual había perdido la vida a principios de febrero de este año, y ahora me recibían su hija Alejandra Simón Ley, su hermana Gilda Ley Chávez y su nieta Robby Ley.³⁰

Uno de los asombros durante esta charla fue el identificar a la hermana de Roberta María Teresa que nos había acompañado en esas entrevistas de 1997 y 2001: Elia, que resultó ser el primer nombre de Gilda, es decir que mi interlocutora telefónica era Elia Gilda Ley Chávez, ella ya no me recordaba de las entrevistas y yo no salía del asombro. El mundo siempre nos tiene guardados caminos sobre los pasos que otros han recorrido, sobre todo si esos otros fuimos nosotros mismos. Fue una charla de horas que transcurrieron en minutos desde mi sentir, agradecido y lleno de información de tres generaciones salimos de su casa y tuve la oportunidad de mostrar mis respetos a la memoria de María Teresa y de Eligio Ley en su propia hogar. Con la información recabada ya tenía claras las metas para este trabajo.

Esta investigación tiene como objetivo analizar la trayectoria de vida de Eligio Ley Lim, poniendo énfasis en su papel dentro del Hongmen Chee Kung Tong y en la comunidad china en México, a fin de comprender los factores históricos, políticos y sociales que influyeron en su ingreso a la loggia, su ascenso en los octágonos del poder y permanencia en posiciones de autoridad. Esta aproximación permite observar cómo su experiencia migratoria, sus alianzas estratégicas y su participación en redes transnacionales moldearon su liderazgo y el impacto de este en la comunidad que rodeó al HCHKT.

De igual manera, se describe y analiza las dinámicas familiares de Eligio Ley Lim, entendidas como un entramado de vínculos afectivos, lealtades y tensiones que se desarrollaron a lo largo de su vida. Este acercamiento permitirá comprender cómo las relaciones con sus diferentes esposas, hijos e hijas, así como con otros miembros de su círculo cercano, influyeron en sus decisiones y en la construcción de su identidad chino-mexicana. Integrar esta dimensión íntima con su trayectoria pública ofrece una mirada completa del personaje, evitando reduccionismos que lo limiten únicamente a su papel dentro del Hongmen o de la comunidad china en México.

El trabajo se encuentra dividido en cuatro capítulos que siguen un orden cronológico y temático, apoyado en una serie de subcapítulos que van guiando un eje narrativo que buscan que el lector identifique los procesos y etapas del personaje sin que estas se conviertan en marañas incomprensibles

por sus vínculos con la comunidad que lo rodea. En el primer capítulo: “Tierra a la vista: de Hoisan a Mazatlán, la puerta a México (1903-1915)”, se narra la importancia de la simbología para los migrantes, como elemento de identidad y conservación de raíces, en este caso el conejo, símbolo zodiacal chino del joven Gūi-nam. Se reconstruye su infancia, en uno de los muchos caseríos de Hoisan, marcada por las carencias y pérdidas que a lo largo de su corta vida lo llevarían de la mano de su madre al puerto de Hong Kong, para servir como trabajador migrante bajo las estructuras creadas por el HCHKT; la aparición del cometa Halley en 1910 y la muerte de su padre, son un momento de inflexión pues marcaron las tensiones al interior del clan distrital con la pérdida del progenitor y como este conjunto de factores también condicionarán su salida de China en 1915 y el tortuoso viaje marítimo con rumbo a Mazatlán, punto de entrada a México, integrando elementos documentales y testimoniales que revelan el contexto social, político y cultural de su partida.

En este capítulo fue estratégico el uso literario documentado para poder entrar en la intimidad de esos barcos chinos, lugar donde nació el deseo para acallar el pasado y el gusto por el silencio de los migrantes, sitio poco explorado, y en este apartado introducimos una hipótesis del por qué la narración de la llegada a México de los inmigrantes chinos son calcas de una fantasía heroica recreada, pues la posible verdad fue demasiado cruda para ser narrada en un sobremesa familiar.

El segundo capítulo, “Entre el desierto y La Quemada: de Ímuris a la colonia Guerrero (1915-1938)”, analiza su llegada a la comunidad de Ímuris, en el estado de Sonora, epicentro de la lucha nacionalista en contra de la comunidad china en México y de la llamada guerra Tong, que involucró a la logia en contra de competidores, como lo fueron el Guomindang o Partido Nacionalista Chino y el Hongmen Lung Sing, por el control financiero del tráfico ilegal de personas con destino a los Estados Unidos. Se describe su experiencia como trabajador agrícola, y el aprendizaje de un silencio impuesto por el contexto discriminatorio.

En este capítulo se explica cómo fue seleccionado para ser integrado a la logia en 1922, su ceremonia de ingreso, así como algunas de las pruebas que hubo de completar para ser admitido y convertirse en uno de los múltiples brazos armados de la organización, lo cual desembocó en su abrupta salida del estado, después de septiembre de 1924, cuando se hubo consumado el asesinato en contra del presidente de la Unión Fraternal, Francisco

L. Yuen, acérrimo aliado del partido nacionalista y enemigo del НСНКТ. Continúa con su llegada a la comunidad de La Quemada, Jalisco, donde continuó trabajando a las órdenes de la organización y contrajo matrimonio con su primera esposa, Rosa Trigueros Fragoso, y formó su primer linaje en México. Continúa con la descripción de su ascenso en la logia y finalmente se aborda su traslado al Distrito Federal, punto de inflexión que lo conectó con las redes de la comunidad china capitalina, pero que a la larga fracturó su matrimonio.

El tercer capítulo, *Mina 138: el poder, la guerra de banderas y linaje (1939-1971)*, se adentra en la consolidación de Eligio en el Hongmen Chee Kung Tong, con la casona de Mina 138 como enclave estratégico. Se describe la historia e importancia de este edificio como sede del НСНКТ en la Ciudad de México, el espacio geográfico donde los juegos del poder financiero de la organización se desarrollaron, bajo la imagen de un edificio masónico, pero fue mucho más que ello, fue la sede del mutualismo con la comunidad china ultramarina y de la lucha encarnizada entre los bandos nacionalista y procomunista que encabezó Eligio Ley.

Se describe y explica su ascenso en 1943 a venerable maestro de la logia y su elevación a Gran Maestro del Hongmen nacional después de 1946, y sus relaciones internacionales con las sedes de Estados Unidos y Canadá, una relación que abarcará buena parte de su autoridad como Gran Maestro hasta la desintegración de la logia, conflictos entre banderas e ideologías, y la vigilancia ejercida por la Dirección Federal de Seguridad. Este apartado incluye su matrimonio con Francisca Teresa Chávez y el fortalecimiento de un segundo linaje, mostrando cómo las dinámicas familiares se entrelazaron con su vida pública y política.

El cuarto capítulo, *Soledad y pérdidas: Eligio se desvanece de la comunidad china (1972-1999)*, aborda el periodo de declive y la caída del Hongmen en la Ciudad de México y el retiro de Eligio de la actividad comunitaria, después de que la República Popular China es reconocida por las autoridades mexicanas como la única representante del gobierno chino. Se exploran sus viajes, principalmente aquellos que realizó a China entre 1972 y 1975 donde será homenajeado por su participación en la lucha por el reconocimiento diplomático. Se abordan algunas pérdidas familiares y momentos de introspección, como la contemplación de una fotografía intervenida que reavivó su deseo de regresar a China.

El relato culmina con sus últimos días en 1999 y la transmisión intergeneracional de su memoria, invitando a una reflexión crítica sobre la frontera entre el registro documental y la construcción narrativa.

Existe un epílogo donde se relata mi regreso a la casa de Paseo de la Soledad tras la muerte de Teresa Ley en febrero del 2025; encuentro que reunió a descendientes y permitió acceder a memorias orales colectivas y al acervo fotográfico de la familia. Ese espacio, cargado de emociones y huellas materiales, se convirtió en archivo vivo de la vida de Eligio Ley Lim y de la comunidad china en México a la que impactó a lo largo de su vida. Más que una clausura, la visita simbolizó continuidad: mostró cómo la memoria se transmite en voces, objetos y relatos, proyectando hacia el presente la complejidad de la migración, la identidad y la integración.

En perspectiva, Eligio Ley Lim fue un personaje rodeado de otros, de muchos, pero siempre un solitario. Un hombre que construyó poder, alianzas, familia, pero nunca dejó de pelear contra un vacío que lo acechó desde la infancia y lo llenó con silencio. Cruzó océanos, cambió de nombres, moldeó su destino, pero la soledad lo siguió como una sombra. Tal vez por eso, en lugar de entregarse a los recuerdos, eligió distorsionarlos. Un mecanismo que sus descendientes reprodujeron.

Un hombre de silencios y verdades calculadas. Sus relatos no eran espejos fieles de su vida, sino reflejos desfigurados, destellos de lo que pudo haber sido, fragmentos de una historia en constante reconstrucción. Un hombre de movilidad y acciones, en donde los tiempos le eran necesarios para planear su siguiente jugada, su aliado siempre fue el tiempo, pero con el tiempo fue enterrando a todos: sus amigos de juventud, los camaradas de la logia, los hombres que una vez llamaron su nombre en voz baja con respeto o temor. Sepultó a su padre y a su madre, a su segunda esposa y algunos de sus hijos. La muerte lo rodeó tantas veces que dejó de mirarla para considerarla su compañera y transporte a su hogar perdido en Hoisan.

Eligio se permitió vivir emociones, pero fueron pocas las lágrimas o carcajadas que vertió. Si acaso, en la soledad de su habitación, o en la sala de velación de Gayosso en 1975, cuando despidió a su primogénita o, en 1985, cuando las sombras de los que se habían ido parecían volver en forma de recuerdos entre las flores blancas que rodeaban el ataúd de su esposa.

Sus hijos lo escucharon, pero nunca lo conocieron del todo. Sus discípulos lo siguieron, pero solo hasta donde él permitió. Eligio, fue un enigma

incluso para él mismo. Y los archivos, esos que él creyó ajenos e inalcanzables para los ojos ajenos de su vida, revelan ahora un hombre distinto. No al patriarca invulnerable, el estratega infalible, sino alguien que pasó su vida fabricando versiones de sí mismo, temiendo que la verdad fuera demasiado obvia para sostenerse por sí sola.

Ahora soy yo quien lo busca, quien desentierra lo que dejó atrás. Quien lo encuentra en los márgenes de los expedientes, en las páginas olvidadas de los registros de la logia Hongmen Chee Kung Tong de la Ciudad de México, o en los expedientes de la Dirección Federal de Seguridad. En los silencios de las cartas de la logia, la sombra de un hombre que nunca terminó de pertenecer del todo a este mundo.

Creí que iba a contar su historia, pero en el intento me he convertido en un cómplice, porque narrar su vida es, de algún modo, entenderlo, darle un rostro y sentido a lo que el tiempo ha desdibujado, rearmar la memoria de alguien que, quizás, nunca quiso ser recordado del todo y muy especialmente conocer y compartir algunos de sus secretos, otros, como debe ser, se quedarán en el tintero.

La historia de Eligio es también la voz de las mujeres como mediadoras culturales. Esta narración, nace del deseo de contar la vida de Eligio Ley Lim, sin embargo, al reconstruir su historia, emergió con fuerza una verdad reveladora: buena parte de lo que hoy sabemos sobre él, perduró a través de las palabras y recuerdos de sus hijas y nietas, de las mujeres que estuvieron a su lado y que conservaron, a lo largo de generaciones, los fragmentos vivos de una historia muchas veces omitida.

Estas mujeres, casi siempre relegadas al ámbito doméstico o invisibilizadas en los relatos sobre la migración china, han sido en realidad mediadoras culturales fundamentales, han sido el puente entre dos mundos: entre China y México, entre la tradición y la modernidad, entre el silencio histórico y la voz testimonial. En sus recuerdos se anidan no solo los gestos íntimos de Eligio, sino también las tensiones políticas, afectivas y culturales que marcaron su vida. Ellas recuerdan lo que no se escribe: los silencios, los temores, las fotografías alteradas, los secretos transmitidos entre susurros.

Este libro, estructurado como una biografía, es también una historia coral. La noción de historia coral, tomada de los estudios de historia oral y memoria colectiva, nos permite comprender que la vida de un individuo se compone de múltiples voces que lo narran, lo reconstruyen, lo interpre-

tan desde distintos ángulos. Tal como ha propuesto Alessandro Portelli, la historia oral no se limita a la transmisión de datos, sino que revela la forma en que las personas dan sentido a su pasado.³¹ En este caso, las voces de las mujeres no solo reconstruyen a Eligio, sino que también nos permiten acceder a una dimensión ética y emocional de la historia, donde lo que se recuerda es tan importante como la manera en la que se recuerda.

Recuperar sus testimonios de “ellas” no es un gesto anecdótico, son voces desde la otredad. Es una elección metodológica y política: dar lugar a las voces silenciadas para construir una memoria con justicia, compleja y fiel a la experiencia migratoria china en México. En este sentido, las mujeres no son personajes secundarios en esta historia, sino autoras fundamentales del relato. Las voces de Guillermina y Emma Ley Trigueros se levantaron de su descanso eterno en las una y mil historias que llegaron al mediador narrativo Mauricio Saraya Ley.

Así, Guillermina, Emma, María Teresa y Elia Gilda Ley, se sentaron conmigo y narraron a su padre y al líder del НСНКТ, que fue parte de la historia de sus vidas, mientras Andrés repitió el legado heredado, el silencio calculado. Sus nietos Alejandra, Yazmin, Mauricio y Marco lo atestiguaron y lo rescataron del pasado y Robby Ley, la bisnieta, sonrió con la certeza de la complicidad y el descubrimiento, mientras Clementina Lugo y Teresa Vda. De Lugo “tenían otros datos”.

Como ya lo mencioné en esta obra se permite deliberadamente, por algunos momentos, la narración histórico-literaria como instrumento de interpretación. Sin renunciar al rigor documental, se adopta esta estrategia que permite entrelazar voz y archivo: silencio y testimonio. La historia de Eligio es también la historia de lo que no se cuenta: lo que se dice entre líneas, lo que se repite hasta volverse verdad, lo que los archivos callan, pero los descendientes recuerdan y atestiguan.

Eligio, el migrante chino, agricultor, tendero, el iniciado en los misterios Hongmen-masónico mexicano, el verdugo, el líder masón, el representante de la comunidad china, el líder procomunista, el patriarca familiar, ¿quién podía ser todo esto a un mismo tiempo? ¿Quién era un chino llamado Eligio?

Pero esta vez no será solo mi búsqueda. En estas páginas recuperaremos su voz a través de sus palabras y de sus ausencias; en sus contradicciones, en el eco de todo aquello que nunca confesó. Y el lector, aquel que avanza en esta historia entre sombras y dudas, no será un simple testigo. Se conver-

tirá en el guardián de estos recuerdos, en el último refugio de una vida que fue contada, tergiversada y olvidada. El lector también decidirá las fronteras de lo real y lo fantástico, eso será también nuestro secreto.

Finalmente, contar la vida de Eligio fue, además de un acto de rescate archivístico, una reconstrucción integral, una mezcla de arqueología y bohemia. La recuperación de fotos, su limpieza, descontaminación; pasos, observaciones y reflexión en las avenidas donde Lee Güi-nam caminó y saludó a los paisanos, sin dejar su mano demasiado lejana de la Smith & Wesson M1917 .45 de seis tiros, que guardaba discretamente bajo su saco, en las calles de la colonia Guerrero; empezando en la casona de Mina 138, caminar a la calle de Zarco, de Leandro Valle, República de Perú, en el centro histórico, y de Artículo 123 esquina con la calle de Dolores, en el centro turístico “Barrio Chino” y la calle de Arana y el mercado de San Juan; visitar y sentarme a almorzar y cenar en el restaurante LUAU, centro de las conspiraciones comunistas chinas en nuestra Ciudad de México en los años sesenta y culminar la andanza en la calle de la Soledad, en Naucalpan, Estado de México y en el mausoleo familiar Ley del panteón de Dolores.

Esta historia se levantó desde los pliegues del АННЧКТ, desde los vacíos del lenguaje y desde las memorias que insisten en no desaparecer. Que quede claro, no se trata de exaltar una figura, o a una comunidad, en lo personal no alimento los chovinismos, se trata de comprenderlo en sus contradicciones: como migrante, como líder, como padre, como símbolo de los procesos culturales transmarinos que se compartieron en fragmentos entre los descendientes de la comunidad mexicana de ascendencia china. Este libro es la biografía de muchos: de las familias, de una comunidad, de una logia, de un exilio, de un país que se rehízo desde los márgenes. En ella, el lector no hallará una sola verdad, sino ecos entretejidos de lo colectivo, lo íntimo y lo histórico.

Tal vez, al final, Eligio tenía razón cuando tergiversó en innumerables ocasiones pasajes de su vida: la vida no es lo que sucedió, sino lo que quieres que se recuerde de ella; y según quién la narre en este trance que se llama memoria. Y ahora, en esta lucha por no desvanecerse en la distancia la vida de Lee Güi-nam, también jugamos su juego pues lo hemos hecho, narrar de acuerdo con nuestro parecer, lo que percibimos a lo largo de nuestra vida, ¿o no?

NOTAS

- ¹ AHHCHKT-DF, 1943. *Libro del directorio nacional*. F.1. RDDSG-DFS, 1938, REF-14-109791.
- ² RDDSG-DFS, 1965, *Catálogo Comunista*, 11-150-65 H-7, L2. 22. Nov. 1965.
- ³ AHHCHKT-DF, 1947. Asociación Ley (Lee), correspondencia suelta. Marco Simón Ley, entrevista telefónica realizada por el autor, 24 de junio de 2025.
- ⁴ RDGSG-DF, 1965, *Catálogo comunista*. 1965-1971.
- ⁵ Se le llama “mexicanización” al proceso de alejamiento de grupos del HCHKT de la autoridad central capitalina y convertirse en logias masónicas auspiciadas por los grandes orientes estatales, como lo fue el caso de la Respetable Logia Simbólica Chee Kung Tong, núm. 4 bajo los auspicios de Gran Logia “El Potosí”, de San Luis Potosí.
- ⁶ RDDSG-DFS, 1966, 11-150-66, H-27 L-2.
- ⁷ RDDSG-DFS, 1966, 11-150-66, H-223 L-2.
- ⁸ RDDSG-DFS, 1965, 11-150-65 H-27 L1.
- ⁹ Entrevista telefónica de Fredy Cauich con Andrés Ley Chávez, 18, julio, 2024.
- ¹⁰ Rafael Gaune, Nicolás Lema y María Montt, “*Del mosaico a lo coral: Lo colectivo y la biografía*”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Debates*, 21 de febrero de 2022, consultado el 24 de abril de 2025, <http://journals.openedition.org/nuevomundo/87183>.
- ¹¹ Arturo Humberto Gutiérrez del Ángel, reseña de *Hongmen: Chee Kung Tong. Migración, xenofobia y masonería china en la Ciudad de México 1880-1947*, por Fredy E. Cauich Carrillo, *Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña Plus* 17, no. 1, 2025, 184-187, <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/rehmlac/article/view/62786>.
- ¹² Daniel Wallace, *El pez gordo*. Siglo XXI, 2006, 20.
- ¹³ El Partido Zhi Gong de China (中国致公党, *Zhōngguó Zhìgōng Dǎng*), traducido como “Partido para el Bien Público”, fue fundado el 10 de octubre de 1925 en San Francisco por Chen Jiongming y Tang Jiyao, dos exmilitares del Kuomintang con ideas federalistas. Su creación fue promovida por miembros de la diáspora china vinculados al Chee Kung Tong (致公堂), también conocido como Zhi Gong Tang. La elección del nombre Zhi Gong no fue casual: evocaba el linaje moral y revolucionario del Hongmen como legitimidad de origen. En las décadas siguientes, figuras como Situ Meitang (司徒美堂) desempeñaron un papel central en consolidar su base transnacional y darle visibilidad en las comunidades chinas del exterior. Tras el establecimiento de la República Popular China en 1949, el partido fue incorporado al sistema del Frente Unido, donde actúa como partido consultivo, representando a los chinos retornados y a personas con lazos con el extranjero. Véase Guoguang Wu, *China's Party Congress: Power, Legitimacy, and Institutional Manipulation* (Cambridge: Cambridge University Press, 2015), 172-173; André Laliberté, *The Politics of Buddhist Organizations in Taiwan* (New York: Routledge, 2004), 78-79.
- ¹⁴ *Omerta*, es el término siciliano que designa el código de silencio absoluto impuesto por las organizaciones mafiosas, bajo el cual todo miembro se compromete a no revelar información, ni siquiera bajo tortura o amenaza. Más allá de su aplicación penal, representa un principio ético de lealtad, honor y pertenencia. Aunque se origina en el contexto de la mafia italiana, su lógica encuentra un notable paralelo en el concepto chino de 保密 (*bǎomì*), que literalmente significa “guardar secreto”. En el seno de sociedades secretas como el Hongmen Chee Kung Tong, este principio adquiriría una dimensión ritual: el iniciado juraba mantener en confidencialidad no solo los nombres y símbolos, sino también las actividades, rutas de migración, alianzas y prácticas internas del grupo. Romper este silencio era considerado una traición imperdonable que acarrea sanciones severas, incluyendo

el destierro, el linchamiento o la ejecución simbólica dentro del universo ritual. Así, tanto *omerta* como *bãomi* funcionan como mecanismos estructurales de autocontrol, cohesión interna y resistencia cultural frente a la injerencia del poder estatal. Véase Diego Gambetta, *The Sicilian Mafia: The Business of Private Protection* (Cambridge: Harvard University Press, 1993), 35-38; y Martin Booth, *The Secret Societies of China in the Twentieth Century* (London: Constable, 1999), 84-87.

¹⁵ Entrevista de Fredy Cauich con María Teresa Ley, Naucalpan, Estado de México, mayo, 1997.

¹⁶ Entrevista de Fredy Cauich con María Teresa Ley, Naucalpan, Estado de México, Julio, 2001.

¹⁷ Fredy González, *Paisanos chinos: Política transpacífica entre inmigrantes chinos en México*, Palabra de Clío, 2021.

¹⁸ RDDSG-DFS, Catálogo comunista 11-150-66.

¹⁹ Fredy Cauich, “*La masonería china bajo la lupa: El Hongmen Chee Kung Tong 致公堂洪門 en los informes de la Dirección Federal de Seguridad Mexicana (1965–1971)*,” *REHMLAC+, Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña plus* 16, no. 2 (2024): 1-23. <https://doi.org/10.15517/rehmlac.v16i2.60674>.

²⁰ Entrevista de Fredy Cauich a Clementina Lugo, Alcaldía Cuauhtémoc, marzo, 2024.

²¹ АННЧКТ, 1947. Libro de membresías. F. 62.

²² Entrevistas telefónicas de Fredy Cauich con Elia Gilda Ley Chávez, julio, 2024.

²³ Entrevista telefónica de Fredy Cauich con Andrés Ley Chávez, 20, julio, 2024.

²⁴ Lilia M. Cobo, “Mauricio Saraya, respuestas a su filosofía,” *La Voz del Arabe*, septiembre 22, 2024, <https://lavozdelarabe.mx/2024/09/22/mauricio-saraya-ley-respuestas-a-su-filosofia/>.

²⁵ Entrevista de Fredy Cauich a Mauricio Saraya Ley, 5 septiembre, Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México, 2024.

²⁶ Mauricio Saraya Ley. *Tan distintos tan iguales: Lo intrincado de la vida...*, (s.l.: s.n., 6 de mayo de 2025), ISBN 13 9798282613261.

²⁷ La *suposición informada* es una afirmación provisional, elaborada a partir de indicios múltiples y articulados, que se sitúa entre la inferencia lógica y la hipótesis comprobable. A diferencia de una suposición arbitraria, la suposición informada no se fundamenta en intuiciones personales o especulaciones libres, sino en el análisis crítico de datos fragmentarios, la contextualización histórica, el conocimiento disciplinario y la identificación de patrones convergentes. Su fortaleza reside en su verosimilitud documentada y en su capacidad para orientar la investigación sin exceder los márgenes éticos de la interpretación. Este concepto adquiere especial relevancia en campos como la historia, la antropología o la biohistoria, donde la reconstrucción de trayectorias individuales o colectivas frecuentemente se ve limitada por la ausencia de fuentes directas, pero puede ser guiada por convergencias narrativas, testimonios orales, estructuras sociales documentadas y huellas institucionales.

Un ejemplo concreto de suposición informada se observa en la reconstrucción de la llegada de Lee Güi-nam a México en 1915. Si bien no se cuenta con un registro oficial detallado de su recepción, los testimonios transmitidos por descendientes de migrantes chinos, la legislación migratoria vigente en Sonora, los archivos de prensa y los patrones racistas institucionalizados permiten sostener, de forma rigurosa, aunque provisional, que fue recibido en un entorno de hostilidad, marcado por controles restrictivos y narrativas de exclusión. Esta suposición no parte de la imaginación libre, sino de un ensamblaje metodológico donde las fuentes disponibles, aunque parciales, apuntan en la misma dirección.

Así, la suposición informada se convierte en una herramienta epistemológica legítima: permite avanzar en la comprensión de procesos históricos sin caer en la ficción, y ofrece una base sólida para posteriores validaciones documentales o contrastes empíricos. En narrativas históricas que

integran voces familiares o comunitarias —como ocurre con muchos descendientes de la diáspora china—, estas suposiciones no solo orientan la indagación, sino que dignifican experiencias omitidas por los relatos oficiales.

²⁸ El término de mestizo no lo utilizo por mi posición de no reconocer una diversidad de razas humanas existentes al día de hoy, al solo reconocer a la rama *Homo Sapiens*, como la que perdura, por lo que al realizar un apareamiento entre humanos, sin importar su apariencia es una acción entre un solo grupo, por lo que el llamado mestizaje es inexistente en términos biológicos, pero, lo reconozco como un término que ocupan otras áreas del conocimiento como la sociología, la antropología, la historia, incluyendo la literatura como una manera de simplificación que no afecta la narrativa de este trabajo y evita dialécticas innecesarias.

²⁹ Al menos en el curso de la investigación se reconocerán a cuatro parejas sentimentales de Eligio, formales e informales.

³⁰ Entrevista de Fredy Cauich a Alejandra Simón Ley, Naucalpan, Estado de México, marzo, 2025.

³¹ Alessandro Portelli, “Historia y memoria: La muerte de Luigi Trastulli,” *Historia y Fuente Oral*, no. 1 (1989): 5–32, <https://www.jstor.org/stable/27753227>; y Alessandro Portelli, “La muerte de Luigi Trastulli (Terni, 17 de marzo de 1949). La memoria y el acontecimiento,” en *Historias orales: narración, imaginación y diálogo*, 37-68 (Rosario-La Plata: Prohistoria-FaHCE, 2016), <https://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/view/101/127/965-1>.

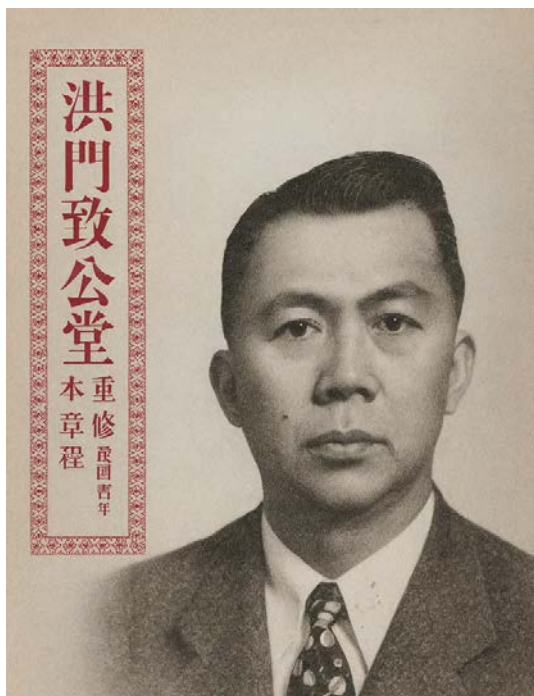
Capítulo 1

DE HOISAN A LA COLONIA GUERRERO: INFANCIA, MIGRACIÓN Y LOS CIMIENTOS DEL PODER (1903-1938)

*“Somos una forma del cosmos
que ha adquirido la capacidad
de conocerse a sí misma.”*

Carl Sagan¹

LEE GÜI-NAM (ELIGIO LEY LIM)



Lee Güi-nam (Eligio Ley Lim) junto al sello del Hongmen Chee Kung Tong (Zhigongtang) 致公堂洪門, para envío y conocimiento a nombre de la asociación en “El año de buenaventura de la instauración de la República China 1943”, del nombramiento del nuevo Venerable Maestro, Distrito Federal hoy CDMX. Fuente: SF. АННЧКТ- Correspondencia diversa. 1943. Fotografía: Raúl González Alpízar.

EL CONEJO: SÍMBOLO, ORIGEN Y DESTINO

El conejo y el destino son parte de los símbolos y las creencias que han sido herramientas esenciales para la comprensión del ser humano y su relación con el mundo. Desde la antigüedad, han servido como sistemas de orientación, vinculando lo tangible con lo intangible y proporcionando estructuras narrativas que permiten dotar de significado la existencia.

En el contexto de la migración, los signos adquieren una relevancia aún mayor, pues funcionan como puentes entre el pasado y el presente, entre la tierra de origen y la tierra de adopción. La identidad colectiva se forja a través de imaginarios compartidos, donde los símbolos juegan un papel clave en la construcción de la comunidad.²

A través de ellos, las comunidades construyen narrativas que otorgan sentido a la existencia, especialmente cuando esta se ve fracturada por el desarraigo. En contextos de migración, los signos adquieren un poder renovado: se convierten en puentes entre el pasado y el presente, entre la tierra de origen y la tierra de adopción. La identidad colectiva se ancla en imaginarios compartidos, y los símbolos, como el conejo, se vuelven ejes en la reconstrucción de pertenencias rotas. Los migrantes, obligados a redefinir su lugar en el mundo, recurren a mitos y signos culturales como amarras frente al vértigo del exilio.

En la cosmología china, este animal representa además de la fortuna, la longevidad. Su figura, presente en leyendas milenarias, encarna la astucia silenciosa y la supervivencia sin alardes. Es el habitante discreto del zodíaco, el que transita entre lo visible y lo oculto, entre la prudencia y la estrategia. Según una de las historias más difundidas, habita la Luna junto a la diosa Chang'e, preparando el elixir de la inmortalidad. Desde allí observa con serenidad, como si comprendiera que cada decisión humana es también una forma de permanencia o de desaparición (Imagen 1).

Para el daoísmo, simboliza la armonía con el flujo natural del universo. Su energía es Yin: flexible, transformadora, persistente. Como enseña el Tao Te Ching, el agua vence a la roca no por fuerza, sino por constancia.³ El signo de agua encarna esa sabiduría: adaptarse no es claudicar, sino comprender el ritmo del mundo, saber cuándo avanzar, cuándo callar y cuándo desaparecer.



Imagen 1. Güi Mão, *Conejo Chino del viajero y del agua*, elaborado en marfil tallado y policromado, siglo XVII.

Fuente: Colección Museo Nacional del Virreinato.

Fotografía Diana Delgado López. 2025.

En el pensamiento confuciano, los signos del zodiaco reflejan un orden ético y social. Esta criatura, reservada y cauta, representa la previsión, el respeto y la estabilidad discreta. Es símbolo de quienes sostienen el entramado familiar sin buscar protagonismo, de quienes preservan el equilibrio desde los márgenes.⁴

La tradición budista le otorga una dimensión aún más profunda: el sacrificio. En una de sus leyendas, al no tener qué ofrecer, se arroja al fuego para alimentar a un dios. Su renuncia absoluta lo convierte en emblema de compasión y lo inmortaliza en la Luna. Ese gesto resuena en quienes, como tantos migrantes, han entregado su lengua, su nombre o sus recuerdos, no para perderse, sino para que otros puedan permanecer.

En el exilio, se transforma en emblema de resistencia, es quien huye sin rendirse, quien observa sin ser visto, quien no necesita imponerse porque ya conoce el terreno; para quienes cruzan océanos, reinventan su historia y reconstruyen su identidad en tierras ajenas, no es ornamento: es guía silencioso, refugio y espejo. También es, en esa tradición, un estratega disfrazado

de fragilidad: aquel que engaña al destino no mediante la fuerza, sino con la inteligencia. Esa ambigüedad, entre la astucia y el sacrificio, entre lo lunar y lo terrenal, lo convierte en una figura clave para comprender a quienes han vivido entre códigos secretos, pasados rotos y nombres reinventados.

El año de 1903 marcó el inicio del ciclo del conejo de agua. En la tradición china, cada nacimiento se inscribe bajo un signo zodiacal, y entre todos, este es el más escurridizo: blando en su forma, pero firme en su trayecto. No confronta, se adapta. En una aldea del sur de Hoisan, en ese mismo año, nacería un niño destinado a vivir entre nombres cambiantes, lealtades y prolongados silencios, el signo ya lo había reclamado.

EN LA TERCERA CALLE DE LA SOLEDAD:
DONDE INICIA LA HISTORIA (1997)

El 4 de mayo de 1997 el sol se filtraba entre las ramas de los encinos de la colonia la Herradura, Naucalpan, en el Estado de México, mientras caminaba sudoroso los últimos trescientos metros con la mochila a la espalda, y me dirigía a la casa de Roberta María Teresa Ley Chávez, hija de Eligio Ley Lim. La puntualidad era muy importante, pues me había enfatizado que estaba muy ocupada y que sólo me podría atender en un horario muy específico; no sabía que esa mañana se escribirían las primeras palabras de este libro.

La cita estaba pactada a las 11 a.m. y puntual llegué hasta la puerta de la casa en la calle de la Soledad con una mezcla de expectativa y cautela de lo que podría o no preguntar. Había acordado una entrevista para hablar sobre la historia del Hongmen Chee Kung Tong en México y en particular de su padre Eligio Ley. Llevaba semanas investigando, reuniendo nombres, documentos y testimonios dispersos sobre la logia china, mi tesina de licenciatura⁵ necesitaba información que solo los descendientes de aquellos primeros migrantes me podrían proporcionar: la vida cotidiana y familiar más allá de los rituales de la Sociedad Mutualista Masónica China, como también se le llamaba.

Doña Teresa me recibió con una sonrisa serena y amable y me hizo pasar a una sala decorada con muebles antiguos y retratos familiares, junto con paisajes chinos, enmarcados con meticuloso esmero. Al entrar observé con atención y una inimaginable emoción una fotografía en particular: un

hombre de mirada severa, ataviado con una medalla y fistol masónicos, posaba con porte solemne. Me incliné para ver mejor la imagen y pregunté:

¿Es su padre?

Sí —respondió con un tono de orgullo y nostalgia—.

Mi padre fue un hombre importante en la comunidad china. Uno de los líderes de la logia Chee Kung Tong en México.⁶

Durante algunos instantes miré la fotografía adornando la sala de la casa, su mirada era serena. La que solo aquellos hombres de poder guardan, lejos de la parafernalia o del exabrupto, su mirada era de aquel que sabía la autoridad se ejercía desde la cautela y el silencio (Imagen 2).



Imagen 2. Fotografía de Eligio Ley Lim con la medalla y fistol masónico, en la sala de su casa de la calle de la Soledad.

Fuente: Fotografía Raúl González, 2025.

La revelación no me tomó del todo por sorpresa. Sabía que Eligio Ley había sido una figura influyente en la organización, pero el peso con el que la Sra. Teresa lo decía me hizo comprender que su historia personal, los vínculos con su padre eran más profundos de lo que imaginaba, veintiocho años después, en esa misma sala, Alejandra Simón Ley, su hija, me diría con voz trémula que, si alguien le hubiese dicho a su madre, María Teresa, que su progenitor Eligio desolló a una persona con sus propias manos, ella

habría respondido sin dudar: “Si lo hizo fue por algo,”⁷ de ese tamaño eran sus vínculos y veneración para con su padre, y complicidades en los secretos.

Mientras hablábamos, Doña Teresa Ley y yo, yo trataba de hilar los fragmentos de información que tenía sobre la logia: su estructura, sus lealtades, su relación con el tráfico de opio y su influencia en la comunidad china del Distrito Federal (Hoy Ciudad de México), y lo entrelazaba con aquello que era lo que ella sabía sobre estos temas: me respondía que nada; una respuesta a la que yo ya estaba habituado, pero que había aprendido a escuchar y desmenuzar narraciones que se daban por insignificantes y sin alguna importancia aparente, pero no eran así. Me dijo que lo que sí podía afirmarme era que los miembros del HCHKT, ella nunca se refirió a la organización como un Hong-men, sólo como miembros de la logia, se apoyaban en todo momento y que, si alguien necesitaba algo, como un lugar para dormir o comer e incluso dinero para regresar a China podía contar con el apoyo de la sociedad mutualista y particularmente de su padre. También me mencionó que Eligio era de pocas palabras y que no platicaba de nada, sus asuntos siempre se los guardaba para él, pero que como patriarca cumplió puntualmente con todas sus obligaciones y nunca les faltó nada en el hogar, ni a su madre ni a todos sus hijos.⁸

La conversación del no saber “nada” se extendió por más de dos horas. Las preguntas y respuestas eran recíprocas; para cada duda de mi parte ella tenía una nueva y me indagaba sobre el cómo los había encontrado, a quienes les había hablado, resultaba anecdótico que cada nombre que yo mencionaba de otros descendientes ella inmediatamente los identificaba: de quién eran hijos, a qué se habían dedicado sus padres, el rumbo por donde vivían, después, guardaba silencio sobre ellos. Sus cuestionamientos parecían ser la voz de otra persona que ansiaba conocer qué y cuánto era lo que yo sabía. Tomé notas apresuradas, pues el horario de la reunión se terminaba muy rápido, por obligaciones que ella tenía tal y como me lo había advertido al aceptar la entrevista, y al tiempo que grababa su testimonio, su hermana menor, Elia Ley Chávez, se incorporó a la plática por algunos momentos y prestaba atención con la certeza de que cada palabra tenía valor. Cuando la cita concluyó, Teresa me acompañó hasta la puerta.

—Gracias por su tiempo, le dije, mientras guardaba mi libreta y mi grabadora. Ha sido una conversación muy importante y de verdad se lo agradezco.

—Mi padre tal vez hubiera querido que se supiera su historia, si él hubiera sabido algo de ella, dijo ella con una sonrisa enigmática, lástima que no sepa más que aquello que le dije y de lo que se pudo acordar.⁹

Asentí sin darle demasiada importancia a la frase, no entendí lo que me sugirió mi hermana María Teresa.¹⁰ No sabía que, en ese momento, un anciano de noventa y cuatro años había escuchado cada palabra de nuestra conversación; me alejé sin sospechar que el hombre cuya historia hoy busco reconstruir no era un recuerdo en algún mausoleo. Su padre, un chino llamado Eligio Ley, estaba escuchándonos desde la habitación contigua a la sala. Tal vez midiendo mis palabras en silencio. Yo no sabía que al cruzar esa puerta y despedirme había dejado atrás algo más que una conversación: había abierto, sin que fuera mi intención, el umbral de una historia aún por contarse.

HOISAN: CRISIS AMBIENTALES Y MIGRACIÓN

Hoisan o Toisán, 台山, está ubicada en la provincia de Guangdong, China.¹¹ Conocida también como Taishan, en cantonés, constituye una región conformada por aldeas y campos agrícolas que, desde la antigüedad, han sostenido a una población en constante tensión con los límites de su entorno natural. Más que un solo pueblo, Hoisan se configuró como una unidad regional de organización social y cultural, reconocida por sus hablas locales y por una densa red de clanes que articularon la vida cotidiana.

A principios del siglo xx la dependencia a las actividades agrícolas era casi absoluta, salvo por la existencia de talleres artesanales que ayudaban a cubrir necesidades de calzado, vestido, etcétera, lo que convirtió al territorio en un espacio vulnerable ante la presión demográfica y las variaciones ambientales, factores que marcaron su devenir histórico y configuraron las condiciones que darían forma a su identidad colectiva.

Los arrozales escalonados en las laderas de las montañas y las pequeñas parcelas de verduras eran su principal fuente de ingresos clánicos. Sin embargo, las tierras no eran fértiles por naturaleza y exigían un trabajo arduo para ser productivas. Cada temporada traía consigo la posibilidad de las sequías, por la carencia de las lluvias y la amenaza de plagas que podían arrasarse con los cultivos en cuestión de días.

Las lluvias igualmente podían destruir en un instante lo que meses de esfuerzo habían logrado cultivar, y la escasez de alimentos era un espectro constante en la vida de los campesinos.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, el Imperio Chino estaba sumido en una profunda crisis. La Dinastía Qing, debilitada por décadas de corrupción e intervenciones extranjeras, se tambaleaba al borde del colapso.¹² El hambre y la miseria impulsaban a miles de chinos a emigrar en busca de oportunidades y, entre ellos, muchos provenían de Guangdong, particularmente de la región de Taishan.¹³

Su región con una mayor concentración de población se encontraba alejada del bullicio de las ciudades costeras, enclavado entre colinas de densa vegetación y senderos de tierra rojiza que conectaban pequeñas aldeas agrícolas. La vida en esta región era dura, gobernada por las estaciones y por la incertidumbre de la naturaleza.

La vida en las aldeas agrícolas del sur de China se sostenía sobre un equilibrio muy frágil. La dependencia al ciclo de lluvias y de la fertilidad de la tierra hacía que cualquier alteración climática, sequías prolongadas, inundaciones, plagas o inviernos extremos, pusiera en riesgo la supervivencia de las familias. Cuando las cosechas fallaban, las hambrunas no tardaban en aparecer y con ellas surgía la necesidad de abandonar temporal o definitivamente la aldea en busca de sustento.

Este vínculo entre crisis ambientales y movilidad poblacional ha sido estudiado en distintos contextos históricos. Algunos historiadores han entendido la complejidad de los estudios biohistóricos como en los procesos migratorios o revueltas de larga duración. Como ejemplo, al analizar la rebelión de los Turbantes Amarillos, se muestra la relación entre las catástrofes naturales y las hambrunas forzaron a campesinos chinos a desplazarse durante largos periodos, muchas veces sin posibilidad de regresar a sus lugares de origen.¹⁴ Esta visión permite entender que la migración no debe concebirse como un simple movimiento voluntario, sino como la respuesta forzada a un entramado de presiones ambientales y demográficas que agotaban las posibilidades de subsistencia local, como veremos a continuación en la vida de Lee Güi-nam.

LEE GÜI-NAM, EL CONEJO DE AGUA (1903)

Lee Güi-nam, o Lee Kui Nam,¹⁵ nació en el año 4600, pese que algunos ilustrados de los calendarios del Occidente lo llaman 1903, año del conejo de agua (Güi Máo) en un caserío montañoso de la región. Fue el tercero de tres hijos y miembros del clan extendido Lee. Hijo de Andrés Ley y María Lim.¹⁶

Su padre, campesino, un hombre de trabajo, al que Eligio también recordaba como Fidel Ley,¹⁷ trataba de mantener a la familia con dignidad, pero los tiempos eran difíciles. Mientras su esposa se encargaba de la crianza de los niños y el hogar.

En la primera década del siglo xx, en la villa de la familia, la hambruna se convirtió en una presencia habitual en la aldea. Había días en que la única comida eran raíces hervidas o un tazón de arroz aguado compartido entre todos. Aun así, la familia resistía, aferrándose a la creencia de que los tiempos mejorarían.

Las noticias sobre la agitación política llegaban incluso a los rincones más remotos. En las tabernas y el mercado de Hoisan, los viajeros hablaban de sociedades secretas que financiaban la revolución que predicaba un tal Sun Yat-sen. Se decía que en Japón existía un grupo llamado la Sociedad del Dragón Negro, compuesto por nacionalistas japoneses que lo apoyaban y que veían en la caída de la dinastía Qing una oportunidad para expandir su influencia en Asia. también se decía que desde Jīnshān, 金山, la “Montaña de oro”,¹⁸ otra organización, tomó el nombre de la Sociedad del Dragón Rojo, fundada y desarrollada por Homer Lea, un estratega militar estadounidense que soñaba con ser un nuevo Napoleón, al lado de Sun, —nadie sabía quién era ese tal Napoleón, pero las historias ayudaban a llenar la panza con fantasías a falta de arroz—, y vio en la posible Revolución China una oportunidad para alterar el equilibrio geopolítico mundial y reunía a simpatizantes de la causa revolucionaria, muchos de ellos inmigrantes chinos que habían escapado de las persecuciones políticas y ahora enviaban recursos para derrocar el antiguo régimen (Imágenes 3 y 4).

Estas sociedades operaban desde las sombras, tejiendo redes de apoyo que alcanzaban incluso a los pueblos más aislados. Sun Yat-sen, con el apoyo de sociedades secretas como el Tongmenghui (同盟會),¹⁹ trabajaba incansable por encender la chispa, pero eran mayores los fracasos que los

éxitos, y los aliados abandonaban el barco antes de ponerlo a flote. Pero la lucha de Sun Yat-sen no cesaba (Imagen 5).



Imagen 3. (Derecha) Ryohei Uchida, fundador del *Dragón Negro*, en Japón.
Imagen 4. (Izquierda) Homer Lea, fundador del *Dragón Rojo* en Estados Unidos.

Fuente: Fotografías: Dominio público.



Imagen 5. Sun Yat-sen en su primer exilio en Japón en 1900, sentado primero al lado derecho. Fuente: Fotografías: Dominio público.

El padre de Güi-nam no formaba parte de esos movimientos. Ajeno a los círculos revolucionarios y a los rumores de conspiraciones, él sólo conocía la tierra y el esfuerzo diario para mantener con vida a su familia y conservar su estatus dentro del clan.

EL COMETA Y LA PÉRDIDA (1910)

Pero la esperanza se desmoronó en 1910. Ese año, el cometa Halley cruzó los cielos de la tierra y en China este proceso astronómico, que se repite cada 75 años, fue visto como un presagio de calamidades inminentes. A esto se sumaban los efectos de las devastadoras inundaciones que habían azotado la región del Chang Jiang durante el largo periodo entre mediados del siglo XIX y principios del XX.²⁰

Aunque Hoisan estaba lejos de aquellas tierras, el desastre acuífero había desplazado a centenas de miles de personas, sobrecargando las ciudades y aldeas de Guangdong con refugiados hambrientos que traían consigo enfermedades y aumentaban la competencia por los escasos recursos disponibles. La crisis demográfica-ambiental alcanzó su punto crítico. El agotamiento de las tierras, la creciente presión de nuevos pobladores y la imposibilidad de obtener alimentos fuera de la aldea hicieron que la situación se volviera insostenible.

Para la familia Lee, la tragedia no tardó en materializarse. Su padre, debilitado por el trabajo y las enfermedades, no pudo resistir más. Su cuerpo, desgastado por años de esfuerzo incesante y privaciones, sucumbió en la oscuridad de la noche, sin más testigos que su familia y el cielo que, en su inmensidad, parecía indiferente a la miseria de los hombres. Murió una noche sin hacer ruido, su cuerpo consumido por la peste se sumaba a otros que caían como moscas en la región.

—Así morían los hombres de los arrozales, sin más fortuna que una tierra que los retaba, derrotaba y consumía—. Narró Eligio a su hija Teresa.²¹ El pequeño Lee tenía siete años, pero comprendió del todo lo que significaba la muerte de su padre: Trabajar más (Imagen 6).

Vio a su madre, en silencio junto al cuerpo sin vida de su esposo, y después de los ritos funerarios, continuar. En la aldea, la muerte no era un evento inesperado; era una visita recurrente que nadie podía evitar. Para

un niño de esa edad criado en una cultura donde la muerte era parte del ciclo inmutable de la existencia, la pérdida de su padre no se traducían en llanto o desesperación. Desde muy pequeño había visto cómo los ancianos o los jóvenes se despedían de este mundo con resignación, cómo las familias ofrecían ofrendas sencillas en pequeños altares de madera para honrar a sus muertos y cómo el sufrimiento no daba espacio a la queja. La ausencia de su padre era un golpe, pero no un misterio.



Imagen 6. Representación alegórica de la muerte del padre de Lee Güi-nam bajo el cometa Halley y la fusión de sus raíces con la tierra de Hoisan
Fuente: Imagen generada por inteligencia artificial a partir de una solicitud de Fredy Carrillo Cauich, en colaboración con ChatGPT (OpenAI), el 14 de junio de 2025.

La muerte del padre no fue solo una tragedia doméstica. En el mundo rural taishanés su fallecimiento implicó una fractura estructural en el eje de la familia. El padre no sólo era proveedor; era mediador ante los ancestros, representante ritual en el altar familiar y garante del lugar que ocupaba la unidad doméstica dentro del *Zupu*,²² el libro genealógico del clan. Su ausencia desestabilizaba todo.

Viuda y con tres hijos a costas, la madre enfrentó un doble desplazamiento: por un lado, la pérdida del marido la dejó sin voz en el consejo de ancianos; por el otro, su condición femenina impedía que ella misma

encabezara formalmente la unidad familiar. La pobreza agravaba el problema. Sin tierra suficiente, sin un varón adulto que pudiera representar al grupo en la repartición de recursos del clan o en las disputas locales, y con un hijo varón que apenas podía ver por encima de la mesa, la familia quedó en la periferia de las decisiones comunitarias.

En las aldeas de Toisán, el equilibrio interno de los clanes dependía de que los varones participaran activamente en los rituales estacionales y en las contribuciones al templo ancestral. Al morir el padre, esa responsabilidad recaía en el hijo varón mayor —una carga que, en este caso, cayó demasiado pronto sobre los hombros del joven Güi-nam—. Aún sin la fuerza suficiente para trabajar los campos por completo, y sin la autoridad moral para hablar en nombre del linaje, su condición era ambigua: demasiado joven para mandar, pero demasiado necesario para desaparecer.

A esto sumaba una realidad económica: la escasez de tierras cultivables, el alza en los impuestos y la sobrepoblación empujaban a miles de jóvenes hacia los barcos de enganche que ofrecían “trabajo en América”. En muchos casos, eran las madres viudas quienes pactaban la salida de sus hijos mayores con la promesa de que, desde el extranjero, podrían enviar remesas que mantuvieran a flote a los que quedaban atrás. No era una decisión ligera: era una estrategia de supervivencia en un mundo donde las redes del clan ya no eran suficientes.

En su aldea, los rumores sobre tierras lejanas donde se podía prosperar circulaban entre los campesinos como un susurro seductor, que la asociación del cielo y la tierra o Tiandihui, se encargaba de promocionar, pues se decía que habían logrado crear un brazo que llevaba a una tierra de prosperidad y en donde abundaba el arroz y que en poco tiempo cualquiera podría ser más rico que cualquier Mandarín (Imagen 7).²³

DIARIO DE VIAJE A MAZATLÁN (1915)

En abril de 1999, Eligio en su lecho, volvió a escuchar la pregunta que le realicé a su hija dos años atrás: Entonces Sra. Teresa, ¿para su padre la logia fue muy importante? Pregunté, mientras ella enjuagaba sus labios en un vaso con agua.

—Sí, siempre estaba ahí, pero no sé cómo llegó a ella.



Imagen 7. Cartel de enganche común en Hong Kong, a finales del siglo XIX y principios del XX. Su traducción: Colonia China para Mejico. Todos recibirán mucho dinero allá. Tendrán Tierra. Harán el primer año 500.00 us, y el próximo 1000.00 us. Tendrán pronto más dinero que los mandarines. Mucho arroz bueno y vegetales baratos. Nao bueno sin enfermedades. Mucho espacio. Pregunta con tu jefe de casa (clan). Fuente: Recuperación del autor, basado en imágenes de la época (Laboratorio Lynn Margulis).²⁴

Adentro de la habitación, en la cama que ocupaba Eligio, el silencio dominó el lugar, pero un fuego de recuerdos se extendió por toda la habitación, algo quería estallar.

La muerte del padre fue la señal para Lee Güi-nam: la continuidad de su familia solo podía garantizarse más allá del mar. Su partida no fue voluntaria; fue una respuesta estructural a un colapso interno. Sin padre, sin tierras, sin respaldo del clan, la única salida era la diáspora. Y fue precisamente esa orfandad —no solo del padre, sino del sistema de protección que este representaba— lo que terminó por vincularlo con otra red: la de los *Tíos o Jiùjiu*, 舅舅,²⁵ aquellos hombres mayores que, desde el extranjero, operaban como nodos de recepción, tutela y redistribución de migrantes dentro de los circuitos del Tiandihui o la *Gran Familia del Cielo y la Tierra* (Hongmen).

No eran parientes de sangre, pero actuaban como tales bajo las reglas tácitas del juramento fraternal, eran las extensiones foráneas de la Tiandihui locales, las sociedades fraternales del Cielo y la Tierra.²⁶ Desde el momento en que abordará el barco con destino a América, dejaría de ser

solamente el hijo de una madre viuda: pasaría a ser el pupilo de un sistema de afiliación paralelo, donde la lealtad sustituía a la consanguinidad y el deber hacia la familia era redirigido hacia una comunidad secreta, cuyos vínculos reconfiguraban el exilio en una forma de pertenencia.

Por las noches, previas a su viaje, su madre evocaba tiempos de abundancia remota, cuando la tierra aún respondía y el clan ofrecía respaldo; para Güi-nam, tales relatos pertenecían a un pasado que nunca vivió, pero buscaban, tal vez crear un vínculo del futuro viajero para con la aldea.

En su vida, la escasez era la norma, pero no debía de ser el futuro, y “todo debe de hacerse por la familia”, le escuchó decir a su madre por primera vez.²⁷ Y al ser el mayor, el único con edad suficiente para asumir obligaciones adultas, las tareas del campo recayeron exclusivamente sobre sus hombros y los de la mujer que lo crio. Unas semanas antes de partir, falleció su hermano menor víctima de la peste, pero después de un entierro simple la vida continuaba para los preparativos del viaje, la vida no se hizo para derramar lágrimas, dijo su madre.

Con el paso de los días, aquellos murmullos de su viaje se volvieron más insistentes al interior de su hogar. Corría el rumor de que los Tíos eran el Chee Kung Tong 致公堂²⁸ nombre público que ocultaba al verdadero Hong-men 洪門 quien ayudaba a facilitar esos viajes. La organización, heredera de rituales juramentos antiguos, sostenía redes migratorias y brindaba auxilio a quienes mostraban disciplina, discreción y compromiso, y esa era la clave, obedecer sin cuestionar.

El destino se fue dibujando como una respuesta. No se trataba de abandonar su hogar, sino de sostenerlo desde lejos. De suplir, con su partida, aquello que la muerte había dejado inconcluso.

—Mi madre, recordaba Eligio con los ojos mirando al techo de su cuarto, me llevó hasta el Yishū o hermanos mayores de la aldea, y el *Jiùjiu* que me trasladaría, estos intermediarios del Chee Kung Tong se encargarían de entregarme en Hong Kong a otro. Mi madre, antes de soltar mi mano, me recordó una vez más: “La familia es primero. Nunca olvides eso.” dijo una vez más; aunque sabía que los Yishū no tenían lazos de sangre con nosotros. Eran hombres de voz áspera y mirada impenetrable, que apenas me dedicaron unas palabras antes de tomarme del brazo y llevarme lejos. Desde ese momento, mi destino ya no estaba en mis manos. Todo se debía hacer por la familia. Esas fueron las palabras de mi madre cuando me tomó de

los hombros antes de partir. Un abrazo seco, sin lágrimas, sin promesas de reencuentro. Solo la certeza de que, de alguna forma, mi viaje aseguraría la supervivencia de los que quedaban atrás si yo era capaz de mandar dinero.

Recordar el puerto de Hong Kong era ver un hervidero de actividad. Gritos de comerciantes, el sonido de cajas apilándose en los muelles, el murmullo de cientos de personas esperando embarcar hacia destinos lejanos.

—¡Si!... Yo soy miembro del Chee Kung Tong, porque ellos me salvaron la vida, ¡A ellos les debo todo! Ellos cuidaron de mi familia cuando me fui, ellos me ayudaron a traer familiares a México, si ellos fueron, ¡porque yo soy el Chee Kung Tong! Respondió sin mover sus labios y a la distancia a mi pregunta. Eligio con los ojos cerrados y la respuesta resuelta al intruso que estaba en su sala de la calle de la Soledad, que preguntaba una y otra vez a su hija María Teresa, sobre sus orígenes y llegada a México. El conejo levantó la mirada y un pequeño brillo se percibió en sus ojos rojos: ¡Yo soy el Chee Kung Tong!²⁹

Partí de China el 31 de agosto de 1915, sin saber si regresaría. Nadie nos decía cuánto duraría el viaje ni a dónde llegaríamos con exactitud.

Subí a bordo con otros jóvenes que, como yo, habían sido contratados como trabajadores. Algunos hablaban en susurros sobre lo que nos esperaba, otros permanecían en silencio, observando el océano con una mezcla de miedo y resignación. Nos llevaron a la parte baja del barco, un espacio estrecho y mal ventilado donde las literas estaban apiladas unas sobre otras. El aire era denso, impregnado del olor de cuerpos sin bañar y de comida rancia. Nadie preguntaba nombres. Solo números, destinos, deudas. El viaje no era una travesía: era una transacción.

A nosotros nos entregaban al *Jiùjiu*, al *Tío*³⁰ y ese hombre nos guiaba como se traslada a los animales: sin preguntar, sin explicar, solo una orden detrás de otra, con severidad, balbuceábamos alguna frase de desagrado de molestia, éramos humanos y algunos hasta paisanos de la misma aldea, pero ello no impedía los gritos que nunca concluyeron, aun así, avanzábamos, su presencia era firme él era nuestro boleto, nuestro lugar en la nao. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía, sabíamos que era mejor obedecer.

El barco se llamaba *SS Manchuria* (Imagen 8), una embarcación de la *Pacific Mail Steamship Company*.³¹

No sabíamos qué significaba, pero lo gritaban por todas partes, y tenía un sonido fuerte, extranjero, como si nombrara un imperio que ya no

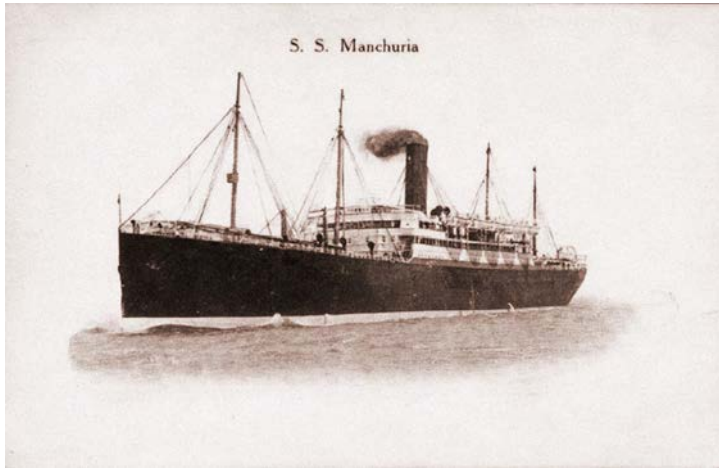


Imagen 8. S.S. Manchuria en 1903.

Uno de los barco utilizados en la ruta de Hong Kong, con destino a San Francisco, y uno de los navíos utilizados para el tráfico migrante de Chinos en 1915.

Fuente: Imagen dominio público.

existía. Subimos al atardecer, cargando un hatillo con lo poco que nos quedaba. El Tío hablaba con los tripulantes sin bajar la mirada, y nos colocaron en la parte baja del barco, donde los olores se mezclaban con el vapor de cuerpos apretados. Y empezó el viaje y comenzaron los días.

Esa noche pensé que Hoisan quedaba atrás, y con ello, una parte de mi vida; sin embargo, mi destino no debía cerrarse del todo con mi partida. Según las tradiciones de nuestra comunidad, un hombre no debía irse al extranjero sin estar casado. Era la única garantía de que, tarde o temprano, regresaría. Así que antes de dejar la aldea, mi madre organizó mi matrimonio con una joven de nuestro pueblo tres años mayor que yo, *Li Mei Hua* (林美花),³² una muchacha de familia humilde con la que compartía pocas palabras, pero con quien mi vínculo estaba sellado por el deber y la costumbre. El matrimonio era simbólico, no hubo gran ceremonia ni promesas, solo la certeza de que, aunque me marchaba, una parte de mí quedaba en Hoisan. A los doce años, la compasión y el sentimentalismo eran lujos que no podía permitirme. La pobreza no daba espacio a la debilidad, y el que no avanzaba simplemente perecía. Yo no sería de los que perecen.

En las noches, el Tío se sentaba cerca de nosotros con un cuaderno pequeño. Escribía palabras en letras que no entendíamos. Las pronunciaba

en voz alta, y luego nos hacía repetir: “perro, pan, agua, amigo”. Algunas veces, nos corregía con palmadas secas en la cabeza. Decía que teníamos que aprender lo básico, lo indispensable. “No es para hablar, nos dijo, es para que no los golpeen.”³³ Sucede que a veces el miedo es también una buena forma de enseñar la importancia de la comunidad.

Fue una noche oscura, con el mar invisible por la niebla, cuando el Tío me llamó. Me mostró una lista con nombres escritos en esa otra lengua. Me señaló uno: “Ramón”, y después agregó: “Ley”. Luego me explicó que Lee, mi apellido, causaba risa o burla entre los mexicanos, que lo decían con sorna o como si fuera apodo. “Ley suena mejor, dijo, parece más de ellos, y tú no quieres que te marquen apenas hables.” No protesté, solo asentí. En ese momento, Lee Güi-nam empezó a morir, y nació Ramón Ley con el bautizo de las olas que golpeaban la proa del barco.

Muchos años después, mientras viajaba en tren con mi hijo Andrés a mi lado, me recordé trabajando en los campos de arroz y en las pequeñas parcelas de verduras que mi madre y hermanos intentaban mantener tras la muerte de mi padre. Estaba en ese barco y fue mi madre quien hizo los arreglos para que fuera reclutado por los miembros del Hongmen. Ella entendía que, al enviarme lejos, estaba asegurando la posibilidad de una mejor vida para todos. Así que cuando ellos vinieron a buscar trabajadores, ella ya había tomado la decisión por mí. No me preguntó, no dudó. Sabía que en mi aldea no había futuro, y quienes aceptaban el llamado de ellos rara vez volvían a pasar hambre, claro, de los que se sabía algo, pues muchos otros habían desaparecido sin dejar ningún rastro y cuando les preguntaban por ellos, los miembros del Hongmen solo se encogían de hombros. Yo estaba en ese barco por mi madre, pero nunca se lo reproché: “a la familia solo se le debe lealtad”.

En el trayecto hasta San Francisco, la primera parada tomaría entre veinte y treinta días, dependiendo de las condiciones del mar. Era un tiempo insoportable para quienes no estaban acostumbrados a la vida en un barco. Los días transcurrían en penumbra, con una alimentación escasa y repetitiva: arroz endurecido, pescado seco y agua salobre. La humedad lo cubría todo y la oscuridad perpetua de nuestra bodega hacía difícil saber si afuera era de día o de noche.

A los pocos días, las enfermedades comenzaron a propagarse. El mareo era solo el comienzo de una pesadilla que se extendía por la bodega del barco.

No todo lo que ocurrió ahí abajo lo puedo contar. Uno aprende a no hacerlo. Había que quedarse quieto, muy quieto, casi sin respirar, como si moverse significara llamar la atención equivocada. Yo dormía con un ojo abierto, aunque no había mucho que ver. El aire era espeso, con ese olor que se mete entre los dientes: óxido viejo, comida podrida, sudor fermentado. A veces se oían cosas, ruidos que nadie quiso oír del todo: Una cuerda que crujía distinto, una respiración que se detenía, un cuerpo que dejaba de moverse y otro que ocupaba su lugar. Nadie preguntaba por nadie. Nos habíamos vuelto cosas numeradas: uno, dos, el de Hoisan, el de los pies hinchados, el que ya no se levantó. Lo que pasó ahí, se quedó pegado a la madera, como humedad que nunca se seca. Y eso... eso no se dice, se arrastra, por eso aprendí a llevar una punta de acero escondida entre la ropa, por eso aprendí que un revólver tiene seis balas, y una daga las veces que puedes apuñalar sin cesar, solo cuando tu brazo se cansa, eso lo aprendí bajo la cubierta de ese barco que olía a mierda.³⁴

Cuando finalmente llegamos a San Francisco, nos informaron que cambiaríamos de embarcación porque el siguiente trayecto sería con una tripulación diferente. No nos dieron detalles sobre las razones, solo nos indicaron que debíamos seguir las instrucciones sin cuestionarlas. La nueva nave, más pequeña y menos imponente que la primera, tenía una tripulación que hablaba español, un idioma que hasta ese momento era completamente ajeno para mí. Los Estados Unidos, no era para nosotros. Las leyes de exclusión impedían que los chinos ingresaran libremente, así que nuestro grupo fue dirigido de inmediato hacia el sur.

El siguiente tramo del viaje nos llevó a Ensenada, en Baja California, a bordo de esta nueva embarcación, donde los hombres que nos custodiaban hablaban en un español rudo y directo. Era evidente que no éramos más que carga para ellos, mercancía humana que debía llegar a su destino sin causar problemas. Este trayecto sumó 3 días más de viaje en condiciones igual de precarias. Ya no había tanta supervisión; los que nos transportaban sabían que estábamos cansados y sin fuerzas para resistir. Nos hablaban en un español tosco, intentando darnos órdenes. Durante el trayecto, uno de los hombres del HCHKT se encargó de enseñarnos algunas palabras extras básicas que debíamos repetir sin equivocarnos: “Por favor”, “Gracias”, “Sí”, “No”. Nos dijeron que estas frases eran necesarias para sobrevivir, que los blancos esperaban sumisión en el lenguaje y que usarlas adecuadamente

evitaría problemas. También nos advirtieron algo más: ‘No miren a los blancos a los ojos. Son malvados y, si los desafiamos con la mirada, lo pagaremos caro. Aprendí las primeras palabras de aquel idioma, lo suficiente para entender que la obediencia significaba menos golpes y más comida.

Finalmente, la nave se detuvo a unos cientos de metros del puerto de Mazatlán (Imagen 9). Desde la cubierta, podíamos ver la ciudad extendiéndose en la distancia, con sus construcciones de piedra clara y la brisa marina golpeando con fuerza. Sin embargo, no se nos permitió desembarcar. No hubo órdenes de bajar, ni señales de bienvenida. Nos dijeron que debíamos esperar, que nuestro destino no terminaba allí. La incertidumbre nos envolvía, pero ya habíamos aprendido a no hacer preguntas. Solo podíamos mirar la costa lejana, sintiendo la ironía de estar tan cerca de tierra firme y aún atrapados en el mar. El sol quemaba con intensidad, los rostros eran distintos, las voces incomprensibles. Pero no había tiempo para asimilarlo. Los hombres del НСНКТ ya nos esperaban. Nuestro viaje apenas comenzaba.

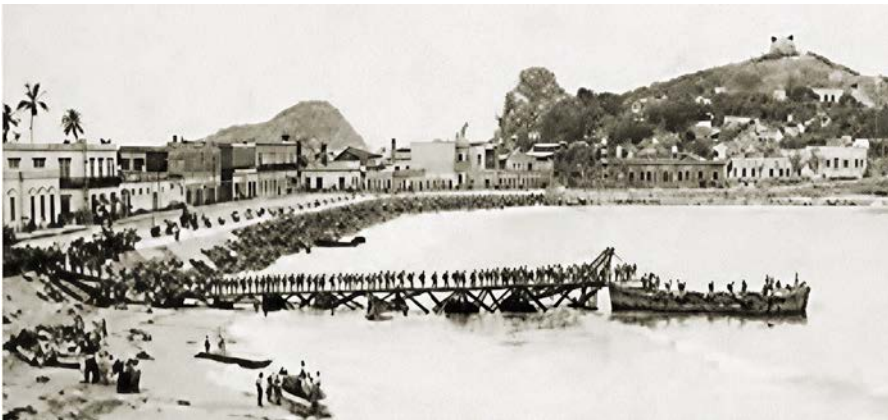


Imagen 9. Puerto de Mazatlán en 1914.
Una imagen que muchos viajeros de la época evocaban.
Fuente: Imagen Dominio público.

Hasta los últimos días de su vida conservó sus secretos,³⁵ Y ello no fue sencillo, porque en medio de la agonía, el saber puede convertirse en la más implacable de las torturas. Tal vez revolotearon sus recuerdos y comenzaron

a dar de vueltas en su cabeza y tal vez, por eso en medio de su silencio escuchó la llamada que le realicé a su hijo Andrés Ley Chávez el 18 de julio del 2024.

—Buenas tardes, Don Andrés, estoy investigando sobre la vida de su padre Eligio Ley Lim, y quisiera que me platicara algunos de los recuerdo que tiene usted sobre él, o de algunos momentos en los que pudo narrarle algo sobre su vida.

— Buenas tardes, respondió la voz por el otro lado del celular, no le puedo decir casi nada pues mi papá era una persona muy silenciosa, muy reservado sobre su vida. Incluso cuando viajábamos en tren él platicaba poco.

Disculpe, Don Andrés, lo interrumpí, ¿A dónde viajaban en ese tren?

—A mi papá, nunca lo escuché contar de sus viajes y no dijo casi nunca nada de lo que hacía en ellos, me dijo, un tanto dudosos de lo que iba a responderme, sabía que una hebra del hilo se le había escapado; la voz al otro lado de mi teléfono titubeo. Lo suyo, continuó, era otra cosa: decía frases sueltas. Miraba lejos o se detenía frente a una imagen del camino que parecía dolerle en los huesos, casi siempre miraba por la ventana del tren.

Pero, ¿cuál tren Don Andrés? ¿A dónde viajaban? Volví a preguntar, no soltaría ese tema tan fácilmente.

—En el tren que viajábamos con rumbo a Mexicali, Tijuana o a Sonora, me respondió, en ese tren cuando mi papá posó la mano sobre mi hombro, con firmeza, pero también con una especie de temblor apenas perceptible, me quiso decir algo, pero limitaba mucho sus palabras, así era mi padre, platicaba de la familia y de nada al mismo tiempo.³⁶

—Eligio, al escuchar la respuesta de su hijo, comenzó a balbucear a la oscuridad, queriendo que su respuesta nos alcanzaría 26 años después, era el momento de hablar—.

¿Te acuerdas, Andrés? De lo que te dije, hijo... ¿te acuerdas muchacho? En los viajes en tren que realizábamos con rumbo a Sonora, Tijuana o a Mexicali. No hablábamos mucho durante todo el trayecto, había tan poco que decir pues ni tú me conocías y yo sabía lo suficiente de ti, pero el sonido del tren parecía aflojarme la lengua. Decía poco, pero lo esencial: Recuerdo Ímuris, ahí aprendí a callar, a mirar hacia otro lado... dije de dientes para adentro mientras miraba por el vidrio de la ventana y mi cigarrillo a medio consumir descansaba en mi boca.

¿Recuerdas, Andrés? Te sentaste junto a mí sin hacer preguntas, solo querías escucharme y yo te platicaba del cometa Halley, del viaje imaginario que hice a través del océano mientras lo mirábamos asombrados estando en la cubierta del barco; el cometa acompañándonos a mi padre y a mí, en el viaje con rumbo a Mazatlán y el cometa que, cuando llegamos al puerto, regresó con él en el barco con rumbo a China, perdiéndose entre la niebla de la madrugada, llevándolo sobre la cubierta, él se despidió de mí, levantando la mano, y luego la niebla lo envolvió junto con el barco y se alejaron para siempre, yo creo que se fueron con el cometa; tu eras muy pequeño y no comprendiste lo que no te estaba diciendo. Viajábamos como ahora lo hacemos. El tren avanzaba con ese ruido seco, de metal fatigado, como si cada rueda estuviera cargando años que no le correspondían.

—Tú me mirabas, yo lo hacía dentro de mi cigarro.

Te platicué que atravesé el desierto, que caminé mucho y que, gracias al trabajo, el sacrificio y la disciplina logré abrir mi primer negocio, perdóname, Andrés, había muchas cosas que no te podía decir, y, a veces, es mejor una buena historia que el pasado. Esa historia casi bíblica la hemos repetido tantos paisanos que pareciera un libreto que teníamos que aprender y narrarla en la familia para que nadie preguntara nada.³⁷

Ese vagón tenía algo. Me devolvía, no a San Francisco, ni a Ímuris, ni mi viaje a la logia, sino más atrás. A la bodega del barco. Al viaje que nunca le conté a nadie. Donde el aire se podía cortar con la lengua. Donde algunos dormían y no despertaban. Donde no había nombres, solo cuerpos, y no todos llegaron a tierra.

Pensé en decírtelo Andrés. Quiero decirte que aprendí a respirar despacio para que nadie me notara. Que fui testigo de cosas que ni siquiera ahora podría nombrar sin que se me atraganten. Algunos hombres recordarán lo que pasó bajo la cubierta en aquel viaje, pero yo no lo recuerdo; no recuerdo las manos acercándose a mi cuerpo, el olor despreciable, el querer huir, pero no poder hacerlo, no había a dónde, solo el océano, no Andrés, no me acuerdo de esa historia.

Por protección de mi familia, por todos ustedes no me acuerdo, porque no todo lo que uno vive debe heredarse. Por eso ustedes saben tantas historias de mi historia, tal vez solo así nunca descubran la que yo viví bajo esa cubierta, o en Nacozari, o en todos los lugares donde me vieron otros ojos llegar, perdóname, solo tenía 12 años.

Así que sólo puse la mano sobre tu hombro cuando entramos en la curva de las vías. No dije nada. Tampoco tú. Y, sin embargo, ese gesto fue lo más parecido a hablar que tuve en muchos años.

Andrés, tú me escuchabas sin interrumpir. Sabías que tu padre no contaba cuentos: devolvía fragmentos de sí mismo que aún no se habían apagado del todo. Andrés, ahora sabrás que yo era Eligio, alias Ramón alias Eligio, o viceversa... no entendías que mi silencio era una forma de hablar el idioma del poder. Que ser útil, ser invisible, y no traicionar al paisano que te había dado techo y tareas, eran méritos más valiosos que cualquier otra cosa. La lealtad no se decía: se mostraba. Y esa lealtad, endurecida entre surcos, fue la contraseña que me llevó al umbral de la logia. ¿Te acuerdas Andrés? ¿Recuerdas lo que nunca te dije? Íbamos para Sonora o a Mexicali.³⁸

—No hablábamos, recordaba Andrés Ley, no hacía falta. Me dijo con un pequeño silencio y, sin embargo, nunca me dijo tanto como en ese instante, remató mi interlocutor.

Hablar con Andrés Ley Chávez, se percibía como aquel que no quiere recuperar el pasado y que cualquier plática debía de terminar lo más pronto posible, eso lo aprendió de su padre, Don Eligio. Hablar con él era el reflejo de un hombre que amó profundamente a su padre, y que a 25 años de su fallecimiento lo recordaba con veneración (Imágenes 10 y 11).



Imagen 10. Andrés Ley Chávez, con su padre Eligio Ley Lim, el día de su boda
Fuente: S/f. Archivo Familia Ley.
Fotografía Raúl González A. 2025.



Imagen 11. Andrés Ley Chávez y Eligio Ley Lim, en los años 90
Fuente: Sin fecha precisa. Archivo. Familia Ley Chávez.

NOTAS

¹ Carl Sagan, *Cosmos*, trad. Margarita R. de Velasco (Barcelona: Planeta, 1980), 345.

² Jan Assmann, *La memoria cultural: Escritura, recuerdo y política en las primeras civilizaciones*, trad. María Condor (Barcelona: Gedisa, 2008), 36-38.

³ En el *Tao Te Ching*, Laozi expresa que “nada hay en el mundo tan blando como el agua, pero nada la supera contra lo duro. Lo blando vence a lo duro, lo débil vence a lo fuerte.” Esta enseñanza, presente en el capítulo 78, ilustra cómo la persistencia y la flexibilidad —y no la fuerza— son las verdaderas potencias transformadoras. Véase Lao Tse, *Tao Te Ching*, trad. de Jesús Aguado (Ciudad de México: ILCE, 2005), cap. 78, https://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/Colecciones/ObrasClasicas/_docs/TaoTeKing_LaoTse.pdf.

⁴ *Chinese Astrology*, consultado el 4 de febrero 2025, <https://www.scribd.com/doc/50990861/chinesse-astrology>.

⁵ Fredy Cauich Carrillo. “La comunidad china en el estado de Sonora: la migración china a Sonora y a los Estados Unidos de América.” Tesina de licenciatura, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1998.

⁶ Entrevista a María Teresa Ley Chávez Ley, Mayo, 1997.

⁷ Entrevista con Alejandra Simón Ley, Naucalpan, marzo de 2025.

⁸ Entrevista a Roberta María Teresa Ley Chávez, Naucalpan, Estado de México, mayo de 1997.

⁹ Entrevista a Roberta María Teresa Ley Chávez, Naucalpan, Estado de México, mayo de 1997.

¹⁰ María Teresa Ley fue masona del Rito Escocés Antiguo y Aceptado y llegó a ostentar un grado muy alto dentro de la masonería a la que perteneció. (Diploma masónico de Roberta María Teresa Ley Chávez. Gran Logia Femenina Alma Mexicana).

¹¹ AGN-SG-RNM. 1932. F14: 53634.

¹² Mario Santander Oliván, “Occidente y la caída de la dinastía Qing: del Imperio a la República de China”, *Revista de Historia Actual*, núm. 18 (2012): 27-45.

¹³ Shenyu Zhou, “Los orígenes y los motivos de la emigración china a México desde finales del siglo XIX hasta la década de 1940”, *Naveg@américa*, no. 34 (2025): 2, <https://revistas.um.es/navegamerica/article/view/631031>.

¹⁴ Ricardo Martínez Esquivel, “La rebelión de los Turbantes Amarillos: una nueva propuesta de análisis”, *Asia-Pacífico. Estudios Asiáticos* (RESAP) 1, no. 1 (2015): 43-60.

¹⁵ La diferencia entre los nombres “Lee Gúí-nam” y “Lee Kui-nam” radica en sus orígenes dialectales y regionales dentro de la provincia de Guangdong, China. “Lee Gúí-nam” corresponde a la romanización del cantonés hablado en Taishan (Toisán), una variante del dialecto Yue, mientras que “Lee Kui-nam” refleja la pronunciación en el cantonés estándar de la región de Guangzhou. Estas diferencias en la romanización de nombres chinos son comunes y reflejan la diversidad lingüística y cultural de las distintas regiones de China.

¹⁶ Dentro del círculo familiar Eligio llamó a sus padres como Andrés Ley y María Lim, sin que se pudiera haber conservado la memoria de los nombres originales de éstos, y solo es posible identificar que son parte del clan Lee, y el uso de Fidel Ley, registrado en los datos de la logia puede corresponder a remembranzas del nombre de su primogénito, sea como fuere ni Andrés o Fidel, corresponderían al nombre original. Entrevistas a Gilda Ley Chávez, 2024.

¹⁷ АННЧККТ, Hoja de vida, f. 1. 1943.

¹⁸ En la narrativa popular china de finales del siglo XIX y principios del XX, Estados Unidos era conocido de distintas formas según el nivel cultural y el contexto: 美國 (Měiguó), que significa “país hermoso”, era el nombre oficial y formal. 花旗國 (Huāqígúó), o “país de la bandera florida”, era una expresión coloquial empleada por campesinos y migrantes, inspirada en la bandera estadounidense. Finalmente, 金山 (Jīnshān), o “montaña de oro”, se utilizaba como una referencia simbólica a San Francisco y, por extensión, al sueño migrante en América.

¹⁹ La Tongmenghui (同盟會), o Sociedad de la Alianza, fue una organización revolucionaria fundada en 1905 por Sun Yat-sen y otros exiliados chinos. Su objetivo era derrocar a la dinastía Qing y establecer una república en China. Esta liga secreta unificó a diversos grupos antimonárquicos y fue precursora del Guomindang. Su influencia también llegó a comunidades chinas en el extranjero, incluidos miembros del Hongmen que compartían su visión reformista.

²⁰ Enrique Dussel Peters, “El proyecto de las Tres Gargantas de China”, *Estudios de Asia y África* 36, no. 1 (2001): 9.

²¹ Entrevista, Roberta María Teresa Ley, 2001.

²² El Zupu (族譜), también conocido como Jiapu (家譜) en algunas regiones del sur de China, es un registro genealógico que documenta de forma sistemática la historia patrilineal de un linaje desde un antepasado fundador común. Su función no es meramente memorística sino normativa, ya que establece el marco de filiación, herencia simbólica y ordenamiento ritual del zōngzú (宗族), es decir, el clan o grupo familiar ampliado con base territorial y ritual compartido. En su estructura tradicional, el Zupu incluye la nómina generacional con nombres de varones descendientes que a menudo excluye a mujeres y adoptados, el uso de caracteres generacionales (行第 xíngdì) para mantener la secuencia vertical de nombres, biografías breves con fechas de nacimiento matrimonio cargos oficiales o méritos comunitarios, las reglas del clan (族規 zúguī) que regulan el comportamiento moral el culto ancestral y la cohesión interna, así como mapas de dispersión territorial especialmente en versiones más recientes compiladas por comunidades de la diáspora. Durante siglos, la elaboración y preservación del Zupu fue una de las responsabilidades principales del patriarca clánico. Su existencia permitía legitimar derechos sobre propiedades comunes, prevenir

matrimonios entre parientes consanguíneos y mantener activa la piedad filial confuciana (孝 xiao) a través del culto a los ancestros. En la diáspora, el Zupu adquirió valor simbólico como vínculo de continuidad identitaria y memoria del terruño especialmente entre los migrantes provenientes de la región de Siyi (Taishan Kaiping Enping Xinhui).

Patricia Buckley Ebrey, *Chinese Kinship and Marriage in the Early Twentieth Century* (Stanford: Stanford University Press, 1991), 45-48.

²³ Cauich, *La Comunidad china en el estado de Sonora*, 68.

²⁴ Cauich, *La Comunidad china en el estado de Sonora*, 69.

²⁵ En los circuitos migratorios cantonés-taishanes del siglo xix y xx, los llamados “Tíos” o 舅舅, Jiùjiu, no eran necesariamente parientes consanguíneos, sino miembros de la diáspora que actuaban como tutores o receptores de jóvenes migrantes en tránsito hacia América. En contextos vinculados al **Hongmen** (Chee Kung Tong), estos hombres solían haber sido iniciados previamente en la logia y operaban como enlaces entre las casas de enganche en China y los centros de redistribución en el extranjero. Su papel excedía lo operativo: asumían funciones rituales, disciplinarias y protectoras, muchas veces integrando al recién llegado en redes fraternales que sustituían al clan disuelto. La figura del *Tío* permitía mantener la cohesión moral, la vigilancia y el compromiso colectivo que se consideraban indispensables en una organización secreta de filiación patriótica y mutualista. Véase Jung, *Chinese American Family Relations*, 67-72; y Shelley Chan, “The Chinese Secret Societies and Their Role in Migration,” en *Diasporic Histories: Cantonese Migrations and Transnational Networks*, ed. Madeline Hsu (Stanford: Stanford University Press, 2010), 122-147.

²⁶ La *Tiandihui* (天地會), o Sociedad del Cielo y la Tierra, fue una sociedad secreta fundada en el siglo XVIII en el sur de China, concebida originalmente como una red de hermandad mutualista entre campesinos y artesanos en contextos de marginación política y económica. Aunque la leyenda la presenta como una organización insurrecta dedicada al restablecimiento de la dinastía Ming y a la resistencia contra los manchúes de la dinastía Qing, su realidad histórica fue más compleja. Según Dian Murray, la *Tiandihui* operó como una estructura flexible y descentralizada, en la que los rituales de iniciación, los juramentos de lealtad y la simbología de filiación se adaptaban a distintas necesidades: desde la organización de defensa comunitaria hasta la participación en actividades ilícitas.

En el discurso de sus miembros, la *Tiandihui* era mucho más que una red conspirativa: representaba una alternativa ética y simbólica frente al orden oficial. Esta ambivalencia le permitió expandirse más allá de China, y convertirse en el núcleo de organizaciones de ultramar como el *HCHKT*, que mantuvieron su legado ritual en comunidades migrantes como la que llegó a México. La persistencia de sus formas ceremoniales y de sus ideales de justicia fraternal le otorgaron legitimidad en contextos donde el Estado imperial, o los gobiernos nacionales, eran percibidos como lejanos o incluso hostiles.

Dian H. Murray, *The Origins of the Tiandihui: The Chinese Triads in Legend and History* (Stanford: Stanford University Press, 1994), version Kindle.

²⁷ Saraya, 20-26.

²⁸ *Chee Kung Tong* (致公堂) es el nombre que recibió una de las ramas públicas de la sociedad secreta china conocida como Hongmen (洪門). Su pronunciación corresponde al dialecto cantonés, hablado en la región del delta del río Perla, especialmente en zonas como Hoisan (hoy Taishan), de donde era originario el protagonista. Aunque en mandarín moderno se transcribe como *Zhìgōngtáng* bajo el sistema pinyin, este método no existía en 1915, y resultaría anacrónico para los hablantes del sur de China en ese momento. En los documentos migratorios y redes de la diáspora, la forma *Chee Kung Tong* fue la más común, reflejando la pronunciación cantonesa vigente entre los emigrantes chinos del siglo xix y principios del xx.

²⁹ АННЧКТ. 1943. Acta del ceremonial de elección del Venerable Maestro, 1943-1946. La frase “yo soy el Chee Kung Tong”, la escuché por primera ocasión en boca del presidente del НЧКТ de Costa Rica, en la presentación de mi libro, y por segunda ocasión al preguntar a un presunto ex miembro de la organización en la ciudad de México, Alfonso Chiu, en el restaurante *Asian Bay*, en diciembre del 2024.

³⁰ En diversos pasajes de esta obra, se hace referencia a ciertos hombres mayores como “Tíos” que acompañaron, guiaron o recibieron a los migrantes chinos a su llegada a América, sin que esto significara consanguinidad. En las narraciones los paisanos hacían referencia de los “Tíos”, por lo que la familia de Eligio y de otros tantos muchos migrantes se pensaba que se trataba de familiares directos que después habían desaparecido misteriosamente, esto provocaba errores en los descendientes con relación a la familia, y que con la muerte de los primeros migrantes no se entendían.

El término más adecuado en chino tradicional para estos casos es 義叔 (yìshū), que puede traducirse como “Tío por juramento” o “Tío honorario”.

A diferencia del Tío consanguíneo (como 叔叔 *shūshu* o 舅舅 *jiùjiu*), el 義叔 designa a un hombre mayor con quien no se comparte sangre, pero sí un vínculo de lealtad ritual, compromiso fraterno o filiación simbólica, como los que se establecían en las sociedades secretas chinas, incluyendo el Hongmen Chee Kung Tong.

En la cultura de la diáspora china, especialmente entre 1880 y 1940, estos “Tíos” cumplían un papel fundamental: eran los encargados de recoger a los recién llegados, garantizar su tránsito, ofrecer protección básica o colocarlos con empleadores. En muchos casos, estos vínculos derivaban en redes de control, endeudamiento o incluso explotación laboral.

En esta narración, el uso del término “Tío” debe entenderse en ese contexto: como símbolo del vínculo protector (o controlador) que articulaba la red migratoria del Hongmen, y no como un simple lazo familiar.

³¹ La mención del SS *Manchuria* como la posible embarcación en la que viajó Lee Güi-nam responde a una deducción razonada a partir de fuentes históricas. En 1915, el SS *Manchuria*, operado por la *Pacific Mail Steamship Company*, era uno de los principales navíos utilizados por migrantes chinos para cruzar el Pacífico desde Hong Kong y Shanghai hacia puertos de América, incluyendo San Francisco, Panamá y Mazatlán. Esta inferencia se apoya en la consulta de manifiestos de pasajeros y registros portuarios de la Pacific Mail conservados en los *National Archives and Records Administration* (NARA) de Estados Unidos, en particular los listados de ingreso al puerto de San Francisco y los reportes del *Bureau of Immigration* correspondientes a las rutas asiático-americanas. Asimismo, se tuvo en cuenta la coincidencia cronológica entre la llegada de migrantes taishaneses a Mazatlán y la escala habitual del *Manchuria* en esa ciudad entre 1914 y 1916.

Aunque no existe un documento que confirme nominalmente que Eligio viajó en ese barco, el uso del SS *Manchuria* en esta narración busca situarlo dentro de una ruta migratoria altamente documentada, en correspondencia con los itinerarios reales seguidos por jóvenes enganchados por redes como el НЧКТ. La referencia tiene así un valor histórico reconstructivo, sustentado por patrones migratorios y fuentes archivísticas consultadas.

³² АННЧКТ, Hojas de vida, 1943. Elección de Venerable Maestro, 1943.

³³ Entrevista a Teresa Ley, 2001.

³⁴ Este pasaje se inspira en testimonios recogidos por Médicos Sin Fronteras y la UNODC, donde migrantes relatan abusos físicos, sexuales y psicológicos sufridos en espacios de confinamiento similares durante travesías transoceánicas o por rutas de tráfico clandestino. Véase *Medicos Sin Fronteras*, “Dying to Reach Europe: Asylum Seekers Speak Out,” *Infomigrants*, 2021; y United Nations

Office on Drugs and Crime, *Abused and Neglected: A Gender Perspective on Aggravated Migrant Smuggling Offences*, 2022.

³⁵ Entrevista a Eli Gilda Ley, marzo, 2025.

³⁶ Entrevista telefónica a Andrés Ley Chávez, marzo, 2024.

³⁷ Historias que hacen referencia a situaciones cuasi idénticas y con un claro sentido de heroísmo del traslado de los migrantes se han compartido en narraciones familiares de estos chinos desde la frontera, como el caso de Juan Ley Fong, descrito en la página de *SINALOA PRESENTA: Lugares. Historia. Reflexión*, en la red Social Facebook, compartida por Rik Estanislao el 16 de junio del 2016 y 30 de julio de 2020. (4). SINALOA PRESENTA: Lugares.Historia.Reflexión | Facebook.

³⁸ Entrevista a Andrés Ley Chávez, 2024.

Capítulo II
ENTRE EL DESIERTO Y LA QUEMADA: DE ÍMURIS
A LA COLONIA GUERRERO (1915-1938)

*“Qué lejos estoy del suelo donde he nacido,
inmensa nostalgia invade mi pensamiento.”*

José López Alavez¹



El Hongmen Chee Kung Tong. Reunión del HCHKT en el bajío mexicano en 1923. El rostro oculto de los “masones chinos” en México. Fuente: Imagen reproducida con la autorización del Archivo Histórico de la Muy Respetable Gran Logia “El Potosí”. San Luis Potosí, México. 2025.

ÍMURIS, CRECER ENTRE EL RÍO
Y EL DESIERTO (1915-1920)

El mar era un espejo negro, bajo la luz de la luna, todo estaba en silencio, excepto por el crujido de la embarcación al balancearse con las olas. Mis pies descalzos apenas percibían el frío de la noche, pero mi pecho sí sentía el peso de algo más difícil de nombrar. “No hables, no preguntes, solo sigue”, me habían advertido una y otra vez, y eso hacía.

El hombre mexicano que nos guiaba susurró algo en voz baja, pero el murmullo del mar y cinco mil años de diferencias culturales, como el idioma, me impidieron entenderlo, pero lo obedecíamos. Movi6 la mano, indicándonos que debíamos apresurarnos. Las sombras de los demás pasajeros, todos hombres como yo, comenzaron a moverse. Bajamos por una cuerda hasta una lancha anclada junto al casco del barco. No nos dirigíamos a la costa, sino a otro barco más pequeño que nos esperaba. All6 nos recibió otra persona de mirada de hielo, uno de esos traficantes que movían carga y personas sin hacer preguntas, solo cobraban. Uno a uno nos deslizamos dentro de esta balsa que con cada nuevo ocupante amenazaba con hundirse, con los rostros tensos y las manos firmes en el borde de la barca. Cuando mi turno lleg6, tragué saliva y salté a bordo, el Tío subi6 detrás de mí y me dijo que siguiéramos agachados.

No nos recibió ningún inspector de las aduanas. Fueron otros chinos, de mayor edad, quienes se acercaron a decirnos qué hacer y a dónde ir. Algunos los llamaban “chineros”. No comprendía del todo quiénes eran. Daban la impresión de ayudar, pero cobraban por cada paso: te daban un nombre nuevo, te subían a un tren y te entregaban a otro paisano que ya tenía dispuesto tu lugar en algún campo, mina o cocina. No se pedían explicaciones. Solo se obedecía. Tiempo después supe que muchos quedaban atrapados en deudas imposibles de saldar con ellos, yo, por fortuna, no debía tanto.²

El agua estaba en calma, pero el aire olía a sudor rancio, pescado en descomposición, sal y mierda. Así llegamos a la cercanía del otro navío. Desde lo alto, una voz desconocida gritó algo con fuerza; el tono era urgente, casi una advertencia. Se produjo un murmullo entre los hombres de la lancha y comenzaron a remar con más prisa. Nadie me miraba, pero todos compartían la misma angustia, el morir ahogados si se caía al agua, pues nadie saltaría a salvarnos. El destino parecía próximo, pero no la seguridad.

Sabía que había hombres que nos buscaban, aunque no podía verlos. Había escuchado que el gobierno de los Estados Unidos presionaba a México para controlar el ingreso de chinos, temiendo que cruzáramos la frontera en busca de una oportunidad.³ Los mayores contaban historias susurradas sobre barcos interceptados y hombres devueltos al mar, sobre soldados que inspeccionaban rostros, buscando a los que no debían estar aquí. ¿Nos estarían esperando?

¿Nos encontrarían antes de que pudiéramos escondernos entre la maleza?

—El Tío me obligó a agacharme.

—Camina bajo, no dejes que te vean, dijo con voz seca, y sin dejar de mirar al frente, siempre en alerta— Camina bajo y no dejes que te vean, ¡no seas pendejo! Nunca dejes que te vean venir. Eso lo entendí hasta el resto de mi vida.

A final de cuentas el Tío no estaba allí para cuidarme, sino para cumplir su parte en un engranaje mayor. No era mi protector, era el eslabón siguiente de una cadena de movimientos invisibles que generaban ingresos. Obedecí sin mirarlo. Sabía que la obediencia no era una opción; era el precio de continuar el viaje.

Avanzamos entre sombras, hasta que un hombre con sombrero de ala ancha y chaqueta larga nos hizo una seña.

—¡Rápido, dijo! ¡Rápido!

Lo entendí sin pensar. Me sorprendí de entenderlo. Tal vez porque el miedo no necesita traducción.

Subimos a la cubierta. Nos acomodaron como podían, sin palabras ni gestos innecesarios. Durante horas, el barco crujió bajo el peso de nuestras decisiones. Cada ola parecía alargar el trayecto. Cada bocanada de aire sabía a incertidumbre.

Faltaban unas 395 millas náuticas para llegar, eso nos dijeron. Yo no sabía qué significaba esa distancia, pero entendí que era mucho camino por recorrer. En un barco como ese, podía tomar días, o más, si el viento no ayudaba.

Cada ola parecía alargar el trayecto, y cada noche en el mar se hacía más pesada que la anterior. Al amanecer del día siguiente nos dieron nuestra primera comida en días: arroz frío y amargo, y algo de pescado seco, algún pequeño gusano en la comida añadía sabor y alguna risita burlona de quienes me rodeaban. Raciones contadas, lo suficiente para transitar

con vida el Golfo de California para llegar a Guaymas, eso nos dijo uno de los hombres que ya había hecho ese trayecto.

No hablaba mucho, pero con señas y algunas palabras que entendía en mi idioma me explicó lo esencial: que esto era solo el comienzo, y que debía aprender a escuchar más de lo que hablaba. Nos obligaban a repetir las palabras en español y nuestros nuevos nombres, también un par de frases útiles en español: “Yo tuve la culpa, perdón”. Él era uno de los pocos que sabían algo, y nos repitió por una innumerable ocasión que nunca miráramos directo a los ojos, que eso podía ser peligroso. Después supe que él era un miembro del Hongmen que viajaba entre nosotros para poder observarnos y saber si veníamos a trabajar o a causar algún problema, que se podía solucionar antes de que se llegara al puerto, y así el barco sería más ligero, el brillo de sus navajas se observaban en los pliegues de la cintura del pantalón.

No sé si le caí bien o estaba aburrido, pero empezó a platicar conmigo, sin que el *Jiùjiu* se enojara, me explicó que esas aguas llevaban más que mercancías. Desde hacía tiempo, las mismas rutas por donde antes navegaban barcos con perlas, leña o maíz, ahora también transportaban personas ocultas bajo la noche. Me dijo que el Golfo era una frontera sin aduanas, un corredor para los que no tenían papeles, pero sí urgencia.⁴

Nunca supe si navegábamos en línea recta o si el capitán evitaba rutas vigiladas. Solo entendí que ese trayecto, por cruel que fuera, no era lo peor. Era apenas el umbral. El verdadero camino comenzaría al tocar tierra. Finalmente había llegado a mi destino, era el 10 de octubre de 1915. Estaba en México y esa era la fecha que repetiría a lo largo de toda mi vida (Imagen 12).

El viaje a Ímuris había comenzado con la promesa de un destino, pero pronto entendí que no era más que otra etapa, un eslabón más en una cadena sin origen ni final. El amanecer era apenas un velo rojizo en el cielo cuando nos llevaron al tren. La estación estaba envuelta en una niebla terrosa, mezcla de carbón, azufre, y cansancio acumulado. Tío ya no me habló. Solo me colocó en el vagón con un empujón seco, mientras subía a otros más, como se acomoda una carga que no debe estorbar, creo que esa también es una manera de despedirse.

El vagón era de madera sin ventanas. Los tablones mal clavados dejaban pasar la luz y el aire a jirones. Éramos muchos, todos con los mismos ojos hundidos, los hombros vencidos hacia adelante y la boca cerrada. Nadie sabía el nombre del otro. Nadie preguntaba, no había necesidad solo

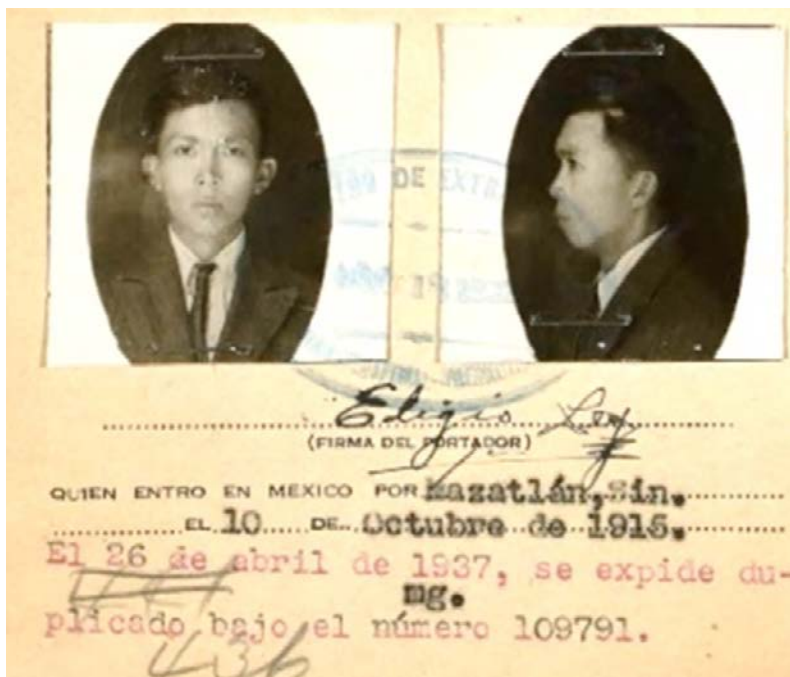


Imagen 12. Fragmento de la ficha migratoria de Eligio Ley Lim
Fuente: Registro obligatorio de 1932, copia del 26 abril de 1937, núm. 109791.⁵

nos llamaban “paisanos” y nada más. En esa oscuridad compartida, el anonimato era una forma de defensa. Si alguien caía, si alguien no llegaba, era mejor no haberlo conocido.

Nos advirtieron que no miráramos a los soldados, que asintiéramos si alguien nos hablaba. Aprendí rápido que esas reglas no eran sugerencias, eran salvavidas. En cada estación, subían hombres armados. Algunos eran militares por sus uniformes iguales, otros llevaban líneas de balas cruzadas en el pecho. Nadie pedía pasaportes ni nombres, solo buscaban dinero. Extendían la mano con naturalidad, como si el soborno fuera parte del precio del boleto.⁶

A veces, las monedas cambiaban de mano antes de que alguien hablara. Otras veces, bastaba una mirada, una seña. El lenguaje de la corrupción era simple y eficaz. En una parada, un soldado apuntó su rifle a la cabeza de un hombre que no entendió la instrucción. Bastó un empujón y unas

palabras en el idioma de ellos y el de todos para que el arma bajara: Aprendí que las vidas podían negociarse con frases cortas y monedas brillantes.⁷

Fuera del vagón, el norte mexicano pasaba lento: tierras secas, lomas sin árboles, pueblos que parecían ruinas vivas. En una curva vi una iglesia sin campana y un perro dormido junto a un cadáver cubierto con una manta. Nadie lo recogía ni lo miraba. Parecía parte del paisaje. La guerra era eso: silencio, despojo y seguir. Dentro del tren, el calor nos ahogaba. El sudor bajaba por nuestras espaldas como si quisiera huir también. No había agua, ni comida. Solo nos entregaban algo si el trayecto se alargaba más de lo previsto, y aun así, era racionado como si tuviéramos que agradecerlo. Algunos hombres mascaban pedazos de madera para entretener la boca, otros cerraban los ojos como si durmiendo el tiempo pasara más rápido.

Ímuris no era el destino prometido en los carteles que estaban en el puerto de Hong Kong, era un espacio entre montañas semiáridas. No había bienvenida, solo tierra caliente y la vigilancia de la soledad, ¿a dónde podríamos huir?, si no sabíamos en dónde estábamos. Bajamos del tren entre gritos de hombres que solo nos ordenaban. El hombre de la logia me señaló el piso fuera del vagón y me empujó sin hablar. Ya no era el amistoso del barco. La amabilidad había desaparecido al cumplir su parte. En ese mundo, los nombres eran provisionales, y las relaciones, un contrato que se rompía en cuanto llegabas al siguiente punto.

Allí comenzó otra espera. Nos dijeron que alguien más vendría por nosotros. Nadie explicó cuándo ni cómo, aprendí que en esas rutas lo único que llegaba con certeza era el trabajo, y con él, la deuda. Éramos migrantes y “paisanos”, sí, pero no libres. Ímuris nos recibió como se recibe una carga: con indiferencia.

Cuando finalmente se hizo de noche alguien vino por nosotros. No tenía prisa, ni hablaba fuerte. Solo pronunció algunos nombres y cada uno fue entregado a un propietario chino dueño de parcelas distinto, como si fuéramos fichas marcadas dentro de un sistema que nadie cuestionaba. No preguntamos a dónde íbamos. No era una decisión.

A mí me asignaron a uno de rostro curtido, mirada seca y manos encallecidas. No habló. Solo me hizo una seña con la cabeza. Subí a la parte trasera de una carreta de carga. Había costales, herramientas y dos hombres más que tampoco decían nada. Uno de ellos me pasó una manta sin mirarme.⁸

El trayecto fue largo, aunque tal vez solo lo pareció. Cuando bajamos, estábamos en una parcela polvorienta, con un cobertizo de lámina oxidada y un campo sin árboles. Había gallinas sueltas, un perro viejo atado a una cuerda, y un olor denso a ceniza y grasa. Era una granja, o algo parecido.

Nos ofrecieron un cuenco de arroz con verduras cocidas y una infusión caliente que sabía a jengibre viejo. Las instrucciones llegaron en cantonés, con palabras cortas, algunas que entendí, otras que tuve que imitar. Al menos en ese lugar ya no hablaban español. Eran otros chinos que habían llegado con anterioridad y ahora recibían a los nuevos.

Esa noche dormimos sobre paja húmeda para disminuir el calor. Nos dijeron que al día siguiente comenzaríamos. Al amanecer nos entregaron una pala y una cubeta, y con eso empezó el trabajo.

No recuerdo los nombres de los otros hombres. Algunos eran jóvenes, un poco mayores que yo; otros ya traían la espalda encorvada de tanto arar. No hablábamos. Cada uno traía su historia, pero las historias no servían para sembrar, ni para lavar, ni para juntar centavos, las historias solo sirven para mantener la boca cerrada.

Los años en el campo comenzaron desde que bajé del tren. Mis recuerdos de Ímuris eran el polvo. Un polvo que se metía en la ropa, en la boca, en los ojos. Las temporadas eran asfixiantes y filosas como el filo de la navaja que guardaba de manera discreta en la ropa, el calor era cortante al mediodía, pero las noches traían un frío aplastante. Al llegar a la parcela, solo me asignaron una cubeta oxidada con la que debía acarrear agua desde un aljibe compartido. El trabajo comenzaba antes del amanecer, y terminaba cuando el sol se ocultaba detrás del cerro. No se hablaba durante la jornada, pero al anochecer se podía convivir con los paisanos, ahí se compartía tabaco, baraja, se apostaba y el opio ayudaba a recuperar fuerzas.

Yo observaba todo en silencio. Escuchaba los ruidos del campo, los pasos del patrón, el murmullo en cantonés bajo los techos de lámina. Y entendí que habíamos llegado, no al final del viaje, sino al punto donde el viaje se convertía en vida. Una vida prestada en una tierra que no era nuestra.

Alguien nos dijo que, si pasaban soldados revolucionarios por el camino, no debíamos levantar la vista ni dejar de trabajar. “El que se detiene, desaparece”, dijo uno de los antiguos. Aprendimos rápido que aquí, como en el barco, la mirada también podía costarte la vida.

No entendíamos mucho de lo que pasaba allá afuera. Solo sabíamos que había guerra, y que la guerra nunca era buena para los que venían de fuera. Alguien dijo que el norte estaba dividido, que cada región tenía su propio jefe armado, y que los que mandaban hoy podían morir mañana. A nosotros solo nos interesaba no ser vistos. Si pasaban soldados, seguíamos trabajando. Si preguntaban, no respondíamos. Alguien más daría algún soborno y la vida continuaría.

Ímuris parecía aislado, pero estaba atrapado en una tormenta más grande. Un país en disputa. Un país que no sabía si volvería a unirse. Y nosotros, metidos en medio, sin saber a quién pertenecíamos ni quién nos iba a reclamar si caíamos.

No fui el único llegado esa semana. Había otros, también jóvenes, también asustados, también mudos ante el español, pero obedientes al dialecto que aún sonaba entre los surcos: el taishanés mezclado con jadeos. Allí no se preguntaba por el pasado de nadie. Bastaba con saber de qué provincia venías y a qué hombre le debías tu paso al norte. —Ramón pronto supo que no se pertenecía a sí mismo—.

El terreno donde trabajó no figuraba en ningún registro que pudiera nombrar a su verdadero dueño. Oficialmente, era propiedad de un comerciante mexicano que rara vez aparecía por Ímuris, pero todos sabían que el dinero venía de otro sitio, de otras manos. La tierra había sido acondicionada años antes por una red silenciosa de connacionales chinos que, sin ostentar títulos de propiedad, habían aprendido a ocupar legalmente los márgenes.⁹

Ramón Ley se integró a ese ciclo: plantar, cosechar, ahorrar, enviar dinero a casa por vía del HCHK. El arroz no era el mismo, pero su sabor al vapor mitigaba la distancia. Dormía con otros en chozas improvisadas junto al canal de riego, con el costal de papel arroz como almohada y una lámpara de aceite que se encendía cada vez que alguno despertaba sobresaltado. Nadie hablaba de futuro. El futuro, en Ímuris, se medía en lo que rendía la tierra.

Pero incluso esas tierras remotas estaban vigiladas. En 1917, el propio ayuntamiento impuso un impuesto adicional del cinco por ciento a toda producción agrícola en manos chinas. No se ocultaban las intenciones: se buscaba frenar su avance económico sin necesidad de recurrir a la violencia directa. Algunos jornaleros como Ramón no entendían las discusiones en

la lengua local, pero bastaba ver los rostros de los encargados al leer las circulares para saber que los tiempos no serían fáciles.¹⁰

A veces, mientras cargaba costales de chiles o regaba las hileras de acelgas, escuchaba las conversaciones de los hombres más viejos. No lo decían abiertamente, pero se entendía que el orden de las cosas no era casual. Esos campos no estaban allí por capricho. Detrás de cada contrato de trabajo, detrás de cada carreta que transportaba verdura a Magdalena, había un sistema de cooperación entre paisanos que hacía posible lo imposible: sobrevivir sin papeles, sin idioma, sin dinero, en un país que no los esperaba y día a día incrementaba la sensación de que eran nocivos para la pureza de los mexicanos.

Las noches de verano eran un tormento. En las pequeñas chozas donde dormíamos, el calor se volvía insoportable y los mosquitos no nos daban tregua. Pronto aplicamos una solución improvisada: colgar pequeñas hamacas sobre el río Bambuto, cerca de la zona donde trabajábamos.¹¹ Allí, alejados del suelo sofocante, el aire fresco del agua nos daba un respiro, y el murmullo constante del río me arrullaba hasta caer dormido. Con pequeñas fogatas a nuestro derredor quemábamos algunas plantas las cuales servían como un repelente para los mosquitos. Aquellas noches suspendido entre la vigilia y el descanso eran mi único refugio. Dormir así era un pequeño lujo, una recompensa para soportar los días siguientes. Dormir parecía un instante, pues era mayor el tiempo que tardabas en conciliarlo cuando ya había la orden de levantarse y continuar con la jornada. Nos recordaban que cada día de trabajo eran más monedas que podríamos enviar a nuestros hogares (Imagen 13).¹²

EL SILENCIO APRENDIDO (1921)

Años después, Ramón Ley, tendido en su último lecho, no olvidaría a los miembros del *HCHKT* quienes lo recogieron en la estación. Eran hombres con cicatrices en las manos, más silenciosos que el amanecer, pero que sabían lo que era llegar solo y no tener dónde morir. Bajo su mirada, Eligio aprendió que la tierra podía producir algo más que promesas, si uno sabía a quién debía obedecer.

Los años en Ímuris no solo fueron de trabajo y resistir. Aunque no lo sabía, desde el primer día fui vigilado como todos los demás. Era de los



Imagen 13. Descansando y refrescándose a la orilla del río Bambuto
Fuente: Imagen creada con asistencia de ChatGPT (OpenAI), 12 mayo 2025.

nuevos, pero cada recién llegado enfrentaba un escrutinio implacable. La logia no confiaba. Había demasiado en juego.

En Ímuris dejó de preguntarse por qué había partido. Entendió que, para los suyos, el arraigo era apenas un ciclo de trabajo: cinco años de cosecha y ahorro, antes de pensar en algo más. De noche, mientras encendía una vela al lado de su catre, pensaba en lo que le diría a su madre en la siguiente carta. Le contaría que estaba vivo. Que en la tierra de los duraznos había comenzado a entender que la obediencia no era servidumbre, sino estrategia que hacía más fuerte a la familia.¹³ Eso es lo que le escribiría, mientras volvió a mirar la fotografía y veía fijamente a su madre. Te lo voy a escribir, susurró mientras el sueño le ganó por otro instante más. El tanque de oxígeno le daba un poco de tregua que le permitía dormir sin ahogarse en su propia saliva.

En México, entre 1915 a 1920, se vivieron años de un gran revuelo. El norte de México enfrentaba una de las crisis ambientales más severas de su historia reciente. La región experimentó sequías recurrentes que afectaron gravemente la disponibilidad de agua, redujeron las cosechas y alteraron los

sistemas ganaderos en entidades como Sonora, Chihuahua y Coahuila. Estas condiciones climáticas adversas desestabilizaron las formas tradicionales de subsistencia, trastocando tanto la vida rural como las economías urbanas dependientes del intercambio agrícola.¹⁴

En este contexto de vulnerabilidad ecológica, la descomposición política derivada de la fragmentación revolucionaria agravó el malestar social. El desabasto alimentario, la inflación y el deterioro de las condiciones laborales afectaron de manera transversal a la población. Los vínculos comunitarios se erosionaron y las tensiones locales se agudizaron. Nadie quedó al margen: tanto los habitantes establecidos como los migrantes que intentaban integrarse se vieron sometidos a las mismas fuerzas de precarización ecológica y económica.¹⁵

Las disputas políticas del proceso revolucionario se desarrollaban así sobre un terreno inestable, donde la fragilidad ambiental amplificaba los conflictos sociales y condicionaba las aspiraciones de transformación. En este periodo, la Convención Revolucionaria operaba bajo un horizonte cada vez más incierto, enfrentando una realidad donde la ruptura del tejido económico y social no podía atribuirse únicamente a las armas.¹⁶

A partir de este momento, el rumbo de las Revoluciones Mexicanas experimentaron una inflexión decisiva. Más allá del enfrentamiento militar, la consolidación de fuerzas regionales marcó un giro estructural. El grupo sonoreño, hasta entonces una entre varias facciones, encontró en la debilidad de sus adversarios la oportunidad de proyectar su hegemonía. Su ascenso no solo transformó los equilibrios del poder político y militar, sino que promovió nuevas dinámicas sociales, entre ellas una postura xenófoba que afectaría profundamente a las comunidades de origen asiático asentadas en el norte del país.¹⁷

La disolución de *facto* de la Convención de Aguascalientes, sumada a la derrota de Francisco Villa en el Bajío, permitió que los sonorenses —liderados por Álvaro Obregón— impulsaran un proyecto de reorganización nacional sustentado en el pragmatismo, la apertura comercial hacia Estados Unidos y la construcción de un Estado centralizado y laico. Sonora no solo reforzó su capacidad militar, sino que perfiló una identidad regional orientada a la homogeneización cultural. En este contexto, la diversidad étnica dejó de ser vista como una riqueza negociable para convertirse en un obstáculo al orden.¹⁸

La población china, asentada en Sonora desde fines del siglo XIX, fue objeto de una campaña de exclusión económica y social que venía gestándose desde tiempo atrás y al interior de la frontera estadounidense, pero que encontró condiciones favorables para intensificarse. La crisis económica prolongada por la guerra revolucionaria, la competencia comercial de los migrantes asiáticos y la difusión del racismo científico estadounidense se combinaron para consolidar un discurso que los representaba como una amenaza.¹⁹

El antichinismo no emergió como una reacción espontánea, sino como una construcción ideológica articulada desde intereses económicos locales, miedos sociales y nuevas aspiraciones nacionalistas. Desde las instancias estatales se promovieron restricciones migratorias, campañas de difamación y medidas orientadas a limitar la participación china en sectores clave. La retórica de la “defensa de la raza mexicana” frente a una presunta “invasión amarilla” se normalizó en el discurso oficial y permeó prácticas institucionales, particularmente en Sonora, aunque con ecos que pronto alcanzaron otras regiones del país.²⁰

La llegada del joven Ramón se inscribió en este contexto. Si bien su trayectoria apenas comenzaba, el entorno que lo recibió estaba definido por una estructura social y política que marginaba y hostilizaba a los migrantes chinos. La aversión no fue resultado de episodios aislados, sino parte de un proceso histórico que, como ya lo vimos, encontró una coyuntura propicia para afianzarse.²¹

Comprender su inserción implica atender al conjunto de tensiones raciales, económicas y políticas que delineaban nuevas fronteras sociales. Mientras los sonorenses consolidaban su proyecto de Estado bajo principios de uniformidad cultural y control territorial, los migrantes asiáticos quedaban atrapados en una dinámica de necesidades económicas y discursos de exclusión. Analizar el entorno que recibió al migrante exige observar no solo las políticas oficiales, sino también las prácticas cotidianas que, de manera sistemática o sutil, restringieron las posibilidades de vida y adaptación de la comunidad china en el México revolucionario,²² proceso que el joven atestiguó en carne propia.

El camino al interior del Hongmen no fue sencillo, el paisano que me había recibido era un hombre reservado, tosco en su trato, pero metódico, miembro veterano del НКРК. Con el avance de los días, meses y los años

aprendí a interpretarlo, le gustaba la discreción, anticipar lo que quería era clave. Pronto comprendí que en ese mundo del campo sonoreño no era la fuerza lo que aseguraba mejores tratos y descansos, sino la lealtad, la disciplina y la capacidad de desaparecer entre las rutinas. Mi trabajo era limpio, mis manos no temblaban y no me quejaba. Eso bastó para que me confiaran tareas más exigentes.

Cada mes, una parte de mi paga, pequeña pero constante, era recogida por un intermediario del Hongmen que venía desde Nogales o Hermosillo. Lo único que debía hacer era entregar el sobre cerrado que previamente le habían dado, con alguna carta y firmar con mi nombre que algún paisano me enseñó cómo hacer. Me decían que ese dinero iría a mi madre, allá en Hoisan, y a veces, con el sobre, llegaban cartas.

Yo no sabía leer muy bien, pero sí entendía lo suficiente, así que otro paisano las leía por mí, ahí descubrí que dejar que otros pensarán lo que no era, podía ser una ventaja, pues algunos decían: “Ramón es tonto no sabe leer chino”, yo sí sabía, y lo aprendía mejor cada día, solo el dueño de la parcela se dio cuenta de ese detalle y tampoco dijo nada. Las cartas desde Hoisan eran breves, escritas en tinta corrida, con palabras familiares: “Tu madre está orgullosa de ti.” “Aquí todo está bien.” “Te recordamos siempre.” Algunas veces, las frases eran demasiado genérales y amorosas, “Te quiero mucho y espero que pronto nos visites”, era demasiado para ser creíble. Otras contenían detalles que solo alguien cercano podía conocer: el nombre del árbol bajo el cual mi padre había sido enterrado o el bordado rojo que la hermana mayor había cosido antes de que él partiera. Decidí creer. Era eso o dejar de pertenecer. Me aferré a esas cartas como quien se aferra a un nombre para no volverse nadie.

El patrón me observaba. Ramón, ¡Ven acá!, me gritaba cuando comenzó a encargarme del conteo de herramientas del almacén de la parcela, a pesar de no saber sumar bien. Alguien me enseñó con frijoles y marcas en la tierra. Aprendí rápido. Y me convertí en una figura confiable, obediente, pero presente en todo el rancho y siempre a disposición del patrón. Algo que le gustaba es que bajo mis responsabilidades nada se perdía.²³

Fue con ese comportamiento, el que llamó la atención de los hombres del НКВД. No me hablaron de inmediato. Me observaron. Preguntaron por mí. Y el paisano que me había recibido hizo una recomendación silenciosa: Es de fiar. Esa fue la primera puerta.

Nunca pedí entrar. Pero cuando fui convocado a un encargo fuera del campo, acompañar un cargamento de víveres hacia Nogales, entendí que algo había cambiado. No era una invitación, era una prueba.

Aprendí a cruzar ríos sin que la mercancía se mojara, así también los chinos participamos en la revolución de los mexicanos, traficando armas entre algunas de las facciones. Las armas llegaban a Tucson, de allí las pasábamos por la frontera y luego atravesábamos a pie partes del desierto, cuando llegábamos a algún río lo cruzábamos con mucho cuidado, evitando que los rifles se mojaran, finalmente los entregábamos y nuestros jefes recibían la paga, así de simple fue.²⁴

En ese México herido por sus guerras, donde cada General creía ser dueño del norte, los chinos no eran enemigos ni aliados: eran recursos. Los soldados pasaban por los caminos, pero no se detenían en los campos. Sabían que esos hombres pequeños y silenciosos pagaban a tiempo, cocinaban para todos y no hacían preguntas cuando se les hacía un encargo. Los dejaban trabajar. La tolerancia no era por compasión: era economía.

Ramón supo entonces que el país al que había llegado no le pertenecía, pero que él podía pertenecer a la sombra dentro de la sombra, una parte de China a miles de kilómetros de distancia, enquistado a plena vista de los ciegos mexicanos; ellos tenían sus propios problemas y ello servía para que no se detuvieran a cuestionar a los “chinos”.

LA GUERRA, MASÓN Y LA HUIDA (1922-1924)

En las pláticas nocturnas con algunos de los paisanos, que de poco a poco tomábamos la confianza para hablar, supe que al principio la oportunidad de poder cruzar a los Estados Unidos era lo que aquí los mantenía en ese lugar. Luego aprendieron que en cualquier lugar se podía ganar dinero. El opio, la “adormidera” nos ayudó, se cultivaba con discreción, oculto entre otras plantas y se recolectaba con rapidez antes de que alguien pudiera hacer demasiadas preguntas. Nos pagaban poco, nos vigilaban mucho para que no lo robáramos y fuera consumido por los paisanos al otro lado de la frontera, y el trato era tan áspero como la tierra que trabajábamos. No importaba si eras niño o viejo, el trabajo duro era la única prueba de que mere-

cías estar allí. Con los años, mi espalda se endureció, mis manos se llenaron de callos y mi silencio se convirtió en una ventaja.

El HCHKТ junto con la Unión Fraternal (UF) controlaban buena parte de la economía dentro de la comunidad china en esta región, particularmente el comercio, la distribución de bienes y las redes de apoyo entre paisanos. La UF además era una organización que intentaba mediar entre las facciones de los chinos que pese a los miles de kilómetros de distancia de la tierra de origen mantenían rencores que día a día se agravaban. La UF se decía neutral, pero en distintas épocas fue controlada tanto por el HCHKТ como por el Guomindang.

La lucha de poder dentro de la comunidad china era feroz y la división entre facciones se profundizaba con cada enfrentamiento. Desde que llegué, escuché historias sobre cómo la política de China se reflejaba a miles de kilómetros de distancia. Me enteré de que en 1912 se había fundado el Guomindang, un partido que prometía un futuro para China pero que, según los hombres de la logia, no era más que un nido de traidores. En las noches, cuando los mayores hablaban entre susurros, comprendí que la historia de nuestra gente estaba marcada por la traición y la desconfianza.

El Guomindang, con su ideología nacionalista y su afán de controlar la comunidad china en el noroeste, representaba un desafío constante para la logia. No solo eran enemigos políticos, también eran ladrones. Su líder, Sun Yat-sen, había tomado préstamos de la logia para financiar su revolución en China, pero nunca los pagó. Escuchar su nombre entre los ancianos del Hongmen era un insulto, —Nos utilizó y luego nos escupió—, decía uno de ellos, nunca nos cumplió la promesa de recuperar nuestras tierras en China y de incorporarnos a las decisiones como un partido en la tierra, luego como un bastardo le regresó el poder a los Qing. Así se me inculcó un desprecio hacia los nacionalistas chinos que se enraizó en mi cabeza desde temprana edad. Para los miembros del HCHKТ y sus allegados leales, Sun Yat-sen, solo era Su we, el gran mentiroso.²⁵

Los Guomindang veían en la UF una oportunidad para expandir su influencia, lo que intensificaba la necesidad del HCHKТ de reclutar hombres dispuestos a defender su causa. Ímuris era un enclave fundamental, no solo por el comercio del opio, sino porque albergaba a una de las sedes de la Unión Fraternal China, así, la logia también necesitaba hombres leales, no solo trabajadores, necesitaba soldados bajo la figura de la sociedad mutua-

lista que públicamente se le conocía, así lo había proclamado la sede desde San Francisco, California, en los Estados Unidos (Imágenes 14 y 15).

El trato en el campo seguía siendo duro, pero ya no sólo recogía hortalizas. A veces, me pedían mover sacos que pesaban más de lo que cualquier vegetal debía pesar. Otros trabajadores se hacían a un lado cuando me veían con esos encargos. Con el tiempo, entendí que no transportaba simple carga: era el opio junto con otras mercancías que hacían más rica a la logia y que mantenía el poder del Hongmen en la región, pues con ello podían comprar más propiedades y lealtades.

Un día cualquiera de 1919 me entregaron las cartas en donde mi madre me agradecía por el dinero que los miembros del Hongmen le hacían llegar, me decía que yo era un buen hijo y que debía de seguir haciéndolo, no había nada de especial, pero en una de ellas me dijo que mi esposa Lin Mei Hua había muerto por la peste. Yo solo encogí los hombros y pensé:



Imagen 14. Cartel ritual del Chee Kung Tong (Hongmen), impreso en San Francisco, California, hacia 1910, con la transcripción de las “33 Reglas” que normaban la conducta de sus miembros en las logias establecidas fuera de China.

Redactado en caracteres chinos tradicionales y dispuesto en columnas verticales de lectura de derecha a izquierda, este documento servía como guía moral y disciplinaria para la vida interna de la sociedad: desde el respeto jerárquico hasta la solidaridad fraterna y la prohibición de revelar secretos. Su impresión en papel rojo ceremonial y su amplia circulación en comunidades chinas de América lo convierten en una pieza clave de la normatividad ritual transnacional del Hongmen.

Fuente: Traducción y edición del autor con apoyo en herramientas de análisis textual automatizado y cotejo con fuentes testimoniales y documentales. Colección АННЧККТ. Documentos sueltos 1923-1947. Fotografía del autor.

y creo que no lo tuve de todas formas. Al regresar, nadie me preguntó nada. Nadie me felicitó. Pero desde ese día, las miradas cambiaron. Ya no era un simple trabajador. Me habían probado y no había fallado. Desde entonces empecé a ser un cobrador, efectivo y confiable, eso marcaría mi destino.

Para finales de 1921, después de seis años de observación, pruebas y silencios calculados, la logia no tenía dudas sobre mí. La guerra política en la comunidad china se agudizaba y el control de la UF estaba en disputa. El HCHKT necesitaba soldados que supieran cuándo actuar con eficacia, sangre fría y rapidez. Yo había demostrado ser uno de ellos. No me lo dijeron, pero lo sentí en la forma en que me miraban los hombres que dirigían la logia. No eran ancianos sabios ni líderes intocables, eran hombres de acción, curtidos por los años y por la violencia que significaba mantener el control en una región disputada. Mi tiempo de prueba había terminado. Sabía que el siguiente paso me llevaría más allá del campo, más allá de los encargos me preparaban para algo mayor.

Los hombres de la logia comenzaron a hablarme con un tono diferente, ya no era solo un muchacho que obedecía sin preguntar. Me llevaban a reuniones donde no se me permitía hablar, pero se esperaba que escuchara. Los temas ya no giraban solo en torno al comercio y los envíos, sino sobre lealtad, sacrificio y lo que significaba realmente ser parte de algo más grande que uno mismo, ser parte de la “familia”, del cuidar a los hermanos mayores y a los *Jiùjiu*. En esas charlas aprendí la historia de los cuatro hermanos mayores los cuales habían traído el Hongmen a Sonora, cuando en 1897 la sociedad abrió su primer templo en el puerto de Guaymas con Chieng Sepor Deck, Lui Haw, Seek Wong y Wong Wi Pau, todos ellos provenientes de San Francisco, California, y la lucha que habían dado para hacer crecer a la organización.²⁷

Una tarde, uno de los líderes me dio una nueva orden: debía acompañarlo a un lugar fuera del pueblo. No me explicó por qué y yo no pregunté. Caminamos en silencio hasta llegar a una vieja bodega. Al abrir la puerta, el aire rancio del interior me golpeó con fuerza. Adentro, un hombre estaba atado a una silla. Su rostro mostraba señales de haber recibido una golpiza reciente. Lo reconocí desde el principio, era un paisano de otra parcela china no muy lejana a la de mi patrón, suplicaba perdón en cantonés, a los dos cuidadores que lo mantenían quieto.

“Es un espía del Guomindang”, dijo mi acompañante con frialdad. “Nos traicionó. Nos debe dinero y no quiere pagarlo, es amigo de Su we”, eso para mí era suficiente.

Mi mirada no se inmutó. Había aprendido a no mostrar emociones, a no cuestionar lo inevitable. Mis ojos duros reflejaban la misma determinación que me habían inculcado todos estos años, me acerqué a él y solo le pregunté una vez: ¿Tienes el dinero para pagarnos?... El movió de manera negativa la cabeza y suplicó por un poco más de tiempo para poder liquidar su deuda que había surgido al calor de un juego de cartas, supe lo que significaba el no pagar las deudas de juego o del traslado, o el precio del espionaje para el enemigo. Mi prueba final era dar mensajes claros y sin ningún margen de error a los amigos y enemigos de la logia; era decidir de qué lado me encontraba, con o en contra del Hongmen.

Cuando todo terminó, limpié la hoja del cuchillo con su propia ropa, con calma y lo devolví a su lugar en una mesa cercana, ahora es tuyo, guárdalo, te lo ganaste, fue mi primer regalo de la hermandad. No sentí remordimiento ni alivio, solo una certeza: había hecho lo que debía hacerse. En aquel instante, Ramón Ley dejó de ser un trabajador y dio el primer paso para convertirse en un hermano mayor. Otros paisanos cavaron un hoyo y la noche siguió de largo, nos divertimos con algunos tragos, jugamos naipes y fumamos.²⁸

Cuando salimos de la bodega, el aire fresco de la madrugada me pareció más liviano. Con manos firmes, saqué un cigarrillo de hoja, lo torcí con paciencia y lo encendí. Inhalé con lentitud, dejando que el humo se mezclara con la oscuridad. Lo fumé con la indiferencia de quien aplasta una ali-maña, con la certeza de que el mundo seguiría girando sin importar lo que acababa de ocurrir. Nadie habló del asunto después, pero al día siguiente, el líder de la logia me miró y asintió con la cabeza. Había pasado la última prueba. Ahora, estaba listo para lo que siguiera.²⁹

Mi tiempo de prueba había terminado. Pronto mi vida cambiaría para siempre. Para ese año de 1921 ya no era un niño. Me habían observado. Sabían que cumplía órdenes, que entendía la importancia de la discreción. Sin saberlo, ya estaba dentro de su red.³⁰

La noche en el desierto es engañosa, eso lo recuerdo mucho en ese viaje a Nogales. El calor del día cede ante un frío cortante que se cuela en los huesos, también parece que en vez de viajar sobre rieles te desplazas sobre el

océano, nunca dejamos de estar sobre el mar —pensé—. El tren avanzaba con su traqueteo monótono, un sonido hipnótico que, en lugar de adormecerme, mantenía mi mente alerta. No sabía qué me esperaba en Nogales, pero la orden había sido clara, acompañar al hermano mayor. Era el 28 de enero de 1922, el inicio del año del perro de agua, el símbolo de la vigilancia, la lealtad y defensa de la comunidad, el perro del agua era terco defendiendo a su comunidad.

La ciudad me recibió con sombras largas y el murmullo de voces en español e inglés en los callejones. Nos recogió un carruaje sin distintivos, tirado por caballos que se movían con una cadencia precisa, como si conocieran de memoria el camino. La estructura donde nos detuvimos era una casa con letreros en chino y español y que decían: 致公堂洪門, y reconocí de inmediato de qué lugar se trataba, sin mayores señales de su importancia estaba a las puertas de la logia, era el día de mi iniciación en la *Iglesia de los Chinos*.

Mi iniciación la recuerdo muy bien, pues cada seis meses a partir de entonces estuve en cada una de las que se llevaron a cabo, las aprendí de memoria. Frente a la entrada, dos hombres de rostro impenetrable custodiaban el acceso. Nos abrieron la puerta y me di cuenta de que yo era parte de un grupo de paisanos que habían sido seleccionados en varias partes del estado y que ahora tendríamos que pasar por la prueba final de admisión. Ante las puertas del templo había dos columnas y a cada lado de ellas había un guardia y ambos sostenían largas espadas curvas que impedían atravesar por el centro de éstas y sus miradas eran frías como el metal que empuñaban, y solo dependíamos de la confianza de los que nos conducirían por el viaje. Antes de que pudiera avanzar, uno de ellos cruzó su arma frente a mí, bloqueando el paso, el hombre que me guiaba se adelantó un paso y pronunció palabras con una voz firme y respetuosa. Solo entonces, los guardianes bajaron las espadas y me permitieron entrar. Al cruzar el umbral, el olor a incienso impregnó mis sentidos. La sala se sentía amplia por lo lejano que sonaban las palabras que nos indicaban lo que debíamos de hacer, iluminada solo por velas dispuestas en candelabros de hierro forjado pues su tenue calor llegaba a nuestros rostros.

El centro de la habitación estaba dominado por una mesa oscura donde reposaban una daga ceremonial, una copa de vino de arroz y un gallo negro con las patas atadas. En las paredes, caracteres dorados reflejaban la

tenue luz. Justicia. Hermandad. Sacrificio. Frente a la mesa, el gallo negro luchaba inútilmente contra la cuerda que ataba sus patas. Su destino estaba sellado, su sangre serviría como vínculo sagrado entre mi pasado y mi futuro.

Las sombras en la sala parecían moverse al compás de la danza hipnótica de las llamas. Un murmullo apenas perceptible flotaba en el aire, un canto grave y profundo en cantonés que resonaba en los muros. “El fuego purifica, la sangre une, el hierro fortalece”, repetían. Mi respiración era medida, pero mi corazón latía con fuerza. Un hombre alto, de expresión impenetrable, se acercó y me cubrió los ojos con un paño de seda. La ceguera momentánea intensificó mis otros sentidos. Escuché el roce de telas, pasos firmes rodeándome, una voz que emergió de la oscuridad:

Ante el altar de nuestros ancestros Hongmen (Imagen 16) juré:

“Este camino no tiene retorno. ¿Juras lealtad a la hermandad y aceptas sus reglas sin cuestionarlas?”

Mi voz salió sin titubeos. “Juro lealtad.”



Imagen 16. Alegoría Hongmen. Hace una recreación de la relación entre el cielo y la tierra, así como referencia a los cinco ancianos, los cinco monjes del templo del norte y los tres sabios en el jardín de los duraznos. A los laterales es posible leer que los guerreros Hongmen se alzarán para cobrar su venganza. Cada templo del HCHKT, tuvo sus propias alegorías y con el paso del tiempo se simplificaron hasta solo mantener en el altar al Dios de la protección o a los tres sabios. No existe una fecha, pero dada su similitud con la de la sede de San Francisco, es posible que sea de las primeras décadas del siglo xx.

Fuente: АННСНКТ *Lienzo en custodia de la Logia Felipe Carrillo Puerto. L.S.e I. Ciudad de México.* Fotografía Raúl González A. 2025.

Sentí cómo alguien tomaba mi mano y guiaba un filo sobre la yema de mi dedo. Un corte preciso, apenas una herida. La sangre goteó en la copa con vino de arroz. Me ordenaron beber. Lo hice sin vacilar. El sabor metálico se mezcló con la aspereza del alcohol. La sangre ahora pertenecía a la logia.

El cuchillo fue alzado y con un movimiento rápido el gallo fue sacrificado. Su sangre espesa fue recogida y mezclada con la mía. Un cáliz negro fue colocado frente a mí. Me indicaron que bebiera de nuevo. Mi garganta se quemó con la mezcla densa y salada, pero no me detuve.

Me hicieron avanzar un par de pasos, luego el aire cálido me envolvió: fuego. Un aro con dientes de tela esperaba ante mí. Detrás de él, otro desafío me aguardaba: un puente de tres tablillas de madera, símbolo de la rectitud y la resistencia que debía demostrar. Después el fuego. Sabía lo que significaba. Cruzar el fuego era un paso de purificación, pero el hierro representaba la prueba final: debía sostenerlo por un instante, sintiendo su dureza en mis manos, sin ceder al dolor.



Imagen 17. Talismán y certificado ritual expedido por la logia 興義公司 (*Sociedad de la Justicia y Prosperidad*) al Maestro de Logia 陸義興 (*Lu Yixing*)

Ubicado en el expediente de Lu Si Alfonso, fechado en octubre de 1923 (民國十二年 十月). Este tipo de documentos funcionaba como constancia jerárquica dentro del Hongmen en el exilio, y su formato es característico de las logias activas en el norte de México en las primeras décadas del siglo xx.

Fuente: Certificado ritual del Hongmen, “興義公司館長證,” ca. octubre de 1923, bajo custodia del Archivo Histórico del Hongmen Chee Kung Tong de la Ciudad de México. Traducción y comentario de Fredy E. Cauch Carrillo, con apoyo de inteligencia artificial. Imagen reproducida con fines académicos.

Cuando la venda fue retirada, la sala se veía diferente. Ya no era un simple trabajador. Ya no era solo Ramón Ley. Ahora pertenecía al Chee Kung Tong. Esa noche, la sombra del gallo se proyectó en la pared cuando el cuchillo cumplió su destino. La sangre selló el pacto. La ceremonia había terminado, pero mi nueva vida apenas comenzaba, pronto mis talismanes me serían entregados, como a otros antes que a mí (Imágenes 17 y 18).

Este es un formulario de registro de extranjería de México, emitido por el Servicio de Migración y Registro de Extranjeros. El documento contiene los siguientes datos:

- Nombre:** LU SI ALFONSO
- Fecha de ingreso:** 25 de agosto de 1909
- Lugar de ingreso:** Nogales, Son.
- Registro:** 64969
- Medida de filiación:** 58100
- Características físicas:** Estatura 166, Color negro, Pelo negro, Ojos grises, Nariz rectilínea, Mentón huido, Marca: berruga en el pomelo izquierdo.
- Datos complementarios:** Edad 46 años, Fecha en Guanajuato el 1 de agosto de 1909, Estado civil soltero, Profesión cocinero.
- Idioma nativo:** chino
- Idioma que habla:** español
- Lugar y país en que nació:** Canton, China
- Nacionalidad actual:** china
- Religión:** Confuciana
- Lugar de residencia en México:** Casa de adora de los Noches
- Nombre y domicilio en México:** Ignacio Aloaras de los Noches
- Quien entró en México por:** Carlos Guzman
- Fecha de ingreso:** 25 de agosto de 1909
- Funcionario:** CARLOS GUZMAN

Imagen 18. Registro de extranjería de Lu Si Alfonso.
Fecha de ingreso a México en 1909 por Nogales, Sonora
Fuente: Imagen RDD-SG. Registro: 64969.³¹

Me guiaron a una sala contigua, donde una gran mesa había sido preparada para el banquete de iniciación. El aroma de especias y carnes asadas llenaba el aire, transportándome de inmediato a los recuerdos de mi infancia en China. Sobre la mesa, platos de pato laqueado, arroz fragante con trozos de cerdo caramelizado, brotes de bambú, pescado al vapor con jengibre y tazones humeantes de sopa con fideos finos esperaban ser servidos. El sonido de las copas de porcelana entrecuchando con el vino de arroz anunciaba que aquella era una celebración, un reconocimiento de mi paso definitivo al mundo del Chee Kung Tong (Imagen 19).

Uno de los hombres, un rostro que había visto en la ceremonia, pero cuya voz no había escuchado hasta entonces, se sentó a mi lado y me sirvió personalmente una porción de pato crujiente sobre un panecillo al vapor. “Come, hermano. Es la primera de muchas cenas como esta. Has dejado

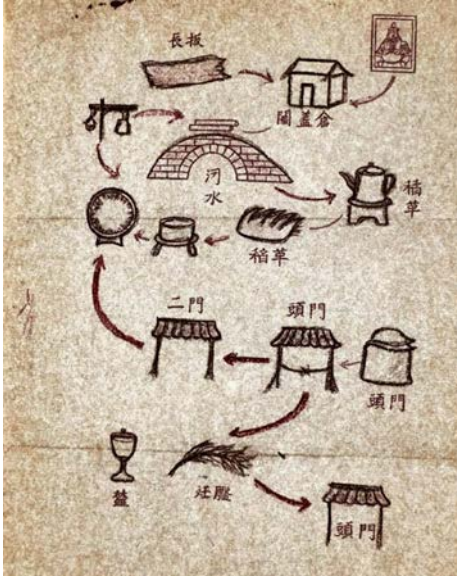


Imagen 19. Ritual de iniciación del Hongmen Chee Kung Tong
Fuente: АННЧКТ. Colección de documentos 1923-1947.
Fotografía del autor-restauración Laboratorio Lynn Margulis Biohistoria.

atrás las privaciones, la incertidumbre. Ahora eres uno de nosotros.” Me llevé la comida a la boca. El sabor intenso y dulce, la textura perfecta de la carne fundiéndose con la suavidad del pan, fue un golpe inesperado de calidez y satisfacción. Después de años de raciones miserables en los campos, este banquete no era solo una comida. Era un mensaje: a partir de ahora, la mesa de la logia también era la mía.

Entre juramentos y conflictos transcurrió mi vida, pensó Eligio, desde el día que crucé el umbral de la sede de los pasos perdidos del Hongmen en Nogales la vida dejó de ser algo que simplemente me ocurría, para convertirse en un camino marcado por el rigor de compromisos que ataban mi existencia a la logia. Los hermanos mayores, o líderes de la logia no necesitaban palabras excesivas para comunicar sus decisiones; bastaban miradas, gestos y actos simples de aprobación o desaprobación. Rápidamente aprendí que la lealtad era la única virtud indiscutible y que la traición no admitía excusas, solo sangre.

El НЧКТ no era una hermandad cualquiera. Desde San Francisco, sede central en América, se dictaban reglas estrictas que cada hermano debía cumplir bajo juramentos ineludibles dentro de rituales teatralizados. Entre estas obligaciones estaba la protección mutua, la obediencia a los superior-

res y el resguardo absoluto al secreto. Las reglas también establecían que cualquier incumplimiento significaba castigos severos, que podían ser desde amonestaciones públicas, la expulsión de la sociedad y, a menudo, la muerte. No se trataba de palabras pronunciadas en una ceremonia: eran juramentos que formaban la columna vertebral de nuestra comunidad que nos protegía en el mismo modo que se podía volver en nuestra contra.

Tras mi iniciación, regresé a Ímuris. La logia me dio privilegios, pero también me comprometí durante toda mi existencia. Mi vida adquirió nuevas dinámicas: empecé a viajar frecuentemente por Sonora realizando el cobro de deudas y cuotas que posteriormente entregaba en la sede central de Nogales, visitando puntos clave como Cananea, donde la logia tenía importantes intereses económicos y políticos. Estos viajes eran parte de un proceso estratégico en el que debía aprender, entender y controlar aspectos vitales para la organización, como lo era el contener conflictos o solucionarlos según su gravedad y las ordenes de la organización, empecé a acompañarme de otros miembros de la logia para que no sufriéramos ataques por parte de los miembros del Guomindang.³²

Mis visitas a Cananea eran especialmente reveladoras. Esta ciudad minera estaba llena de oportunidades económicas que la logia aprovechaba hábilmente, desde comercios discretos hasta negocios más sombríos vinculados al opio y la expedición de identificaciones falsas que creaban nuevas identidades a paisanos en ambos lados de la frontera. En cada viaje recibía instrucciones precisas sobre a quién contactar, qué negocios supervisar y cómo actuar ante las autoridades locales. Yo no olvidaba rostros ni nombres, algún día esas rutas podrían ser mías.

Mi papel se hacía cada vez más importante y con ello crecía mi ambición. No quería simplemente cumplir órdenes, quería tomar decisiones, tener influencia real y ganar el respeto de mis superiores. Pero ser parte de la logia era también ser parte de un conflicto más grande, que a mí me obligó a tener a lo largo de mi vida una posición cada vez más bélica con nuestros adversarios, pero no todo era fácil, dentro de la logia también existían traiciones, y los enfrentamientos entre los hermanos eran comunes y esto era el reflejo de los conflictos que se vivían en la tierra que se había quedado atrás y de las nuevas ambiciones de poder que surgían entre los miembros que se enriquecían con la explotación de los paisanos, siempre con la complicidad de las autoridades mexicanas y de los Estados Unidos.

El cambio de mi papel dentro de la organización fue gradual, pero definitivo. Pasé de ser un emisario de mensajes y cobrador de cuentas menores a desempeñar una función mucho más peligrosa: proteger a los miembros importantes de la organización durante sus viajes y reuniones. Fue en ese rol que adquirí mi reputación de hombre peligroso pero eficiente. Ahora me conocían como “el verdugo”,³³ en el fondo ese apodo no me desagradaba pues imponía miedo. Enfrentamientos, emboscadas y tensiones constantes con los nacionalistas chinos hicieron de cada encargo una prueba de habilidad y resistencia. Pronto, la gente hablaba de mi destreza con el cuchillo; no porque lo presumiera, sino porque quienes lo habían visto en acción rara vez tenían oportunidad de contarle.

En una ocasión, acompañando a dos hermanos mayores a un callejón polvoriento de Cananea, tuve mi primer encuentro con un tal Francisco L. Yuen. Aquel hombre tenía una presencia imponente, con el aire de alguien acostumbrado a que los demás le obedecieran. La reunión fue tensa yo acompañaba a los miembros de la logia en un intento por negociar, pero en lugar de ello, los ánimos se caldearon. Yuen tenía una manera de hablar que irritaba a cualquiera que no compartiera su visión del futuro. No creía en el Hongmen, no creía en los juramentos sagrados y con una mueca de desdén dejó claro que, para él, solo el Guomindang representaba el verdadero camino para los chinos en México. “Ustedes están atrapados en supersticiones antiguas. Nosotros somos el futuro,” dijo, sin preocuparse de que estaba en clara desventaja numérica. Nos marchamos de aquella reunión sin acuerdo alguno, pero con la certeza de que ese hombre era un problema que tarde o temprano tendríamos que resolver, además sentí que nos había ofendido al despreciarnos.

Mis responsabilidades crecieron a medida que mi reputación en la colonia china se solidificaba. Participé activamente en la gestión financiera, recolectando y enviando cooperaciones económicas a la sede central de San Francisco. Supervisé pagos para sostener familias en China, cubrí los gastos de viaje de importantes miembros de la logia y aseguré los salarios de los peones chinos empleados por la organización. Esta intensa actividad económica contribuyó al mito popular mexicano sobre la supuesta riqueza oculta de los chinos, alimentando prejuicios y rumores que hacían nuestra existencia aún más peligrosa.

El tráfico de opio era la columna vertebral económica de nuestras actividades en Sonora, pues todos lo consumían o lo necesitaban para sus medicamentos, chinos, mexicanos, americanos. Mis tareas incluían desde supervisar el pago de los cultivos hasta asegurar rutas discretas de transporte. Aprendí a moverme con discreción, manejando operaciones peligrosas con una calma que sorprendía incluso a los miembros más veteranos del HCHKТ. Mi determinación y frialdad en estas situaciones extremas fueron clave para mi ascenso dentro de la organización.

Resultó que Francisco L. Yuen, líder destacado del Guomindang y cabeza visible de la UF, se convirtió en nuestro principal adversario. Su carisma, poder político e influencia representaban una amenaza directa para nuestros objetivos. Sabíamos que, para garantizar la estabilidad y crecimiento de nuestra organización, era necesario matar a Yuen.

El punto máximo de estas tensiones llegó en septiembre de 1924, cuando finalmente se llevó a cabo su eliminación.

Recuerdo la tensión que precedió al acto, la meticulosa planificación y el silencio absoluto que siguió al hecho consumado se decidió que cuatro lo harían para que no escapará y los disparos serían llevados a cabo por... (No lo recuerdo).

Nogales hervía. No por el clima seco del Norte ni por el trajín constante de la frontera, sino por el eco sordo de un crimen que no admitía interpretación ambigua. A las cinco con veinte de la tarde del 28 de setiembre de 1924, Francisco L. Yuen, presidente de la Liga Nacionalista China, cayó de lado en el andén principal de la estación del ferrocarril. El primer disparo le atravesó el costado; el segundo, disparado con un leve temblor, se alojó en su clavícula izquierda. La tercera bala fue innecesaria. Su maleta, aún tibia, quedó abierta junto a su cuerpo. Dentro: documentos de la UF y una carta sin terminar (Imagen 20).

Los testigos, en su mayoría jornaleros, comerciantes y un par de soldados retirados, no supieron distinguir con claridad los rostros de los tiradores, pero hubo quienes reconocieron a uno de ellos: Win F. Chong o Luis Huy, de paso en Nogales hacía dos semanas, era conocido entre los círculos más discretos del HCHKТ. Al otro lo conocían menos, pero sabían que se hacía llamar Ramón Ley. Decían que tenía acento del sur, que vestía como mexicano, que sabía cuándo callar y cuándo desaparecer, era un auténtico verdugo de la logia, por la forma tan fría con la que actuó al disparar sobre L. Yuen.

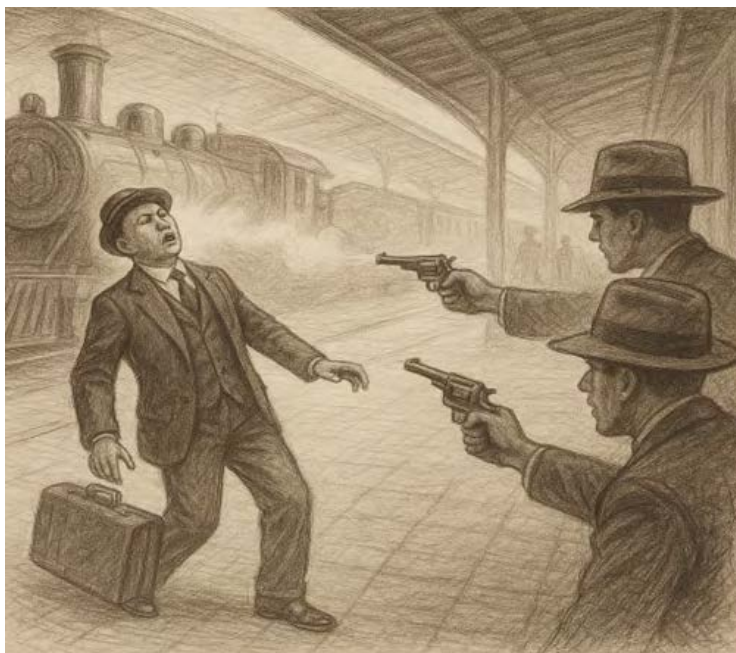


Imagen 20. Recreación del asesinato de Francisco L. Yuen en la estación de trenes de Nogales, Sonora (ca. 1924).

Fuente: Ilustración generada mediante inteligencia artificial (OpenAI, DALL·E, 2025) con base en fuentes hemerográficas y testimonios orales. identificado por algunos como un intermediario en tensiones internas del Hongmen. Uno de los tiradores habría sido un chino identificado como un tal Ramón Ley.

La policía local, bajo presión del cónsul y de sectores del gobierno federal, actuó con una inusual velocidad. Los dos hombres fueron detenidos esa misma noche en una pensión del barrio ferroviario. No opusieron resistencia. Wing F. Chong sonreía apenas. Ramón guardaba silencio, con mirada indiferente.

Los interrogaron en una celda húmeda, sin protocolo. La acusación era directa: homicidio por motivos políticos. La prensa nacional apenas lo registró: un oriental asesinado por orientales, en el contexto de “diferencias internas”, según dictó el parte oficial. La embajada china en México exigió castigo ejemplar; la comunidad en Nogales calló.

La noche de su tercera semana en prisión, cuando el caso comenzaba a despertar interés en la capital, ambos se fugaron. No rompieron barrotes

ni sometieron a los custodios. La fuga fue limpia, casi quirúrgica. Alguien del exterior había pagado por las llaves correctas, por las puertas abiertas en el momento justo. Un carro los esperaba a dos calles de la comandancia.

A las pocas horas ya no quedaba rastro de ellos. El gobierno tapó la fuga argumentando que se había ordenado la expulsión inmediata de los dos asesinos capturados.³⁴

Wing F. Chong fue visto por última vez cruzando hacia Tucson. Algunos dijeron que lo mandaron de vuelta a San Francisco. Otros, que tomó un barco en Ensenada rumbo a Manila. Lo cierto es que su nombre desapareció de las listas del НКМТ de Sonora poco después. ¿Y Ramón Ley?

—**Andrés, lo he dicho tantas veces que empiezo a preguntarme por qué tengo que repetirlo**, pensaba Ramón Ley, mientras miraba a través de la ventana del tren que parecía no llegar a ninguna parte.

¡Pero yo no lo maté! ¡No fui yo! No estuve en la estación. No tuve un arma. No vi caer su cuerpo. No escuché el disparo. No olí la pólvora. Pero cada noche, desde entonces, escucho ese maldito eco rebotando en mi cabeza, como si yo hubiera estado allí.

¡Yo no lo maté...!

Aunque su nombre me llega en sueños. Aunque su sombra se asoma cada vez que alguien dice “Nogales”.

Aunque desde aquel día, nadie en la logia me llama por mi nombre sin una pausa. Era mi guerra, eso lo supe desde el principio. Pero uno no elige los bandos cuando el polvo ya se levantó. Uno elige cuándo apretar el gatillo.

Y eso hice. Me ordenaronirme y eso hice, me fui. Me subí al tren apresuradamente

Ímuris se volvió de pronto demasiado pequeño, demasiado ruidoso. Las miradas eran cuchillos y las preguntas se clavaban igual.

Subí al tren con los bolsillos vacíos y una maleta ajena. Me dijeron que fuera hacia el sur, que no hablara con nadie, que me darían mi nuevo nombre al llegar. Que no volviera en mucho tiempo, que mi recompensa estaría en mi nuevo lugar.

El tren avanzaba y yo contaba los postes del camino como si así pudiera dejar atrás la sospecha. Pero no se iba. Estaba pegada en mi ropa, en mi piel. En el espejo del vagón, no me reconocía. A veces creo que ese fue el precio: perderme incluso de mí.

Ramón, en cambio, fue enviado tierra adentro nunca se supo a dónde. Los ancianos de la logia decidieron que había que protegerlo, pero también alejarlo. El acto había sido necesario, decían, pero ahora su nombre era demasiado visible. Eligieron un sitio donde nadie preguntara, donde el polvo cubriera la historia.

Y entonces llegó la terminal: La Quemada era una estación con su edificio de adobe y techo de doble agua, no tenía nada de especial de otras tantas que se recorren por todas partes, solo un cartel y un banco para esperar. Bajé del tren con los pies pesados y los ojos secos. Olía a caña seca por todas partes, a adobe caliente, a barro de otra vida. Venía acompañado de otros tres chinos para que nos cuidáramos entre todos.

Caminé unos pasos por la estación. Respiré hondo. Por ahora estaba a salvo. (¡Yo no lo maté! Lo juro. ¡No lo maté...!)

Ramón Ley había dejado de hablar. Su hijo, el Dr. Eligio Ley Chávez, le retiró la cánula del oxígeno por un momento para humedecerle los labios, pero él mantuvo los ojos fijos en un punto más allá de la habitación. Una esquina apenas iluminada por la luz rasante de la tarde.

El conejo lo miraba desde el suelo, inmóvil, con el cuerpo recogido y las orejas bajas, como si supiera que no podía huir. Pero eran sus ojos los que detenían el tiempo: no eran los ojos de un animal. Eran ojos tristes, húmedos, cargados con la última claridad de quien se supo muerto en Nogales en 1924. Ramón tragó saliva, no era la primera vez que lo veía. Esa criatura, o su sombra, había comenzado a seguirlo desde aquel tren que lo llevó a La Quemada. La primera vez apareció en sueños, luego, en los reflejos, ahora, estaba allí, sin esconderse.

El anciano cerró los ojos, el conejo seguía ahí, paciente. No se movía, solo lo miraba, como quien no olvida.

Yo lo sujeté de la mano al que estaba junto a mí y le dije: Eligio, hijo; yo no lo maté; para poder creer en una mentira debes de repetirla tantas veces hasta que tú seas capaz de creerla, así el mundo no dudará de ella hijo.

—Sí, papá —dijo su hijo sin dar importancia, y solo pensar en el síntoma del delirio—. Ya lo sé. Tú no mataste a nadie, dijeron que eras malo porque te tenían miedo, eso ya no los has platicado muchas veces, que bastaba que te vieran pasar, sólo con eso era suficiente.

(El conejo parpadeó una vez más, luego se desvaneció, dejando tras de sí solo el zumbido del oxígeno y el olor a papel antiguo).

Se debe de mencionar que una fotografía fue hallada durante la prospección realizada en 2024 al mausoleo de la familia Ley, en el Panteón Civil de Dolores. Sobre un altar derruido y en un marco de madera carcomido por las polillas y con el vidrio roto, reposaba una fotografía de seis por ocho pulgadas: Ramón Ley, alias un chino llamado Eligio, semblante sereno, traje oscuro. En la solapa izquierda del saco, un fístol masónico y en la parte de abajo sostenida por dos anillas cortas, colgaba una medalla octagonal (Imágenes 21 y 22).



Imagen 21. Fotografía localizada en el altar familiar de la familia Ley

Imagen 22. Una ampliación de esta imagen es la que se conserva en la sala de la familia Ley. El diseño y medidas corresponden a la descripción de la que otorgaba la logia en los años 20 por servicios de “sangre” entre sus miembros.

Se observa la medalla octagonal con cuatro signos chinos y una escuadra y compas en su parte inferior. No se ha podido identificar el significado, pero los familiares refieren que se trataba de una de las más valiosas posesiones de Don Eligio.

Fuente: Fotografías del autor.

La imagen no era un retrato para la familia, era un testimonio, era la representación gráfica de un rango. Una lupa reveló bordes calibrados y un diseño radial que coincide con la descripción de las condecoraciones establecidas en el reglamento secreto del Hongmen incautado en el cateo a la sede de Mexicali en 1924.³⁵ El traductor oficial, Salvador Ch. Cond, expulsado del país aquel mismo año, transcribió trece artículos operativos que gover-

naban la logia. Entre ellos se ordenaba conceder “una medalla de oro con cuatro letras grabadas y un retrato de ocho pulgadas instalado en el salón” a quienes hubiesen prestado “servicios especiales” a la sociedad.³⁶ La inscripción tipográfica de la medalla de Eligio y el tamaño exacto de la fotografía remiten sin desvíos a esa norma interna.

El reglamento no era un simple código de convivencia. La regla tres instruía recompensas en dólares para actos ejecutados contra los enemigos de la organización. La regla cinco obligaba a la logia a costear defensa legal para cualquier hermano detenido y premiaba al ejecutor exitoso con una gratificación adicional. Las reglas ocho y nueve describían una jerarquía de méritos culminada en la medalla octagonal y en el retrato mural, honores reservados a quienes hubiesen defendido la logia con eficacia. La regla dos prohibía divulgar secretos y prescribía expulsión para cualquier indiscreto. La regla once recordaba que la fraternidad era el cimiento mismo del Hongmen. En conjunto, el documento confiscado por la policía delimitaba un sistema cerrado de obediencia, silencio y premiación.

Si las inscripciones de la medalla hallada en la fotografía y sus proporciones se ajustan a esa normativa, el objeto deja de ser decorativo, se convierte en prueba material de reconocimiento. Tal condecoración no distinguía a testigos pasivos: señalaba a quienes habían financiado, encubierto o ejecutado acciones juzgadas meritorias por el Hongmen. Eligio Ley, alias Ramón Ley o viceversa, en la década de 1920, como de muchos capítulos de su vida, nunca mencionó su posible participación en el asesinato de Francisco L. Yuen, nunca fue procesado por ello, jamás declarado culpable, sin embargo, el reglamento demuestra que quien recibía una medalla semejante no era un mero simpatizante: era un activo participante en los actos de sangre.

El contexto es inequívoco. Entre 1922 y 1924 la pugna entre el HCHKT y Guomindang escaló en Sonora, Sinaloa y Baja California. El asesinato de Yuen señaló un punto álgido. La policía allanó la sede del Hongmen, incautó documentos, detectó listas de gratificaciones y, según informes de la Secretaría de Relaciones Exteriores, observó que los opositores se acusaban mutuamente de “bolcheviques” o de “monarquistas retrógrados.”³⁷ Aquella violencia no era lucha de bandas aisladas sino reflejo de las fracturas de las comunidades chinas ultramarinas. Dentro de ese escenario, los honores del Hongmen equivalían a certificados de acción al servicio de la causa y contra sus adversarios.



Imagen 23. Rescate de la fotografía en el panteón de San Fernando con ceremonia masónica. Fotografía de ocho pulgadas por seis, hallada en su tumba durante prospección privada realizada en octubre 2024, con permiso de los descendientes. Se aprecia la medalla octagonal concedida por la Chee Kung Tong según su reglamento de 1924.
Fuente: АННСНКТ. Fotografía del autor.

Eligio pudo haber recibido la medalla por financiar, proteger o planear operaciones; todas esas labores, según el reglamento incautado, merecían el mismo reconocimiento. Eligio guardó silencio hasta el final. Nunca narró su papel, quizá por imperativo moral, quizá por obligación juramentada. Enterró consigo la imagen, como si la medalla tuviese que acompañarlo en la tierra que ya no podía retener entre sus dedos.

Ninguna fuente del АННСНКТ menciona la entrega de esa condecoración. No figura en listados de premios ni en gacetas de asociaciones chinas. Paradójicamente, ese vacío documental confirma la naturaleza clandestina del honor. La medalla no debía circular fuera de los muros de la logia; el retrato era para el altar interno, no para el salón comunitario. Eligio conservó la fotografía original y la llevó a la tumba, y en la sala de su casa la misma fotografía ampliada coronaba su hogar a la vista de todos. El acto revela que comprendía el valor simbólico de la insignia y que no deseaba exponerla en vida, quizá para evitar sospechas, quizá para proteger a terceros, quizá para guardar su última fidelidad.

Al lector corresponde decidir si aquel reconocimiento colgado en la fotografía implica complicidad directa o adhesión táctica. Este libro solo constata que la condecoración existió, que fue otorgada conforme a reglas internas y que Ramón Ley, alias Eligio Ley Lim la atesoró hasta el final. Enterró con ella su silencio y su lealtad. Recompensa en vida, secreto en muerte (Imagen 23).

LA QUEMADA, JALISCO (1924-1928)

La llegada a la comunidad de La Quemada hay que analizarla más allá de las decisiones individuales. Lo que llevó hasta ese punto del occidente mexicano a Ramón Ley fue una huida obligada y planeada desde los conflictos que arreciaban en el estado de Sonora. En septiembre de 1924, la ejecución de Francisco L. Yuen en la estación de Nogales desencadenó una reacción en cadena dentro de las redes chinas del noroeste. La Quemada fue un refugio fiel a las características Lee Güi-nam: silencioso, estratégico y transitorio.

La Quemada apenas figuraba como un punto intermedio en los mapas. Localizada en el municipio de Magdalena, Jalisco, al noroeste de Guadalajara, la comunidad se encuentra entre lomeríos áridos y terrenos que alguna vez formaron parte de la hacienda de San Andrés. El ferrocarril, bajo administración del Ferrocarril SudPacífico, había llegado desde Nogales a finales de la década de 1910, pero no fue sino hasta 1923 que se oficializó su conexión con Guadalajara mediante una ceremonia encabezada por el presidente Álvaro Obregón.³⁸

La comunidad tenía ya una estación activa, con muelle de carga, tanque de agua, viviendas para trabajadores del ferrocarril y una pequeña estructura operativa que la integraba a las redes comerciales del occidente mexicano.³⁹ El tren no solo transportaba bienes: movilizaba migrantes desplazados desde Sonora y Sinaloa y silencios en los negocios clandestinos del opio y los abarrotos, el tren transportaba oportunidades económicas para aquellos con las agallas para hacer lo necesario.

La economía local entre 1920 y 1924 combinaba agricultura básica, maíz, sorgo, caña, con pastoreo de ganado menor y extracción de minerales como ópalo, arena sílice, cal y caolín.⁴⁰ Había también comercio menor: fondas de paso, bodegas de abasto y tráfico informal vinculado al movimiento

ferroviario. En ese lugar, un tren se detuvo y cuatro chinos descendieron del tren, Ramón descendió del vagón al final sin equipaje mayor, apenas una maleta, miró hacia el pueblo con un cierto aire de indiferencia, sacudió del polvo su sombrero, momentos después encendió su cigarrillo.

La Quemada, entonces, no fue solo un escenario: fue un paréntesis. Entre la persecución y el olvido, ese punto de tierra jalisciense lo recibió sin preguntas incómodas, encontró allí no solo el anonimato que requería, sino también un nuevo eje desde donde empezar a reconstruir su nombre (Imágenes 24, 25 y 26).



Imagen 24. Estación de La Quemada.
Municipio de Magdalena, Jalisco. 13 noviembre 2024.
Fuente: Fotografía del autor.



Imagen 25. Estación de la quemada
Se indica su punto de intersección en la ruta del Pacífico, uniendo Sonora y Jalisco, México. Estados estratégicos en la construcción de redes de tráfico de mercancías y personas en el bajo mexicano. 13 de noviembre de 2024.
Fuente: Fotografía del autor.



Imagen 26. Las calles empolvadas de la comunidad con dirección al casco de la hacienda de San Andrés, dentro de la comunidad de La Quemada. Por comentarios de los habitantes *el tiempo en algunas de sus calles parece que no transcurre*. 13 de noviembre de 2024.
Fuente: Fotografía del autor.

Llegamos a La Quemada el lunes primero de diciembre de 1924, el día de San Eligio, “el elegido”. Decían que era el nombre de un santo orfebre, patrón de herreros y cuidadores de caballos, un hombre honesto que devolvía el oro sobrante.

Al caer la tarde empezamos a caminar por los senderos del pueblo buscando la dirección que nos habían indicado, cuando el sol parecía inclinarse sobre los rieles del tren como si también él necesitara descansar. Éramos cuatro: tres hermanos de la logia y yo. Caminábamos sin hablar, con los zapatos cubiertos de polvo y las camisas pegadas a la espalda. Frente a nosotros, la tienda de Don Silvano Acevedo parecía el único lugar donde la vida continuaba con normalidad. Estaba a unas escasas casas junto a la estación y desde su entrada se podían ver los trenes partir y llegar.

Según las indicaciones que habíamos recibido nos recibiría un mexicano aliado de la logia, don Silvano, el cual atendía su tienda junto a otro ayudante mexicano; al vernos entrar exclamó: ya llegaron...¿Quién de ustedes es Eligio Ley Lim? Después de un momento y mirarnos a los ojos le respondí: Soy yo.

Silvano Acevedo, un hombre seco con mirada de zorro, nos observó de arriba a abajo. No hizo más preguntas. Solo nos ofreció sombra y agua. Sabía, como todo buen comerciante de frontera, que hay cosas que es mejor

no saber. Él, igual que otros muchos más, solo había recibido con anterioridad una visita, y con ello la indicación de proteger a un chino llamado Eligio Ley Lim, y se le dio su pago correspondiente por el apoyo sin más preguntas ni respuestas.

Aquella fue la primera vez que me llamaron Eligio. Lo dijo Don Silvano, como quien bautiza sin pedir permiso a un infante, pero el agua bendita se había vertido sobre mi cabeza desde la iglesia china en Nogales: desde ese momento, dejé de ser Ramón y comencé a habitar ese nuevo nombre como una máscara que se vuelve rostro. Se referían a mi como Eligio, el chino amable que entregaba pedidos de la tienda, el que te pasa los paquetes de manteca o cacao, el chino que esperaba a otros paisanos en la estación y que los despedía en los siguientes días y que siempre estaba pendiente de que no pasaran hambre ni sed, así me hice de muchos conocidos y lealtades.

A partir de ese día, esa tienda sería nuestro refugio y cuartel; Silvano lo sabía, y aunque nunca se involucró, nos permitía usar el almacén trasero para las reuniones. Desde ahí, empezamos a planear lo que vendría: nuevas rutas, nuevas identidades para los que escapaban desde Sonora o Sinaloa. Su apoyo fue recompensado con creces pues solo siete años después tuvo la capacidad de lanzarse como candidato a presidente Municipal de Magdalena y ganó, lo fue entre 1931 y 1932, por eso nos dejó la tienda para que nosotros la atendiéramos, la logia le había pagado con creces por su servicio.⁴¹

En la tienda yo solo era el chino del mandado. Aquel que llevaba a las casas los pedidos en cajas de madera y tenía una pequeña carreta de tiro que impulsaba con mis manos. Siempre me gustó caminar por las calle y observar. No sabían de mi historia en Ímuris, nadie preguntaba mucho, y así debía ser. En esas entregas me ganaba algunos centavos extras de propina y a veces me ofrecían alguna taza con agua de pozo, yo agradecía el gesto y luego continuaba con el trabajo.

La tienda era amplia con tres grandes mostradores de madera que formaban una escuadra; con enormes repisas en sus paredes a las cuales solo podíamos acceder gracias a un par de escaleras que movíamos por toda la tienda en un ir y venir. Siempre, por alguna razón que la gente desconocía, estaba muy bien surtida pese a las épocas turbulentas que la Revolución Mexicana traía a la provincia y que se reflejaba en la escasez de productos.

En su parte exterior era un rectángulo de cantera, adobe y puertas de madera, con una amplia bodega en su parte trasera, donde se despachaban

artículos solicitados para las actividades agrícolas o ganaderas de los habitantes del pueblo; en esa bodega era en donde descansábamos de la faena del día. La tienda era el lugar ideal donde el tiempo se medía por los sacos que bajábamos de las carretas y los frijoles que se vendían al peso de la báscula. A mí me bastaba eso, porque desde ahí practicaba y enseñaba a mis paisanos que el silencio tiene forma y se puede doblar como un papel. Con el tiempo, esa tienda era más que un negocio: era una escuela para aquellos que venían huyendo de las persecuciones en Sonora o Sinaloa, la clave estaba en ser el chino servil de la tienda y no representar ningún peligro para los negocios de otros, así era de simple.

La gente entraba, hablaba y salía y sólo sabía que había chinos, “que todos eran iguales”, y cada palabra dejaba una marca en mi memoria. Yo recorría el pueblo como se caminan los pasillos de una casa prestada, sabiendo que un día saldría de ese lugar, pero por ahora era suficiente y la logia nos diría cuándo tendríamos que dirigirnos a otro lugar (Imagen 27).



Imagen 27. Restos de la tienda de Silvano Acevedo en la Quemada
Fuente: 13 de noviembre 2024. Fotografía del autor.

Yo no hablaba más de lo necesario. En Sonora o en Sinaloa, o en cualquier lado, los chinos que hablaban demasiado no duraban. Así que, a sonreír, agachar la cabeza, repetir tres palabras en español y ser invisible. La invisibilidad, con el tiempo, se volvió un escudo y una forma de mirar. Desde atrás del mostrador observaba quién venía, quién se iba, quién saludaba con demasiada cortesía y quién no quería ser visto. Callar era aprender.

Y yo escuchaba todo. Me convertí en una sombra útil, presente, alguien que los clientes reconocían sin prestar demasiada atención. Esa era la ventaja: ver sin ser visto, recordar sin hablar, construir poder desde la orilla.

Pero en las noches, cuando asegurábamos las puertas de madera con un pesado madero desde adentro, empezaba lo que importaba. Reuníamos las cuentas, discutíamos quién llegaba, quién se iba, quién preguntó de más. Éramos cuatro de base, pero siempre había paisanos de paso tanto en dirección a Guadalajara o a Nogales. Todos eran miembros de la logia. Algunos traían mercancías de California, principalmente abarrotes que la gente llamaba ultramarinos, los cuales en pocos días eran vendidos para gusto de los pobladores en La Quemada o en Magdalena por su durabilidad, después pasábamos algún rato con un juego de cartas o de domino, en donde el dinero pasaba de mano en mano, mientras el humo de las pipas con la mezcla de tabaco y opio inundaba el lugar. Otro conocía a un comandante federal. Yo me encargaba de vigilar a los recién llegados. Nadie alzaba la voz. Bastaba una mirada para saber si algo no andaba bien. Lo demás era rutina: trazar líneas en las libretas, marcar paquetes, ajustar las entradas para que todo pareciera lo que no era. Aquellos momentos eran ceremonias sin incienso. Cada uno sabía lo que tenía que hacer, y cualquier error podía costar algo más que mercancía. Así se formaban las lealtades verdaderas: en la repetición y en la desconfianza compartida.

Cada mes debíamos ir a la cabecera municipal, Magdalena, donde nos reuníamos con otros miembros de la logia y se compartía información de lo que pasaba en otras partes del país y cómo se desarrollaba el conflicto con los miembros del Guomindang, a veces me llegaban ordenes específicas y yo debía de desaparecer por algunos días y después simplemente llegaba a la estación de La Quemada y la vida continuaba con su cotidianidad. Los otros paisanos de la tienda me veían llegar y solo me miraban con respeto, el verdugo había llegado y tal vez quisiera descansar.

Ser el cobrador de la logia era parte de los temas en esas reuniones. Era el arte de hacer creer que no sabías nada y que eras inofensivo, cuando en realidad no olvidabas nada y que tu revólver también se podía acompañar con la daga. Tu mirada debía de decir todo.

Y entre más aprendía a pasar desapercibido, más entendía que lo visible nunca es lo más importante pues mi nombre se extendía. Se tejía en las palabras omitidas, en los saludos breves, en las cuentas exactas de aquellos

que tenían algún asunto o deuda con la logia. Yo lo entendí pronto: el poder no era un acto, era un hábito. Y yo lo había ido incorporando sin saberlo. Algunas veces no debía de accionar el revólver solo era presentarme y dejar que mi fama me anteciedera entre los miembros de la comunidad de paisanos.

La vida en la tienda era relativamente tranquila. Se trabajaba, se vigilaba y se fingía normalidad. Solo dos cosas alteraban esa calma. La primera eran los cristeros, que entre 1926 y 1929 no dejaban de merodear por la región, molestando a todos, incluso a los que nada teníamos que ver con sus rezos o sus balas. La segunda eran los sobornos. Había que pagarles a los federales para que no se metieran con los cargamentos de dormidera. Nadie lo decía en voz alta, pero todos sabíamos que sin esos arreglos, no habría tienda ni arroz que vender. Aun así, sobrevivíamos. Mientras los otros peleaban por el cielo o por el botín, nosotros manteníamos los pies firmes sobre el polvo. En ese equilibrio frágil, la tienda siguió abierta, como si nada pasara, aunque por dentro todos supiéramos que estábamos sentados sobre un fuego lento. Aprendí que sobrevivir también era una forma de resistencia.

Fue en esos años cuando la logia me puso a cargo de ciertos arreglos en toda la región del bajío. Ir y venir con los cobros desde Sinaloa hasta San Luis Potosí. Me volví una extensión del liderazgo de la logia, un brazo que actuaba cuando los ojos de los otros no bastaban. A veces ni siquiera me decían todo: solo recibía una dirección, una lista de nombres, y eso era todo, las advertencias anteciedan a mi llegada. Y cumplía.

Mientras no me encontraba en mis viajes, yo seguía siendo el dependiente de la tienda, el chino Eligio, que aceptaba un vaso de agua y recibía sus cobros de propina por los mandados. En una de esas encomiendas, llegué a una casa donde una joven me miraba con cierta curiosidad. Ahí conocí a Rosa. No fue amor lo que hubo. Fue reconocimiento. Ella sabía sobrevivir. Había perdido a sus padres siendo muy joven y trabajaba con una tía vendiendo remedios herbolarios. Tenía los ojos quietos y los pies firmes. Y algo en su silencio se parecía al mío. No necesitábamos decir mucho. Bastó una conversación corta, una mirada larga. Yo entendí que podía confiar y ella no pidió más explicaciones. Compartimos primero los silencios, después la comida, un matrimonio, a regañadientes de la familia de ella, y luego la cama. Así empezó mi mayor tesoro: mi familia.

ROSA TRIGUEROS FRAGOSO;
EL PRIMER LINAJE (1928-1938)

Rosa Trigueros Fragoso fue hija de Crescencio Trigueros y Silvestra Fragoso, nació en 1910 en La Quemada, Jalisco. Huérfana desde una edad muy temprana, fue criada por su tía materna y madrina Micaela. Uno de los parientes de su padre fue presidente municipal de Magdalena en 1918.⁴²

Fue una niña inquieta, con mirada aguda y una disposición natural para aprender de su entorno. Desde pequeña mostró interés por las plantas que su madre y su tía utilizaban para tratar dolencias comunes. No se limitaba a seguir instrucciones: preguntaba por los nombres, observaba los procedimientos y memorizaba los efectos de cada preparación. Su gusto por la herbolaria no fue una afición decorativa, sino una forma de adquirir conocimiento útil en un entorno donde los recursos médicos eran escasos.

Años después, cuando recordaba su infancia, comprendía que muchas de las decisiones tomadas por su familia respondían a condiciones estructurales más que a voluntades personales. Le quedó claro que no se puede controlar todo lo que ocurre, pero sí es posible incidir en la manera de enfrentarlo. No hablaba de lo que “hubiera hecho”, porque sabía que lo vivido no era azaroso: era la consecuencia de actos concretos, asumidos con responsabilidad, aunque sin plena conciencia en su momento.⁴³

Después de una infancia entre la vida del hogar adoptivo y su gusto por deambular por el pueblo, conoció a Eligio, en 1926, cuando ella contaba con 16 años y él, un hombre de 23 años, el cual acostumbraba a vestir siempre con saco y corbatín en la tienda y en las entregas por el pueblo no se apartaba de su sombrero. Para las memorias familiares, nunca quedó claro qué fue lo que verdaderamente la atrajo de ese llegado de tierras lejanas, pero lo cierto es que durante dos años se vieron con interés y finalmente un migrante chino se acercó a la casa de Rosa con la intención de formalizar la relación; cosa que no hizo mucha gracia a Micaela, la cual lo esperaba con una escopeta en manos y primero quiso impedirlo, pero, con la labia de Eligio, la convenció de que su ahijada estaría bien y la niña estaba muy interesada en quedarse con el chino; así, al no poder evitarlo, el matrimonio se pactó y la noche que Rosa se casó con el chino, en 1928, y se fue a vivir a un jacalón que su ahora esposo había acondicionado para ellos, Micaela,

la tía, madrina y madre substituta se empinó toda una botella de tequila para poder sopesar que su sobrina se hubiera casado con ese hombre.⁴⁴

Del matrimonio se gestaron tres hijos: Guillermina (1929), Emma (1931) y Fidel Ley Trigueros (1934). Durante ese periodo, él vivió alternadamente entre La Quemada y otros sitios comerciales en la región, incluyendo la ciudad de Guadalajara y Mazatlán, Sinaloa. En estos lugares el desarrollaba sus encargos de cobranza. Rosa, que continuó con la práctica de la herbolaria y el cuidado del hogar, rara vez sabía a dónde se dirigía y casi nunca preguntaba lo que su esposo hacía en esos viajes y en qué consistían esos negocios de los que oía mencionar entre pláticas; lo cierto es que la situación económica mejoraba y él, en 1932 y 1934, solicitó autorización para poder instalar una cafetería en la cabecera municipal: Magdalena y en Guadalajara, Jalisco, respectivamente, solicitudes que le fueron negadas, al tiempo que cumplió con la obligación de realizar su registro de extranjería ante la Secretaría de Gobernación.⁴⁵

El vínculo matrimonial entre Rosa y Eligio se fue deteriorando de forma muy rápida y, en 1933, él se había trasladado al Distrito Federal para trabajar como ayudante en una cafetería mientras aprendía del oficio; y las infidelidades mutuas, junto con la lejanía, terminó por romper los lazos, aunque un reencuentro posterior dio lugar al nacimiento de Fidel. Rosa permaneció en La Quemada, al frente del rancho, criando a sus hijos sin apoyo por parte de su esposo. En 1938, Eligio trasladó a sus hijas a la capital del país y se desvinculó de la vida conyugal. Esa acción provocó que Rosa Trigueros no le diera el divorcio por veinte años, por lo que su siguiente relación familiar de Eligio se desarrolló desde el concubinato, hasta que obtuvo esa disolución matrimonial.

—Vivimos juntos un tiempo. Tuvimos hijos. Nunca fui del todo suyo. Había noches que me iba sin avisar. A veces me quedaba semanas sin hablar. Pero ella nunca preguntaba. Y yo, aunque no se lo dije, sabía que ella también guardaba sus cosas. Era una mujer de pocas palabras, pero de intuiciones hondas. No me exigía fidelidad, pero sí presencia. Y cuando volvía, encontraba su mirada intacta, como si hubiera esperado sin desesperar. Con el tiempo, aprendimos a convivir sin desbordarnos. Éramos una pareja de silencios largos, de rutinas repetidas y gestos cuidados. Yo no era un buen hombre, pero ella nunca me trató como un hombre malo. Éramos,

simplemente, dos que habían elegido caminar juntos mientras fuera posible, así recordaba Eligio a Rosa, mientras platicaba con sus nietos.

Nuestra primera hija fue Guillermina, luego nació Emma. Las dos llegaron sin anuncio, como las cosas importantes de la vida, pero para mí fueron más que un acontecimiento: en la cultura que me vio nacer, los hijos eran el lazo más fuerte con el pasado, la única forma de permanecer cuando ya no se está. Aun cuando mi vida estaba partida entre lealtades, silencios y ausencias, ellas me recordaban que no todo podía vivirse desde la sombra. Rosa las cuidaba con la misma serenidad con la que preparaba sus infusiones.

A ellas, a Guillermina y a Emma, las mantuve participando de manera prudente de la actividad de la logia; las vestía con qipaos, vestidos tradicionales chinos y les enseñaba de memoria canciones en taishanés para que participaran en los eventos de celebración que de vez en vez organizábamos en la tienda, pero nunca se separaban de mi lado, protegerlas era parte de lo que mi madre me enseñó: que por la familia se hace todo, incluso callar. Había juramentos que no se compartían, no por vergüenza, sino por resguardo. Ellas no debían cargar con mis sombras. Su vida debía ser otra, distinta. Por eso, lo que era del Hongmen se quedaba conmigo, y lo que era de ellas, se guardaba en la claridad del día. A veces, cuando volvía después de días fuera, encontraba a las niñas dormidas y a Rosa sentada en la penumbra, como si me hubiera estado esperando sin esperarme. Nunca fui de decir “te quiero”, pero cada regreso era una forma de quedarme. Algún día mis hijas tendrían un buen matrimonio y ellas serían responsabilidad de sus esposos, pero mientras eso llegaba eran de mi cuidado.

En ellas había algo que me anclaba, que me recordaba que más allá del juramento y del deber, había una forma de amor que no necesitaba ser nombrada para ser cierta (Imagen 28).

Nunca le conté lo que hacíamos en las reuniones de la logia. Nunca le dije que a veces, mientras ella dormía, yo escribía nombres en una libreta que escondía en la bodega. Pero sabía que lo intuía. Porque no se puede vivir con alguien sin sentir el peso de su sombra. Y ella aprendió a no hacer preguntas, del mismo modo en que yo aprendí a cerrar la puerta sin hacer ruido. Lo nuestro era vivir entre márgenes. Compartíamos espacio, hijos, silencios. Éramos una familia que no pedía explicaciones, y en ese acuerdo

tácito encontré, al menos por un tiempo, una forma de paz, quizá la única que había tenido hasta esos primeros años en México.



Imagen 28. Familia Ley Trigueros. De Izquierda a derecha Rosa Trigueros, Emma Guadalupe Ley Trigueros, Eligio Ley Lim y Guillermina Ley Trigueros. 1932.

Fuente: Archivo Saraya Ley.

La logia me empezó a llamar más seguido a la capital del país. Me pedían opinión. Me hacían preguntas que antes solo hacían a los viejos. Me dejaban abrir la reunión. Me observaban y un grupo de ellos encabezado por el Gran Maestro Antonio L. Cinco, me dijo que mi futuro estaba en el Distrito Federal. Eligio, me dijo, tarde o temprano, el liderazgo estará en tus manos y debes de estar listo. Uno no pide el poder, pero cuando te lo dan, debes estar listo para sostenerlo. Acepté el peso sin reclamarlo. No me sentía digno, pero sí preparado, porque llevaba años mirando desde abajo y eso también es una forma de aprender a mandar.

Y yo, que seguía vendiendo arroz en La Quemada, seguía fingiendo que no sabía hablar bien, que solo era otro chino mudo, ya me había aprendido de memoria los nombres de todos los comerciantes, los compadres y los jefes de estación. Los escuchaba, los veía y lo anotaba en mi cabeza, a veces, saber quién se sentó junto a quién en una boda era más valioso que cualquier carta sellada. Sabía cómo se armaban las redes, cómo se rompían

los pactos. Y mientras me seguían subestimando, yo tejía desde el margen una red que un día sostendría el centro. Porque el poder también es esperar.

Paisanos llegaban desde Sonora y Sinaloa huyendo de la persecución y los dirigíamos a la ciudad de Jalisco o a otras partes del país, en donde la logia les brindaría protección. Les proporcionábamos resguardo, alimento y un lugar de descanso antes de continuar el viaje, nuestro pequeño pueblo de la Quemada cumplió una función de puente y yo encabezaba esa operación desde 1928.⁴⁶

RUMBO AL DISTRITO FEDERAL - CIUDAD DE MÉXICO (1938)

En el capítulo XXX de *Tan distintos, tan iguales*, de Mauricio Saraya,⁴⁷ se describe un momento crucial en la trayectoria de Eligio Ley Lim: su decisión de dejar atrás el núcleo familiar que había construido con Rosa Trigueros en Jalisco para trasladarse al Distrito Federal. En la narración del autor, este traslado aparece como un desenlace inevitable de tensiones acumuladas, con un Eligio decidido a buscar nuevas oportunidades, consciente de que su vida se encontraba en un punto de quiebre. No obstante, el relato literario deja abiertos vacíos que requieren ser completados con el análisis histórico. El traslado a la capital no fue un simple cambio de residencia, sino el resultado de un entramado de factores políticos, económicos y sociales vinculados a la red transnacional del HCHKT, y que repercutieron directamente en la ruptura de su matrimonio.

En esta etapa, Eligio no llega al Distrito Federal como un inmigrante cualquiera; lo hace como un hombre que carga consigo el respaldo y el peso político de una facción del Hongmen. Su reputación en el noroeste del país, marcada tanto por su capacidad de organización como por su firmeza en la aplicación de las decisiones de la Logia, le había conferido el apodo de “verdugo”. Este capital simbólico y político será determinante en su rápido ascenso dentro del HCHKT en la Ciudad de México, pero también lo situará en un punto de fricción con las dinámicas familiares que había mantenido hasta entonces.

El distanciamiento entre Rosa y Eligio debe leerse más allá de lo estrictamente afectivo. La economía familiar, sostenida en gran medida por

actividades agrícolas y de pequeña escala en La Quemada, contrastaba con la visión de Eligio de integrarse a las redes comerciales y políticas chinas en la capital. La narrativa de Saraya Ley sugiere un desgaste en la relación, producto de ausencias prolongadas y diferencias de expectativas, pero el archivo documental revela que estas ausencias estaban motivadas por el incremento de sus compromisos con el Hongmen y por su estrategia de diversificación económica.⁴⁸

En los registros del periodo, se observa que Eligio empieza a figurar en operaciones que exceden el ámbito local. Sus vínculos con miembros de la logia en Sonora y Sinaloa le abrieron posibilidades para establecer negocios de importación y venta de mercancías, pero la concentración de estas operaciones en la capital del país obligaba a una reubicación. Desde la lógica del Hongmen, la capital ofrecía ventajas estratégicas: cercanía con autoridades federales, acceso a mercados más amplios y, sobre todo, la posibilidad de fortalecer el control político de la comunidad china en un momento en que las divisiones internas, entre facciones nacionalistas y procomunistas, se hacían más evidentes.⁴⁹

La tensión matrimonial se agudiza cuando las prioridades de Eligio se desplazan de la vida familiar a su participación en las redes comerciales y políticas. Para Rosa, este cambio significaba no solo la ausencia física de su esposo, sino también una transformación en el tipo de vida que podían esperar sus hijos. Eligio, por su parte, parece haber considerado el sacrificio familiar como un costo necesario para consolidar su posición en la Logia y garantizar, desde su perspectiva, un futuro económico más estable.

A partir de 1937, la guerra expansionista de Japón excedió los límites de China continental y generó una movilización mundial entre las diásporas. No fue solo un conflicto territorial: implicó un llamado urgente a la solidaridad desde ultramar. En Macao y otras plazas, la comunidad china organizó colectas materiales y financieras para sostener la resistencia, fortaleciendo su identidad como comunidad transnacional comprometida con la supervivencia nacional.⁵⁰

En México, ese proceso encontró expresión en las diásporas chinas capitalina organizada por el Hongmen Chee Kung Tong, que operó colectas mensuales y giros internacionales para apoyar al frente chino. Estas acciones no fueron caridad espontánea, sino contribuciones planificadas que implicaban sacrificios reales: cuotas mensuales, organización de comi-

tés de recaudación y custodia física de fondos. Es importante subrayar que durante este periodo el Guomindang y el Hongmen fueron aliados circunstanciales, unidos por la resistencia al invasor japonés, pero no amigos. Las profundas diferencias doctrinales y, sobre todo, la corrupción sistémica del partido nacionalista, ampliaron desconfianzas y fracturas dentro de las comunidades de migrantes chinos.

Desde una perspectiva global, el esfuerzo del Hongmen se inscribe en una movilización de solidaridad que caracterizó a la comunidad china ultramarina durante la guerra sino-japonesa y la Segunda Guerra Mundial. Organizaciones como *United China Relief*, establecida en Nueva York en 1941, bajo el liderazgo de Situ Meitang, desarrollaron campañas nacionales para recaudar fondos dirigidos a apoyar al pueblo chino durante el conflicto.⁵¹ En el sudeste asiático, redes comunitarias asociadas al Guomindang operaron iniciativas similares, gestionando colectas organizadas, envío de ayuda y voluntarios hacia el frente chino.⁵² Este patrón transnacional revela que la contribución del Hongmen en México no fue una excepción aislada, sino parte de un tejido estructurado de cooperación logística y política, donde comunidades en ultramar actuaban como nodos decisivos de articulación entre la supervivencia local y la defensa nacional.

La corrupción dentro del Guomindang redujo la eficacia del frente interno y motivó la búsqueda de canales alternativos de financiamiento en ultramar. Asociaciones secretas como el Hongmen adquirieron un rol central porque ofrecían mayor control de los recursos y menor riesgo de dilapidación. En México, el Hongmen mantuvo esa función de canal confiable, mientras que el aparato nacionalista aparecía ante muchos comerciantes como poco transparente y politizado.⁵³

La condición de “aliados, pero no amigos” generó tensiones dentro de la comunidad china en el exterior. Las facciones competían por la lealtad de los comerciantes, a veces con resultados conflictivos, como había sucedido en comunidades de Estados Unidos y Cuba en décadas anteriores. En México, estas rivalidades no alcanzaron el nivel de violencia de otras latitudes, pero debilitaron la cohesión interna y obligaron al Hongmen a reforzar su legitimidad organizativa mediante disciplina, autoridad moral y presencia constante en la vida comunitaria.⁵⁴

El papel de las colectas y de quienes las mediaban fue decisivo en la extensión de la guerra al ámbito del exilio. Más allá de lo económico, estas

iniciativas constituyeron una reafirmación de la identidad colectiva y una respuesta política ante la invasión japonesa. Mientras el Guomindang buscaba mantener alianzas internacionales y legitimidad frente a las potencias occidentales, el Hongmen emergía en México como un actor con mayor credibilidad dentro de la diáspora, garantizando que los sacrificios de la comunidad no se perdieran en la corrupción de un aparato distante.

Para entender la necesidad de que Eligio debía estar en la capital y desplazarse de manera constante debemos de realizar un juego mental: pensemos que en abril de 1939 el Hongmen Chee Kung Tong reunió entre los comerciantes chinos del Distrito Federal una colecta mensual destinada a enviarse a Hong Kong mediante un giro bancario. El documento, giro núm. 20302 emitido por *The National City Bank of New York, Mexico City Branch* el 20 de abril de 1939, muestra un monto principal de US123,50 dólares, que con comisión ascendió a US 177,34 dólares. A tipo de cambio de 5,18 MXP/US, el principal representaba \$639,73 pesos viejos, mientras que el desembolso total alcanzó \$ 918,62 pesos viejos. La diferencia, correspondiente a \$ 278,89 pesos, refleja la fricción bancaria, es decir, los costos de transferir dinero a larga distancia, que reducían de manera significativa el monto efectivamente recibido en China.

Las fuentes señalan que hacia 1939 la comunidad organizada alrededor del Hongmen Chee Kung Tong en la Ciudad de México estaba compuesta por cerca de 197 aportantes, dueños de lavanderías, cafés, restaurantes, tiendas de abarrotes y, en menor medida, joyerías. Si prorrateamos el total del giro, cada comerciante habría contribuido con \$ 4,66 pesos viejos mensuales ($918,62 \div 197$). Para dimensionar el esfuerzo, basta recordar que el salario mínimo urbano rondaba los \$30 pesos al mes; en consecuencia, la cuota equivalía al 15,5 % de un mes de salario mínimo, o bien a unos cinco días de trabajo de un obrero.

Si asumimos que estas donaciones se repetían mes con mes, el esfuerzo anual colectivo asciende a \$ 11 023.44 pesos viejos ($918,62 \times 12$). Repartido entre los 197 comerciantes, implicaba una contribución anual individual de \$ 67,9 pesos viejos, es decir, poco más de dos meses y medio de salario mínimo de la época. Visto en conjunto, la comunidad capitalina aportaba el equivalente a 367 años-hombre de salario mínimo al año, recursos que eran canalizados hacia las obligaciones transnacionales del Hongmen (Imagen 29).



Imagen 29. Giro postal con destino a Hong Konk. Parte de las contribuciones a la guerra de resistencia en contra de la invasión japonesa, 20 de abril de 1939. Fuente: АННСНКТ, Giros y depósitos bancarios. 1939. Fotografía del autor. 2025.

La cifra resulta elocuente por dos motivos. Primero, muestra la capacidad de organización del Hongmen como entidad recaudadora: mantener un flujo constante de donaciones durante un año requería disciplina contributiva, registros claros y una presión comunitaria fuerte. Segundo, abre una duda razonable:

¿podía sostenerse este esquema únicamente con la comunidad radicada en el Distrito Federal? La suma anual de más de once mil pesos de 1939, pues no hay que olvidar que, en 1993, México le quitó tres ceros a su moneda para maquillar la inflación desbordada, en un contexto de crisis económica y de discriminación hacia los chinos, esto comprueba que probablemente el peso financiero de las actividades transnacionales de la logia no recayó solo en la capital. Era fundamental que hubiera aportaciones paralelas desde otros estados, y que el propio Hongmen escalonara las contribuciones de acuerdo con la capacidad económica de cada comerciante, asignando cuotas diferenciadas para tenderos y joyeros, por ejemplo.

En cualquier caso, lo que se observa es un ejemplo de economía colectiva transnacional: un grupo de comerciantes que, mes a mes, canalizaba recursos equivalentes a varios cientos de jornales hacia una red que cumplía funciones no solo caritativas, sino también políticas y organizativas. El mismo Hongmen debía cubrir, además, otros gastos locales: la protección de sus miembros frente a autoridades y rivales, así como la organización de celebraciones comunitarias que reforzaban la identidad cultural. El esfuerzo no era, por tanto, únicamente monetario, sino también social y político.

Para poder insertar este análisis en un panorama norteamericano, lo pertinente no es homologar los ingresos ni el nivel de vida entre comunidades de México, Estados Unidos y Canadá, sino convertir los montos recaudados a dólares como unidad común de referencia. En ese sentido, los \$918,62 pesos que costaba cada giro mensual equivalían a US 177,34 dólares, mientras que en términos anuales la comunidad capitalina movilizaba alrededor de US 2 128 dólares, de los cuales US1 482 dólares llegaban efectivamente a su destino en China y US 646 dólares se perdían en comisiones y costos bancarios. Expresado así, se hace posible comparar magnitudes con las colectas paralelas de asociaciones chinas en ciudades como San Francisco, Los Ángeles, Vancouver o Toronto, sin caer en la falsa equivalencia de suponer condiciones económicas idénticas, sino únicamente para situar la escala de las transferencias dentro de un mapa regional de flujos transnacionales.

Más allá de los cálculos monetarios, la sostenibilidad de estas colectas descansaba también en la acción física de los miembros del Hongmen, quienes eran los encargados de pasar por los negocios, reunir las aportaciones y custodiar los fondos. Cada giro postal no solo implicaba un costo bancario adicional, sino también un riesgo de pérdida en el trayecto. La solución más efectiva era una recaudación directa en la que hombres reconocidos dentro de la logia, como Eligio Ley Lim, ponían su prestigio y, en muchos casos, su vida misma, al servicio de la comunidad. La capacidad de movilizar recursos humanos disciplinados y comprometidos resultaba tan importante como el dinero recaudado, porque garantizaba que la colecta no se viera interrumpida por la dispersión de intereses o por el miedo a las hostilidades externas.

En este sentido, los recaudadores encarnaban una doble función: por un lado, representaban la autoridad moral y ritual del Hongmen, que aseguraba el cumplimiento de la obligación comunitaria; por otro, ejercían un papel pragmático de protección frente a amenazas reales en la Ciudad de México de la época, desde intentos de extorsión hasta los conflictos con facciones rivales como el Hongmen Ling Sing o el Guomindang, que disputaban espacios de legitimidad y poder dentro de la diáspora. La sola presencia de un miembro con reconocimiento y respaldo del Hongmen era un mecanismo de coerción suave, pero también una garantía de seguridad física del dinero, que debía llegar íntegro a la bóveda del banco.

En suma, estas colectas se inscriben en un periodo marcado por la Segunda Guerra Sino-japonesa (1937-1945), en la que China enfrentaba la invasión japonesa, y en los albores de la Segunda Guerra Mundial. Las diásporas chinas no permanecieron al margen de estos procesos: las logias en ultramar, se convirtieron en plataformas de financiamiento transnacional para sostener a la patria en su resistencia. En este contexto, las colectas gestionadas por el Hongmen no eran solo actos de solidaridad económica, sino también contribuciones políticas y estratégicas, alineadas con redes globales de apoyo a facciones en pugna. Hombres como Eligio eran soluciones.

Antes de establecerse en la capital del país, Eligio pasa por una etapa de transición en Jalisco. Según se desprende de la investigación pues entre 1932 y 1934 solicitó licencias para operar cafeterías y pequeños comercios en Guadalajara, sin éxito, aprovechando la afluencia de migrantes chinos que transitaban entre el noroeste y el centro del país. Estas actividades comerciales cumplían una doble función: generar ingresos y servir como puntos de contacto para la organización de la Logia.⁵⁵

La elección de Jalisco no fue casual. Su ubicación lo convertía en un nodo intermedio estratégico entre las comunidades chinas de Sonora y Sinaloa, al norte, y la capital, al centro. Además, la relativa tolerancia de las autoridades locales hacia los comerciantes chinos en este periodo ofrecía un margen de maniobra mayor que en otros estados con políticas más restrictivas contra los sinos. Sin embargo, la diversificación de negocios exigía un nivel de supervisión y gestión que era difícil de sostener a distancia.

Este periodo de prueba empresarial evidenció dos cosas: la capacidad de Eligio para identificar nichos de mercado y su habilidad para movilizar recursos humanos dentro de la comunidad china. También confirmó que para alcanzar un impacto mayor era imprescindible estar en la Ciudad de México, donde se tomaban las decisiones políticas de mayor alcance y donde se encontraban los centros de distribución más importantes para mercancías importadas.

Uno de los aspectos más complejos de esta etapa es establecer con precisión la cronología del traslado definitivo de Eligio al Distrito Federal. Documentos internos del HCHKT y registros de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) ofrecen versiones distintas. Algunos informes ubican su llegada hacia 1938, coincidiendo con un momento de reorganización interna de la Logia, otros sugieren que su residencia permanente en la capital no

se consolida hasta 1942, cuando asume un papel más visible en la administración del HCHKT.

Esta discrepancia podría deberse a la naturaleza misma de las operaciones de Eligio en este periodo: no tenía un lugar fijo y en más de una ocasión, se le ubica viviendo en bodegas de restaurantes o cafeterías en Jalisco, Veracruz y el Distrito Federal.⁵⁶ Entonces es probable que, entre 1938 y 1942, mantuviera una residencia flexible, dividiendo su tiempo entre la capital y otras regiones estratégicas. Desde la perspectiva de la DFS, esto complicaba su clasificación como residente permanente, mientras que para la Logia su presencia en la Ciudad de México ya era lo suficientemente constante como para integrarlo en sus redes internas.

Al llegar al Distrito Federal, este capital simbólico le otorga un estatus inmediato. No necesita pasar por un largo periodo de prueba: sus antecedentes lo preceden. La imagen de brazo ejecutor del Hongmen en el norte del país y el bajío se convierte en una herramienta de legitimación frente a facciones rivales y en un elemento disuasivo para posibles opositores. Sin embargo, este mismo atributo refuerza la distancia con su vida familiar. En la capital, Eligio se mueve en un entorno donde el poder se ejerce de forma más visible y donde las tensiones políticas requieren una dedicación total, reduciendo aún más el tiempo y el espacio para la vida conyugal.

La instalación definitiva de Eligio en la Ciudad de México coincide con su vinculación estrecha al edificio de Mina 138, sede emblemática del HCHKT. Desde allí coordinó no solo actividades rituales y políticas, sino también una red de comercios, cafeterías, restaurantes y casas de juego, que funcionaban como puntos de encuentro y de recaudación de fondos para la Logia.

La capital le ofreció un escenario propicio para ampliar sus redes de influencia. La proximidad con funcionarios, comerciantes y otros líderes comunitarios le permite articular alianzas que van más allá del ámbito chino. En este periodo, se documentan vínculos con actores políticos mexicanos que reconocen el peso económico y social del HCHKT en zonas del país.⁵⁷

Para la vida familiar, esta consolidación representó una ruptura definitiva con su esposa. La distancia geográfica se convierte en distancia afectiva y las decisiones estratégicas de Eligio ya no consideran el regreso a Jalisco como una opción. Rosa, por su parte, permanece en La Quemada, administrando los bienes que le corresponden y manteniendo un vínculo

indirecto con las actividades de su esposo a través de sus hijos con los cuales Eligio no se distancia, sino que, por el contrario, pronto regresará por ellos para que vivan con él, pues si bien la relación con la esposa puede ser temporal que se establece con los hijos trasciende el tiempo y es pilar de los altares familiares al interior de los hogares.

Finalmente, en conclusión, este capítulo se permitió comprender que la historia de Eligio Ley Lim no puede rastrearse como si existiera en una sola línea narrativa, se reconstruyó desde la vitalidad de los testimonios y sus contradicciones y la contraposición de los datos archivísticos y emerge un sujeto fragmentado cuya identidad se reconfigura en función de los lugares que habitó, las relaciones que estableció y, sobre todo, los impactos que elevó por encima de todo y todos. Antes de ser Eligio, fue Ramón Ley. Ese nombre, pronunciado por algunos descendientes y omitido en casi todos los archivos, nos habla de un hombre anterior al poder, pero que se construye en la sombra de la logia, anterior incluso a la imagen que más tarde intentó proyectar y ser borrado en la narrativa al interior del Hongmen.

Eligio Ley Lim, como figura pública y dirigente, no nace en Hoisan, ni en Ímuris, ni siquiera en La Quemada. Nace cuando decide (o acepta) dejar atrás su nombre anterior, sus vínculos de origen y adopta una identidad capaz de circular en otros espacios: primero en los del comercio pueblerino, luego en los de la organización mutualista y, finalmente, en los de la representación política. El nombre es aquí más que una etiqueta: es un acto de inscripción histórica. Lo simbólico, el silencio familiar, las imágenes alteradas, los gestos conservados por las mujeres de su linaje, es lo que permite reconstruir esa transformación, nació cuando las condiciones le dieron un sentido de autoridad.

Pero no se trata solo de una historia personal. Esta etapa, que transcurre entre 1903 a 1938, muestra los cimientos de un poder que no se articula de inmediato, pero que ya se insinúa: la astucia para adaptarse, el cálculo para mantenerse al margen del conflicto visible y la capacidad de organizar su biografía como un relato selectivo. Todos esos elementos se harán más evidentes en los años siguientes, cuando Eligio se instale de manera definitiva en la colonia Guerrero y convierta la casona de Mina 138 en el eje de su influencia.

El siguiente capítulo nos llevará justamente ahí: al espacio donde Eligio pasará de la estrategia individual a la estructuración de un poder colectivo.

Será el tiempo de la logia, del conflicto entre banderas, de la reorganización de su familia y de la vigilancia que ese nuevo protagonismo atrajo. Pero todo eso, la autoridad, el ritual, la disputa ideológica, no puede comprenderse sin haber transitado por este primer tramo, donde aprendió a construir su identidad como se construye una organización: con capas, con símbolos y con versiones que no siempre se perciben en una primera lectura.

NOTAS

¹ José López Alavez. *Canción Mixteca*. 1915.

² Sobre el papel de los llamados “chinos” en la migración y explotación laboral de los chinos en México, véase: “Por la patria y por la raza”: Un estudio sobre la exclusión china de Sonora, 1920-1931, *Convergencia*, CIDE.

³ Robert Chao Romero, *The Chinese in Mexico, 1882–1940*. Tucson: University of Arizona Press, 2010, 82-85.

⁴ Durante las primeras décadas del siglo xx, el Golfo de California fue una ruta clave en la circulación clandestina de migrantes chinos hacia México, utilizada tanto por redes de contrabandistas como por operadores afiliados a sociedades secretas como el Hongmen Chee Kung Tong. El escaso control marítimo, la geografía costera favorable y la complicidad local con actores portuarios hicieron del golfo un corredor funcional para el tránsito irregular. Este patrón de movilidad revela que la frontera no se limitaba a los límites terrestres entre México y Estados Unidos, sino que también se extendía a los espacios marítimos, donde el poder estatal era difuso y fragmentado. En el caso de Lee Güi-nam, el cruce por el Golfo no solo fue una etapa física del viaje, sino un espacio liminal donde se consolidaba la obediencia como estrategia de supervivencia y se comenzaba a internalizar la lógica de la red a la que pasaría a formar parte. Véase Robert Chao Romero *The Chinese in Mexico, 1882–1940*. Tucson University of Arizona Press 2010 82–85.

⁵ RDDSG-DFS E.14- 53634. *Fotografía. RDDSG-DFS-Departamento de Migración / Chinos / Caja 31 / Expediente 32 (1937)*.

⁶ Saraya.

⁷ La corrupción en el sistema ferroviario durante la Revolución Mexicana no fue una disfunción, sino un modo de gobierno paralelo, informal pero sistemático. Soldados, inspectores y funcionarios locales convirtieron las estaciones en peajes extraoficiales donde el tránsito de migrantes dependía de pagos silenciosos. En el caso de los chinos, la racialización y la falta de documentación oficial los hacía aún más vulnerables: no solo eran invisibles ante la ley, sino útiles para quienes lucraban con su paso. Véase Friedrich Katz, *La guerra secreta en México* México ERA 1981 233–238 y Carlos R. Gómez “Migración y violencia: Los chinos en el norte de México durante la Revolución”, *Relaciones*, 36, 144, 2015, 74–77.

⁸ Durante las primeras décadas del siglo xx, diversas localidades del norte y occidente de México, entre ellas Ímuris, registraron la consolidación de pequeños núcleos chinos que, a través de vínculos de paisanaje y redes organizadas por el Hongmen Chee Kung Tong, accedieron a la tenencia o explotación de tierras agrícolas. En muchos casos, los primeros migrantes que lograban establecerse se convertían en “patrones paisanos” que administraban cocinas, talleres, tiendas o parcelas, y que

recibían a nuevos connacionales a través de redes de enganche. Algunas de estas parcelas se dedicaron no solo al cultivo de productos básicos, sino también al de amapola y marihuana, especialmente en regiones con baja vigilancia estatal y alta demanda transfronteriza. Estas dinámicas de control interno, redistribución laboral y tráfico de enervantes fueron documentadas para el caso de Guadalajara entre 1917 y 1950, y son extrapolables a otros puntos de tránsito como Ímuris, donde el poder local de los paisanos se sostenía tanto en la cohesión étnica como en su funcionalidad económica. Véase Jorge Alberto Trujillo Bretón, *La casa del silencio: chinos y mexicanos en el mercado ilegal del opio y sus derivados en Guadalajara, Jalisco, 1917-1950*, *Passagens. Revista Internacional de História Política e Cultura Jurídica*, 9, 3, 2017.

⁹ AHSRE-AGE-GAV-1917-(20-217)

¹⁰ Fredy Cauich Carrillo, “La comunidad china en el estado de Sonora: La migración china a Sonora y a los Estados Unidos de América (1882-1934)”, tesina de licenciatura, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, 1998.

¹¹ Entrevista a Gilda Ley Chávez (2024).

¹² Se han documentado casos de que los miembros del НСНКТ engañaban a inmigrantes con cartas falsas escritas desde su “hogar” en donde sus familiares agradecían los dineros enviados, y los invitaban a continuar con su trabajo fuerte que siempre les serían agradecidos. En otros casos los migrantes eran analfabetos, pues si bien entendían el chino tradicional, no lo escribían por lo que una misma carta les eran leídas a algunos de ellos, e incluso algunos miembros del Hongmen firmaban actas de acuerdos en nombre de los “analfabetos”. АННСНКТ, Libro de acuerdos 1923, fojas de Asistencia.

¹³ Saraya, 39-44.

¹⁴ Rodolfo Conde Canto “Las sequías en México: Un problema histórico y ambiental.” *Revista Ciencia* 63, no. 4 (2012): 32-37. https://www.amc.edu.mx/revistaciencia/imagenes/revista/63_4/PDF/sequiasMexico.pdf.

¹⁵ Friedrich Katz. *La guerra secreta en México: Europa, los Estados Unidos y la Revolución Mexicana*. México: ERA, 1981.

¹⁶ Alan Knight. *La Revolución Mexicana. Vol. 2: El triunfo del nuevo régimen (1911-1940)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

¹⁷ Gabriela Molina. “Los chinos en Sonora: Exclusión y racismo en la construcción del estado revolucionario.” *Historia Mexicana* 65, no. 3 (2016): 1059-1102.

¹⁸ Evelyn Hu-DeHart. “Racism and Anti-Chinese Movements in the U.S.-Mexico Borderlands: A Comparative View.” *Latin American Perspectives* 33, no. 1 (2006): 12-30.

¹⁹ Rolando Romero. “La xenofobia revolucionaria: discursos y políticas antichinas en México (1911-1940).” *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, no. 42 (2011): 81-118.

²⁰ Eugenia Sierra Guzmán. *La exclusión del otro: Racismo, mestizaje y nación en México*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 2015. AHSRE-AGE. GAV, 1920. 30-210.

²¹ Ávila, Alfredo. *La Convención de Aguascalientes: Historia de una esperanza rota*. México: Siglo XXI Editores, 2013.

²² Carlos R. Gómez. “Migración y violencia: Los chinos en el norte de México durante la Revolución.” *Relaciones. Estudios de historia y sociedad* 36, no. 144 (2015): 71-102.

²³ Entrevista Gilda Ley, 2024.

²⁴ Durante la vejez de Eligio Ley, al menos en dos ocasiones, la anécdota de nadar en albercas sin mover demasiado los brazos y solo impulsando las piernas, para mantener la espalda fuera del agua fueron testificadas por Mauricio Saraya Ley y Marco Simón Ley, este último al preguntarle a su abuelo el porqué de su manera peculiar de nado, este solo se limitaba a contestar: “Porque así se pasan los ríos y no se mojan los rifles al cruzar”.

²⁵ Winston Szeto, “Chinese Freemasons celebrate 160 years of community and cultural support in Canada”, CBC News, 25 de marzo de 2023, https://www.cbc.ca/news/canada/british-columbia/canada-chinese-fre-emasons-160-anniversary-1.6787635?fbclid=IwZXh0bgNhZW0CMTEAAR1FUga8otcmiFbyS3jP8W0tFw-vKRg3vM5YhiaD5vF6Ymn-Qhs1TvX09ZNY_aem_ZmFrZWWR1bW15MTZieXRlcw.

²⁶ АННЧККТ Libro 1, Eligio Ley Lim, *Hoja de vida*. 1943.

²⁷ АННЧККТ, Libro de las narraciones 3/1926, ff. 32-34.

²⁸ Las pruebas de sangre al interior del Hongmen fueron documentadas en reglas de pertenencia desde San Francisco, California, USA, hasta Mexicali, en México. Se era muy enfático en el costo de sangre por la traición y los premios que recibirían los miembros del НЧККТ por la lealtad al aplicar estos castigos.

²⁹ Los antecedentes penales de Ramón Ley (a) Eligio Ley Lim, eran conocidos por la DFS, pero por motivos desconocidos no fueron perseguidos. Hasta el día de hoy no se han localizado en el archivo histórico judicial del Estado de Sonora. Pero su peligrosidad era reconocida. RDDSG-DFS. 11-150-65, H-207, L-7, 4 y 5.

³⁰ Saraya.

³¹ RDDAGN-DFS Registro: 64969.

³² АННЧККТ, *libros de cobros*, Sonora.1923-1926 y subsecuentes.

³³ RDDSG-DFS. Catálogo comunista. 11-150-65, 1965.

³⁴ Expulsados, deportados, a dónde... Lo cierto es que las leyes de exclusión de los Estados Unidos eliminaban esa opción. Era 1924 y los conflictos en China hacían poco viable un viaje de exconvictos a Hong Kong. A dónde... ¿A Sudamérica? Nunca existió lógica en la desaparición de los asesinos de un líder como Francisco L. Yuen.

³⁵ Catalina Velázquez Morales, “Diferencias políticas entre los inmigrantes chinos del noroeste de México (1920-1930): El caso de Francisco L. Yuen,” *Historia Mexicana* 55, núm. 2 (2005): 486.

³⁶ Archivo General de la Nación (México), Dirección General de Gobierno, caja 11, exp. 20 (1924).

³⁷ Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, exp. 6-3-1, 1, 1922.

³⁸ Archivo General de la Nación (AGN), *Fondo Ferrocarriles Nacionales de México*, sección Ferrocarril SudPacífico, caja 148, expediente 27: “Visita del presidente Álvaro Obregón a La Quemada y entronque con la línea GuadalajaraTepic”, septiembre de 1923.

³⁹ *Southern Pacific Railroad of Mexico, Informe anual de operaciones, 1923-1924*, Oficina de Guadalajara, p. 46: “Estación de La Quemada: infraestructura técnica, personal asignado y volumen de carga registrado entre septiembre de 1923 y marzo de 1924”. Archivo Histórico de Jalisco (AHJ), sección Transportes, caja 9.

⁴⁰ Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), *Censo general de población y vivienda, estado de Jalisco, 1921*, capítulo “Magdalena y sus comunidades rurales”. Guadalajara: Talleres Gráficos de la Nación, 1922, 97-103.

⁴¹ Gobies de 2025, <https://www1.magdalenajalisco.org/seccion-Magdalena-presidente/>.

⁴² Gobies de 2025, <https://www1.magdalenajalisco.org/seccion-Magdalena-presidente/>.

⁴³ Saraya, 13.

⁴⁴ Saraya, 13.

⁴⁵ RDDSG-DFS. F3. RNE. F:53634. 18,8, 1932.

⁴⁶ En el texto de Roberto Cuevas Pimienta, Eligio es señalado como una de las personalidades de la comunidad china en el Distrito Federal en 1957, por haber desarrollado desde 1928 actividades de beneficio para sus connacionales, además se destaca que su participación hacia la comunidad había sido desde la logia masónica. Resulta interesante que en las narraciones familiares en ese año

apenas se casaba con Rosa Trigueros, y que su condición era la de alguien que luchaba por salir de la pobreza en su papel de dependiente de la tienda de Silvano, ¿entonces cuál era la verdad? Roberto Cuevas Pimienta, *La Honorable Colonia China en la República Mexicana*, México, Editorial Rocío, 1957, 70.

⁴⁷ Saraya, 95-96.

⁴⁸ Saraya, 95-96.

⁴⁹ АННЧККТ. Registros, L.3. F.12-18, 1939.

⁵⁰ Lejing Zhou, *A Study on the Social Activities of Overseas Chinese in Macao During the War of Resistance: Focusing on Donations for the War of Resistance*, ResearchGate, 2023.

⁵¹ *United China Relief records (1928-1947)*, Manuscript Collection MssCol 3078, New York Public Library Archives.

⁵² Min Zhou, *The Chinese Diaspora and International Migration*, en *Social Transformations in Chinese Societies*, vol. 1, 161-190 (Leiden: Brill, 2006).

⁵³ John K. Fairbank y Merle Goldman, *China: A New History*, Cambridge: Harvard University Press, 2006.

⁵⁴ Chuimei Ho y Bennet Bronson, *Coming Home in Gold Brocade: Chinese in Early Northwest America*, Hong Kong: Hong Kong University Press, 2013.

⁵⁵ Cauich, “La masonería china bajo la lupa: El Hongmen Chee Kung Tong”, 2024, 13.

⁵⁶ Cauich, “La masonería china bajo la lupa: El Hongmen Chee Kung Tong”, 2024, 14.

⁵⁷ En la memoria colectiva de la familia de Eligio existe la convicción de una amistad de Eligio Ley con Doña Tomasita, Tomasa Valdés Viuda de Alemán, y madre del expresidente Miguel Alemán Valdés. Una amistad que surgió a partir de un gusto de ella por la comida china, pero que sugiere una punta de iceberg en las relaciones subterráneas con círculos de poder.

Capítulo III
MINA 138: EL PODER, LA GUERRA
DE BANDERAS Y LINAJE (1939-1971)

*“El mayor poder es el que
no se muestra; el mejor gobierno
es el que apenas se nota.”*

Laozi, Tao Te Ching, capítulo 17

*“La historia es siempre más densa cuando se cuenta desde el margen,
porque allí el poder se disfraza de lealtad y la identidad se entretreje con el silencio.”*

Michel-Rolph Trouillot¹



Miembros de la Logia Hongmen Chee Kung Tong del Distrito Federal (CDMX) en 1946, Celebración del 35 aniversario de la fundación de la República China.

Sentados de izquierda a derecha:

1. Miguel Wong
2. Guillermo LeeTonway
3. Rafael Chio
4. Martín Chin Chuen
5. Song Tan Yee
6. Sin Lee Lee (Sin L. QuanXiao)
7. Alfonso Chen
8. Eligio Ley Lim (Lee Güi-nam)
9. Manuel Chon Chon
10. Rafin Ley
11. Manuel Loo

Niños sentados, derecha a izquierda:

1. Sin identificar
2. Eligio Ley Chávez
3. Andrés Ley Chávez

De pie de izquierda a derecha:

1. Lino Yein Chiu
2. Yee Kon-yee
3. Chuk Chieu Eng
4. José Chu Lum
5. Arturo Chi Shew
6. Luis Lim Sim
7. Rafael Chio Leo
8. Visitante sin identificar
9. Visitante sin identificar
10. Visitante sin identificar
11. Visitante sin identificar
12. Visitante sin identificar
13. Juan Chao

Durante la celebración de las fiestas de la conmemoración del 35 aniversario de la fundación de la República China, el 10 de octubre de 1946, en el reinaugurado edificio de Mina 138. El grupo controlado por el GM Eligio Ley Lim se opuso a que la bandera nacionalista y cualquier fotografía relacionada con Sun Yat-sen fuera colocada en el lugar de honor, junto al estandarte de la logia. Ya se vislumbraban los enfrentamientos ideológicos y políticos al interior de la organización.

Fuente: Fotografía proporcionada por la familia Ley Chávez. АННЧКТ-Álbum fotográfico 2025.

EL HONGMEN Y MINA 138: ENCLAVE COMUNITARIO Y TEMPLO ESTRATÉGICO

El Hongmen había funcionado desde su llegada a la capital del país, en la primera década del siglo xx, sin que se tenga una plena certeza de la fecha de su instalación, en el segundo piso de la calle

Cerrada de Dolores núm. 8.² Para documentar esta presencia temprana se cuenta con un par de imágenes, fotografiados entre 1905 y 1910 por el equipo de los hermanos Casasola, en la primera un grupo de miembros de la organización, con una vestimenta de gala, al parecer se encuentran celebrando el triunfo de la revolución Xinhai, llama la atención que en la pared de la logia se encuentra la bandera porfirista y la bandera temprana de la recién nacida República China (Imagen 29). La segunda es un tanto llamativa, pues ya se observa a los miembros del Hongmen con estolas

ceremoniales y un mandil masónico, en vez de bandas o collarines, comunes en la vestimenta masónica de los ritos escoces antiguo y aceptado o el de York, estos miembros de la organización China, están ataviados con estolas que culminan con tres estrellas acomodadas de manera triangular y del lado derecho está por encima de estas una letra A, lo más significativo es que uno de ellos, el que se encuentra en la parte central, tiene un mandil masónico, son la primera muestra de la presencia del HCHKT vestidos con una indumentaria proto masónica en el Distrito Federal antes de la caída del régimen porfirista (imágenes 30 y 31).



Imagen 30. Grupo de miembros del Hongmen, aparentemente celebrando el triunfo de la Revolución del 10 de Octubre o participantes en las fiestas del centenario de la independencia de México (1910).

No se ha determinado ni el acto ni la fecha exacta de la fotografía.

Hermanos Casasola, *Museo de los Chinos de Ultramar*, Guagnzhou, China, 2025.

Fuente: Fotografía Rod Chem.

Otra cosa que llama la atención es que en la parte superior derecha hay un cuadro que tiene dos banderas cruzadas y una de ellas es la del Guomintang modificada por Sun Yat-sen en 1906 (Imagen 32), por lo que, si la fecha de la clasificación es correcta por parte del archivo Casasola, esta ima-



Imagen 31. *Miembros de una logia masónica (HCHKT) en una habitación, retrato, Hermanos Casasola, ca.*

Fuente: Fototeca Nacional 1905-1910, Ciudad de México, Mediateca INAH, (consultado el 4 de febrero de 2025). <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A180542>.



Imagen 32. Detalle de la fotografía anterior con filtro de luminosidad +30; la bandera con la que esta cruzada la del Guomindang no ha podido ser identificada.

Fuente: Elaboración del autor, 2025.

gen corresponde a los tiempos previos de la Revolución Xinhai, cuando el HCHKT todavía apoyaba con préstamos y donaciones el proyecto del derrocamiento de la dinastía Qing desde América del Norte y otros lugares donde esta red transnacional se encontraba instalada.

La Cerrada de la calle Dolores también recibía el mote del “callejón de las damas”, dada la actividad de prostitución que se desarrolló bajo el control del HCHKT y que se realizaba en las habitaciones del Hotel Irlanda que se encontraba a un lado del lugar donde estaba el edificio de la logia, la cual tenía en su parte inferior un restaurante de comida china y en la parte superior funcionaba el Casino Cantón, propiedad de Simón Ham (Imagen 33).



Imagen 33.

Callejón de Dolores, Ciudad de México, Distrito Federal, México

Fuente: Fecha de creación 1935. Archivo Casasola. Fototeca Nacional. Mediateca INAH. (Consulta 23 febrero 2025). <http://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A142685>.

Por ampliaciones y modificaciones que se realizaron en la traza la calle y el callejón de Dolores durante la década de los años treinta, la asociación buscó otro sitio para poder instalarse y así nació Mina 138, el Templo Chino.

La calle de Mina se ubica en la colonia Guerrero, de la Ciudad de México, cuyo trazo ocurrió después del desalojo del convento y panteón de San Hipólito durante la implementación de las leyes de Reforma, y su inaugu-

ración para lotificación habitacional se dio con la presencia del presidente Sebastián Lerdo de Tejada en 1874.

Uno de los lugares más representativos de dicha colonia es el templo católico de San Fernando y a su costado se encuentra ubicado el panteón histórico de esta iglesia, y entre sus huéspedes distinguidos se encuentran los restos del expresidente Benito Juárez y su esposa Margarita Maza de Juárez, así como héroes de la independencia mexicana, y otras figuras de las artes y la literatura, junto con tiros y troyanos de la Guerra de Reforma del siglo XIX.

Después de su fraccionamiento inicial se consideró como un lugar de bajo poder adquisitivo, pues sus precios eran de pocos pesos y se daban facilidades para poder liquidar los predios en pagos mensuales, por lo que fue considerada como una zona en donde obreros podían adquirir lotes muy accesibles, lo cual se extendió entre sus calles de Zarco y Mina. Esta condición económica y su cercanía con el centro de la capital la convirtió en un lugar en donde la comunidad china que llegaba a la ciudad podía adquirir el predio y levantar una edificación sin mayores contratiempos.³

La casona en el núm. 138 fue la sede del Hongmen Chee Kung Tong desde 1936 (Imagen 34) hasta la extinción de la organización en 1982, cuando cerró de manera definitiva, y se concretó la venta del edificio, en 1989, a la Muy Respetable Gran Logia Femenina “Alma de Anáhuac” (Imagen 35).

El funcionamiento del templo estuvo asociado con la culminación de las campañas antichinas y la reorganización del Hongmen. Durante esta etapa las figuras de los diáconos Ramón A. Rivera, Vicente Lugo, Antonio Ham y Antonio L. Cinco, respectivamente (1923 a 1943) habían sido fundamentales en un juego de estrategia y alianzas políticas con los gobiernos posrevolucionarios que buscaban benefactores económicos para sus campañas políticas incluso en aquellos que solo una década atrás calificaban como indeseables en México.

Ellos habían logrado que se les otorgara el reconocimiento de la masonería en el Distrito Federal y se les designara el nombre de Respetable Logia Simbólica Confucio 31 y, posteriormente, Min Chih Tang núm. 108, bajo los auspicios de la Muy Respetable Gran Logia “Valle de México”, a los miembros del НСНКТ, pues éstos, al igual que otros en el interior del país, habían instalado la simbología masónica del rito escocés antiguo y



Imagen 34. La Casona de Mina 138, durante la conmemoración del 25 aniversario de la creación de la República China.

En la parte superior del cartel se identifica la traducción del Chino: Sede del Chee Kung Tong para México y China. En techo, visto de frente ondean la bandera de México, lado izquierdo y la bandera nacionalista, al lado derecho. Fuente: Imagen donada por la familia Ley Chávez al АННСНКТ-Фотografías, 2025.



Imagen 35. Estado actual del Templo Chino, bajo la posesión de la MRGLF Alma de Anáhuac. En este se observa su segundo piso que fue construido en los años cuarenta del siglo xx, cuando el HCHKT funcionaba como la Sociedad Mutualista Masónica Chee Kung Tong.

Fuente: Fotografía del autor. 2025.

aceptado su incorporación en la sala de reuniones de la organización, lo cual incluía el par de columnas dóricas, el piso en domino de cuadros negros y blancos, el altar de juramentos, la cámara de reflexiones, además de un punto elevado, u Oriente, el cual consiste en una plataforma a la que se llega por medio de tres escalones que simbolizan la fuerza, la belleza y el candor, y en donde se colocaría el diácono de la logia o el Venerable Maestro de la logia, con una mesa desde donde presidiría los trabajos, bajo el signo del triángulo, acto que quedó plasmado en la utilización de estandartes masónicos con dicha simbología (Imagen 36).⁴

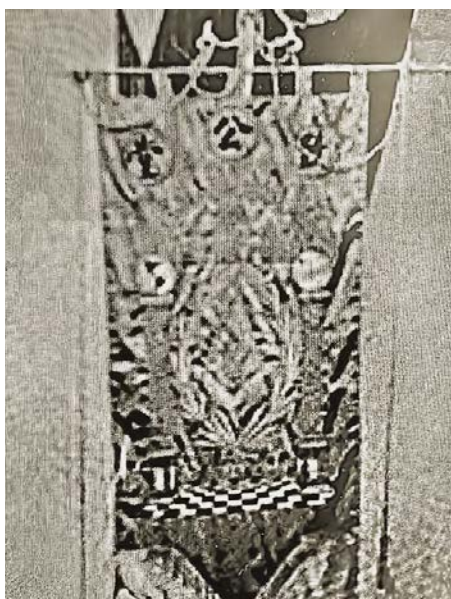


Imagen 36. Imagen única que se conoce del estandarte del HCHKT del Distrito Federal. Pese a su poca calidad de resolución se nota que no hay una jurisdicción reconocida con alguna Gran Logia masónica mexicana, sin embargo, es posible el observar un piso en forma de dominó, las columnas y una escuadra y compás en su parte rodeado por una guirnalda, y en la parte superior los tres caracteres que están relacionados con Chee Kung Tong. S/f.
Fuente: АННСНКТ fotografías 2025.

Este cambio le abrió la puerta de la masonería nacional al HCHKT capitalino que no tardó en ser integrado a las redes de información de ésta hasta los años de su extinción (Imagen 37).

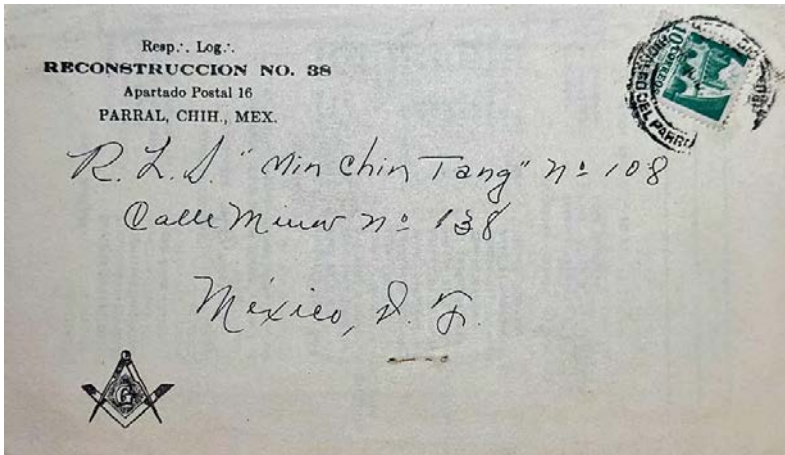


Imagen 37. Cuadro logial de la Resp. Log. Simb. Reconstrucción No. 38, jurisdicciónada a la Muy Resp. Gr. Log. "COSMOS" de AA. LL. y AA. MM del Estado de Chihuahua, ejercicio Masónico 1958
Fuente: E.V. АННСНКТ-Correspondencia suelta. Fotografía del autor.

ELIGIO LEY LIM: EL ASCENSO DESDE LAS SOMBRAS (1943)

Desde los años de la instalación y hasta su mudanza a la calle de Mina, el HCHKT funcionó enfrentando una multiplicidad de conflictos: el movimiento antichino, una férrea competencia por el control de algunos negocios altamente productivos como lo eran la venta de opio, redes de prostitución, tráfico de personas, etcétera, con la mafia china conocida como el Hongmen Sing Lu, conflictos que llevaron a cerrar la organización entre 1931 y hasta 1934, cuando el HCHKT se reorganizó y continuó con sus trabajos apoyando a los miembros de la comunidad china, llegando el cambio generacional en 1943.

La logia debía de elegir a un nuevo dirigente en 1943, pues la edad de Antonio L. Cinco, con más de 80 años, ya no le permitía cumplir con sus obligaciones de Gran Maestro, y las actividades bélicas en China, como las batallas de Guadalcanal y las campañas de Nueva Guinea y las islas Salomón, requerían de un liderazgo que permitiera el flujo de dinero desde las diásporas, hacia la campaña de resistencia, por lo que la renuncia de L. Cinco era una necesidad suprema.

Se presentaron dos candidatos: Sing Lee Lee y Lee Güi-nam, ambos cumplían con todos los requisitos y eran los dos representantes de las facciones que se disputaban el control de la logia y de la comunidad china que ésta respaldaba: La pro nacionalista china con el comerciante y dueño de un par de restaurantes, Sin Lee y la línea que ya empezaba a tomar un nombre: *Los comunistas chinos*, del dueño del Casino Chino de artículo 123: Eligio Ley Lim.

La ceremonia de elecciones para elegir al nuevo Gran Maestro del Hong-men tuvo lugar el martes 22 de junio de ese año, en el solsticio de verano, en la casona de Mina 138, iniciando los trabajos al medio día. Eligio llegó acompañado de una decena de sus aliados del bajío, amable y sonriente, pero la tensión era perceptible.⁵ La logia estaba dividida entre los que aún evocaban el legado nacionalista de Sun Yat-sen, y los intereses de la embajada de la República China, y aquellos que se encontraban distanciados de las promesas incumplidas del Guomintang, y que veía al fallecido caudillo nacionalista como el “Gran mentiroso” Su-we y empezaban a simpatizar con los revolucionarios comunistas que por ese momento eran parte de una gran alianza que buscaba vencer y expulsar a los japoneses del territorio chino.

Eligio Ley no era el favorito de ninguno de los extremos, pero sí el único capaz de sostener un precario equilibrio. Su liderazgo se había consolidado por el trabajo en beneficio de la logia desde 1922, y su historia de brazo ejecutor del Hongmen no era pasada por alto, además de su carisma, su mayor estrategia era contar con el apoyo del Gran Maestro saliente Antonio L. Cinco, que se inclinaba por un sucesor joven y con los ánimos de enfrentar al Guomindang y encabezar la reorganización de la logia.

Aquella noche, en medio de los rituales se declamaron las virtudes de uno y otro, se leyeron sus hojas de vida o biografías juradas ante la logia, con incienso y tazones de arroz colocados en el altar, junto con otras ofrendas fueron los testigos de las elecciones y de 38 miembros con derecho a voto; finalmente 27 se inclinaron por Eligio y 11 optaron por Sing Lee Lee en la ronda final de las elecciones,⁶ Eligio pronunció un juramento breve: no traicionar a la logia, ni a los que dieron su vida en el exilio, y prometer con su vida el cuidar los intereses y a las familias de los miembros del Hongmen. En un golpe estratégico, pidió que los trabajos de la logia fueran dirigidos por Sing Lee en la ciudad capital durante 1943 y 1944,

mientras él se encargaría de la reestructura del HCHKT al exterior, el sería la voz nacional del Hongmen y se encargaría de continuar con la recolección de los recursos hasta que “los bastardos japoneses fueran expulsados de China”, acto que fue aceptado por unanimidad.⁷ Este acto puede ser considerado como clave, pues Eligio entendió que no era el momento de un rompimiento, pues ello pondría en riesgo a la estructura de la asociación nacional, pues un número importante de logias Hongmen en el país ya se encontraban en un estado de semi independencia y las lealtades hacia el cuerpo central de la organización se debilitaba año con año.⁸

Llegó el momento de darle el poder al nuevo presidente del HCHKT, la sala estaba dispuesta como en las grandes tenidas.⁹ Sobre la mesa central, una bandera nacionalista doblada y una lámpara de aceite encendida. En las paredes, colgaban los retratos descoloridos de antiguos líderes de la logia en América y símbolos del Hongmen: el loto, la plomada, la espada cruzada. El aire olía a incienso mezclado con cera caliente.

El presidente saliente, Antonio L. Cinco, un anciano de voz rasposa y mirada afilada, levantó la mano para pedir silencio. Vestía el mandil bordado con signos híbridos, herencia de la mezcla del ritual masónico y tradición Hongmen. Eligio estaba de pie, frente al altar donde ardía el incienso en honor a los hermanos difuntos, había llegado el momento de encumbrar al nuevo diácono.

“Eligio vino a este país como un simple peón, un soldado, dijo Antonio, con la voz pausada. Llegó desde Hoisan con los brazos flacos y los pies rotos, sí, pero con la cabeza firme. Mientras otros maldecían su suerte, él buscaba dónde servir. No fue recomendado por nadie. Se hizo necesario por mérito propio. Y en esta casa, eso vale más que cualquier linaje”.¹⁰

Eligio mantuvo los ojos abiertos, pero en ellos pasaban las imágenes de otro mundo: los arrozales de Hoisan, su madre al amanecer frotando sus manos para entrar al campo, la voz grave de su padre diciendo que el nombre no se lleva en la boca, sino en las manos. Pero tampoco dejaba de observar la reacción que las palabras pronunciadas por el Gran Maestro saliente dirigía al resto de los hermanos.

—Por eso hoy, bajo el testimonio de esta logia y de los hermanos aquí presentes, lo elevamos al rango de Diácono del Hongmen Chee Kung Tong en México y China. “No por sangre, ni por oro, sino por servicio y lealtad”, dijo en voz alta el presidente saliente.¹¹

Desde entonces, ninguna decisión pasaba por asambleas abiertas, porque en realidad nunca fue así: como toda organización con estructura masónica, el HCHKТ se regía por un consejo de maestros, también llamados diáconos, cuya autoridad era discreta pero definitiva. En ese contexto de tensiones internas, entre nacionalistas, protocomunistas y pragmáticos, la habilidad de Eligio no fue la imposición, sino la maniobra: supo moverse entre facciones, mantener equilibrios precarios, y garantizar que, a pesar de las diferencias ideológicas, su liderazgo no fuera desplazado. Donde otros veían conspiraciones, Eligio anticipaba movimientos. Su verdadero talento no era la autoridad, sino la permanencia. Esa noche marcó el inicio de una nueva era. La cena de celebración cerró el pacto y la velada se extendió hasta la media noche. Años después Eligio recordaría que lo que lo mantuvo alegre durante la velada sería el cómo eliminar gradualmente el poder que él mismo le había dado a Sing Lee.

Eligio evitó hasta donde le fue posible que las armas arreglaran los conflictos al interior de la logia, pese a que casi todos siempre guardaban una colt bajo los pliegues de su saco, pero toleraba el uso de códigos duros y castigos rituales en caso de traición. Algunas de estas sanciones incluían el exilio interno: obligar a un miembro a desaparecer de la red sin explicación pública. En otras ocasiones, bastaba una advertencia disfrazada de una amable conciliación para solucionar un conflicto entre hermanos, su estilo era indirecto, pero efectivo. Eligio dirigía con la autoridad de quien conoce el mecanismo interno de cada engranaje: gobernaba con un consejo reducido, selecto, Xia Chua, Manuel Chong, Pablo Fong, y sabía exactamente cuál debía ajustar para que el conjunto funcionara en silencio.

BEIJING Y TAIPEÍ EN LA
COLONIA GUERRERO: LA TERCERA
GUERRA TONG (1963-1972)

El ser “chino”, no era una etiqueta cultural, económica, religiosa ni política única; se trata del reflejo de las intrincadas redes étnicas y socioeconómicas de los migrantes y la realidad que se vivía en la tierra de origen. Con el apoyo del estudio de las sociedades secretas chinas en América del Norte, durante la primera mitad del siglo xx, se explican estas complejas líneas de

afiliación política en la fragmentada comunidad china ultramarina, cuyas lealtades, filias y fobias, transitaron entre la crítica al nacionalismo republicano, instaurado y traicionado por Sun Yat-sen en 1911, gracias a la efímera revolución Xinhai; la simpatía por el comunismo emergente y pragmático, a partir del surgimiento del Partido Comunista Chino el primero de julio de 1921, encabezado por Mao Zedong; y la persistencia de estructuras tradicionales de lealtad ritual.

En los archivos desclasificados y en los informes de vigilancia de la DFS sobresale una constante: la atención se centraba de manera reiterada en personajes visibles, oradores públicos, rostros reconocibles. Pablo Fong, Francisco Ham Cheem Jr. y Pepe Chong eran señalados como figuras clave del avance comunista en la comunidad china del país. Encabezados por Eligio Ley aparece en esos informes mostrando el lugar que ocupaba dentro de la estructura de la comunidad china con el uso del HCHKT.

Uno de los documentos más reveladores para entender esta complejidad y su consecuente lucha de intereses es el informe desclasificado por la *Central Intelligence Agency* de los Estados Unidos (CIA) titulado *Political Parties in the Hung Men Society*, fechado en 1946.¹² En él se describe el surgimiento de facciones políticas al interior del HCHKT, reflejo directo de las pugnas ideológicas entre el Guomindang y el Partido Comunista Chino en el contexto de las diásporas.

Según este documento, en países como México, Estados Unidos y Canadá, el número total de miembros de las logias Hung Men [sic] superaba los 100,000 afiliados, organizados en más de 300 logias activas. Éstas se caracterizaban por una estructura semiautónoma, altamente ritualizada, pero políticamente permeable. A diferencia de su carácter tradicional como sociedades de apoyo mutuo, muchas de ellas se convirtieron en plataformas para la proyección de proyectos ideológicos enfrentados.¹³

El documento identifica tres grandes corrientes al interior de la organización: la fracción nacionalista afín al Kuomintang; la facción simpatizante del comunismo chino y un sector neutral vinculado a los valores tradicionales de la hermandad que se identificaba con prácticas mutualistas. Esta división no era simplemente simbólica, tenía consecuencias estructurales, incluyendo disputas por la legitimidad del uso del nombre “Hung Men” y por la administración de cuotas y fondos que en algunos casos ascendían a más de US 50,000 dólares anuales por logia.¹⁴

Uno de los aspectos más controvertidos fue la creación de partidos políticos formalmente asociados a facciones de la organización. Destaca el caso de la conversión del HCHKТ a la Min Chih Tang (Partido Democrático de Chino), en San Francisco y luego reinstalado en Shanghái en 1946 bajo el liderazgo de Szu-To Mei-T'ang (Sito o Situ Meitang) (Imagen 38). Este partido fue severamente criticado por logias más ortodoxas que consideraban tal incursión como una traición al carácter neutral de la sociedad. El mismo documento refiere que varios miembros de alto rango denunciaron que el partido fue fundado sin consenso y que contravenía los principios fundacionales del Hongmen, lo que desató una nueva guerra al interior de la organización.¹⁵



Imagen 38. Situ Meitang. Presidente Internacional del HCHKТ. 1946.
Fuente: АННСНКТ Fotografías 1943-1947.

La reproducción de estas tensiones en la logia de Mina 138, en la Ciudad de México, se encuentra documentada a la luz del contenido del informe. Si bien no existen registros oficiales que informen una escisión formal en dicho espacio ritual, la dinámica descrita por el documento de la CIA permite hipotetizar con fundamento que líderes como Eligio Ley Lim habrían enfrentado presiones internas para definir su postura ideoló-

gica. En ese contexto, su vinculación con el Min Chih Tang y su decisión de adoptar una postura procomunista se entienden como actos de racionalización política, no de desviación doctrinaria.

El documento también pone a la vista otro de los aspectos fundamentales de la dinámica de las comunidades chinas ultramarinas: el manejo de las remesas y las cuotas ordinarias que la pertenencia a alguna de las organizaciones de la diáspora generaba.

La vida cotidiana del HCHKT en México durante el primer tercio del siglo xx no puede comprenderse sin desentrañar uno de los engranajes más poderosos, aunque discretos, que articulaban su supervivencia: la red secreta de remesas que conectaba los campos agrícolas del norte mexicano con las aldeas de Guangdong, especialmente Hoisan. Esta red, operada por la logia, funcionaba como un sistema bancario informal, paralelo y no registrado, sostenido por la confianza fraternal, el silencio ritual y el deber filial.¹⁶

Cada mes, una parte del salario de los trabajadores chinos era recolectada por paisanos vinculados a la logia. No se trataba de bancos formales, sino de redes de intermediarios que operaban por vínculos de sangre, lugar de origen o lealtad juramentada. Los fondos eran enviados a través de rutas discretas que conectaban Ímuris, Nogales, Cananea, Guadalajara o Mexicali con puntos trasnacionales como San Francisco y Hong Kong. Desde allí, el dinero podía ser depositado en cuentas colectivas, entregado a oficinas de remesas (*qiaopiju*), o llevado directamente a los hogares destinatarios por mensajeros comunitarios.

La ruta trasnacional de remesas clandestinas operadas por el HCHKT entre 1923 y 1947 reconstruye el flujo económico subterráneo que vinculó a 98 ciudades y comunidades en donde se establecieron migrantes chinos en México, desde Nogales hasta Tapachula en el estado de Chiapas, con sus diferentes hogares de origen, a través de nodos intermedios como San Francisco y Hong Kong. Las rutas no eran oficiales ni bancarias, sino organizadas por redes del HCHKT. A través de estas conexiones, el dinero recolectado era enviado a China mediante sistemas de confianza interna, intermediarios paisanos y oficinas de remesas tradicionales (*qiaopiju*). El sistema no solo aseguraba el envío económico, sino que también funcionaba como una estructura de lealtad, vigilancia y legitimación dentro de la organización. La trayectoria aquí representada es simbólica, pero corresponde a patrones documentados en fuentes orales y registros comunitarios.

Este mecanismo, tal como lo documenta Ching-ching Ni en su tesis *Making Money Move*, formaba parte de un sistema bancario alterno que operó en las sombras del comercio legal durante décadas, incluso tras el cierre del sistema bancario tradicional en la China continental posterior a 1949.¹⁷

Junto al dinero viajaban cartas familiares, conocidas como *qiao pi*, que cumplían un doble propósito: mantener viva la conexión afectiva con la madre o los hermanos, y reafirmar el sentido del deber del remitente. Algunas cartas eran reales; otras eran compuestas por escribanos comunitarios o incluso fabricadas por los propios intermediarios para reforzar el vínculo emocional. La veracidad de estas misivas era secundaria frente a su función simbólica: sostener al migrante dentro de una narrativa de pertenencia.¹⁸

Esta red no operaba al margen del contexto político: las autoridades mexicanas, en particular las del norte del país no intervenían en su funcionamiento. La tolerancia no era resultado del respeto, sino del cálculo: la comunidad china no causaba disturbios, pagaba a tiempo, ofrecía servicios productivos y era útil para el sostenimiento de economías regionales en guerra. En este contexto, el HCHKТ no solo protegía a sus miembros, sino que tejía su inserción estratégica en la economía local.

El total mensual de remesas era una cifra importante, enviadas desde cinco ciudades mexicanas, Ímuris, Nogales, Mexicali, Cananea y Guadalajara, cercanas a los \$30,000 pesos, hacia la región de Hoisan, en China, a través de los circuitos clandestinos organizados por el HCHKТ.¹⁹ Las cifras están expresadas en pesos oro plata, unidad de cuenta ampliamente utilizada por la diáspora china entre 1910 y 1950, especialmente para compromisos de carácter ritual o comunitario. Para cada ciudad, el cálculo se basa en un promedio mensual de remesa por persona, que oscila entre \$28 y \$50 pesos, multiplicado por un número estimado de trabajadores chinos activos en cada región, que varía entre 130 y 200 personas. Así, por ejemplo, desde Ímuris se habrían enviado aproximadamente \$4,200 pesos, mientras que Guadalajara, que concentraba redes comerciales más complejas y una comunidad más estable, pudo alcanzar los \$10,000 pesos. Estos montos, aunque hipotéticos, permiten dimensionar la magnitud financiera del sistema: en conjunto, solo estas cinco ciudades podrían haber remitido más de \$30,000 pesos plata al mes, una cifra equivalente a una red bancaria paralela que funcionaba al margen de la institucionalidad estatal. El posible monto revela no solo la existencia de un flujo económico sostenido,

sino la capacidad organizativa del HCHKT para canalizar recursos a través de vínculos comunitarios, vigilancia moral y rutas transnacionales no bancarizadas. En este contexto, el envío puntual de dinero no era un gesto individual, sino un acto colectivo cargado de significado político, afectivo y estratégico.

Detrás del acto, aparentemente sencillo, de enviar dinero, operaba un circuito que sostenía la cohesión comunitaria y la legitimidad de la jerarquía interna. La red de remesas no solo transmitía recursos: transmitía confianza, jerarquías y obediencia, las bases de la comunidad.

Y es que resulta un hecho que las logias chinas ultramarinas, concebidas como redes corporativas mutualistas, se transformaron en dispositivos altamente adaptativos que ofrecían protección, legitimidad y articulación identitaria frente a contextos hostiles o ajenos.²⁰ Desde esta perspectiva, el Hongmen no era solo una sociedad secreta, sino un campo social estructurado, cuyas disputas internas reflejaban fracturas ideológicas mayores y luchas por riquezas que desde los tiempos de la Revolución Xinhai habían demostrado su magnitud.

En México y el suroeste de Estados Unidos, las asociaciones ultramarinas como el HCHKT jugaron un papel fundamental no solo en la organización económica de los migrantes, sino también en la defensa de sus derechos ante políticas xenófobas y represivas. En este sentido, controlar una logia era controlar la interlocución política con el Estado anfitrión y la autoridad moral frente a la comunidad migrante. Esto explica por qué facciones como el Min Chih Tang, buscaron hacerse de la estructura de mando del Hongmen para legitimar sus proyectos políticos.

Lai Sai Acón Chan ha mostrado que incluso en países como Costa Rica, con una diáspora más reducida, las organizaciones chinas, presuntas logias chinas, funcionaban como gestoras y espacios de disputa ideológica entre el Guomintang y sus opositores. Su estudio demuestra que el acceso a los recursos financieros eran fundamentales para definir el rumbo político de la diáspora en aquel país.²¹

Cuando Eligio Ley operó en un campo de tensiones donde el alineamiento con el “comunismo” ofrecía autonomía frente al nacionalismo excluyente del Kuomintang, así como margen de maniobra frente al Estado mexicano posrevolucionario. Sus acciones encubrían una lógica política y económica que buscaba preservar el capital del Hongmen hacia la comu-

nidad china, pues lo cierto es que, si la logia no hubiera contado con los recursos para maniobrar, de poco o nada hubiera sido su importancia en un entorno mexicano cambiante.

En suma, el control del Hongmen Chee Kung Tong durante la primera mitad del siglo xx fue una disputa por el control financiero de la diáspora china. Más allá de la lealtad ideológica, lo que estaba en juego era la capacidad de definir quién hablaba en nombre de la comunidad ultramarina y sus descendientes, quién administraba los recursos del exilio y quién tendría el poder de articular las lealtades transnacionales. La figura de Eligio Ley Lim encarna esta tensión entre continuidad de la asociación mutualista y la estrategia política, en un escenario donde la logia de Mina 138 era mucho más que un templo: era el centro de gravedad de una comunidad que negociaba su identidad entre dos mundos.

Eligio Ley no fue un ideólogo comunista, eso lo repiten una y otra vez sus descendientes,²² sino un actor pragmático que adoptó una posición procomunista en tanto esta representaba una alternativa funcional al poder monopolizador y excluyente del Kuomintang. Probablemente lo que Eligio defendió fue un comunismo como instrumento de cohesión, justicia migrante y continuidad ritual, no como adhesión doctrinaria al marxismo-leninismo. Esta faceta resulta coherente con una lectura estratégica del campo político de la diáspora en ese periodo: al aliarse con la facción que ofrecía mayor proyección y menor represión interna, Eligio garantizaba la subsistencia de la logia y su autoridad personal como Gran Maestro.

Este tipo de “comunismo” era también una forma de rechazo al autoritarismo del Guomindang, a través de un discurso de redención popular que conservaba la ritualidad del Hongmen y permitía adaptarse a un escenario geopolítico cambiante. Su conversión parcial al Min Chih Tang debe entenderse no como militancia doctrinal, sino como un gesto de autonomía frente al aparato nacionalista. La posición pragmática de Eligio fortaleció su posición tanto entre paisanos como entre actores mexicanos. En la comunidad china, se valoraba la eficacia en preservar los rituales y la contención de conflictos que la fidelidad ideológica. Eligio supo interpretar esta lógica y posicionarse como mediador entre facciones, manteniendo la cohesión sin romper con los principios fundacionales.

Desde esta perspectiva, Eligio ofrecía interlocución operativa, canalización de demandas y capacidad de control interno sobre una comunidad

extranjera, factores que el Estado posrevolucionario priorizaba por encima de la afiliación ideológica. Eligio fue así un interlocutor útil más que un sospechoso ideológico. Esta doble legitimidad, ritual-financiera entre paisanos y pragmática frente al Estado, se articula en un modelo de liderazgo diaspórico basado en la adaptación táctica, la administración simbólica del poder y la negociación constante de lealtades cruzadas.

Finalmente, el documento de la CIA permite entender que la fractura de las logias no fue una anomalía local, sino un fenómeno transnacional. La neutralidad ritual que algunos sectores querían preservar ya no era viable en un entorno de polarización ideológica y vigilancia geopolítica. Las logias dejaron de ser simplemente espacios de memoria y se convirtieron en arenas de disputa por el sentido del nacionalismo chino en el exilio. En este sentido, el concepto de “economía moral de la tolerancia oficial”, ayuda a entender cómo las autoridades mexicanas permitieron, o incluso estimularon, estos arreglos ambiguos con tal de asegurar la gobernabilidad local.

La embajada taiwanesa, después de 1949, denominaba a esta organización como problemáticos por su falta de alineación con el Guomindang. Pero esa clasificación era insuficiente. Los diplomáticos chinos no lograron comprender que no estaban ante una asociación política tradicional, sino frente a una organización con estructura masónica, jerarquía ritual y una lógica de funcionamiento que combinaba lo iniciático con lo político. Eligio, formado desde dentro, lo sabía perfectamente.

Eligio no necesitaba aparecer en los boletines ni encabezar manifestaciones, pese a que su papel como líder de la logia lo hizo participar en eventos que mostraban una unidad de la comunidad china durante los años de la Guerra Mundial, y que se preservó hasta algunos años posteriores (Imagen 39).

Él construía poder en otro nivel, uno más profundo: el del control de redes comunitarias, de alianzas discretas, de pactos silenciosos. Su vínculo con Guillermo Nasser Quiñones y con el propio Ham Cheem no se forjaba en la plaza pública, sino en los cafés, en los templos familiares, en los encuentros donde las decisiones no se gritaban, se acordaban. Mientras los servicios de inteligencia se concentraban en desactivar actos simbólicos como la conmemoración del primero de octubre, Eligio reorganizaba la lealtad interna del НСНКТ hacia la República Popular China. El centro de gravedad ya se había desplazado y casi nadie lo advirtió.

El devenir político del HCHKT en América del Norte durante el siglo xx no puede comprenderse como una línea recta de continuidad revolucionaria ni como una estructura homogénea de pensamiento. El tránsito desde el apoyo inicial a Sun Yat-sen hacia la rearticulación de una fracción pro-Pekín, sin adhesión doctrinaria al comunismo, responde a procesos de desilusión, desarraigo y relectura crítica de los fundamentos logiales. En este contexto, las figuras de Zhao Yaji, Situ Meitang y Eligio Ley Lim no constituyen únicamente liderazgos regionales dispersos, sino enlaces articuladores de una corriente que, desde la diáspora, reelaboró su relación con el Estado-nación chino y con el nacionalismo desplazado del Guomindang.



Imagen 39. Miembros de la Asociación Mutualista China (nombre con el que se le conocía al HCHKT), en la Columna de la Independencia, realizando una guardia de Honor en 1943,²³ mostrando su unidad como comunidad china durante el desarrollo de la guerra en contra de la ocupación japonesa.

El primero de izquierda a derecha, el Gran Maestro Eligio Ley Lim.

Fuente: Fotografía utilizada con autorización del Dr. José Luis Chong.

En las logias de Vancouver, Canadá y San Francisco, en Estados Unidos, se articuló una crítica sistemática a través de editoriales en el *Chinese Times*, donde se acusó a Sun de “vender a la patria”. La denuncia no era un gesto panfletario, sino una declaración de disenso desde una tradición que

se sentía excluida del nuevo orden. Zhao Yaji, como dirigente del HCHKT canadiense (Imagen 40), no solo participó de esa crítica, sino que la encarnó en su práctica logial posterior, proyectando su influencia hacia las logias mexicanas. Su figura, presente en reuniones del HCHKT en México durante los años treinta, marca el inicio de un proceso de reconfiguración ideológica que excede el plano local y se inscribe en una dinámica transnacional (Imagen 41).



Imagen 40. Zhao Yaji, Gran Maestro del Chee Kung Tong, Vancouver, Canadá. Fuente: AHHCHKT. Fotografías 1923-1947.



Imagen 41. Los Grandes Maestros de Canadá, Zhao Yaji, y de Estados Unidos, Situ Meitang. Situ Meitang, en una reunión con miembros del HCHKT en México. s/f. Fuente: Archivo Histórico Gran Logía “El Potosí”.

Situ Meitang representa un caso paradigmático de continuidad crítica dentro del Hongmen. Lejos de alinearse con las ortodoxias ideológicas de su tiempo, Situ fue construyendo un perfil de liderazgo asentado en la memoria revolucionaria de 1911, pero también en la capacidad de negociar su papel desde el exilio. Como figura clave del HCHKT en Estados Unidos, supo mantener la estructura de la logia activa, generando puentes entre generaciones y adaptándose a los cambios políticos sin renunciar a los principios fundacionales del Hongmen.

Su encuentro con Mao Zedong, en 1948, no debe entenderse como una conversión ideológica, sino como una confluencia estratégica. El régimen maoísta incorporó a Situ como un referente simbólico de la historia revolucionaria previa, validando con su presencia la genealogía de la lucha desde la diáspora. Su sepultura con honores en la República Popular China, en 1955, constituye no solo un gesto de reconocimiento político, sino también una operación de legitimación histórica. El HCHKT, a través de Situ, fue integrado como una pieza funcional al relato estatal, sin que ello implicara necesariamente una adhesión a la doctrina comunista.

La formación y liderazgo de Eligio Ley Lim, a diferencia de Zhao y Situ, ocurrió en el contexto latinoamericano, particularmente, en el mexicano con sus agitaciones propias, lo que le permitió construir una visión focalizada pero no por ello desvinculada de las corrientes ideológicas transnacionales. Su ascenso a Gran Maestro en 1943 materializó una consolidación de poder que ya venía gestándose desde su recepción temprana en la logia (1922) y muy pronto se integró a reuniones con los Grandes Maestros del Canadá y Estados Unidos (Imagen 42).

La incorporación de figuras como Situ y, por extensión, la presencia de Zhao y Eligio en redes logiales pro-Pekín, plantea una pregunta central: ¿qué significaban estos actores para el nuevo Estado chino? No eran comunistas, cuadros del partido ni militantes ortodoxos. Pero eran, sin duda, portadores de una memoria revolucionaria que el maoísmo necesitaba recuperar para legitimarse. En un contexto donde la continuidad histórica era un recurso de poder, el Hongmen funcionó como repositorio simbólico, como archivo viviente de una lucha que se remontaba a las dinastías Qing y Ming.

El uso de estas figuras por parte del aparato comunista no fue ingenuo. Al integrar al HCHKT en la narrativa revolucionaria, el Estado consolidó



Imagen 42. Reunión internacional de representantes del HCHK. En la primera fila, sentados, el Gran Maestro Canadiense, Zhao Yaji, a continuación, el representante de Situ Meitang, cuarto y quinto de derecha a izquierda. De pie de Izquierda a derecha el primero de la fila Eligio Ley Lim. 1943. Fuente: Gran archivo de la Gran logia “El Potosí”.

una genealogía propia que absorbía las resistencias anteriores sin tener que reconocerlas como independientes. Para la logia, encabezada por Eligio, en cambio, esta relación fue ambigua: implicaba reconocimiento, pero también un riesgo de subordinación. La tensión entre autonomía logial y validación estatal definió buena parte del vínculo entre el Hongmen y la República Popular durante los primeros años del nuevo régimen.

La articulación entre Zhao Yaji, Situ Meitang y Eligio Ley Lim permite delinear una facción disidente dentro de la historia del Hongmen Chee Kung Tong. No formaron una corriente formal ni un movimiento orgánico, pero compartieron una serie de principios comunes: desconfianza hacia el Guomindang, reivindicación de la revolución original y voluntad de mantener la autonomía logial frente a las estructuras partidarias. En ellos no hay adhesión ideológica cerrada, sino una política de la memoria, una estrategia de permanencia desde la periferia.

Su valor no radica en la espectacularidad de sus acciones, sino en la coherencia de su disenso. Mientras el nacionalismo se burocratizaba y el

comunismo se institucionalizaba, estos tres actores preservaron una visión alternativa del compromiso revolucionario. No como nostálgicos del pasado, sino como mediadores entre tradición y transformación. Su presencia en México, sus vínculos transfronterizos y su papel ritual dentro del HCHKT los convierten en figuras indispensables para comprender el devenir de la disidencia en el siglo xx.

El análisis de la tríada conformada por Zhao, Situ y Eligio permite observar cómo, a pesar de las fracturas ideológicas y los contextos nacionales diversos, el HCHKT mantuvo viva una línea de pensamiento crítico que se apartó tanto del nacionalismo como del comunismo. Esta postura no fue ambigua, sino deliberada: representó una forma de resistencia frente a la cooptación estatal, así como una afirmación de la soberanía ritual e histórica de las logias chinas.

Este análisis no constituye una digresión al margen del relato principal, sino un eje articulador que prepara al lector para comprender cómo la dimensión internacional del HCHKT impactó directamente en la vida institucional, ritual y simbólica de la logia mexicana liderada por Eligio Ley Lim. Las figuras de Zhao y Situ no son anecdóticas, sino estructuras de resonancia que acompañaron el ascenso de Eligio y que explican parte del viraje conmemorativo y político que él instauró desde la casona de Mina 138.

EL ESTADO OBSERVA: ARCHIVOS, VIGILANCIA Y SOSPECHA

A lo largo de los años Eligio había sobrevivido a las purgas ideológicas, a la fragmentación del Hongmen y de la propia comunidad china capitalina, intentos de asesinato, pero ahora quedaba un nuevo enemigo: el espionaje desde el gobierno.

En los corredores de las tienditas y farmacias del centro de la ciudad y desde las calles de López, Dolores, Santa Veracruz, República de Perú, y las de Mina y Zarco en la colonia Guerrero, en restaurantes y cafeterías reconvertidas en centros de distribución, se tejía el flujo del opio que venía de la sierra hacia la frontera o el consumo personal. El sistema funcionaba como un cuerpo: había ojos, brazos, oídos y un corazón que latía desde Mina 138.

Eligio sabía que cada uno cumplía una función. Y aunque sus manos no tocaban directamente la mercancía, todos sabían que su voz era la última en cada operación. Para proteger las rutas, estableció códigos invisibles: frases escondidas en cartas, sellos de colores en las esquinas de los sobres, una fórmula matemática para calcular el día exacto de salida de los cargamentos. La estructura era tan sólida que sobrevivió incluso a redadas y traiciones menores. No se trataba solo de mover mercancía.

Para Eligio, se trataba de sostener una economía paralela que financiaba tanto las causas en el extranjero como el sostenimiento de la comunidad migrante en México. El opio era, en su lógica, el impuesto y la fuente alternativa de recursos económicos: lo que mantenía la maquinaria funcionando en un país que nunca les dejó de parecer peligroso, las huellas de las campañas antichinas continuaron incluso como un discurso supremacista hasta nuestros días, pero esta actividad ahora sería estrechamente vigilada y documentada.

Era 1965 la suerte o las complicidades institucionales de los “comunistas chinos” comenzaban a desintegrarse, era el ocaso de una etapa. Eligio lo sabía. No porque estuviera en peligro inmediato, sino porque entendía que el verdadero desgaste no venía del enemigo, sino del tiempo. Y el tiempo, a diferencia de los hombres, no se puede sobornar. Ese año, su amiga, vínculo de la organización con los círculos del gobierno capitalino: Tomasa Valdés Ledezma, Viuda de Alemán, madre del expresidente Miguel Alemán Valdés, así como tía del exregente capitalino Fernando Casas Alemán, “Doña Tomasita”, falleció el 27 de septiembre en su casa de Coyoacán.²⁴ Además dio inicio la recopilación de información sobre Eligio y sus actividades en el *Catálogo Comunista* de la Dirección Federal de Seguridad.

La elección presidencial del 5 de julio de 1964 consolidó la continuidad del régimen posrevolucionario mediante una sucesión controlada desde la presidencia de Adolfo López Mateos. Así, Gustavo Díaz Ordaz, su ex secretario de Gobernación, fue elegido candidato del Partido Revolucionario Institucional tras un proceso de “selección interna” que confirmó la centralidad del presidencialismo y la lógica del dedazo como mecanismo de reproducción del sistema. En términos organizativos, el partido-Estado demostró su capacidad para alinear a sus sectores, neutralizar disidencias y articular un frente amplio de legitimación en torno a la promesa de “orden y desarrollo”.²⁵

El resultado fue la llegada de Díaz Ordaz con amplio respaldo formal y, más importante, con un mandato político para restaurar “disciplina” tras los márgenes de pluralización social acumulados durante el sexenio anterior.²⁶

Ese capital de poder se volcó en reconfigurar el aparato de seguridad interior. Desde Gobernación, Díaz Ordaz había cultivado una visión de seguridad nacional atravesada por la Guerra Fría. Ya en la presidencia, consolidó a la DFS como instrumento central de vigilancia y control político, coordinando redes de informantes, seguimiento a opositores y penetración de espacios universitarios, sindicales y comunitarios.²⁷ El anticomunismo dejó de ser una retórica para convertirse en política de Estado: la DFS y la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS) articularon diagnósticos y potenciaron enemigos lo que se articuló en decisiones de contención y el uso selectivo de la fuerza.²⁸

Este endurecimiento tuvo dos direcciones. La primera en el frente externo, México estableció la bipolaridad sosteniendo formalmente el reconocimiento a la República de China (Taiwán) hasta 1971, ya con el gobierno de Luis Echeverría Álvarez, mientras construía puentes discretos con la RPCH y mantenía alineamientos clave con Washington.²⁹ La segunda, en lo interno, el anticomunismo operó como lente para interpretar protesta y disenso: ferrocarrileros, médicos y, finalmente, el estudiantado fueron leídos como “amenazas subversivas”. La culminación fue 1968, cuando la lógica de orden público y la narrativa de la conjura internacional justificaron el espionaje masivo y la consecuente represión. Los fondos desclasificados en el AGN, junto con documentación estadounidense, muestran la intensidad de la vigilancia previa y la decisión de “restaurar el orden” aun a costa de violaciones a los derechos humanos.³⁰

En suma, la elección de 1964 no sólo confirmó al estado posrevolucionario, pues habilitó un ciclo de gobernabilidad sustentado en la seguridad preventiva y la sospecha ideológica, con la DFS. Esa estructura anticomunista, montada sobre la legitimidad formal, condicionó la respuesta estatal ante la movilización social y configuró el campo de fuerzas en el que actores migrantes, organizaciones transnacionales y comunidades de ultramar, como la comunidad china, debieron operar.

Como una anécdota, durante la Exposición Económica y Comercial de China en la Ciudad de México (1963-1964), promovida por la RPCH, el entonces Secretario de Gobernación, Gustavo Díaz Ordaz, se negó a

participar y asistir, y argumentó una ausencia del país por motivos diplomáticos, Mientras el Presidente López Mateos si asistió, así como su mayor promotor, el Secretario de Industria y Comercio, Raúl Salinas Lozano.

Desde su posición, Eligio observaba los cambios. La logia ya no tenía la misma fuerza. Algunos de sus miembros habían muerto, otros simplemente se habían marchado y los nuevos miembros no comprendían del todo la lógica iniciática del НСНКТ. El peso del ritual comenzaba a parecerles una voz del pasado. Eligio resistía. Su estilo de mando seguía siendo el mismo que lo había salvado en los tiempos más difíciles: discreto pero firme.

Ese mismo año, los informes de la Dirección Federal de Seguridad comenzaron a referirse a la creciente actividad comercial de los chinos en el centro histórico. Detrás de los expedientes, sin embargo, se intuía otra preocupación: la posibilidad de que esas redes comerciales estuvieran vinculadas a una estructura ideológica. Eligio aparecía mencionado constantemente con nombre propio, y en los núcleos familiares se cuenta que esta vigilancia le era informada por antiguos “amigos” allegados al gobierno, pero él sólo lo interpretaba como una advertencia. Entendía, como pocos, que el peligro no siempre se anuncia por su nombre. Sabía que, esta vez, el Estado mexicano comenzaba a mirar más allá de los mostradores y él tomo sus precauciones.

El seguimiento directo a las actividades de Eligio se remontaron a la búsqueda de información de las décadas de los años veinte y, de manera ya directa, a 1947, con el primer regreso de Eligio a China, concretamente al puerto de Hong Kong, pues ese viaje fue clave para la consolidación y la línea de acción que elegiría el Gran Maestro para los siguientes tiempos. Eligio viajó a Hong Kong. Allí se reunió primero con su familia y fue la última vez que vería a su madre, pues ella fallecería un tiempo después. También utilizaría documentación falsa para traer “familiares” a México con identidades que obtuvo de paisanos miembros de la logia fallecidos o de familiares de éstos, incluso utilizó el acta de nacimiento de su hijo, Fidel Ley Trigueros el cual había nacido con una mal formación cardíaca y había fallecido el 30 de marzo de 1946 con 11 años; así, de ese viaje regresaría con su sobrino Fidel Ley.³¹ También aparecería un hermano carnal llamado Luis Ley, Lim, que habitaba en la propiedad del НСНКТ, Zarco, núm. 45.³²

Existe algo que debe de aclararse antes de continuar: Eligio no abrazó el comunismo, pero tampoco se alineó con el nacionalismo oficialista del

Guomindang. Su decisión de establecer el 1 de octubre como fecha conmemorativa dentro del HCHKT mexicano responde a una lectura crítica de la historia de la relación del Guomindang y su fundador con la logia: el 10 de octubre representaba la revolución traicionada, mientras que el triunfo de la República Popular podía reinterpretarse como una continuidad desde abajo. Su liderazgo en el comunismo chino en México no fue doctrinario, sino una sentido de lo práctico y lo ritualístico, una forma de fidelidad a la causa original del Hongmen, el mutualismo, mediante gestos simbólicos con carga política.

Durante ese viaje, se reunió en miembros del Partido Comunista Chino, y entendió que desempeñaría un papel importante en un nuevo conflicto que se avecinaba. A su regreso al continente americano presenció la organización de nuevas ramas de la red Hongmen aliadas en Suramérica y el Caribe, las cuales se agrupaban bajo la figura de *Cámaras de Comercio de Hombres de Negocio Chinos*, y asistió a una ceremonia donde se habló de dejar de reconocer el 10 de octubre como fecha fundacional y eliminar la figura de Su we como un miembro del Hongmen, pese a que este personaje había fallecido en 1925. Eligio regresó a México en 1948 convencido de que la lealtad debía estar con el Partido Comunista que quitaría del poder a los Nacionalistas, a los dictadores Guomindang, los nombres que firmaban pactos con imperios.³³

Dos años después de este viaje, el 1° de octubre 1949, el Ejército de Liberación Popular (Ejército de la República Popular China), al mando de Mao Zedong derrotó a las últimas tropas de la República Democrática de Chiang Kai-shek 蔣介石 (1887-1975). Desde ese momento, se instauró esa fecha conmemorativa como el de la fundación de la República Popular China, ese era el momento para dar la batalla de ultramar en contra de la República Democrática que se había instalado en la isla de Taiwán, con el apoyo de los Estados Unidos e Inglaterra.

Y así el Gran Maestro estaba listo para dar la pelea desde todos sus flancos en esa compleja época anticomunista que había desatado el presidente Gustavo Díaz Ordaz Bolaños.

En alguna ocasión, agentes del gobierno llegaron a la sede del casino, y entre los asistentes y el humo del tabaco y el ruido de los jugadores se escuchó la voz: ¿Quién de ustedes es Eligio Ley? Después de un breve silencio un hombre se levantó de una de las mesas y dijo: ¡Yo soy Eligio! ¡Está

Imagen 43. Un Eligio Ley Lim
 Fuente: Fotografía proporcionada
 por su ahijada Clementina Lugo,
 en el 2023. АННЧККТ.
 Fotografías 2024.



bien, acompáñenos!! Lo queremos interrogar por comunista y vendedor de opio; Y el hombre salió entre los agentes! Un momento después otro individuo que había permanecido en silencio sentado en una mesa cercana a la puerta, señaló a otro paisano que estaba cerca de una de las mesas de juego y le dijo: ¡Estas siguientes semanas tú serás Eligio! —Si Don Eligio, así será. Y todo continuó como si nada en el casino. Eligio Ley Lim, continuó leyendo el periódico de manera despreocupada, así los “Eligios” iban y venían de la comandancia de la policía, para responder a interrogatorios y acusaciones diversas; aunque la familia reconoce que este artilugio no siempre evitó que su padre fuera recluido en al menos un par de ocasiones en el penal de Lecumberri, pero no tardaba en salir, “solo era por ratitos”³⁴ (Imágenes 43 y 44).

El archivo de la DFS documentó que, en los círculos diplomáticos, la tensión entre la embajada de la República de China y los simpatizantes de la República Popular China se agudizaba. Eligio, siempre atento, evitaba los foros, pero mantenía encuentros discretos en cafeterías y oficinas privadas con interlocutores vinculados a la Agencia de Noticias Nueva China. Sus reuniones eran breves, sin evidencia escrita. A sus interlocutores les bastaba con el intercambio de algunas conversaciones para cumplir con las indicaciones. Eligio hacía que las decisiones llegaran a él, no porque se impusiera, sino porque los demás sabían que no se podía avanzar sin su palabra.



Imagen 44. “Otro Eligio Ley Lim”,
fotografiado en la cafetería de
Artículo 123.
Fuente: Fotografía proporcionada
por Clementina Lugo, 2023.
АННЧКТ-Фотografías 2024.³⁵

Algunos de los centros de estas entrevistas fueron documentadas en el restaurante Luau, en donde los agentes encubiertos eran testigos de los encuentros.³⁶

Ahora, con los informes de la DFS, podemos reconstruir una tarde de espionaje en el café, al estilo mexicano: primero imaginemos a los hombres chinos sentados en una mesa, hablando en voz baja y confiando que su idioma los protege de oídos indiscretos, y a su lado otro hombre con gabardina y leyendo el periódico “poniendo oído” dando la casualidad que era un chino reclutado por la DFS, dando como resultado:

El agente placa DF5890, en informe del 21 de agosto de 1965, declara que se encontraban los conocidos comunistas Francisco Ham Chem (Hijo) y Eligio Ley Lim y la incorporación de Guillermo Nasser Quiñonez:

Eran las 5 pm y se había reunido el comunista y traficante Eligio Ley con Francisco Ham Cheem en un café discreto del centro. Afuera pasaban los tranvías, los voceadores de lotería, los trabajadores con sus trajes grises y la prisa en la cara. Adentro todo era madera vieja, sillas raspadas por los años, tazas mal lavadas y voces en voz baja. El Café de Chinos no era cualquier lugar. Ahí se podía hablar con cierta privacidad. Se hablaba entre códigos, entre pausas, entre cucharillas.

Un lugar de alianzas tácitas y vigilancia era un puesto de observación que la DFS había identificado.

Francisco había sido invitado por el Partido Comunista de China a recorrer algunos enclaves en América Latina. Su regreso a México en ese año coincidía con una etapa de mucha vigilancia sobre las actividades de la comunidad china pues se preparaba. La embajada lo vigilaba, los nacionalistas lo espiaban, y nosotros... nosotros lo sabíamos todo, le dijo Eligio al tercero que recién se incorporó a la mesa, Guillermo Nasser Quiñonez, promotor de las relaciones de México con la China comunista.

“Eligio”, los camaradas de la República Popular China nos piden ayuda. Querían saber si aún guardábamos lealtad a la revolución. Y, más que nada, quería saber qué piensas de Sun Yat-sen. Porque para los verdaderos militantes del Chee Kung Tong, el juicio sobre Sun era el punto de partida. Hablar de él no era hablar de historia, sino de identidad, de traición, de fidelidad a los mártires y al pueblo. Esa figura, que para muchos era heroica, para nosotros era un nudo mal atado. Una contradicción vestida de uniforme occidental. Un médico que no supo curar la herida de su pueblo.

Eligio contesto, muy a su manera: Sun Yat-sen fue un traidor. Lo que entregó a los nacionalistas fue la esperanza de los humildes. Nos vendió a los caudillos de occidente. Cambió la sangre del pueblo por discursos en inglés. Se rodeó de banqueros y generales, y dejó que el sueño del Hongmen fuera pisoteado por trajes militares, es más era un pendejo.

¿Ese cabrón? ¡A la chingada con él! Un burgués disfrazado de patriota. Nos usó como caja chica. Nos robó hasta los ritos. Y todavía hay pendejos que lo veneran. Ni siquiera hablaba como uno de nosotros. Nunca pisó la logia. Pero eso sí: venía a cobrar.

Cheem me miró en silencio, dejando que me desahogara.

Te lo juro, “Panchito”. Cuando yo era joven ya me olía la traición. Pero los viejos del Chee Kung Tong... esos sí se tragaron el cuento completo. “El salvador de la patria”, le decían. ¡Qué pinche salvador ni qué madre! Nosotros no éramos nacionalistas. ¡Éramos hambrientos! Hijos del cuchillo y del arroz podrido.

¿Y cuándo te volteaste hacia el Partido?

Bajé la voz. El té se había enfriado en la mesa.

En el año 47, cuando fui a Hong Kong. Ahí vi claro. Mao, al menos, nos escuchaba. No nos mandó al carajo como Su we. El Partido Comunista nos reconoció como camaradas, no como botín. A mí con eso me bastó.

Me sentí más observado que nunca, y también más libre. Había roto un silencio impuesto por años de diplomacia opaca.

Fin del informe (Imágenes 45 y 46).

Formulario de Migración con el título "SERVICIO DE MIGRACION REGISTRO DE EXTRANJEROS". El número de expediente es 40493 y el número de folio es 62775. El documento contiene dos fotografías de un hombre. Los datos personales incluyen: nombre Francisco Ham Chem Padre, fecha de nacimiento 15 de enero de 1913, estado civil casado, profesión comerciante, idioma nativo chino y otro idioma que habla español. El lugar de nacimiento es Canton, China. El documento está firmado por Carlos Guzman y tiene un sello.

Imagen 45. (Superior) Francisco Ham Chem Padre. Fuente: Registro de extranjería RDDSG-DFS, 40493. Extranjería.

Formulario de Migración con el título "SERVICIO DE MIGRACION". El número de expediente es 513496 y el número de folio es 107640. El documento contiene dos fotografías de un hombre. Los datos personales incluyen: nombre Francisco Ham Chem Jr., fecha de nacimiento 1-6-76, estado civil soltero, profesión estudiante, idioma nativo chino y otro idioma que habla ninguno. El lugar de nacimiento es Canton, China. El documento está firmado por Francisco Ham Chem Jr. y tiene un sello.

Imagen 46. (Inferior) Francisco Ham Chem Jr. Fuente: Registro de extranjería RDDSG-DFS, 513496. Extranjería.

Los informes del Catálogo Comunista permiten trazar, lejos de la ficción, una red que entre los años de 1963 y hasta el reconocimiento de la República Popular China, el 14 de febrero de 1972, de una red de complicidades que se gestaba desde la casona de Mina 138, bajo el liderazgo de Eligio Ley, y con la agencia noticiosa Nueva China Xin Hua, y los procomunistas activos como Guillermo Nasser Quiñonez.

LA AGENCIA DE NOTICIAS NUEVA CHINA XINHUA
Y EL HCHK (1949-1972) LA RUTA DE LAS COMPLICIDADES

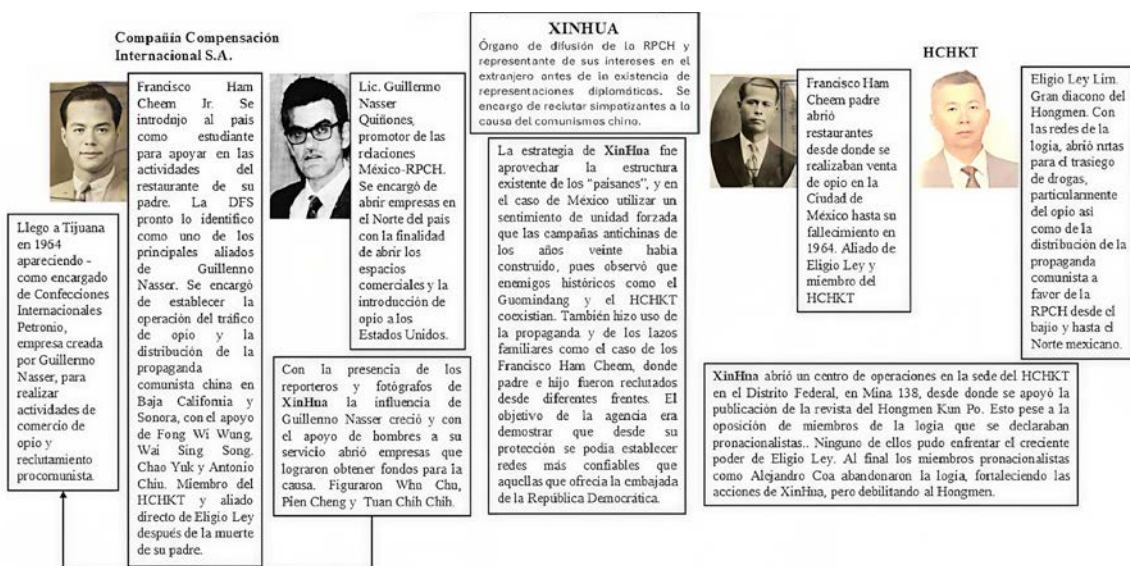


Imagen 47. Estructura de redes de complicidades de tráfico de opio y actividades comunistas documentada por la DFS.

Fuente: Elaborado por el autor.³⁷

Estas acciones en pro del comunismo chino tuvieron un alcance insospechado, cuando en 1972, durante la visita del presidente Luis Echeverría Álvarez a la inauguración de la embajada China, un personaje se situaba victorioso entre los asistentes (Imagen 48).



Imagen 48. Recepción en la embajada China. De izquierda a derecha, el embajador Chino en México Xiong Xianghui, Eligio Ley Lim, con su cigarrillo en la boca, después dos personas no identificadas, el presidente Luis Echeverría, junto a otro funcionario chino.

Fuente: La fuente no ha podido ser ubicada, esta imagen es parte de un recorte de alguna revista, sin identificar, fue proporcionada por Andrés Ley Chávez, vía WhatsApp, 18 de junio 2024.

EL LINAJE EXTENDIDO: ELIGIO Y FRANCISCA TERESA CHÁVEZ OLGUIN

A Francisca Teresa Chávez Olguin la conoció cuando ella trabajaba como mesera en el primer café que él había logrado abrir en la calle de República de Perú número 142, entre 1938 y 1939, iniciando una relación formal con ella que culminó con su matrimonio el 21 de junio de 1956, obteniendo Eligio su naturalización como mexicano (Imagen 49).

Los nacimientos de sus hijos de este segundo matrimonio concurren en paralelo con esta expansión del poder político al interior del HCHKT. Eligio asistía a sus partos cuando podía. En uno de ellos, esperó la noticia mientras daba instrucciones cifradas en una bodega. Su presencia en la vida familiar era fragmentada, pero absoluta en intención: enviaba médicos, asignaba recursos, colocaba veladoras en el altar. A cada nuevo hijo le fue dejando no solo su nombre, sino también fragmentos de su historia, una promesa apenas dicha: no serían como él, pero sabrían de dónde venían. En el caso de los hombres les proporcionó los estudios que les abrirían las



Imagen 49. Constancia del acto de naturalización como mexicano de Eligio Ley Lim, por matrimonio con Francisca Teresa Chávez el 21 de junio de 1956.

Fuente: Copia solicitada a la Secretaría de Relaciones Exteriores el 8 de diciembre de 1975, con numeral: I/521.5(510/185444). Copia proporcionada por Gilda Elia Ley Chávez. Fotografía Raúl González Alpízar. ANHCHKT-Fotografías 2025.

puertas como “hombres de bien”, a las mujeres les dio educación básica o secretarial y esperó que tuvieran un buen matrimonio para que continuaran con su camino en el hogar y lo llenaran de nietos.³⁸ Francisca Teresa, por su parte, mantenía la casa en calma, con un respeto profundo hacia los silencios de su marido. Nunca preguntaba más de lo necesario, pero tampoco era ingenua. Sabía que la seguridad de su familia dependía de un equilibrio invisible, sostenido por hilos que no debían tocar. Aun así, en alguna ocasión, le dijo a Eligio en voz baja: “Solo te pido que no nos obligues a desaparecer contigo”. Él no respondió, pero esa noche dejó una pequeña figura de jade en el altar. Era su forma de prometer (Imagen 50).

A sus hijas mayores, las que trajo de su primera familia de La Quemada, Guillermina y Emma Ley Trigueros desde 1938, Eligio las incorporó a la dinámica de una familia extendida. Debían de estar al cuidado de sus hermanos menores y atender como meseras el restaurante, que para ese entonces ya se encontraba en la parte baja del edificio de Artículo 130, núm. 30, lugar en donde en su planta superior había instalado su casino (Imágenes 51 y 52).

Imagen 50.
Eligio y su esposa Teresa
Chávez caminando
por el centro de la
Ciudad de México
en los años cincuenta.
Fuente: Archivo
Familia Ley Chávez.
Fotografía: Raúl
González A. 2025.



Imagen 51. Edificio de Artículo 123 y Dolores, núm. 30. Calle en restauración, en contra esquina con el “Barrio chino”. En la primera planta se encontraba el restaurante y en la parte superior el Casino Chino, propiedad de Eligio Ley. 2023.
Fuente: Fotografía del autor.



Imagen 52. Portón de acero reforzado, empotrado en doble columna y que era el acceso al casino en la calle de Artículo 123 núm. 30. Lugar donde los hijos y nietos entrevistados entre 2024 y 2025, recordaban acudir y recoger a su abuelo, el cual no gustaba que permanecieran mucho tiempo en el lugar. A lo mucho que pasaran a la cocina para que el guisandero, Manuel Chong, les diera algunas galletas.
Fuente: Fotografía del autor.

Los nacimientos se sucedieron y pronto alcanzaron la cifra de 7 hijos dentro de este segundo matrimonio, y a ellos debía de incorporarse otros dos que fueron uno de Eligio (Silvia Ley) y otro de Francisca Teresa (Celia Chávez), fuera de esta relación, por lo que el linaje de Eligio creció hasta la cifra de 12 hijos, ello sin contar la aparente existencia de otros dos hijos de Eligio que tuvo con Guadalupe Ley, mientras vivió en Ímuris, pero de los que nada se sabe en la actualidad.

A los hijos varones les dejó el apellido, pero nunca los forzó a continuar con la logia. Una tarde, en el viejo local de Mina 138, uno de ellos le preguntó por qué nunca hablaba de China. Eligio respondió con una frase seca: “Para qué lo hago, si no puedo volver...” Aquellos hijos, criados en una mezcla de respeto y desconcierto, lo acompañaban en silencio. Sabían que su padre era más que un comerciante, pero no comprendían del todo su papel. Eligio se encargó de que tuvieran estudios, comida y dignidad. En sus casas nunca faltaban retratos de la madre, pero tampoco fotografías en blanco y negro de un hombre en traje oscuro, mirando de frente sin decir nada. Uno de ellos, años más tarde, describiría en una entrevista: “Papá

no hablaba de la logia, pero cada vez que me miraba, yo sabía que llevaba algo en el rostro que venía de otro continente” (Imágenes 53 y 54).



Imagen 53. Fotografía de la familia de Eligio. Se observa del lado derecho a las dos hijas mayores del primer matrimonio: Emma Guadalupe y Guillermina Ley Trigueros, incorporadas a la vida familiar de la familia Ley Chávez. S/F.
Fuente: Fotografía: Raúl González A. 2025.



Imagen 54. Familia Ley Chávez. Se encuentran cuatro de los hijos hombres de Eligio, con excepción de Luis Felipe, el cual falleció siendo un infante neonato. Y solo dos de las hijas, Silvia Teresa y Elia Gilda. En la parte central esta Francisca Teresa Chávez de Ley. En la imagen ya no se encuentran ni Guillermina ni Emma, pues ambas ya se habían casado y tenían vidas aparte. S/F.
Fuente: Fotografía: Raúl González A. 2025.

Si bien Guillermina y Emma Ley Trigueros habían contraído matrimonio y formado sus propios hogares, la relación con su padre, Eligio Ley Lim, no se vio interrumpida. Las responsabilidades que este asumió en la Ciudad de México, tanto en la administración de sus negocios como en su participación nacional dentro de la logia, implicaron una separación física que no derivó en un distanciamiento afectivo. Según los testimonios recabados, las hijas mantuvieron un contacto frecuente con él mediante visitas periódicas, apoyo en momentos clave y participación en eventos familiares, lo que permitió preservar una cercanía que trascendió la vida doméstica de cada una. Esta continuidad del vínculo se aprecia en la imagen adjunta, donde padre e hijas comparten un momento que confirma la persistencia de su relación (Imágenes 55 y 56).



Imagen 55. Emma Ley, Eligio Ley y Guillermina Ley.
Fuente: S/F. Archivo Mauricio Saraya Ley.

Imagen 56. Familia Ley Chávez y Ley Trigueros en 1950
Fuente: Archivo Mauricio Saraya Ley.



LA FORTALEZA FEMENINA, LAS INVISIBLES

El análisis de la migración china a México y la reconstrucción biográfica de ellos ha tendido a centrarse en los desplazamientos individuales, la inserción económica y las redes político-comunitarias. Sin embargo, en el caso de Eligio Ley Lim, la reconstrucción biográfica revela que las mujeres no ocuparon un lugar periférico. Su presencia, organizada en tres núcleos: madre, esposas e hijas, constituyó un sistema de soporte estructural que modeló su trayecto vital desde la salida de Hoisan hasta su muerte.

En términos antropológicos, se puede hablar de una red de reproducción social femenina que operó de forma no reconocida ni institucional, pero funcionalmente determinante. Esta red no solo garantizó la supervivencia física de los descendientes, sino también la transmisión de formas culturales adaptadas al contexto local. No es posible comprender la trayectoria de Eligio sin examinar los roles diferenciados que estas mujeres desempeñaron.

La madre de Eligio, como ocurre en muchas unidades familiares cantonés-hakkás, fue responsable de planificar la estrategia migratoria. Organizó su matrimonio precoz, articulado no desde lo afectivo, sino como mecanismo de aseguramiento del linaje. También formalizó su salida como enganchado al HCHKT. La frase que le transmitió y le tatuó como marca generacional, “todo se hace por la familia”, funcionó como principio ordenador de sus decisiones culturales. El mandato no fue simbólico, sino operativo: Eligio se guio por una lógica de cumplimiento antes que por relaciones electivas.

Las esposas ocuparon posiciones contrastantes. Lin Mei Hua, la primera, fue un referente normativo que desapareció tempranamente. Su función se extinguió con la distancia. Rosa Trigueros se constituyó en madre biológica de sus primeros hijos, pero fue desplazada del espacio urbano y del entorno cotidiano de crianza. Francisca Teresa Chávez, en cambio, participó activamente en la economía familiar y en la gestión del hogar multigeneracional, aunque no asumió el papel de madre formadora. Ninguna de estas figuras articuló simultáneamente lo biológico, lo emocional y lo cotidiano. La división funcional entre reproducción, cuidado y administración se mantuvo constante.

En ausencia de una figura materna presencial que reuniera esas dimensiones, las hijas, especialmente Guillermina y Emma, asumieron respon-

sabilidades que desbordaban el rol filial. Se encargaron de la crianza de medios hermanos menores, organizaron la vida doméstica y fungieron como mediadoras intergeneracionales. Esta delegación del cuidado desde madres hacia hijas formó parte de una economía doméstica de sustitución, documentada en contextos de migración prolongada o estructuras familiares no nucleares.

En términos de transmisión cultural, lo que se produjo no fue una herencia estable del repertorio simbólico chino, sino una adaptación fragmentada mediada por las mujeres. Eligio, habiendo emigrado a edad temprana, no fue transmisor consistente del idioma, ni de los rituales religiosos, ni de las formas comunales tradicionales. La cultura que predominó en sus descendientes fue modelada por sus esposas e hijas, así como el catolicismo, religión que abrazó Eligio al interior de sus núcleos familiares, en un sincretismo que mantuvo toda su vida en interacción con el entorno mexicano. Este proceso puede describirse con mayor precisión como mexicanidad con raíces chinas, más que como biculturalidad equilibrada.

El examen conjunto de estas figuras femeninas permite entender la migración no solo como movilidad masculina, sino como proceso de reorganización del género y del parentesco. Las mujeres en la vida de Eligio no fueron agentes pasivos ni figuras decorativas. Fueron parte de una arquitectura doméstica que operó al margen del reconocimiento documental, pero cuyo efecto estructuró la continuidad social de su descendencia y la integración adaptativa al contexto mexicano.

En las tradiciones familiares de origen cantonés, las familias extendidas tienen un lugar central: no sólo por la multiplicidad de generaciones que conviven bajo un mismo techo, de ahí la casa y el templo clánico, sino por la lógica que articula la continuidad de los nombres, la lealtad de los vínculos y la protección del linaje. Eligio, formado en esa matriz, la adaptó al contexto mexicano sin que por ello desaparecieran las tensiones. No rompió legalmente con Rosa, no la ocultó a Francisca. No negó a sus hijos mayores, ni suplantó a los nuevos. Simplemente los repartió en dos escenarios: el del campo y el de la ciudad y finalmente ambos coexistieron como forma migrante, en el mundo urbano, de organizar lo afectivo.

Lo que sigue no es una celebración de estas mujeres. Es un intento por reconstruir, desde la sobriedad y el archivo, sus vidas y sus ausencias. Porque sin ellas, Lin Mei, Rosa y sin Francisca Teresa, la historia de Eligio

es sólo la de un hombre que supo organizar el poder, pero no supo organizar su regreso.

A LIN MEI HUA (林美花):
LA ESPOSA QUE NO ABORDÓ EL BARCO

Eligio no partió solo. Antes de convertirse en migrante, ya era marido. En Hoisan, como parte de los protocolos familiares que regulaban el honor y la continuidad del linaje, su madre lo casó a los doce años con una joven del pueblo, Lin Mei Hua (林美花). Ella tenía apenas unos años más que él.

El matrimonio fue acordado, no elegido; ritualizado, no vivido. El propósito no era la convivencia, sino el cumplimiento: un hombre debía dejar la aldea con responsabilidades asumidas, con un hogar pendiente, con un lugar al que, al menos en teoría, regresar.

De Lin Mei Hua se sabe poco, casi nada. No dejó cartas, ni descendencia, ni testimonios. Su existencia sobrevive solo en una mención de Eligio, en su hoja de vida de la logia, muchas décadas después, cuando recuerda haber sido notificado de su muerte en una carta fechada en 1919. La peste se la llevó sin que él pudiera despedirse, sin que haya quedado registro alguno de duelo o remordimiento. Eligio no volvió a hablar de ella. Su nombre quedó como una línea breve entre su madre y el barco, entre el pasado que no se completó y el futuro que no tuvo espacio para la memoria.

Y, sin embargo, su figura importa, porque Lin Mei Hua representa a todas las mujeres que quedaron al margen del relato migrante. A las esposas que no abordaron el barco, a las que fueron designadas esposas, pero no compañeras, a las que quedaron insertas en un linaje que se rompió sin ruido. En su anonimato no hay olvido: hay estructura. Eligio, como muchos otros, salió al mundo con una deuda que nunca pensó pagar. Su esposa fue el ancla simbólica de una tradición que ya no volvería a pisar tierra firme.

Cuando en 1950 Eligio ordenó intervenir una fotografía para incluirse él mismo junto a su madre, su hermana y sus sobrinos, Lin Mei Hua ya no estaba en la imagen, ni siquiera en la ausencia. Había muerto hacía décadas, y sin embargo seguía allí; como símbolo del pasado que fue cortado, del deber cumplido sólo a medias, del vínculo que no fue destino. En la lógica patriarcal de la emigración china, muchas mujeres fueron sacrifica-

das para que los hombres pudieran partir. Ellas quedaron como guardianas de aldeas que se vaciaron, de casas que no se reconstruyeron.

Lin Mei Hua no fue borrada por Eligio; fue absorbida por la migración. En su muerte se encierra una constante en la vida de este hombre: las mujeres que lo acompañaron antes de ser “Eligio”, cuando aún era Lee Güinam, quedaron fuera del archivo, del relato y del retorno. Su historia inicia así, con un matrimonio que no llegó a ser vida. Y es desde ese punto de partida que deben leerse las relaciones posteriores.

ROSA TRIGUEROS FRAGOSO

Rosa Trigueros Fragoso nació el 1 de mayo de 1910 en La Quemada, Jalisco, una comunidad agrícola menor situada entre Magdalena y Hostotipaquillo.

Fue hija de Crescencio Trigueros y Silvestra Fragoso. La precariedad fue una constante desde su infancia: habitó una casa de adobe con mobiliario mínimo, compartía el trabajo doméstico con su hermana Tancha, y creció al amparo de saberes campesinos heredados por su abuela materna, quien ejercía la medicina tradicional con base en herbolaria.

Eligio Ley Lim la conoció hacia 1928, en un contexto aún rural y alejado de la vida urbana a la que más tarde se integraría. Rosa tenía entonces dieciocho años. La relación entre ambos fue establecida sin que existan registros civiles conocidos que la formalicen, pero fue reconocida por los descendientes directos como una unión legítima de hecho. La decisión de unirse no parece haber estado mediada por un proyecto común duradero, sino por las condiciones materiales y culturales de la época.

De esta unión nacieron tres hijos:

- Guillermina Ley Trigueros, en 1929. Falleció en 1975 en un accidente automovilístico.
- Emma Guadalupe Ley Trigueros, en 1931. Falleció en 2022.
- Fidel Ley Trigueros, en 1934. Murió en 1945, a los once años, por complicaciones cardíacas.

Los hijos crecieron en La Quemada bajo el cuidado exclusivo de Rosa hasta 1938, año en que Eligio los trasladó al Distrito Federal. Para entonces, la relación de pareja se había disuelto desde hacía al menos cinco años. Rosa permaneció en el pueblo. Según los testimonios familiares, Fidel fue probablemente concebido tras un reencuentro aislado posterior a la separación. Eligio mantuvo vínculos con sus hijas, pero no con Rosa, quien quedó al margen de las decisiones familiares, económicas y migratorias posteriores.

Rosa no desapareció del registro familiar. Aunque ajena a las estructuras del Hongmen o a los entornos organizacionales de Eligio, su imagen se conserva en fotografías familiares. Su presencia no fue simbólica: fue concreta, situada, persistente. Crio sola, subsistió del rancho y nunca abandonó La Quemada. Su longevidad, falleció en 2010, la convirtió en depositaria de una memoria que no siempre fue reconocida en los espacios donde Eligio reconfiguró su linaje.

La distancia de Eligio no implicó ruptura total con su descendencia, pero sí marcó una línea de exclusión respecto al proyecto de vida que más tarde construiría en la capital. Rosa se mantuvo como figura periférica, no por ausencia, sino por desplazamiento. Su historia nos recuerda que los procesos de movilidad masculina muchas veces se construyen sobre la inmovilidad forzada de las mujeres. La figura de Rosa exige ser situada no como un antecedente menor, sino como parte fundacional de la genealogía de Eligio: fue madre, fue origen y fue silencio.

FRANCISCA TERESA CHÁVEZ OLGUÍN

Eligio siempre pareció temerle al encierro conyugal, y sin embargo, con Francisca Teresa Chávez acabó por construir el único espacio al que llamó hogar. No fue la primera ni la única mujer en su vida, pero sí aquella con la que formó una familia amplia, con hijos que crecieron a su lado y con quien compartió los silencios de la vejez.

Eligio la conoció en 1939. Ella vivía cerca del café de chinos que él operaba en el Centro del Distrito Federal y era notablemente más joven. A pesar de la diferencia de edad, Eligio encontró en ella una compañera con la que pactó la vida familiar, hasta que el divorcio con Rosa se lo permitiera

de manera legal. Francisca Teresa había tenido una hija antes de conocerlo, Celia, a quien integró desde el inicio como parte de la familia extendida.

Eligio se casó con Francisca Teresa en 1956. A lo largo de esa relación, 1939-1985, nacieron ocho hijos:

- Teresa, quien creció en constante comparación con sus hermanas mayores.
- Eligio, el hijo varón más esperado por el padre, comprometido y estudioso. Médico de cabecera de Eligio.
- Luis Felipe, un niño precoz. Con una vida muy corta.
- Andrés, el niño que desde pequeño rechazó la escuela.
- Pepe, quien sufrió secuelas de un accidente automovilístico.
- Juan, el arquitecto.
- Elia Gilda, la menor....

Francisca Teresa se integró a una estructura familiar ya existente. Recibió a Emma y Guillermina, hijas del primer matrimonio de Eligio, así como a Silvia Elvira, hija no reconocida legalmente, pero sí incorporada como una más. Con Emma llegó a desarrollar una relación casi de hermanas. En la práctica, fue el centro doméstico de una constelación afectiva en la que coexistían descendientes de distintas madres, pero unificados bajo una sola figura paterna.

La relación con Francisca no estuvo exenta de conflictos. En el texto de Mauricio Saraya se menciona que cuando Guillermina, la hija mayor de Rosa, se casó, Francisca decidió no asistir. Se sintió desplazada, aunque había criado a todos como propios. Fue un gesto de dolor y orgullo contenido que reflejaba la tensión persistente entre las memorias de las mujeres anteriores y la legitimidad no siempre reconocida de la mujer más joven.

Francisca Teresa murió intempestivamente de un derrame cerebral mientras estaba en un Gimnasio Spa, no muy lejos de su hogar en 1985, anticipándose por 14 años a la muerte de Eligio. Su ausencia marcó al patriarca. Ya mayor y enfermo, Eligio llegó a asegurar que ella venía a buscarlo por las noches, que le hablaba desde la frontera entre el mundo visible y el otro. No lo decía con temor, sino con una resignación apacible: ella, según sus propias palabras, era quien vendría a guiarlo de regreso a casa.

Francisca administró con disciplina el ámbito económico. No fue figura afectiva para los mayores, pero sí fue responsable de una estructura

doméstica compleja. Coordinó hijos de distintas madres, sostuvo el negocio familiar, organizó las rutinas y mantuvo en pie el orden cotidiano; si nunca faltó dinero en el hogar no fue por la generosidad de Eligio, el cual, en palabras de sus hijas, siempre antepuso los intereses de la logia al de la colectividad familiar. La autoridad que ejerció como matriarca fue con la rutina, la contabilidad del restaurante y la operación diaria de un hogar plural. Las mujeres, en este caso las historias de Rosa Trigueros y Francisca Teresa Chávez en la migración, es un universo que todavía falta por desenterrar (Imágenes 58 y 59).



Imagen 58.
Francisca Teresa Chávez Olguín. 1984.
Fuente: Archivo Elia
Gilda Ley Chávez.
Fotografía Raúl González A. 2025.



Imagen 59.
Rosa Trigueros junto a su
hija Emma Ley Trigueros
Fuente: S/, Colección
Mauricio Saraya Ley.

Con la muerte de la tercera esposa de Eligio, daría inicio la última etapa de vida de Eligio, y el momento de hacer la suma de las pérdidas y ganancias de su vida darían inicio, desde su habitación en la Calle de la Soledad.

NOTAS

¹ АННСЧКТ Libro de actas, 1923.

² Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past: Power and the Production of History* (Boston: Beacon Press, 1995), 26.

³ АННСЧКТ Libro de actas, 1923.

⁴ “Historia de la Colonia Guerrero,” *ColoniaGuerrero.com.mx*, consultado el 25 de junio de 2025, <https://coloniaguerrero.com.mx/historia/historia-de-la-colonia-guerrero/>.

⁵ Casos como los de la Resp Log. Simb. Chee Kung Tong núm. 4, bajo la jurisdicción de la Gran logia “El Potosí”.

⁶ АННСЧКТ, Libro, acta y proclamación de las elecciones del Venerable Hermano Diácono (Copia en español), 1943.

⁷ АННСЧКТ, Libro de las elecciones del Venerable Hermano Diácono (Copia en español), 1943.

⁸ АННСЧКТ, Proclamación de las elecciones del Venerable Hermano Diácono (Copia en español), 1943.

⁹ Algunas logias ya se mantenían independientes a la autoridad del Hongmen y habían jurado obediencia a las Grandes Logias de los estados donde se encontraban instaladas, pero por ahora su unión a un frente antijaponés los mantenía coordinados.

¹⁰ АННСЧКТ. Acta de instalación de la sesión del 22 de junio de 1943. Libro 1.1943.

¹¹ АННСЧКТ. Palabras del Gran Maestro Antonio L. Cinco. 22/7/1943. Libro de actas, 1943.

¹² *Ídem*.

¹³ U.S. Central Intelligence Agency. Political Information: *Political Parties in the Hung Men Society*. Declassified intelligence report. Washington, D.C.: Central Intelligence Agency, ca. 1946. <https://www.cia.gov/readingroom/document/cia-rdp82-00457r000100370002-2>

¹⁴ U.S. Central Intelligence Agency, 2.

¹⁵ U.S. Central Intelligence Agency, 3-4.

¹⁶ U.S. Central Intelligence Agency, 5-6.

¹⁷ АННСЧКТ- Libro de registro de cuotas por Estados de la República mexicana, 1923-1927.

¹⁸ Ching-ching Ni, *Making Money Move: Chinese Remittances and the Overseas Banking Network, 1880-1949* (PhD diss., University of California, 2007).

¹⁹ La Dra. Greta Alvarado, localizo una de estas cartas de “alivio”, durante sus investigaciones en 2024, y de manera acertada infirió que se trataba de una carta falsa escrita desde el seno de la propia logia, por el contenido vago y sin más sentido que el de buscar que el migrante siguiera generando recursos para un destinatario inexistente en China.

²⁰ АННСЧКТ, Registros de ingresos, parcialmente revisados, 1923-1947.

²¹ Cauich Carrillo, *Hongmen: Chee Kung Tong*, 12-118.

²² Lai Sai Acón Chan, “Migraciones de chinos a Costa Rica y su consecuente proceso de asimilación desde 1855”, *Revista Estudios* 33 (2016): 706–724, <https://doi.org/10.15517/re.v0i33.27403>

²³ Entrevistas telefónicas Andrés Ley Chávez, 18 de julio 2024. Mauricio Saraya, noviembre 2024. Gilda Ley Chávez, octubre, 2024.

²⁴ El dueño de la fotografía tiene documentada la fotografía en 1943, pero la edad de Eligio Ley corresponde a la de imágenes tomadas en los años cincuenta, pero se respeta la fecha que el propietario señala.

Testimonios orales de la familia de Eligio Ley Lim refieren que mantuvo una aparente cercanía con Tomasa Valdés Ledezma, conocida como *Doña Tomasita*, madre del expresidente Miguel Alemán Valdés (1946-1952) y tía del entonces regente del Distrito Federal, Fernando Casas Alemán. Se recuerda que Eligio solía llevarle obsequios y cumplir encargos inusuales, como bolsas de arroz o sal, interpretados por algunos familiares como posibles códigos para la entrega de sobornos o beneficios a favor de la organización. Aunque tales prácticas no pueden corroborarse con documentación oficial, se enmarcan en un contexto histórico donde las redes de poder informal y la corrupción eran mecanismos habituales de negociación política en la Ciudad de México y del país en general.

²⁵ Soledad Loaeza, “La presidencia de Gustavo Díaz Ordaz y las insuficiencias de la presidencia autoritaria,” en *Los presidentes mexicanos. Transformaciones y permanencias*, coord. Will Fowler, Ciudad de México, El Colegio de México, 2024.

²⁶ María del Carmen Collado, “Guerra Fría y 1968: El estudio del movimiento estudiantil, una mirada desde las relaciones culturales,” *Secuencia* 99, 2017.

²⁷ Ricardo Pozas Horcasitas. “Elección presidencial y reproducción del régimen político en 1964.” *Secuencia* 74 (2009).

²⁸ Daniela Spenser. coord. *Especios de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*. México: CIESAS/SRE/Miguel Ángel Porrúa, 2004.

²⁹ National Security Archive. “U.S. Documents on Mexico and the Events of 1968,” Electronic Briefing Book No. 99 (2003).

³⁰ AGN. “Instrumentos de consulta del grupo documental DFS-DGIPS” (Gobierno de México, 2024).

³¹ RDDSG-DFS, 11-150-66 H-27, l-2, 17 enero 1966.

³² RDDSG-DFS, 11-150-65 H-7 L-2, 19 noviembre 1965.

³³ АННЧКТ, Libros de actas, 1948.

³⁴ Entrevista a Gilda Ley Chávez, 14 de junio de 2024.

³⁵ Clementina Lugo, entrevista realizada por Fredy Cauich Carrillo, calle de Dolores, alcaldía Cuauhtémoc, Ciudad de México, 3 de marzo de 2024. (Nadie de los miembros de la familia Ley, entrevistados pudo identificar a estos personajes.

³⁶ RDDSG-DFS, 11-150-65, (1964-1966).

³⁷ Cuadro desarrollado por el autor a partir de la síntesis del *Catálogo Comunista* de 1965 a 1971, relacionado con las actividades de Eligio Ley Lim.

³⁸ Entrevista a Alejandra Simón Ley, 6 de marzo de 2025.

Capítulo IV

SOLEDAD, LEGADO Y ARCHIVO: LA MEMORIA DE ELIGIO ENTRE SILENCIOS Y FRAGMENTOS (1972-1999)

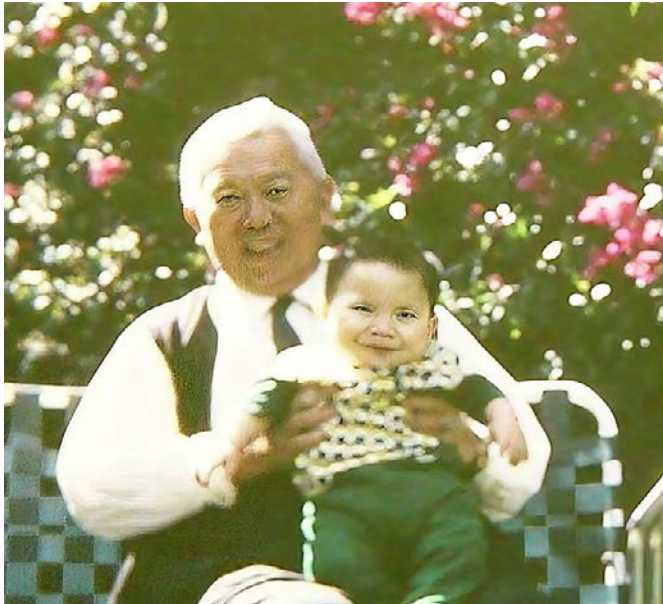
*“Do not go gentle into that good night.
Old age should burn and rave at close of day.
Rage, rage against the dying of the light.”*

Dylan Thomas, 1947¹

*“El exilio no es el lugar a donde uno va,
sino la distancia entre lo que se recuerda
y lo que ya no puede ser nombrado.”*

Edward Said²

EL PATRIARCA



Fuente: S/f. Archivo Ley Chávez. Fotografía Raúl González A. 2025.

“Buenos hijos a Dios y al mundo”

Eligio Ley Lim

EL RECONOCIMIENTO DE 72: LA CAÍDA DEL HONGMEN EN MÉXICO

El proceso de extinción del HCHKT en México debe de entenderse desde los contextos internacionales y locales; en el primero de ellos, el desgaste provocado por la tercera guerra Tong minó profundamente las afectividades de la comunidad china y mexicana de ascendencia china hacia los dos bandos enfrentados, pues se percibió un desencanto en esta comunidad que se había mantenido parcialmente unida a lo largo de los ocho años de la guerra sino-japonesa y la segunda Guerra Mundial (1937-1945), pero esa “armonía” había quedado atrás, y la victoria del 1° de octubre y el exilio nacionalista a Taiwán colocaron a los miembros del HCHKT en la posición de cobrar las viejas afrentas que les había infligido su fallida alianza con Sunt Yat-sen, por lo que el conflicto político RDCH vs RPCH se percibió como ajeno y lejos de los objetivos de la sociedad mutualista masónica. En el segundo caso hay una mayor simplicidad en su explicación: los miembros del HCHKT envejecían y su tradición de mantener a los miembros de la familia fuera de la logia cobro factura al perder la transición generacional; a esto debe de sumarse el reconocimiento de la República Popular China como la única y legítima representante de los intereses chinos en México el 14 de febrero de 1972.

Además, la política del Partido Comunista Chino en contra de las sociedades secretas no ayudó en nada a que los chinos de ultramar se sintieran atraídos a rituales semisecretos, pues durante la década de 1960, la RPCH consolidaba un modelo político que rechazaba la pluralidad de asociaciones autónomas. Las sociedades secretas, entre ellas la masonería y agrupaciones tradicionales como los como Hongmen, eran vistas como una amenaza a la autoridad central. La política del Partido Comunista buscaba erradicar toda organización que pudiera competir con el Estado en términos de lealtad, cohesión y capacidad de movilización.

Históricamente, el Hongmen había tenido un papel central en la resistencia antidinástica y en movimientos de apoyo a Sun Yat-sen, así como en

redes de migración hacia ultramar. Sin embargo, tras la fundación de la República Popular en 1949, el régimen las clasificó como “remanentes feudales” que podían alimentar la disidencia política. En ese sentido, la década de 1960 representó un momento clave en el endurecimiento del control estatal.

La Revolución Cultural (1966-1976) radicalizó la persecución. Cualquier vínculo con sociedades secretas fue denunciado como actividad contrarrevolucionaria.

En los discursos oficiales, la masonería y el Hongmen aparecían asociadas con la burguesía y con prácticas supersticiosas, incompatibles con el materialismo marxista. Este proceso se acompañó de la eliminación sistemática de templos, archivos y símbolos que pudieran remitir a dichas asociaciones.

El rechazo, sin embargo, no implicó su completa desaparición. En las comunidades chinas en ultramar, como las de México, las logias Hongmen continuaron activas, lo que llevó al Estado chino a mantener una relación ambivalente. Por un lado, las consideraba focos de identidad no controlada; por otro, podían ser instrumentos de influencia en la diáspora si lograban alinearse con la política exterior de Beijing. Esta tensión se reflejó en los informes de inteligencia, como los de la Dirección Federal de Seguridad mexicana entre 1965 y 1971, donde se señalaba la vigilancia a las actividades de estas logias y su aparente filiación con posturas procomunistas.

Así, la posición de China frente a las sociedades secretas en los años sesenta fue contradictoria: condenaba su existencia dentro del territorio nacional, al mismo tiempo que intentaba instrumentalizarlas en el extranjero. Esta paradoja ilustra cómo el Estado chino no podía tolerar rivales internos, pero sí reconocía el potencial de estas asociaciones como vehículos de legitimidad y propaganda en comunidades migrantes.

En 1967 la logia sufrió fragmentaciones, resultado de la tercera guerra Tong, además los jóvenes ya no querían hablar cantonés ni usar los nombres rituales, pues en muchos casos la trasmisión cultural se había interrumpido al adoptar nombres occidentales tanto para los hijos de los paisanos de primera generación como para descendencia y ascendencia, no olvidemos que Eligio nombró a sus padres como Andrés y María Ley, lo que impidió a los hijos reconstruir la historia de su linaje, al perderse los datos básicos.

Otros miembros recién ingresados cuestionaban la utilidad política y económica de la logia, pues esta red ya en nada ayudaban a sus actividades

profesionales, incluso como centro de transmisión de tradiciones la organización ya era cuestionable, pues del Hongmen ya no quedaba nada y se trabajaban rituales masónicos en las reuniones. La apuesta de Eligio por la permanencia de los códigos siguiendo los rituales masónicos del rito escocés antiguo y aceptado para permanecer con el reconocimiento de la Gran Logia Valle de México al final resultó en un desgaste para la estructura del HCHKT. Eligio no hizo reformas a su estructura mutualista; se continuaba apoyando a paisanos en situaciones de vejez, proporcionando refugio y alimento a los miembros que ya no podían depender de sí mismos, pero también este número disminuía y en la realidad sólo dejó que ciertas prácticas se extinguieran por su inoperancia. Su autoridad y el respeto al exterior de la logia seguían intactos, pero él sabía que el respeto no garantizaba la continuidad de la organización.

En 1969 se llevó a cabo una ceremonia de iniciación. Tres jóvenes descendientes fueron admitidos en la logia, incluyendo a sus hijos Andrés y Eligio Chávez Ley, en una sesión en donde solo prevaleció el idioma chino y los recién admitidos no entendieron casi nada. Eligio los observó con resignación. Sabía que no heredaban una estructura, sino una sombra de lo que alguna vez había sido la organización. Al finalizar, les habló brevemente, a los pocos meses ninguno de esos iniciados ya asistía a la logia y su desertión fue definitiva.³

En 1972 el gobierno mexicano reconoció oficialmente a la República Popular China. Los diarios lo celebraron como un paso hacia la modernidad diplomática, un ajuste tardío de cuentas con la realidad geopolítica. Pero en la sede del Chee Kung Tong en la colonia Guerrero, no hubo festejo. No se colgaron banderas, no se leyó ningún comunicado. Eligio observó la noticia desde la mesa de su comedor, entre una taza de té tibio y una libreta de nombres. No dijo nada. Para él, la victoria ya había ocurrido hacía décadas, cuando reorganizó la lealtad de la logia sin necesidad de discursos.

La logia, sin embargo, ya no era la misma. Lo que alguna vez fue una organización robusta, jerárquica, tejida por rituales y juramentos, se había vuelto una estructura fantasma. Los nuevos migrantes chinos que llegaban a México hablaban mandarín, no cantonés. Eran ingenieros, empresarios, estudiantes becados. Venían con maletas modernas y diplomas, no con cicatrices de campos de trabajo. No necesitaban rituales para afirmarse. Eligio

los miraba con una mezcla de extrañeza y distancia. Eran chinos, sí, pero no eran su comunidad.

La logia intentó adaptarse. Se propusieron reformas: eliminar el juramento Hongmen, traducir los rituales a la estructura masónica en español, abrir la membresía a los no chinos y sus descendientes. Eligio se negó. No por terquedad, sino porque comprendía que el HЧKKT no era una logia masónica, sin la preservación del Hongmen, era solo una asociación más. No dijo nada abiertamente. Simplemente no asistió a las reuniones donde se discutieron los posibles cambios a implementar.

Entre 1974 y 1979 varios de los antiguos miembros fallecieron. Algunos en hospitales, otros en la más absoluta soledad. Eligio asistía a sus funerales con puntualidad, vestido con el mismo traje negro que había usado durante años. En cada uno, se colocaba en la misma fila, pronunciaba las mismas palabras en cantonés y encendía el mismo incienso. Nadie más comprendía lo que decía. Los funerales se convirtieron en las últimas reuniones del Hongmen.⁴

Eligio comenzó a guardar cosas en una caja de metal, una daga ceremonial, un abanico con caracteres apagados, cartas de la logia de Hong Kong, una fotografía en sepia de su madre con su hermana y otros familiares. También colocó ahí la libreta donde había registrado los nombres de los iniciados, tachando aquellos que ya habían muerto. Nunca le dijo a nadie qué hacer con esa caja. Solo pidió que no la destruyeran. En su mente, esa caja no era un archivo: era el corazón sellado de una historia que nadie sabía leer.⁵

En 1982 se convocó a una última reunión. Llegaron cinco hombres. Todos mayores. Nadie habló de continuidad. Se sentaron en silencio, observaron la sala, encendieron un incienso. Uno de ellos propuso cerrar formalmente la logia. Otro se opuso, no por razones ideológicas, sino porque cerrar implicaba reconocer el fin. Eligio no asistió. Envío un sobre sellado con uno de los presentes. Dentro había una hoja en blanco. Esa noche, en su casa, Eligio abrió la caja de metal una vez más. Revisó los objetos como quien palpa un cuerpo dormido. Luego apagó la luz. La sombra del conejo seguía allí, en la pared, como si también esperara el final.

Para dimensionar el declive de la organización desde el 16 de enero de 1971 los registros del Archivo de la Dirección Federal de Seguridad consignaron la última asistencia de Eligio Ley Lim a una sesión del Hong-

men Chee Kung Tong. De acuerdo con el parte correspondiente, la reunión se limitó al tratamiento de asuntos estrictamente masónicos, sin que se abordaran temas políticos o relacionados con actividades de filiación comunista. Finalizada la sesión, Eligio fue recogido en el lugar por su esposa, Francisca Teresa Chávez. Este evento constituye la última referencia directa a su persona en los informes de la DFS, marcando el cierre de un periodo de seis años de seguimiento constante por parte de las instancias encargadas de la vigilancia anticomunista en México, evidenciando el declive del interés oficial hacia sus actividades públicas y privadas en el marco del control político de la época.⁶

EL PATRIARCA: DE VIAJES Y PÉRDIDAS (1972-1985)

El periodo comprendido entre 1972 y 1985 marcó un momento de consolidación en la vida de Eligio Ley Lim, ya no como dirigente visible del Hongmen Chee Kung Tong, sino como figura patriarcal cuya autoridad y presencia se extendía más allá de la logia, alcanzando de manera decisiva a su familia.

Fue un tiempo en el que su biografía se entrelazó con los grandes procesos históricos de la Guerra Fría, las relaciones entre México y la República Popular China y la vida cotidiana de una familia en constante transformación. Eligio ya no ocupaba un lugar en la primera línea pública, pero conservaba la gravitación de su palabra y de sus decisiones. Cada viaje y cada pérdida familiar durante este periodo se convirtieron en hitos que lo definieron ante sus descendientes.

En 1972, Eligio viajó a China con motivo del aniversario 31 de la instauración de la República Popular China. El viaje fue, en esencia, un cumplimiento de responsabilidades asumidas con lo realizado por la logia durante 23 años, el haber luchado por el reconocimiento de la RPCH. Los miembros del НСНКТ habían reunido recursos económicos para enviar obsequios a los paisanos en Hoisan y Eligio aceptó la tarea de adquirirlos y transportarlos. Para ello recurrió a la llamada “Tienda de la Amistad”⁷ en Hong Kong, un establecimiento destinado a abastecer de mercancías simbólicas a quienes deseaban fortalecer los lazos con la China continental. Eligio realizó esas compras como depositario de la confianza de los miembros

de la logia, no como representante diplomático, y esa distinción resulta fundamental para comprender la naturaleza de sus viajes. En ese viaje se entregaron bicicletas, máquinas de coser, ropa, los miembros de la comunidad de origen de Eligio recibieron en sus manos regalos que el Hongmen, en su agonía, entregó.

Sin embargo la década de 1970 planteaba dificultades añadidas. Estados Unidos había restringido el acceso a su territorio a individuos identificados con causas comunistas, y Eligio figuraba en esas listas, lo que le impidió obtener la visa correspondiente. Ante esa circunstancia, su ruta hacia Asia debía comenzar en Canadá, desde donde abordaba vuelos con destino a Hong Kong o Guangzhou. La imposibilidad de atravesar suelo estadounidense se convirtió en un signo de su época: su cercanía con el comunismo chino le abría puertas en Pekín, pero se las cerraba en Washington. Para su familia, estos viajes no eran percibidos como misiones de un militante, sino como momentos de ausencia y de expectativa. La rutina doméstica se alteraba en torno a la figura del padre que partía, y el regreso, siempre esperado, era acompañado de relatos de paisajes lejanos y de objetos que reforzaban la conexión con una tierra ancestral a la que sus descendientes ya no podían acceder de forma directa.

Eligio repitió estos viajes en 1973 y 1975 (Imagen 60). Cada uno implicaba el mismo proceso: la recolección de dinero, la compra de obsequios y la entrega en la aldea de origen. La práctica no estaba exenta de tensiones, pues la memoria oral recuerda discusiones en torno a la pertinencia de los regalos y al modo en que debían distribuirse. Sin embargo, más allá de los detalles logísticos, lo esencial radicaba en que cada viaje se convertía en un acto de continuidad. Eligio sostenía con su presencia la vinculación entre la comunidad china en México y las familias en Taishan. Los viajes eran también una forma de reforzar su autoridad ante sus descendientes, quienes percibían en él no solo al padre y al abuelo, sino al hombre que mantenía una relación con la tierra de origen, relación que para los demás se había convertido en una memoria distante.⁸

Si los viajes de esos años lo reafirmaron como depositario de confianza, las pérdidas que siguieron lo confrontaron con su vulnerabilidad como padre y esposo. En 1975, su primogénita Guillermina Ley murió en un accidente carretero. La noticia sacudió profundamente a la familia. Ella había sido una presencia central en la familia, y su ausencia dejó una herida



Imagen 60. Viaje a china de 1975
Lo acompañan Emma Ley Trigueros a su izquierda y Francisca Teresa Chávez.
Fuente: Archivo Mauricio Saraya Ley.

que se extendió a los hijos y nietos. Eligio, acostumbrado a ejercer control y a sostener la vida comunitaria, enfrentó una pérdida que lo desbordaba. El velorio de Guillermina se realizó en la agencia Gayosso de Sullivan, lugar que se convertiría en escenario recurrente para la familia Ley. Allí se reunieron parientes, amigos y miembros de la comunidad china, todos testigos de la fragilidad que también alcanzaba al patriarca, el cual en algún momento pidió absoluta privacidad con el ataúd de su hija, dicen que fueron tantas sus lágrimas que lo vaciaron y que al abrir nuevamente la sala a los demás miembros de la familia solo se observó a un hombre sereno, pero hueco, tanto, que se podía observar el abismo de todos los tiempos. Años después, en 1985, la muerte de su esposa Francisca Teresa significó otro golpe irreparable. El 16 de marzo, después de realizar ejercicio falleció de manera súbita por un derrame cerebral. Fue velada en el mismo espacio de Gayosso Sullivan y acompañada por una multitud de dolientes. Eligio, que ya acumulaba enfermedades crónicas y un deterioro físico notable, experimentó esa pérdida como el derrumbe de una parte esencial de su vida cotidiana. La unión con Francisca había significado la organización económica del hogar y la consolidación de un espacio familiar donde convergían

hijas, hijos y nietos. Con su muerte, ese equilibrio se quebró definitivamente. Estos episodios no deben interpretarse únicamente como tragedias privadas. Cada velorio, cada ceremonia, cada traslado al Panteón de Dolores tuvo también una dimensión pública. Ese camino entre los pasillos del panteón de Dolores ya lo había recorrido con anterioridad cuando enterró a su primer hijo varón en 1945, o a su hija Celia, la cual falleció en la labor de parto de su primera y única hija en 1957, la muerte ya era una vieja conocida. La comunidad china de la Ciudad de México, vestida de negro, acompañó al patriarca en el duelo, y en cada uno de esos actos se hicieron presentes tanto los ritos católicos como las ceremonias chinas, con la colocación de círculos de flores blancas junto al ataúd, parte de rituales QinMing.⁹ Esa doble ritualidad revelaba la síntesis que Eligio había forjado a lo largo de su vida: la mexicanidad transmitida por las mujeres de su familia y la identidad china asumida a través del Hongmen. En su cripta familiar en el Panteón de Dolores, donde reposaba ya la imagen de la Virgen de Guadalupe, se colocó también la fotografía de Francisca Teresa. El espacio funerario se convirtió en símbolo de la intersección entre dos mundos y la manera que la familia Ley condensaba, en la muerte, las identidades múltiples que la habían acompañado en vida.

El periodo 1972-1985 muestra a un Eligio distinto del joven inmigrante que llegó en 1915 o del dirigente que ascendió a la jefatura del *НЧККТ* en 1943. Aquí aparece un hombre que cumplía con obligaciones comunitarias sin pretender que fueran actos políticos, que viajaba, ya no como emisario, sino como padre que cargaba con la confianza de su grupo, y que enfrentaba pérdidas familiares que lo desgastaron en lo íntimo. La memoria de sus descendientes conserva imágenes contradictorias: por un lado, el padre fuerte que viajaba a China con regalos y regresaba con relatos de la aldea; por otro, el anciano quebrantado por la muerte de su hija y de su esposa. Ambos rostros forman parte de la misma figura patriarcal que dominó la vida de la familia Ley durante décadas.

Con la muerte de Francisca Teresa en 1985, Eligio entró en una etapa final de soledad y fragilidad. La figura del patriarca permanecía, pero la red de afectos que lo sostenía se había visto severamente dañada. Los viajes cesaron y su mundo se redujo a la casa y a la memoria. Sin embargo, en la memoria oral de su descendencia estos años no se narran como una decadencia, sino como la última fase de una vida marcada por la mezcla de obliga-

ciones comunitarias y vínculos familiares, donde cada viaje y cada pérdida consolidaron el perfil de un hombre que, sin ser funcionario ni diplomático, fue puente entre dos mundos y sostén de una comunidad.

LA FOTOGRAFÍA INTERVENIDA: DESEO DE REGRESO, IMPOSIBILIDAD DEL RETORNO

El 8 de abril de 1999 Eligio despertó como otro día más, igual a los anteriores, inmóvil, atado a su cama por el peso de las épocas vividas y el aliento entrecortado por la enfermedad; el sonido agudo de su respiración rompía el silencio de la habitación. El aire olía a recuerdos y nostalgia. Con el cuerpo debilitado por la *Enfermedad Pulmonar Obstructiva Crónica* (EPOC) que padecía,¹⁰ observaba el techo de la casa con la sensación de que su vida lo había llevado a su propia calle de la Soledad. El tiempo había cobrado su cuota, una eternidad de fumador activo y pasivo, desde los años en Ímu-ris, Sonora hasta los días que atendió su casino en la calle de Artículo 123, en el Distrito Federal, ahora lo volvían a llenar de humo a su derredor y de vacío en sus pulmones.

Resulta muy significativo que a medida que la muerte se aproxima, la memoria no se apaga: se enciende. Investigaciones sobre experiencias cercanas a la muerte revelan que quienes rozan lo irreversible, rememoran sus vidas con una nitidez sensorial y emocional incluso mayor que en eventos vitales normales.¹¹ Análisis con electroencefalografía muestran actividad en bandas theta, gamma y delta, marcadores asociados tanto a estados de trance como a estímulos intensos, durante el “flash” de recuerdos que precede al final.¹² Aun los pacientes con deterioro severo recuperan lucidez y remembranzas fascinantes en las horas previas a morir, en un fenómeno denominado *lucides terminal*, un breve resplandor que desafía la entropía del olvido.¹³ Para Eligio, esas horas fueron un retorno brutal de cada rostro, cada olor, cada carga emocional que había tratado de enterrar.

Sobre su mesa de noche, a un lado de su cama, estaba una fotografía en sepia que contaba una mentira cuidadosamente construida: su madre, su hermana, algunos sobrinos... y él. No estaba ahí cuando la imagen fue capturada, pero su presencia, recortada y pegada años después, gracias al rudimentario fotomontaje, ocupaba con solemnidad el lado izquierdo. Era

su forma de decir que nunca se fue, aunque nunca pudo volver del todo al clan familiar en Hoi-san. El miraba la imagen entre la neblina de sus ojos cansados. (Imagen 61).



Imagen 61. Fotografía de la familia de Eligio en Hoisan, China. Se puede observar a Eligio en un fotomontaje el tercero de Izquierda a derecha.

Fuente: Obtenida en su viaje de 1947. Fotografía: Archivo Familia de Eligio Ley Lim. Fotografía Raúl González A. (2024)

Su hija Emma entro en la habitación para ayudarlo a incorporarse y poder tomar algo de desayuno, interrumpiendo sus recuerdos. Él no dejaba de ver el retrato.

—Papito, ¿Cómo estás? —Preguntó ella.—.

—Bien hija, bien, tu desayuna, yo estoy bien, pero ya me quiero ir a casa, dijo con una voz cansada y apenas audible.

—¿De qué hablas papi? Estás en casa, con nosotros.

—No, no, hija, yo no estoy en casa, me quiero ir a casa... Eligio no dejaba de ver la fotografía.

—Emma salió de la habitación, sabía que su padre ya estaba muy enfermo.

Él, en soledad, se repitió una y otra vez: —¡ya me quiero ir a casa!—... continuaba viendo la imagen.

Suspiró, la melancolía se mezclaba con la certeza de que, aunque su vida había transcurrido en México, tal vez su espíritu jamás dejó China, o eso es lo que algunos de sus descendientes han querido seguir creyendo. Eligio había sido un hombre fuerte como un roble y de poder, poder que había existido en la medida en que servía a otros más poderosos. Esto era una regla que repitió en muchas ocasiones: “Para mandar debes de ser el primero entre tus iguales y aprender cuando obedecer sin preguntar” repitió en sesiones de la logia. Tal vez hablaba de su aldea en Hoisan, pero también, dadas sus convicciones religiosas, católico-guadalupano, con el sincretismo daoísta de levantar altares a los ancestros, era otra manera de afirmar que ya era tiempo, que ese cuerpo debía de soltarlo, tal vez era el tiempo de regresar a casa.

El humo de un cigarro anhelado flotaba en el aire. Lee Güi-nam. Recordaba. Cada bocanada de aire era una lucha, como si su cuerpo intentara expulsar lo que su mente no quería recordar. Eligio cerró los ojos. En la penumbra de su habitación el pasado volvía con la nitidez de una cicatriz aún abierta. Eligio se permitió un último viaje a su propia historia. —Su hijo el Dr. Eligio Ley Chávez, le había diagnosticado neumonía, lo cual agravaba su condición con un pronóstico tan sombrío, como sus recuerdos—. Afuera la ciudad seguía su curso indiferente. Un estudiante de maestría en historia culminaba su trimestre escolar y continuaba con la lucha por encontrar información sobre el НСНКТ. Adentro del cuarto, la sombra de un conejo, reflejada por la cortina entreabierta, parecía moverse en la pared. Eligio apenas sonrió. Recordaba esa figura: la hacía con las manos para sus nietos más pequeños; para él siempre había sido otra cosa, tal vez un espejo.

Sabía que el final estaba cerca. A su edad, cada día era un eco, el regreso involuntario a las memorias que durante décadas había tratado de enterrar, pero que un necio aprendiz de historiador le había traído de regreso dos años atrás. Se aferraba a su silencio, pero la mente suele jugar bromas muy pesadas, como lo es el recuerdo.

LA VOZ DE LAS HIJAS: GILDA, TERESA, GUILLERMINA, EMMA

La historia de las hijas de Eligio Ley Lim constituye una ventana hacia las contradicciones de un patriarcado familiar que convivía con la moderni-

zación educativa de México en el periodo de 1945 a 1972. En este lapso, Guillermina, Emma, Gilda y Teresa crecieron bajo una lógica de género en la que las oportunidades educativas y sociales se distribuyeron de forma desigual entre hermanos y hermanas. A diferencia de los varones que accedieron a estudios superiores e incluso a posgrados las mujeres recibieron educación básica y, en algunos casos, formación secretarial. El horizonte que se les ofrecía no era la autonomía, sino el matrimonio como destino socialmente valorado.

El patrón seguido en la familia Ley Lim reproducía una práctica extendida en amplios sectores de la sociedad mexicana: privilegiar a los hijos varones en la inversión educativa, al menos dos de ellos alcanzaron los grados doctorales en sus profesiones. Estudios recientes han mostrado que, incluso a mediados del siglo xx, la brecha de género en escolaridad era notable y se consolidaba en las etapas de secundaria y bachillerato, donde las mujeres eran orientadas hacia oficios administrativos o domésticos.¹⁴ En este sentido, el caso de Guillermina y Emma, a quienes se les permitió únicamente la primaria y posteriormente una formación secretarial, no fue excepcional sino representativo de un sistema patriarcal en el que la educación femenina se concebía como preparatoria para “buenos matrimonios”.

Eligio Ley Lim, chino o mexicano por matrimonio desde 1956, encarnaba esta contradicción. Mientras impulsaba negocios, alianzas y la movilidad social de sus hijos e incluso de sus nietos como el caso de Marco Simón Ley, al cual alentó a establecerse como cocinero de comida china, no replicó ese impulso en sus hijas. Sin embargo, este hecho debe comprenderse dentro del marco cultural de la época: el machismo estructural que atravesaba tanto a familias chinas como mexicanas, así como las limitaciones sociales para la inclusión femenina en la educación superior antes de la década de 1970,¹⁵ pero ello no debe de justificar que ese modelo, de manera posible se extendió a los hijos varones de Eligio y a los hijos de ellos.

El periodo en que crecieron estas mujeres coincidió con transformaciones en el sistema educativo nacional. Durante los sexenios de Miguel Alemán y Adolfo López Mateos se impulsó la expansión de la educación secundaria y se abrió lentamente la puerta a las mujeres en la universidad. Sin embargo, la presencia femenina en carreras profesionales seguía siendo minoritaria. En 1960 apenas el 17% de la matrícula universitaria corres-

pondía a mujeres. A pesar de que las políticas estatales apuntaban a ampliar la cobertura, las prácticas domésticas de familias de clase media consolidaban todavía horizontes diferenciados para hijos e hijas.

Así, mientras algunos de los hijos varones de Eligio accedieron a educación técnica y universitaria, las mujeres permanecieron insertas en un círculo doméstico que reforzaba su papel de transmisoras pasivas culturales y reproductoras de la mexicanidad y de la idealización de la figura patriarcal. Esta paradoja se agudiza si consideramos que la familia Ley Lim, económicamente estable y con conexiones internacionales, tuvo la posibilidad de ampliar los horizontes de sus hijas, pero eligió restringirlos.¹⁶

La desigualdad educativa no significó pasividad. Guillermina, Emma, Gilda y Teresa fueron fundamentales en sostener la vida cotidiana de la familia. Su papel consistió en organizar el hogar, transmitir códigos de valores, las prácticas religiosas católicas y una noción de mexicanidad que equilibraba el peso cultural chino transmitido por Eligio. En la práctica, estas hijas se convirtieron en el eje de la reproducción cultural doméstica, sin que ello se tradujera en reconocimiento público.

El contraste entre la exclusión de la educación superior y la centralidad en la transmisión cultural muestra una paradoja: al negarles estudios avanzados, se reforzaba su dependencia, pero al mismo tiempo se les entregaba la tarea de resguardar la memoria familiar. Como señalan estudios recientes sobre género y educación en México, la invisibilidad del trabajo cultural femenino ha sido clave en sostener identidades colectivas en contextos migrantes.¹⁷

La historia de las hijas de Eligio no puede leerse únicamente como un reflejo del machismo familiar, sino como la expresión de un orden social más amplio. Entre 1945 y 1972, las mujeres mexicanas enfrentaban restricciones estructurales que limitaban sus trayectorias. En este contexto, Guillermina, Emma, Gilda y Teresa encarnaron la tensión entre subordinación patriarcal y agencia cultural. Su voz, recuperada en testimonios, revela las huellas de una infancia y juventud atravesadas por desigualdades, pero también la fuerza silenciosa de quienes sostuvieron la identidad doméstica de una familia marcada por la migración y la diferencia cultural (Imagen 62).



Imagen 62. Eligio Ley Lim, caminando en la zona centro del Distrito Federal, junto con su hija Emma Ley Trigueros aproximadamente en los años 50. Fuente: Archivo Mauricio Saraya Ley.

DE HIJOS, NIETOS BISNIETA: EL ARCHIVO REVIVIDO



Imagen 63. Familia Ley Chávez. El legado extendido de Eligio Ley Lim. La tercera persona de pie, con bastón, de Izquierda a derecha es Teresa y la sexta es Elia Gilda Ley Chávez, y atrás de ella Andrés Ley Chávez.

Fuente: Archivo familia Ley Chávez.

El alejamiento de Eligio Ley Lim respecto a la comunidad china organizada en México no implicó la marginación o estancamiento de su familia. Por el contrario, su decisión de mantener a hijos, nietos y bisnietos fuera de la red del HCHKT y de las asociaciones vinculadas al Guomindang abrió un cauce distinto de integración en la sociedad mexicana. Esta decisión, que en apariencia representaba una ruptura con las solidaridades tradicionales, terminó potenciando un desarrollo intergeneracional que trascendió los límites impuestos por la pertenencia a la comunidad sino-mexicana formalmente organizada. En este contexto, pensar que los hijos de Eligio fueron “chinos-mexicanos”, los que aún viven y que pudieron ser entrevistados, no se identifican en ese prisma. Eligio, que llegó al país siendo un niño y cuya experiencia de la cultura china fue fragmentaria, transmitió solo pinceladas de esa herencia: el idioma no fue dominante, los rituales taishanés no se mantuvieron y las estructuras comunitarias solo eran visibles en los márgenes del hogar. La verdadera matriz cultural fue otra: una mexicanidad estructurada desde las mujeres, desde la comida que se servía, los hábitos cotidianos, los silencios de crianza y las formas de resistencia en contra de una discriminación que percibieron tanto de chinos y de mexicanos. No se trató de una fusión balanceada entre culturas, sino de una apropiación selectiva, donde lo chino fue marca simbólica y lo mexicano fue tejido vivencial.

Por eso debemos hablar de una mexicanidad china: una experiencia cultural y afectiva donde la raíz migrante fue absorbida por el peso de lo doméstico, lo femenino y lo nacional. Las mujeres, aún sin poder, sin diplomas ni reconocimientos, transmitieron la cultura que Eligio nunca logró enseñar. Esta no es una crítica a Eligio, sino una constatación de estructura. Como muchos hombres de su tiempo, su proyecto migrante fue económico, político, masculino. No formó, no crió. Lo hicieron las mujeres y entre ellas, una hija a la que no se le pidió permiso para convertirse en madre.

El contexto de este distanciamiento debe entenderse a partir de la trayectoria de Eligio. Su ingreso y su ascenso a la jefatura del Hongmen Chee Kung Tong lo situaron en el centro de las disputas políticas de la colectividad; la lealtad a banderas comunistas o nacionalistas generaba tensiones que se trasladaban al ámbito familiar. Eligio optó por separar la esfera política de la doméstica, evitando que su descendencia quedara atrapada en las rivalidades internas. Este aislamiento no fue un gesto de indiferencia,

sino una estrategia deliberada para mantener a la familia en una posición relativamente neutral frente a los conflictos de la comunidad. Esa separación significó que su apellido no figurara en los espacios de representación formal de los descendientes chinos, donde otros linajes consolidaban su visibilidad y prestigio.

La consecuencia inmediata fue que los hijos de Eligio no se formaron bajo la presión de perpetuar la identidad china en un sentido institucional o comunitario. En cambio, fueron moldeados por la dinámica de la sociedad mexicana, con sus expectativas de movilidad social y profesional. La primera generación de descendientes varones se integró a carreras prácticas y de prestigio: médicos, ingenieros y administradores. Esta elección reflejaba la aspiración de consolidar posiciones de clase media y media alta en un país donde el acceso a la educación superior empezaba a convertirse en un marcador de distinción. Para las mujeres, en cambio, persistió el arquetipo de la maternidad como función central. Las hijas de Eligio fueron concebidas dentro del rol de madres de familia, garantes de la reproducción cultural de la mexicanidad y de la estabilidad doméstica. Si bien esta división se inscribía en las estructuras de género dominantes, debe destacarse que incluso en esta primera etapa las hijas no estuvieron relegadas al anonimato ni a la dependencia absoluta. Algunas participaron en el restaurante familiar o en labores administrativas menores, aunque sin romper el modelo tradicional.

En la segunda generación, correspondiente a los nietos de Eligio, se produjo una ampliación de horizontes. La inserción educativa de mujeres en universidades mexicanas fue paulatina, pero en esta familia marcó un giro significativo. Si bien los hombres continuaron ocupando profesiones vinculadas con medicina, ingeniería o derecho y otros como Marco Simón Ley se incorporó al mundo de los restaurantes de comida china, varias mujeres se abrieron paso en campos antes negados, ingresando en carreras universitarias y comenzando a ocupar espacios en la vida pública. Esta transición respondió no solo a cambios internos de la familia, sino a un contexto nacional en el que la ampliación de matrícula en universidades públicas y privadas permitió un acceso sin precedentes de mujeres a la educación superior. El alejamiento de la comunidad china institucionalizada resultó aquí un factor liberador: al no estar sujetas a las expectativas de matrimonios arreglados o a la reproducción de jerarquías internas, las nietas de

Eligio pudieron insertarse en la sociedad mexicana sin condicionamientos de origen comunitario.

La tercera generación, integrada por bisnietos y sobrinos-nietos, consolidó la ruptura de los arquetipos. En esta etapa, las profesiones ya no siguieron las divisiones de género tradicionales. Médicas, abogadas, arquitectas, investigadoras y artistas emergieron entre las descendientes, al mismo tiempo que los hombres se diversificaban hacia campos como la gestión cultural, las ciencias sociales o las artes. La dinámica familiar mostró que, pese a la ausencia de un referente comunitario chino organizado, la familia había logrado construir un capital simbólico propio, basado en la educación, la movilidad y el reconocimiento profesional. En este sentido, el aislamiento inicial operó como un catalizador para que las nuevas generaciones se vincularan de manera plena con la sociedad mexicana, al tiempo que reconfiguraban sus propias identidades.

El contraste entre el alejamiento y el desarrollo alcanzado obliga a plantear una paradoja: lo que en el corto plazo parecía una renuncia al capital social ofrecido por el HCHKT o por el Guomindang, en el largo plazo se convirtió en una ventaja estratégica. Mientras otras familias quedaron atrapadas en las disputas internas de las asociaciones, cargando con divisiones políticas y fragmentaciones identitarias, la familia de Eligio se proyectó hacia un horizonte nacional sin restricciones comunitarias. La exclusión voluntaria permitió que sus descendientes no fueran definidos por su pertenencia étnica, sino por sus logros profesionales y sociales.

Este caso evidencia cómo la historia de una familia puede iluminar procesos más amplios de integración y movilidad. Eligio no transmitió una identidad china estructurada, sino una mexicanidad marcada por la disciplina del trabajo y la búsqueda de reconocimiento social. Lo que sus descendientes heredaron no fue un lugar en la jerarquía del Hongmen ni del la comunidad china en México, sino un legado de resiliencia y capacidad de adaptación que se tradujo en trayectorias individuales y colectivas exitosas. En los nietos y bisnietos, la ruptura de los arquetipos de género terminó de consolidar una transformación que ya no se mide en términos de pertenencia a una comunidad étnica, sino en la plena inserción en el tejido social y profesional de México.

Así, el distanciamiento de Eligio respecto a las comunidades “chinas” organizadas no significó el aislamiento de su familia. Por el contrario, abrió

la posibilidad de un desarrollo intergeneracional autónomo que culminó en una integración plena y diversa en la sociedad mexicana. Este desenlace revela que la historia de las comunidades ultramarinas no puede reducirse al marco de las asociaciones, sino que debe incluir también a quienes, como Eligio y su descendencia, trazaron caminos alternativos de pertenencia y movilidad social.

Los nietos y sus hijos crecieron con otra identidad aspiracional y resulta interesante que ellos buscan sus raíces, más como una anécdota que como un sentimiento perdido de pertenencia. Hay un caso que llama la atención y es el de la bisnieta Robby Ley, la cual guarda recuerdos por afectividad de su abuela Teresa Ley, ella conserva el tarareo de una canción que Eligio les cantaba por las noches a sus hijas antes de dormir: *“El gran cuchillo apunta a las cabezas de los demonios japoneses. . .”*¹⁸ decía la primera línea. La marcha, escrita por Mai Xin, durante la Guerra Chino-Japonesa, no era ya propaganda: era himno, era seña de identidad. Eligio comprendió que esa canción era el retrato sonoro de lo que él también había sido: un hombre al que se le había arrancado el país, al que solo le quedaba resistir desde donde fuera.

No se sabe si la cantaba con frecuencia. No se sabe si lo hacía en voz alta o solo en su cabeza. Pero sus hijas, sus nietas, recuerdan con precisión que la cantaba en casa. No era un canto de cuna, tampoco una oración. Era una escena.

Eligio de pie, con una taza de café en la mano o un cigarro encendido, repitiendo una melodía incomprensible para todos. Al llegar al final, alzaba la voz y decía: “¡Sha!” con la misma firmeza con que se corta una cuerda. Su gesto no era violento, era teatral. Como si evocara una escena lejana que no deseaba explicar. Como si su pasado necesitara un último corte.

Décadas después, en una mesa redonda que armamos entre fotografías y silencio, Robby, Gilda y Alejandra reconstruyeron esa escena con una precisión que solo da el afecto, pero con los límites de la memoria. Ninguna conocía la letra completa, pero las tres coincidían en las frases sueltas, en los gestos, en la inflexión de voz. No era un recuerdo compartido. Era una memoria común.

—Papá decía que los campos de China estaban sembrados con sangre japonesa —murmuró Gilda, con una mezcla de orgullo y desconcierto.

—Y que había que cortarles la cabeza —añadió Robby, sin suavizar la frase.

—Y al final... siempre decía “Sha”, así, con fuerza —dijo Alejandra—. Como si estuviera ahí.

Nos miramos en silencio. En ese momento supe que no me estaban contando una anécdota. Estaban cantando conmigo, con memoria.

Eligio no les explicó nunca el significado de esa marcha. Tal vez no podía. Tal vez no quería. Pero esa canción, cantada en otro idioma, en otra casa, en otro tiempo, había sobrevivido. Y lo había hecho gracias a ellas. A su escucha. A su recuerdo. A su voz.

MORIR SIN CONFESIÓN: ELIGIO ANTE SÍ MISMO

La madrugada del 9 de abril de 1999, fue el último capítulo de la vida de Eligio Ley Lim. Una que durante más de siete décadas fue referente para la comunidad china en México. Su última página no podía estar ausente de las características narrativas que lo rodearon durante toda su existencia, y ello fue, probablemente, su mayor triunfo: las contradicciones y las narrativas múltiples.

Las versiones sobre el momento y características de su defunción difieren: algunos testimonios mencionan que falleció súbitamente en la madrugada del 9 de abril, mientras que otros afirman, basados en los padecimientos crónicos que lo aquejaban, que se trató de una agonía prolongada producto del enfisema pulmonar, la neumonía, la hipertensión, la diabetes y diversos problemas cardíacos que lo acompañaron en sus últimos años. Esta divergencia entre la muerte repentina y la lenta agonía refleja no solo las dificultades propias de reconstruir un acontecimiento íntimo desde la historia oral, sino también el carácter contradictorio de las memorias familiares que acompañaron a la figura de Eligio. En el primer caso la narración de una muerte casi inesperada se transmitió a la familia Saraya Ley, mientras que la segunda está respaldada por el acta de defunción que emitió el Dr. Eligio Ley Chávez.

El relato de Marco Simón Ley es ilustrativo. Él recuerda que aquella madrugada el grito de su abuelo, clamando por su hija, rompió el silencio de la casa. Teresa, acudió rápidamente a la habitación y encontró a su padre quejándose y falleciendo de manera casi inmediata. En un intento rudimentario por constatar signos vitales, le colocaron un espejo frente a su boca

para verificar la respiración.¹⁹ La confirmación de la muerte quedó en suspenso hasta la llegada del médico de la familia, Eligio Ley Chávez, hijo del difunto, quien expidió el acta de defunción, mientras tanto se comunicaron con sus hijas Emma y Gilda, las cuales se apresuraron a llegar a la calle de la Soledad, y con los demás miembros de la familia para iniciar con los trámites funerarios.

Esta es una historia simple, pero niega el hecho de que a los 96 años Eligio ya era un hombre con enfermedades propias de la edad, e incluso un problema cardíaco acontecido durante una de sus visitas a su hijo José Ley en los Estados Unidos, habían obligado a que Eligio fuera colocado bajo el cuidado de sus hijas. Se trata de una historia simple pero cargada de simbolismo que de manera aparente muestra memoria selectiva ante el deceso del patriarca y muestra cómo la autoridad de Eligio se mantuvo incluso en el momento de su muerte: fue un hijo varón y médico quien certificó oficialmente la partida, mientras que las mujeres y nietos solo pudieron constatar la ausencia de aire con recursos domésticos.²⁰

La noticia se difundió rápidamente entre los familiares. Emma, otra de sus hijas, recibió la llamada telefónica en su casa. Según su testimonio, no lo creía, pues afirmaba haber visto a su padre un día antes. Este detalle, sin embargo, puede interpretarse como un recuerdo falseado por la fuerza de la figura paterna, cuya presencia se mantenía más allá de lo físico en la memoria de las hijas. La incredulidad de Emma, aun frente a la evidencia, revela cómo la figura de Eligio había moldeado las percepciones de su familia, especialmente de las mujeres, sujetas a su autoridad incluso después de su partida.

El velorio se llevó a cabo en la agencia funeraria Gayosso de la sucursal Sullivan, en la Ciudad de México, un espacio de prestigio que reflejaba la posición social alcanzada por Eligio y su familia. Asistieron numerosos integrantes de la comunidad china, todos vestidos de negro, lo cual evidenciaba el respeto que le guardaban. El ritual fue doble: por un lado, se ofició una misa católica de cuerpo presente, reafirmando el lugar que Eligio había ocupado dentro de la religiosidad mexicana; por otro, se realizó una ceremonia de tradición china, consistente en colocar un círculo de flores blancas junto al ataúd. Este gesto de sincretismo ritual, donde lo católico y lo chino convivían en un mismo espacio fúnebre, simbolizó el carácter bicultural de la vida de Eligio y de la comunidad que lo rodeaba.

El 10 de abril el cuerpo fue trasladado en cortejo mortuorio al Panteón de Dolores, donde fue sepultado en la cripta familiar. Allí reposaba ya su tercera esposa, Francisca Teresa Chávez, fallecida en 1985 y otros de sus hijos. A su lado se colocó una imagen de la Virgen de Guadalupe y otra del propio Eligio, lo cual muestra la forma en que la religiosidad popular mexicana, más que una adhesión dogmática al catolicismo funcionó como un marco simbólico para conferir sentido a la muerte. Eligio, cuya vida estuvo marcada por la tensión entre la mexicanidad y sus raíces chinas, terminó rodeado de símbolos que reforzaban su inserción en el tejido cultural de México, sin que ello implicara una renuncia a las huellas de su identidad china.

El fallecimiento de Eligio Ley Lim no puede comprenderse únicamente como un hecho biológico. Su muerte representó el cierre de un ciclo histórico. Con él desapareció la figura que había mantenido cohesionada, aunque en tensión, a la comunidad china en la capital mexicana durante la segunda mitad del siglo xx. Su liderazgo en el Hongmen Chee Kung Tong, su capacidad de mediación frente a las autoridades mexicanas, y su papel en la economía de la migración lo convirtieron en un eje alrededor del cual giraban las redes de paisanaje, comercio y política. Su ausencia dejó a la historia de la logia sin un referente sólido y la comunidad entró en una etapa de fragmentación y dispersión memorística (Imagen 64).



Imagen 64. Mausoleo familiar Ley. Panteón Civil de Dolores, Alcaldía Miguel Hidalgo, Bosque de Chapultepec 3ª Sección, Ciudad de México. Fuente: Fotografía del autor. 2024.

La pregunta es: ¿Eligio murió “sin confesión”? Lleno de silencios que agobiaron a su familia de historias, las cuales contrapusieron una con otra a lo largo de los años y la rendición de cuentas sobre una vida marcada por la dualidad entre la legitimidad social y la ilegalidad soterrada, entre el cuidado de la familia y la disciplina férrea hacia los miembros del HCHKT, entre el liderazgo comunitario y las pugnas internas de la logia. No, esa es la respuesta, no hubo confesión pública ni ajuste de cuentas con nadie. Eligio murió sin dejar palabras finales que explicaran o justificaran su vida. El silencio se impuso como el último gesto de un hombre que, durante décadas, supo manejar el lenguaje, los secretos y los símbolos a su favor, fue un conejo que supo escapar a todas las trampas.

Con su muerte se cerró una época en la historia de la comunidad china en México. El Hongmen, debilitado y sin renovación generacional, no había logrado sobrevivir en México. El patriarca que había sostenido el edificio institucional y simbólico ya no estaba, y la comunidad debió reorganizarse en torno a nuevas dinámicas. Morir sin confesión, en este sentido, es también morir sin herederos claros para un legado construido a base de silencios, pactos y contradicciones. Eligio Ley Lim fue sepultado, pero con él también se enterró una página fundamental de la historia migrante en México.

EPÍLOGO

Un martes de febrero por la mañana, mientras preparaba una clase, recibí la llamada de Mauricio Saraya Ley, con su conocida voz serena me informó de la muerte de su tía Roberta Teresa. No fue una noticia inesperada, su salud estaba muy minada desde hacía años, pero sí me conmovió: señalaba el cierre de una vida ligada a la casa del Paseo de la Soledad y al mismo tiempo me abría el camino al regreso a ese lugar 24 años después de mi última visita.

Esa conversación telefónica fue el antecedente inmediato de una visita el 6 de marzo, que no se limitó a expresar mi pesar y el respeto al duelo, sino que se convirtió en un reencuentro con la memoria familiar y con el escenario donde Eligio había vivido sus últimos días.

El regreso a la vivienda fue, en primera instancia, un choque con el tiempo. El jardín y las paredes parecían contener aún los ecos de una vida familiar intensa, marcada por los silencios de Eligio Ley y las rutinas de

Teresa. En cada rincón persistían huellas materiales: fotografías enmarcadas, muebles que no habían sido sustituidos, objetos que en su desgaste revelaban la continuidad del habitar. Sin embargo, la ausencia era palpable. La voz de Teresa ya no resonaba, las habitaciones transmitían la sensación de clausura y el aire parecía suspendido en una temporalidad distinta, detenida entre la memoria y el olvido.

La charla llena de emociones, recuerdos y agradecimientos: lágrimas, risas y miradas de sorpresa entre las participantes al narrar, ellas, las protagonistas invisibilizadas, historias desconocidas entre sí, pero que todas aterrizaban en el patriarca Eligio Ley Lim. Acompañado por mi amigo el Dr. Raúl González Alpízar, fotógrafo, etólogo y documentalista ambiental, elaboramos, con su ayuda, una memoria visual del encuentro que terminó de darme los elementos para la construcción de esta biografía (Anexo: Memoria fotográfica familia Ley).

En ese escenario se produjo el encuentro con Mauricio Saraya, con Alejandra Simon Ley, con Gilda Ley Chávez y con Robby Ley. No fue una reunión casual ni estrictamente familiar, sino la materialización de una memoria compartida. Cada uno de ellos portaba fragmentos de una historia mayor, recuerdos que en su diversidad y en ocasiones en su contradicción permitían reconstruir la compleja figura de Eligio y el peso de su herencia.

Durante ese encuentro no solo circularon palabras y silencios: la familia me compartió parte de su acervo fotográfico. Esas imágenes, resguardadas por décadas, mostraban la cotidianidad de la casa y las múltiples etapas de la familia Ley. Cada fotografía se convirtió en un documento vivo que acompañaba a los relatos orales, reforzando la certeza de que la memoria no habita únicamente en la palabra, sino también en los objetos preservados y transmitidos.

Las voces de los primos Mauricio y Alejandra se situaban en un registro de continuidad: recordaban con precisión detalles de su vida cotidiana, trayendo al presente los gestos pequeños que daban forma a la convivencia. Gilda, con su manera particular de narrar, ofrecía un testimonio que anclaba la experiencia en lo íntimo femenino, otorgando una dimensión que durante mucho tiempo había permanecido al margen de las narraciones oficiales. Robby, por su parte, se inscribía en una mirada generacional que no había vivido de primera mano la época de Eligio, pero que encontraba en la reunión un espacio para afirmar pertenencias y resignificar legados.

En ese reencuentro, la memoria no se expresó únicamente en lo verbal. Estaba presente en los silencios, en los objetos que circulaban entre manos, en las miradas que reconocían un pasado común y a la vez irreplicable. La antigua morada de Naucalpan se convirtió así en un escenario de clausura y, al mismo tiempo, en un lugar de proyección. Clausura porque allí se había extinguido la vida de Eligio en 1999 y la de Teresa en 2025, cerrando un ciclo vital. Proyección porque, al reunir a descendientes y testigos, la casa seguía funcionando como punto de partida para nuevas interpretaciones sobre lo que significó esa historia en el devenir de la comunidad china en México.

No se pretende resolver las tensiones heredadas ni fijar de manera definitiva la figura de Eligio Ley Lim. Al contrario, busca mostrar que la historia no se clausura con la muerte, ni siquiera con la desaparición del espacio como hogar habitado. Las genealogías permanecen abiertas, sujetas a nuevas lecturas y a nuevas apropiaciones por parte de las generaciones siguientes. El reencuentro de 2025 no es solo un momento familiar, es la constatación de que la memoria colectiva se sostiene en actos concretos de evocación, de conversación y de reconocimiento mutuo.

Al cerrar esta obra con el regreso a la residencia de Paseo de la Soledad, el lector se encuentra con la evidencia de que toda biografía es también un proyecto de transmisión. Eligio y Teresa pertenecen ya al ámbito de la historia, pero su memoria vive en quienes todavía recorren esos espacios, en quienes rescatan sus palabras y en quienes confrontan sus silencios. La vivienda, más que un edificio, se transforma en archivo vivo de una época que ya no volverá, pero cuyo eco se proyecta en los descendientes y en quienes, al reconstruir esta narrativa, encuentran un reflejo de las tensiones de la migración, de la integración y de la identidad en México.

El regreso de 2025, antecedido por la llamada de Mauricio y acompañado por la entrega del acervo fotográfico familiar, permite así cerrar un ciclo abierto en 1915 con la llegada del joven Lee Güi-nam, transformado en Eligio Ley Lim, a las costas de Sinaloa. Un ciclo atravesado por la fundación de familias, la consolidación de comunidades, las tensiones entre la pertenencia y la exclusión, y la persistencia de redes que sobrevivieron a pesar de las adversidades. Paseo de la Soledad, como espacio y como símbolo, constituye el último testigo material de esa travesía. Con su clausura se cierra también una página de la historia de la comunidad china en México.

NOTAS

- ¹ <https://poets.org/poem/do-not-go-gentle-good-night>
- ² Edward W. Said, *Reflections on Exile and Other Essays*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2000, 173.
- ³ Entrevista a Andrés Ley, 18 de julio, 2025
- ⁴ Entrevista a Gilda Ley Chávez, 2024.
- ⁵ Entrevista a Andrés Ley Chávez, 2024.
- ⁶ RDDSG-DFS, 11-159-71 H-20 L-4, 16 enero 1971.
- ⁷ Entrevista a Gilda Ley Chávez, 2024.
- ⁸ Entrevista Gilda Ley, 2024. Entrevista a Mauricio Saraya Ley, 2024.
- ⁹ Entrevista telefónica a Marco Simón Ley. Julio, 2024.
- ¹⁰ Acta de defunción SSA-090399-Dr. Eligio Ley Chávez.
- ¹¹ Bruce Greyson, Pim van Lommel, y Peter Fenwick, "Terminal Lucidity: A Review and a Case Collection," *Archives of Gerontology and Geriatrics* 21 (2011): 1-5, <https://doi.org/10.1016/j.archger.2011.07.004>.
- ¹² Bruce Greyson, Pim van Lommel, y Peter Fenwick, "Recent Report of Electroencephalogram of a Dying Human Brain," *Journal of Near-Death Studies* 40, no. 1 (Spring 2022): 5-11, <https://doi.org/10.17514/JNDS-2022-40-1-p5-11>.
- ¹³ Ajmal Zemmar et al., "A Replay of Life: Neural Oscillations Around the Moment of Death," *Frontiers in Aging Neuroscience* 14, 2022: 813531, <https://doi.org/10.3389/fnagi.2022.813531>.
- ¹⁴ Eva O. Arceo-Gómez y Raymundo M. Campos-Vázquez, "Evolución de la brecha de género en México: 1990-2010," *El Trimestre Económico* 81, no. 321 (2014): 265-305.
- ¹⁵ Susan Kellogg, *Gender and Cultural Change in Mexico*, Tucson: University of Arizona Press, 2015.
- ¹⁶ María Teresa García Guevara, *Educación y género en México contemporáneo*, Ciudad de México, UNAM, 2017.
- ¹⁷ María de la Luz Ayala y Alicia Vázquez, "Género y educación en comunidades migrantes mexicanas," *Revista Mexicana de Investigación Educativa* 21, no. 69 (2016): 437-462.
- ¹⁸ Entrevista Roberta (Robby) Simón Ley, Marzo. 2025. Naucalpan, Estado de México.
- ¹⁹ Entrevista a Marco Simón Ley, julio, 2025
- ²⁰ Acta de defunción. SSA O24-21 9/4/1999. Certifica Dr. Eligio Ley Chávez.

Eligio Ley Lim murió en 1999, a los 96 años. Para entonces, había vivido demasiadas vidas dentro de una sola: campesino en su aldea de Hoisan, migrante en las rutas del enganche, trabajador forzado en Ímuris, comerciante, patriarca, restaurantero, contrabandista, comunista, miembro del Hongmen y Gran Maestro de una logia que dejó huella en la historia secreta de la comunidad china en México. Su nombre, sin embargo, no quedó grabado en mármol, ni sus hazañas inscritas en libros escolares. Lo que dejó atrás fue más complejo, más denso, más humano. Dejó un legado que no se mide únicamente por los edificios que habitó o por las redes que tejió en lo oculto. Lo que perdura hoy de forma a veces oscura, otras veces luminosa, son las trayectorias de sus hijas, nietos y bisnietos. Vidas tejidas a partir de un pasado contradictorio, pero orientadas hacia la construcción de un México más plural, más libre, más humano.

En su descendencia directa hay médicos, abogados, bailarinas, actores, artesanos, cocineras, maestras, comerciantes honestos, activistas y artistas visuales. No portan tatuajes de dragones ni conservan secretos de iniciación. Algunos apenas conocen su historia completa, pero en cada uno se proyecta una parte de ese legado que Eligio nunca supo del todo que estaba dejando: el legado de la transformación.

El silencio que marcó muchas de las relaciones en vida de Eligio se ha convertido, en las nuevas generaciones, en búsqueda de sentido. Donde antes hubo vergüenza o miedo, hoy hay palabras. En donde reinaba la obediencia sin réplica, ahora hay crítica, mirada autónoma, arte, cuestionamiento. A menudo, esa transformación ocurrió sin rupturas estridentes. No fue necesario renunciar a Eligio para construir un camino propio; fue suficiente con comprender que su vida, como la de tantos migrantes, estuvo marcada por decisiones extremas en contextos límite.

Él construyó poder en los márgenes. Sus descendientes construyen ciudadanía en el centro. Lo hacen desde consultorios, salones de clases, talleres

de danza o laboratorios. Cada uno, con sus herramientas, con sus heridas, con su dignidad. Algunos llevan con orgullo el apellido. Otros lo han dejado atrás. Algunos prefieren recordar al abuelo que cocinaba pato laqueado y enseñaba a hacer sombra de conejo con las manos. Otros apenas si lo conocieron, y se enteraron más tarde de la historia de su doble vida. Pero todos, incluso los que lo niegan, cargan con el eco de una genealogía profunda: la de un hombre que hizo lo que pudo con lo que tuvo, y cuya herencia no está escrita en papeles notariales, sino en la carne viva de su descendencia.

No hay romanticismo en esta afirmación. Eligio fue muchas cosas, y no todas plenamente admirables, pero los seres humanos no dejan solo escándalos o monumentos: dejan grietas, gestos heredados, talentos transmitidos, umbrales cruzados, y es ahí donde se inscribe el otro legado de Eligio: la posibilidad de mutar el linaje del silencio en voz, del poder en servicio, del exilio en presencia.

¿Qué significa para México que un hombre vinculado a estructuras clandestinas haya dado origen a una familia que hoy se distribuye en espacios públicos, universidades, clínicas, centros culturales, restaurantes, juzgados?

¿Cómo se transforma un pasado de sombra en un presente de luz discreta?

¿Qué se hereda realmente de un abuelo que a veces fue temido, otras veces venerado, pero rara vez comprendido?

Este trabajo no busca responder de forma definitiva esas preguntas. Pero si algo ha revelado el viaje a través de la memoria y el archivo, del testimonio y el silencio, es que la historia no termina con la muerte del protagonista. En realidad, apenas comienza allí donde sus gestos más pequeños, una decisión, una renuncia, una caricia, una omisión, dejan huella en quienes vendrán después.

Eligio nunca imaginó que su nombre y vida formaría parte de una reconstrucción histórica, o de un libro de historia novelada, por la complejidad de construir relatos sobre versiones tan discordantes. Mucho menos, que su legado sería reescrito no desde el juicio, sino desde el asombro. Porque el verdadero poder de un hombre no está en lo que controla, sino en lo que transforma, muchas veces, sin saberlo y ese, quizás, es el mayor acto de humanidad que puede trasmitirse: haber dejado descendencia que no reproduce el poder, sino que lo resignifica en clave de futuro.

La reconstrucción de los últimos días de Eligio Ley Lim enfrentó uno de los dilemas más complejos de la historia oral: la ausencia de testigos

directos y la coexistencia de relatos mutuamente excluyentes, transmitidos por familiares de segunda generación. Las tres personas que lo acompañaron en su lecho de muerte, sus hijas Emma, Teresa y Silvia, han fallecido. Lo que permanece son fragmentos narrativos, recuerdos transmitidos en voz baja o evocados en medio de disputas familiares, marcados por afectos encontrados, distorsiones involuntarias y silencios estratégicos.

En este contexto, no es posible reconstruir una cronología factual con certidumbre documental. En lugar de ello, se impone una lectura crítica de las narrativas heredadas, entendidas no como simples descripciones de hechos pasados, sino como construcciones situadas que expresan relaciones de poder, afecto y pertenencia simbólica. Las diferencias en torno a si Eligio murió súbitamente —tras haber caminado y hablado hasta horas antes— o si atravesó una lenta agonía de varios días en silencio, no sólo obedecen a divergencias perceptuales, sino a disputas más profundas por el significado último de su partida y el lugar que cada narrador ocupa en su memoria.

Las versiones obtenidas provienen de descendientes que escucharon los relatos en contextos íntimos, a menudo como confidencias o fragmentos inconexos. En algunos casos, las narraciones buscan preservar la imagen de un patriarca fuerte hasta el final; en otros, construyen una escena de despedida silenciosa y prolongada, cargada de espiritualidad o remordimiento. En ambos casos, la muerte es narrada como un acto simbólico donde se proyectan miedos, deudas pendientes y vínculos no resueltos.

El historiador no puede, ni debería, dirimir la validez empírica de estas versiones, pero sí puede cartografiarlas, contrastarlas y examinar los contextos de su producción y transmisión.

Para esta labor, se recurrió a herramientas propias de la historia oral postestimonial, que enfatiza la función social del relato por encima de su fidelidad cronológica. El cruce de fuentes orales indirectas, el análisis de las emociones que subyacen en las versiones enfrentadas, así como la identificación de sus genealogías narrativas, permiten no una verdad única, sino una topografía del recuerdo. La muerte de Eligio, como muchas otras en las familias marcadas por silencios prolongados, no se recuerda únicamente: se disputa, se rehace y se narra desde los márgenes de lo no dicho.

Esta sección se acoge, por tanto, a una ética del cuidado y del respeto hacia las voces que han transmitido estos relatos, sin tomar partido, pero sin ingenuidad metodológica. No es la muerte lo que se trata de explicar,

sino el modo en que su recuerdo actúa sobre los vivos, organizando afectos, legitimando posiciones familiares y proyectando sentidos sobre el legado de una figura pública y privada a la vez.

El proceso de reconstrucción de los últimos días de Eligio Ley Lim me ha colocado no solo frente a versiones divergentes del acontecimiento, sino también dentro de una red de tensiones que trascienden la muerte misma. Las disputas familiares que emergen al reconstruir esta escena no giran únicamente en torno a cómo murió, sino a quién tiene derecho a hablar en su nombre, a custodiar su memoria y a definir su legado.

Como historiador, pero también como escucha, me vi situado en una encrucijada ética: cada testimonio no solo revela una versión del pasado, sino una afirmación implícita sobre quién fue Eligio, para quién vivió y cómo debe ser recordado en la lógica del Hongmen en México, en los conflictos de la comunidad china ultramarina o en la intimidad familiar.

A diferencia del archivo, donde la distancia temporal suele ofrecer una ilusión de neutralidad, la historia oral heredada, más aun cuando se transmite en el seno de disputas familiares, coloca al investigador en el centro de una escena activa y de manera indirecta se toma parte de una trinchera.

En este trabajo dejé de ser espectador o relator para convertirme en un mediador involuntario de los vínculos emocionales que se activan en torno al personaje reconstruido. Las palabras que un descendiente dice sobre Eligio no se pronuncian ante mí: se pronuncian a través de mí, como si mi escritura fuera un espejo que devuelve una imagen restaurada del pasado.

Este lugar, incómodo pero fértil, me obliga a reconocer que la historia no es solamente el relato de los hechos, sino el campo donde se juegan herencias, olvidos, silencios y legitimidades. En este sentido, mi papel ha sido, en parte, el de un intérprete de memorias contradictorias, pero también el de un albacea simbólico de un legado que no me pertenece, pero que he sido llamado a organizar, escuchar y cuidar.

No tengo, ni aspiro a tener, la última palabra sobre la vida y legado de Eligio Ley Lim. Pero sí asumo la responsabilidad de construir una narración que no negó la existencia del conflicto interno y externo sobre su vida, su familia, sus silencios y secretos, pero no lo hice para dramatizar una biografía, sino como una evidencia, como parte del proceso vivo de toda memoria que se recupera.

ANEXO I

MEMORIA FOTOGRÁFICA EN LA CALLE DE LA SOLEDAD



Fotografía 1. Reunión con la familia Ley. Empezando de Izquierda a Derecha. Mauricio Saraya Ley, (Alejandro Simón Ley), Alejandra Simón Ley, Elia Gilda Simón Ley, Roby Ley. El autor de espaldas. 6 de marzo 2025.

Fuente: Archivo Fredy Cauich. Fotografía Raúl González A.



Fotografía 2. Mostrando a la Alejandra Simón y a Elia Gilda Ley, la fotografía rescatada del mausoleo y la explicación sobre su proceso de limpieza del moho negro. 6 marzo 2025.

Fuente: Archivo Fredy Cauich. Fotografía Raúl González.



Fotografía 3. Reunión en la Calle de la Soledad, donde se observa la memoria fotográfica de la familia Ley Chávez. De izquierda a derecha Mauricio Saraya Ley, el autor, Alejandra Simón Ley, Elia Gilda Ley Chávez, Robby Ley (Bisnieta de Eligio) 6 de marzo 2025.

Fuente: Archivo Fredy Cauich. Fotografía Raúl González.



Fotografía 4. Cuadro de la década de 1920, en propiedad. de la familia Ley que representa un caserío de la región de Hoisan. La familia comenta que era de los cuadros más apreciados de Eligio Ley Lim.

Fuente: Propiedad familia Simón Ley. 6 de marzo 2025, Fotografía Raúl González A.



Fotografía 5. Cuadro de *100 pájaros rinden homenaje al Fénix*. Adorna la sala de la casa de la familia Ley, se le asocia con el liderazgo, el sacrificio por el bien común, armonía y buenos augurios.
Fuente: Propiedad Familia Simón Ley. 6 de marzo 2025. *Fotografía Raúl González A.*



Fotografía 6. Sincretismo heredado desde el patriarca. Catolicismo y respeto a las tradiciones chinas de la prosperidad y la protección.
Fuente: Propiedad familia Simón Ley. 6 de marzo de 2025.
Fotografía Raúl González A.



Fotografía 7. Vitrina en la sala de la familia con figuras de colección. Figuras de colección de porcelana, marfil, jade y otros materiales, de simbologías daoístas y confucianas, las cuales han sido acumuladas a lo largo de la historia de familiar de las mujeres Chávez Olguín, Ley Trigueros y Ley Chávez. (1939-2025). Fuente: Propiedad de la Familia Simón Ley. Fotografía Raúl González A. 2025.

Fotografía 8. Altar familiar en el hogar de la familia Ley Chávez. Que en paz descanse Roberta María Teresa Ley Chávez. Fuente: 6 de marzo 2025. Archivo Fredy Cauich. Fotografía Raúl González.



ANEXO 2

LISTA DE IMÁGENES DEL LIBRO:
LEE GÜI-NAM, UN CHINO LLAMADO ELIGIO:
PODER, FAMILIA Y SECRETOS HONGMEN (1903-1999)

1. Sello corporativo internacional del Hongmen Chee Kung Tong S. xx, Archivo Histórico Hongmen Chee Kung Tong CDMX (AHHCHKT).
2. Lee Güi-nam (Eligio Ley Lim) junto al sello del Hongmen Chee Kung Tong (Zhigongtang) 致公堂洪門, para envío y conocimiento a nombre de la asociación en “El año de buenaventura de la instauración de la República China 1943”, del nombramiento del nuevo Venerable Maestro, Distrito Federal hoy CDMX, SF. AHHCHKT- Correspondencia diversa. 1943. Fotografía: Raúl González Alpízar. 2025.
3. Imagen 1. Güi Máo, Conejo Chino del viajero y del agua, elaborado en marfil tallado y policromado, siglo xvii, colección Museo Nacional del Virreinato: Fotografía Diana Delgado López. 2025.
4. Imagen 2. Fotografía de Eligio Ley Lim con la medalla y fistol masónico, en la sala de su casa de la calle de la Soledad. Fotografía Raúl González A. 2025.
5. Imagen 3. (Izquierda) Ryohei Uchida, fundador del Dragón Negro, en Japón. Imagen 4. (Derecha) Homer Lea, fundador del Dragón Rojo en Estados Unidos. Fotografías: Dominio público.
6. Imagen 5. Sun Yat-sen en su primer exilio en Japón en 1900, sentado primero al lado derecho. Fotografía Dominio público.
7. Imagen 6. Imagen generada por inteligencia artificial a partir de una solicitud de Fredy Carrillo Cauich, en colaboración con ChatGPT (OpenAI), el 14 de junio de 2025. Representación alegórica de la muerte del padre de Lee Güi-nam bajo el cometa Halley y la fusión de sus raíces con la tierra de Hoisan.
8. Imagen 7. Cartel de enganche común en Hong Kong, a finales del siglo xix y principios del xx. Su traducción: Colonia China para Mejico. Todos recibirán mucho dinero allá. Tendrán Tierra. Harán el primer año US 500.00 y el próximo US 1000.00. Tendrán pronto más dinero que los mandarines. Mucho arroz bueno y vegetales baratos. Nao bueno sin enfermedades. Mucho espacio. Pregunta con tu jefe de casa (clan). Recuperación del autor, basado en imágenes de la época (Laboratorio Lynn Margulis).

9. Imagen 8. S.S. Manchuria en 1903, uno de los barco utilizados en la ruta de Hong Kong, con destino a San Francisco, y uno de los navíos utilizados para el tráfico migrante de Chinos en 1915. Imagen dominio público.
10. Imagen 9. Puerto de Mazatlán en 1914, una imagen que muchos viajeros de la época evocaban. Imagen Dominio público.
11. Reunión del НСНКТ en el bajío mexicano en 1923. El rostro oculto de los “masones chinos” en México. Imagen reproducida con la autorización del Archivo Histórico de la Muy Respetable Gran Logia “El Potosí”. San Luis Potosí, México. 2025.
12. Imagen 10. Andrés Ley Chávez, con su padre Eligio Ley Lim, el día de su boda S/f. Archivo Familia Ley. Fotografía Raúl González A. 2025.
13. Imagen 11. Andrés Ley Chávez y Eligio Ley Lim, en los años 90. Sin fecha precisa. Archivo. Familia Ley Chávez.
14. Imagen 12. Fragmento de la ficha migratoria de Eligio Ley Lim. Registro obligatorio de 1932, copia del 26 abril de 1937, núm. 109791.
15. Imagen 13. Descansando y refrescándose a la orilla del río Bambuto. Imagen creada con asistencia de ChatGPT (OpenAI), 12 mayo 2025.
16. Imagen 14. Cartel ritual del Chee Kung Tong (Hongmen), impreso en San Francisco, California, hacia 1910, con la transcripción de las “33 Reglas” que normaban la conducta de sus miembros en las logias establecidas fuera de China. Redactado en caracteres chinos tradicionales y dispuesto en columnas verticales de lectura de derecha a izquierda, este documento servía como guía moral y disciplinaria para la vida interna de la sociedad: desde el respeto jerárquico hasta la solidaridad fraterna y la prohibición de revelar secretos. Su impresión en papel rojo ceremonial y su amplia circulación en comunidades chinas de América lo convierten en una pieza clave de la normatividad ritual transnacional del Hongmen. Traducción y edición del autor con apoyo en herramientas de análisis textual automatizado y cotejo con fuentes testimoniales y documentales. Colección АННСНКТ. Documentos sueltos 1923-1947. Fotografía del autor. 2024.
17. Imagen 15. Fragmento restaurado de las 33 reglas, parte del acervo del АННСНКТ Documentos sueltos 1923-1958. Fotografía del autor. 2024.
18. Imagen 16. Alegoría Hongmen que hace una recreación de la relación entre el cielo y la tierra, así como referencia a los cinco ancianos, los cinco monjes del templo del norte y los tres sabios en el jardín de los duraznos. A los laterales es posible leer que los guerreros Hongmen se alzarán para cobrar

- su venganza. Cada templo del HCHKT, tuvo sus propias alegorías y con el paso del tiempo se simplificaron hasta solo mantener en el altar al Dios de la protección o a los tres sabios. No existe una fecha, pero dada su similitud con la de la sede de San Francisco, es posible que sea de las primeras décadas del siglo xx. АННСНКТ Lienzo en custodia de la Logia Felipe Carrillo Puerto. L.S.e I. Ciudad de México. Fotografía Raúl González A. 2025.
19. Imagen 17. (Izquierda) Talismán y certificado ritual expedido por la logia 興義公司 (Sociedad de la Justicia y Prosperidad) al Maestro de Logia 陸義興 (Lu Yixing), Ubicado en el expediente de Lu Si Alfonso, fechado en octubre de 1923 (民國十二年 十月). Este tipo de documentos funcionaba como constancia jerárquica dentro del Hongmen en el exilio, y su formato es característico de las logias activas en el norte de México en las primeras décadas del siglo xx. АННСНКТ.
 20. Imagen 18 (Derecha) Registro de extranjería de Lu Si Alfonso. Fecha de ingreso a México en 1909 por Nogales, Sonora. Imagen RDD-SG. Registro: 64969.
 21. Imagen 19. Ritual de iniciación del Hongmen Chee Kung Tong. АННСНКТ. Colección de documentos 1923-1947. Fotografía del autor- restauración Laboratorio Lynn Margulis Biohistoria.
 22. Imagen 20. Recreación del asesinato de Francisco L. Yuen en la estación de trenes de Nogales, Sonora (ca. 1924). Ilustración generada mediante inteligencia artificial (OpenAI, DALL·E, 2025) con base en fuentes hemerográficas y testimonios orales. identificado por algunos como un intermediario en tensiones internas del Hongmen. Uno de los tiradores habría sido un chino identificado como Ramón Ley.
 23. Imagen 21. (Izquierda) Fotografía localizada en el altar familiar de la familia Ley. Se observa la medalla octagonal con cuatro signos chinos y una escuadra y compas en su parte inferior. No se ha podido identificar el significado, pero los familiares refieren que se trataba de una de las más valiosas posesiones de Don Eligio.
 24. Imagen 22. (Derecha) De hecho, una ampliación de esta imagen es la que se conserva en la sala de la familia Ley. El diseño y medidas corresponden a la descripción de la que otorgaba la logia en los años 20 por servicios de “sangre” entre sus miembros. Fotografías del autor. 2024.
 25. Imagen 23. Rescate de la fotografía en el panteón de San Fernando con ceremonia masónica. Fotografía de ocho pulgadas por seis, hallada en su

- tumba durante prospección privada realizada en octubre 2024, con permiso de los descendientes. Se aprecia la medalla octagonal concedida por la Chee Kung Tong según su reglamento de 1924. АННЧКТ. Fotografía del autor. 2024.
26. Imagen 24. Estación de la Quemada, Municipio de Magdalena, Jalisco. 13 noviembre 2024. Fotografía del autor.
 27. Imagen 25. Estación de la quemada donde se indica su punto de intersección en la ruta del Pacífico, uniendo Sonora y Jalisco, México. Estados estratégicos en la construcción de redes de tráfico de mercancías y personas en el bajío mexicano. 13 de noviembre de 2024. Fotografía del autor. 2024
 28. Imagen 26. Las calles empolvadas de la comunidad con dirección al casco de la hacienda de San Andrés, dentro de la comunidad de la Quemada. Por comentarios de los habitantes el tiempo en algunas de sus calles parece que no transcurre. 13 de noviembre de 2024. Fotografía del autor. 2024.
 29. Imagen 27. Restos de la tienda de Silvano Acevedo en la Quemada. 13 de noviembre 2024. Fotografía del autor. 2024.
 30. Imagen 28. Familia Ley Trigueros. De Izquierda a derecha Rosa Trigueros, Emma Guadalupe Ley Trigueros, Eligio Ley Lim y Guillermina Ley Trigueros. 1932, Archivo Saraya Ley. 2024.
 31. Imagen 29. Giro postal con destino a Hong Konk, parte de las contribuciones a la guerra de resistencia en contra de la invasión japonesa, 20 de abril de 1939. АННЧКТ, Giros y depósitos bancarios. 1939. Fotografía del autor. 2024.
 32. Miembros de la Logia Hongmen Chee Kung Tong del Distrito Federal (CDMX) en 1946, Celebración del 35 aniversario de la fundación de la República China. Mediateca INAH, (consultado el 4 de febrero de 2025). <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A180542>
 33. Imagen 30. Grupo de miembros del Hongmen, aparentemente celebrando el triunfo de la Revolución del 10 de Octubre o participantes en las fiestas del centenario de la independencia de México (1910) No se ha determinado ni el acto ni la fecha exacta de la fotografía. Hermanos Casasola, Museo de los Chinos de Ultramar, Guagnzhou, China, Fotografía Rod Chem. 2025.

34. Imagen 31. Miembros de una logia masónica (HCHKТ) en una habitación, retrato, Hermanos Casasola, ca. Fototeca Nacional 1905-1910, Ciudad de México,
35. Mediateca INAH, (consultado el 4 de febrero de 2025). <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A180542>
36. Imagen 32. Detalle de la fotografía anterior con filtro de luminosidad +30; la bandera con la que esta cruzada la del Guomindang, no ha podido ser identificada. Elaboración del autor. 2024
37. Imagen 33. Callejón de Dolores, Ciudad de México, Distrito Federal, México. Fecha de creación 1935. Archivo Casasola. Fototeca Nacional. Mediateca INAH. (Consulta 23 febrero 2025) <http://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A142685>
38. Imagen 34. La Casona de Mina 138, durante la conmemoración del 25 aniversario de la creación de la República China. En la parte superior del cartel se identifica la traducción del Chino: Sede del Chee Kung Tong para México y China. En techo, visto de frente ondean la bandera de México, lado izquierdo y la bandera nacionalista, al lado derecho. Imagen donada por la familia Ley Chávez al АННСКТ - Fotografías, 2025.
39. Imagen 35. Estado actual del Templo Chino, bajo la posesión de la MRGLF Alma de Anáhuac. En este se observa su segundo piso que fue construido en los años 40 del siglo xx, cuando el HCHKТ, funcionaba como la Sociedad Mutualista Masónica Chee Kung Tong. Fotografía del autor. 2025.
40. Imagen 36. Imagen que se conoce del estandarte del HCHKТ del Distrito Federal, pese a su poca calidad de resolución se nota que no hay una jurisdicción reconocida con alguna Gran Logia masónica mexicana, sin embargo, es posible el observar un piso en forma de dominó, las columnas y una escuadra y compás en su parte rodeado por una guirnalda, y en la parte superior los tres caracteres que están relacionados con Chee Kung Tong. s/f. АННСКТ fotografías 1943-2025.
41. Imagen 37. Cuadro logial de la Resp. Log. Simb. Reconstrucción NO 38, jurisdicionada a la Muy Resp. Gr. Log. "COSMOS" de AA. LL. y AA. MM del Estado de Chihuahua, ejercicio Masónico 1958. E.V. АННСКТ- Correspondencia suelta. Fotografía del autor. 2024.
42. Imagen 38 Situ Meitang. Presidente Internacional del HCHKТ. 1946. АННСКТ Fotografías 1943-1947.

43. Imagen 39. Miembros de la Asociación Mutualista China (Nombre con el que se le conocía al НСНКТ), en la Columna de la Independencia, realizando una guardia de Honor en 1943, mostrando su unidad como comunidad China durante el desarrollo de la guerra en contra de la ocupación japonesa. El primero de izquierda a derecha el Gran Maestro Eligio Ley Lim. Fotografía utilizada con autorización del Dr. José Luis Chong. 2025.
44. Imagen 40. Zhao Yaji, Gran Maestro del Chee Kung Tong, Vancouver, Canadá. АННСНКТ. Fotografías 1923-1947.
45. Imagen 41. Los Grandes Maestros de Canadá Zhao Yaji y de Estados Unidos Situ Meitang, en una reunión con miembros del НСНКТ en México. s/f. Archivo Histórico Gran Logía “El Potosí”.
46. Imagen 42. Reunión internacional de representantes del НСНКТ, en la primera fila, sentados, el Gran Maestro Canadiense Zhao Yaji, a continuación, el representante de Situ Meitang, cuarto y quinto de derecha a izquierda. De pie de Izquierda a derecha el primero de la fila Eligio Ley Lim. 1943. Gran archivo de la Gran logia “El Potosí”.
47. Imagen 43. (Izquierda) Un Eligio Ley Lim, fotografía proporcionada por su ahijada Clementina Lugo, en el 2023. АННСНКТ-Fotografías 2024.
48. Imagen 44. (Derecha) “Otro Eligio Ley Lim”, fotografiado en la cafetería de Artículo 123, fotografía proporcionada por Clementina Lugo, 2023. АННСНКТ-Fotografías 2024.
49. Imagen 45. (Superior) Francisco Ham Chem Padre. RDDSG-DFS.
50. Imagen 46. (Inferior) Francisco Ham Chem Jr. Registro de extranjería. RDDSG-DFS.
51. Estructura de redes de complicidades de tráfico de opio y actividades comunistas documentada por la DFS. Elaborado por el autor.
52. La Agencia de noticias Nueva China XinHua y el НСНКТ(1949-1972): La ruta de las complicidades.
53. Imagen 47. Recepción en la embajada China, de izquierda a derecha, el embajador Chino en México Xiong Xianghui, Eligio Ley Lim, con su cigarrillo en la boca, después dos personas no identificadas, el presidente Luis Echeverría, junto a otro funcionario chino. La fuente no ha podido ser ubicada, esta imagen, que es parte de un recorte de alguna revista, fue proporcionada por Andrés Ley Chávez, vía WatsApp. 18 de junio 2025.
54. Imagen 48. Constancia del acto de naturalización como mexicano de Eligio Ley Lim, por matrimonio con Francisca Teresa Chávez el 21 de junio

- de 1956, copia solicitada a la Secretaría de Relaciones Exteriores el 8 de diciembre de 1975, con numeral: I/521.5(510/185444). Copia proporcionada por la Gilda Elia Ley Chávez. Fotografía Raúl González Alpízar. АННЧКТ -Fotografías 2025.
55. Imagen 49. Eligio y su esposa Teresa Chávez caminando por el centro de la Ciudad de México en los años 50. Archivo Familia Ley Chávez. Fotografía: Raúl González A. 2025.
 56. Imagen 50. Edificio de Artículo 123 y Dolores, núm. 30, calle en restauración, en contra esquina con el “Barrio chino”. En la primera planta se encontraba el restaurante y en la parte superior el Casino Chino, propiedad de Eligio Ley. 2023. Fotografía del autor. 2025.
 57. Imagen 51. Portón de acero reforzado, empotrado en doble columna y que era el acceso al casino en la calle de Artículo 123 núm. 30. Donde los hijos y nietos entrevistados entre 2024 y 2025, recordaban acudir y recoger a su abuelo, el cual no gustaba que permanecieran mucho tiempo en el lugar. A lo mucho que pasaran a la cocina para que el guisandero Manuel Chong, les diera algunas galletas. Fotografía del autor 2025.
 58. Imagen 52. Fotografía de la familia de Eligio, en donde se observa del lado derecho a las dos hijas mayores del primer matrimonio: Emma Guadalupe y Guillermina Ley Trigueros, incorporadas a la vida familiar de la familia Ley Chávez. S/F. Fotografía: Raúl González A. 2025.
 59. Imagen 53. Familia Ley Chávez, Donde se encuentran Cuatro de los hijos hombres de Eligio, con excepción de Luis Felipe, el cuál falleció siendo un infante neonato. Y solo dos de las hijas Silvia Teresa y Elia Gilda. En la parte central esta Francisca Teresa Chávez de Ley. En la imagen ya no se encuentran ni Guillermina ni Emma, pues ambas ya se habían casado y tenían vidas aparte. S/F. Fotografía: Raúl González A. 2025.
 60. Imagen 54. Emma Ley, Eligio Ley y Guillermina Ley. S/F Archivo Mauricio Saraya Ley.
 61. Linaje familiar de Eligio Ley Lim (Reconstrucción del autor).
 62. Imagen 55. Familia Ley Chávez y Ley Trigueros en 1950. Archivo Mauricio Saraya Ley.
 63. Imagen 56. Francisca Teresa Chávez Olguín. 1984. Archivo Elia Gilda Ley Chávez. Fotografía Raúl González A. 2025.
 64. Imagen 57. Rosa Trigueros junto a su hija Emma Ley Trigueros, s/f, Colección Mauricio Saraya Ley. 2024.

65. El patriarca con su nieto. S/f. Archivo Ley Chávez. 2025.
66. Imagen 58. Viaje a china de 1975. Lo acompañan Emma Ley Trigueros a su izquierda y Francisca Teresa Chávez. Archivo Mauricio Saraya Ley. 2024.
67. Imagen 59. Fotografía de la familia de Eligio en Hoisan, China. Obtenida en su viaje de 1947. Se puede observar a Eligio en un fotomontaje el tercero de Izquierda a derecha. Fotografía: Archivo Familia de Eligio Ley Lim. Fotografía Raúl González A. 2024.
68. Imagen 60. Eligio Ley Lim, caminando en la zona centro del Distrito Federal, junto con su hija Emma Ley Trigueros aproximadamente en los años 50. Archivo Mauricio Saraya Ley. 2024.
69. Familia Ley Chávez. El legado extendido de Eligio Ley Lim. La tercera persona de pie, con bastón, de Izquierda a derecha es Teresa y la sexta es Elia Gilda Ley Chávez, y atrás de ella Andrés Ley Chávez. Archivo familia Ley Chávez.
70. Imagen 61. Mausoleo familiar Ley. Panteón Civil de Dolores, Alcaldía Miguel Hidalgo, Bosque de Chapultepec 3ª Sección, Ciudad de México. Fotografía del autor. 2024.

ANEXO 3

LISTA DE IMÁGENES: MEMORIA FOTOGRAFICA EN LA CALLE DE LA SOLEDAD

1. Fotografía 1. Reunión con la familia Ley. Empezando de Izquierda a Derecha. Mauricio Saraya Ley, (Alejandro Simón Ley), Alejandra Simón Ley, Elia Gilda Simón Ley, Roby Ley. El autor de espaldas. 6 de marzo 2025. Archivo Fredy Cauich. Fotografía Raúl González A. 2025.
2. Fotografía 2. Mostrando a la Alejandra Simón y a Elia Gilda Ley, la fotografía rescatada del mausoleo y la explicación sobre su proceso de limpieza del moho negro. 6 marzo 2025. Archivo Fredy Cauich. Fotografía Raúl González. 2025.
3. Fotografía 3. Reunión en la Calle de la Soledad, donde se observa la memoria fotográfica de la familia Ley Chávez. De izquierda a derecha Mauricio Saraya Ley, el autor, Alejandra Simón Ley, Elia Gilda Ley Chávez, Robby Ley (Bisnieta de Eligio) 6 de marzo 2025. Archivo Fredy Cauich. Fotografía Raúl González. 2025.
4. Fotografía 4. Cuadro de la década de 1920, en propiedad de la familia Ley que representa un caserío de la región de Hoisan. La familia comenta que era de los cuadros más apreciados de Eligio Ley Lim. Propiedad familia Simón Ley. 6 de marzo 2025, Fotografía Raúl González A. 2025.
5. Fotografía 5. Cuadro de 100 pájaros rinden homenaje al Fénix, que adorna la sala de la casa de la familia Ley, se le asocia con el liderazgo, el sacrificio por el bien común, armonía y buenos augurios. Propiedad Familia Simón Ley. 6 de marzo 2025. Fotografía Raúl González A. 2025.
6. Fotografía 6. Sincretismo heredado desde el patriarca. Catolicismo y respeto a las tradiciones chinas de la prosperidad y la protección. Propiedad familia Simón Ley. 6 de marzo de 2025. Fotografía Raúl González A. 2025.
7. Fotografía 7. Vitrina en la sala de la familia con figuras de colección de porcelana, marfil, jade y otros materiales, de simbologías daoístas y confucianas, las cuales han sido acumuladas a lo largo de la historia de familiar de las mujeres Chávez Olgún, Ley Trigueros y Ley Chávez. (1939-2025) Propiedad de la Familia Simón Ley. Fotografía Raúl González A. 2025.
8. Fotografía 8. Altar familiar en el hogar de la familia Ley Chávez. Que en paz descanse Roberta María Teresa Ley Chávez. 6 de marzo 2025. Archivo Fredy Cauich. Fotografía Raúl González. 2025.

APÉNDICE 1

LAS 33 REGLAS DEL HONGMEN. 1910, SAN FRANCISCO, CALIFORNIA. U.S.A.

Número	Texto en chino tradicional	Traducción al español
1	凡入本堂者，須先立志修身	Quien ingrese a esta logia debe primero establecer su intención de cultivarse a sí mismo.
2	尊師重道，敬老愛幼，不得妄為	Respetar al maestro y valorar el camino; venerar a los mayores y cuidar a los más jóvenes; no actuar de forma temeraria.
3	同門如手足，兄弟如骨肉	Los hermanos de logia son como las manos y los pies; los hermanos son como la carne y la sangre.
4	遇難相助，臨危互救。	En tiempos de dificultad, asistirse mutuamente; en momentos de peligro, socorrerse sin dudar.
5	不得欺騙同門，不得私鬥仇怨。	No se debe engañar a un hermano de logia, ni provocar peleas por rencores personales.
6	不得洩露堂中機密。	No se deben divulgar los secretos internos de la logia.
7	須遵守上級命令，不得違抗。	Debe obedecerse las órdenes superiores sin desobediencia.
8	不可妄議上級，不得詆毀。	Está prohibido hablar mal o difamar a los superiores.
9	言行須謹慎，不可損害本堂聲譽。	Las palabras y acciones deben ser prudentes, sin dañar la reputación de la logia.
10	須保守堂中紀律，不得違規。	Debe mantenerse la disciplina interna, sin violar normas.
11	兄弟有過，應善意規勸	Si un hermano yerra, debe ser corregido con buena intención.
12	嚴禁盜竊或欺詐行為	Robar o cometer fraude está estrictamente prohibido.
13	不許藉堂名牟利	No se permite usar el nombre de la logia para obtener beneficios personales.
14	不得參與非法活動	Está prohibido involucrarse en actividades ilegales.
15	遇事應集議，不得獨斷	Las decisiones deben tomarse colectivamente, no de manera unilateral.
16	不得勾結外人破壞本堂	No se debe conspirar con externos para perjudicar la logia.

Número	Texto en chino tradicional	Traducción al español
17	嚴禁內鬥，應以和為貴	Se prohíben los conflictos internos; debe prevalecer la armonía.
18	不得虛報功勞	No se debe atribuir méritos falsamente.
19	捐輸應出自誠意，不得強求	Las donaciones deben hacerse con sinceridad, sin coacción.
20	行事應公平公正，不偏不倚	Los actos deben regirse por la justicia e imparcialidad.
21	應保護弱者，扶助貧困	Debe protegerse a los débiles y ayudar a los necesitados.
22	不得沉迷賭博或酗酒	No se debe caer en juegos de azar ni en el alcoholismo.
23	行動須團結一致，不可分裂	Las acciones deben ser unificadas; está prohibida la división.
24	嚴禁濫用職權	Está prohibido abusar del poder o del cargo.
25	不得假公濟私	No debe usarse lo público para fines privados.
26	不得傳播謠言	No se deben propagar rumores.
27	須尊重本堂歷史與傳統	Debe respetarse la historia y tradiciones de la logia.
28	需勤於學習，提升德行	Es necesario estudiar con diligencia y mejorar la virtud.
29	堂中有爭議，應循規處理	Las disputas internas deben resolverse según los reglamentos.
30	入堂儀節須恪守	Los rituales de ingreso deben ser estrictamente respetados.
31	不得干擾他人修行	No se debe interferir en el desarrollo de otros.
32	守時守信，不得爽約	Se debe ser puntual y cumplir la palabra dada.
33	應以身作則，成為榜樣	Debe predicarse con el ejemplo, siendo modelo para otros.

Fuente: *Las 33 reglas del Hongmen*, 1910, San Francisco, California, en Apéndice 1, Archivo Histórico del Hongmen Chee Kung Tong (АННЧКТ), archivo privado, Ciudad de México, Documentos sueltos, 1927-1943, ff. 63-64.

APÉNDICE 2

CANCIÓN DE GUERRA: 大刀进行. (LA MARCHA DEL GRAN CUCHILLO)

Chino tradicional	Romanización (pinyin)	Traducción al español
大刀向鬼子們的頭上砍去！	Dàdāo xiàng guǐ zi men de tóushàng kǎn qù!	¡El gran cuchillo apunta a las cabezas de los demonios japoneses!
全國武裝的弟兄們！	Quánguó wǔzhuāng de dìxiōng men!	¡Hermanos armados de toda la nación!
抗戰的一天來到了，抗戰的一天來到了！	Kàngzhàn de yītiān láidàole, kàngzhàn de yītiān láidàole!	¡El día de la resistencia ha llegado, ha llegado!
前面有東北的義勇軍，後面有全國的老百姓，	Qiánmiàn yǒu Dōngběi de yìyǒngjūn, hòumiàn yǒu quánguó de lǎobǎixìng,	Al frente están las tropas voluntarias del noreste, detrás el pueblo entero
咱們中國軍隊勇敢前進，看準那敵人！	Zánmen Zhōngguó jūnduì yǒnggǎn qiánjìn, kànzhǔn nà dírén!	Nuestro ejército chino avanza valientemente, fija la mirada en el enemigo
把他消滅，把他消滅！衝啊！	Bǎ tā xiāomiè, bǎ tā xiāomiè! Chōng a!	¡Aniquílalo, aniquílalo! ¡Adelante!
大刀向鬼子們的頭上砍去！	Dàdāo xiàng guǐ zi men de tóushàng kǎn qù!	¡El gran cuchillo apunta a las cabezas de los demonios japoneses!
殺！	Shā!	¡Corta! / ¡Mata!

Fuente: Mai Xin (麦新). “大刀进行曲” (Dàdāo Jìnxíngqǔ / Marcha del Gran Cuchillo). 1937. 中国共产党新闻网 (People's Daily Online / cpc.people.com.cn). Consultado el 22 de mayo de 2025. 中国共产党新闻网—人民网 https://youtu.be/Fkdpf-kR7RQ?si=uffnSc_Z1o-t4tva.

El texto original en lengua china fue cotejado con versiones difundidas en repositorios oficiales de memoria histórica de la República Popular China. La traducción al español fue realizada directamente a partir del original en chino, mediante un proceso de traducción asistida por herramientas de procesamiento lingüístico basadas en inteligencia artificial, seguido de una revisión filológica y contextual por parte del autor, con el fin de asegurar su coherencia histórica y su adecuada inserción interpretativa en el marco de la Segunda Guerra Sino-Japonesa (1937-1945), también conocida en China como Guerra de Resistencia contra Japón.

Archivos consultados

Archivo Histórico Diplomático “Genaro Estrada” de la Secretaría de Relaciones Exteriores (ADHE-SER).

Archivo Histórico de la Muy Respetable Gran Logia “El Potosí”. San Luis Potosí, México. (AHMRGLEP).

Archivo Histórico Hongmen Chee Kung Tong (AHHCHKT). Hemeroteca Nacional de México (HNM).

Repositorio Documental Digital Secretaria de Gobernación (RDDSG).

Entrevistas (1997-2025)

Alejandra Simón Ley Andrés Ley Chávez Clementina Lugo C. Elia Gilda Ley Chávez
Marco Simón Ley Mauricio Saraya Ley Roby Simón Ley

Sua Yen

Teresa Ley Chávez Yasmín Saraya Ley

Antonio “N” (El entrevistado dio su testimonio, pero pidió permanecer en el anonimato)

Fototecas, colaboraciones y colecciones particulares

AHHCHKT

Familia Ley Chávez Fredy E. Cauich Carrillo José Luis Chong Mauricio Saraya Ley.

Mediateca INAH. Repositorio documental, Fondo Hermanos Casasola Museo de los Chinos de Ultramar, Guangdong, China.

Museo Nacional del Virreinato Rob Chem.

Bibliografía

Acón Chan, Lai Sai. “Migraciones de chinos a Costa Rica y su consecuente proceso de asimilación desde 1855”. *Revista Estudios* 33 (2016): 706-724. <https://doi.org/10.15517/re.v0i33.27403>

- Acón Chan, Lai Sai. *Retratos de las migraciones chinas a Costa Rica, 1855-1975: comunidades del Pacífico*. Puntarenas: Editorial de la Sede del Pacífico, Universidad de Costa Rica, 2022.
- Aguayo, Sergio. *La charola: Una historia de los servicios de inteligencia en México*. México: Grijalbo, 2001. Memoria Política de México.
- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Traducción de Ramón Gil Novales. Barcelona: Paidós, 2005.
- Assmann, Jan. *La memoria cultural: Escritura, recuerdo y política en las primeras civilizaciones*. Traducción de María Condor. Barcelona: Gedisa, 2008.
- Assmann, Jan. *La memoria cultural: Escritura, recuerdo y política en las primeras civilizaciones*. Traducción de María Condor. Barcelona: Gedisa, 2008.
- Ávila, Alfredo. *La Convención de Aguascalientes: Historia de una esperanza rota*. México: Siglo XXI Editores, 2013.
- Barthes, Roland. *La cámara lúcida: Nota sobre la fotografía*. Traducción de Joaquín Jordá. Barcelona: Paidós, 2003.
- Benjamin, Walter. *Iluminaciones: Ensayos y reflexiones*. Traducción de Jesús Aguirre. Madrid: Taurus, 2003.
- Booth, Martin. 1999. *The Secret Societies of China in the Twentieth Century*. London: Constable. Consultado el 22 de abril de 2025. <https://www.goodreads.com/book/show/771388>
- Bourdieu, Pierre. "The Forms of Capital." In *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, edited by John G. Richardson, 241-58. New York: Greenwood, 1986.
- Cauich Carrillo, Fredy Enrique. "La comunidad china en el estado de Sonora: la migración china a Sonora y a los Estados Unidos de América." Tesina de licenciatura, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1998.
- Cauich Carrillo, Fredy Enrique. 2002 "La Asociación Masónica Chee Kung Tong y la comunidad china en la Ciudad de México (1890-1943)". Tesis de Maestría en Historia, Universidad Autónoma de México, México D.F.
- Cauich Carrillo, Fredy Enrique. *Hongmen: Chee Kung Tong. Migración, xenofobia y masonería china en la Ciudad de México 1880-1947*. Ciudad de México: Palabra de Clío, 2023.
- Cauich Carrillo, Fredy Enrique. "La masonería china bajo la lupa: El Hong-men Chee Kung Tong 致公堂洪門 en los informes de la Dirección Federal de Seguridad Mexicana (1965-1971)." *REHMLAC+, Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña plus* 16, no. 2 (2024): 1-23.

- cctv (中央電視台) 戰歌日記—麥新與〈大刀進行曲〉 [Diario de canciones de guerra: Mai Xin y “La marcha del gran cuchillo”]. Publicado por CCTV News, 2014. Disponible en: https://content-static.cctvnews.cctv.com/snow-book/index.html?item_id=10042592735952919265
- Chao Romero, Robert *The Chinese in Mexico, 1882-1940* Tucson University of Arizona Press 2010.
- Chen, Yifan (陳一帆) 麥新與抗戰音樂 [Mai Xin y la música de la resistencia]. 上海: 上海音樂學院出版社, 1986 [Edición impresa. Disponible en bibliotecas universitarias especializadas en música e historia moderna china]
- China's New Voices: Popular Music, Ethnicity, Gender, and Politics, 1978-1997*. Berkeley: University of California Press, 2003 Disponible en: <https://archive.org/details/chinasnewvoicesp00nimr>
- Collado, María del Carmen. “Guerra Fría y 1968: El estudio del movimiento estudiantil, una mirada desde las relaciones culturales.” *Secuencia* 99 (2017).
- Conde Canto, Rodolfo. “Las sequías en México: Un problema histórico y ambiental.” *Revista Ciencia* 63, no 4 (2012): 32-37.
- Cuevas Pimienta, Roberto. *La Honorable Colonia China en la República Mexicana*. México: Editorial Rocío, 1957.
- Dussel Peters, Enrique. “El proyecto de las Tres Gargantas de China.” *Estudios de Asia y África* 36, no. 1 (2001): 5-46.
- Gambetta, Diego. 1993. *The Sicilian Mafia: The Business of Private Protection*. Cambridge, MA: Harvard University Press. Consultado el 22 de abril de 2025. https://books.google.com/books/about/The_Sicilian_Mafia.html?id=y3bv3tqWftYC
- Gaune, Rafael, Nicolas Lema y Maria Montt. 2022. “Del mosaico a lo coral: Lo colectivo y la biografía.” *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, sección Débats, 21 de febrero de 2022. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.87183>.
- Gobierno Municipal de Magdalena. 2024. *Presidentes Municipales de Magdalena, Jalisco*. Accedido el 26 de junio de 2025. <https://www1.magdalenajalisco.org/seccion/Magdalena-presidente/>
- Gómez, Carlos R. “Migración y violencia: Los chinos en el norte de México durante la Revolución.” *Relaciones. Estudios de historia y sociedad* 36, no 144 (2015): 71-102.
- González y González, Luis. 1999. *El oficio de historiar*. 2ª ed. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán.
- Greyson, Bruce, Pim van Lommel, y Peter Fenwick. “Recent Report of Electroencephalogram of a Dying Human Brain.” *Journal of Near-Death Studies* 40, no. 1 (Spring 2022): 5-11. <https://doi.org/10.17514/JNDS-2022-40-1-p5-11>.

- Greyson, Bruce, Pim van Lommel, y Peter Fenwick. "Terminal Lucidity: A Review and a Case Collection." *Archives of Gerontology and Geriatrics* 21 (2011): 1-5. <https://doi.org/10.1016/j.archger.2011.07.004>.
- Gutiérrez del Ángel, Arturo y Greta Alvarado Lugo, coords. 2025. *Memorias de la comunidad china a la luz de la luna: reflejos entre México y Latinoamérica*. Ciudad de México: Palabra de Clío.
- Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. Traducción de Florencia E. M. R. Corbiere. Buenos Aires: Ediciones Cactus, 2017.
- Ham Chande, Roberto. "La Migración China hacia México a través del registro Nacional de Extranjeros" en *Destino México. Un Estudio de las Migraciones Asiáticas a México, siglos XIX y XX*. Editado por María Elena Ota Mishima. México D. F.: El Colegio de México, 1997.
- Hirsch, Marianne. *The Generation of Postmemory: Writing and Visual Culture After the Holocaust*. New York: Columbia University Press, 2012.
- Hu-DeHart, Evelyn. "Racism and Anti-Chinese Movements in the U.S.-Mexico Borderlands: A Comparative View." *Latin American Perspectives* 33, no 1 (2006): 12-30.
- Katz, Friedrich. *La guerra secreta en México: Europa, los Estados Unidos y la Revolución Mexicana*. México: ERA, 1981.
- Knight, Alan. *La Revolución Mexicana. Vol 2: El triunfo del nuevo régimen (1911-1940)*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Laliberté, André. 2004. *The Politics of Buddhist Organizations in Taiwan: 1989-2003*. Nueva York: Routledge. Disponible en: <https://www.routledge.com/The-Politics-of-Buddhist-Organizations-in-Taiwan-1989-2003-Safeguard-the-Faith-Build-a-Pure-Land-Help-the-Poor/Laliberte/p/book/9781138819399>
- Lao Tse. 2005. *Tao Te Ching*. Traducción de Jesús Aguado. Ciudad de México: Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa (ILCE). Disponible en: https://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/Colecciones/ObrasClasicas/_docs/TaoTeKing_LaoTse.pdf
- Laub, Dori, y Shoshana Felman. *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis, and History*. New York: Routledge, 1992.
- Loeza, Soledad. "La presidencia de Gustavo Díaz Ordaz y las insuficiencias de la presidencia autoritaria." En *Los presidentes mexicanos. Transformaciones y permanencias*. Ciudad de México: El Colegio de México, 2024.
- Margulis, Lynn, y Michael J. Chapman. 2009. *Simbiosis... el apoyo mutuo y la diversidad de Eukarya*. Trad. y adapt. Stella Maris Álvarez, Sebastián Apesteguía y Joaquín Álvarez Soria. Buenos Aires: Fundación Azara – Universidad Maimónides.

- Accedido el 22 de abril de 2025. <https://www.researchgate.net/publication/353757291>
- Martínez Esquivel, Ricardo. "La rebelión de los Turbantes Amarillos: una nueva propuesta de análisis." *Asia-Pacífico. Estudios Asiáticos* (RESAP) 1, no. 1 (2015): 43-60.
- Médicos Sin Fronteras. "Dying to Reach Europe: Asylum Seekers Speak Out." *Infomigrants*, 2021. <https://www.infomigrants.net/en/post/34643/dying-to-reach-europe-asylum-seekers-speak-out>.
- Molina, Gabriela. "Los chinos en Sonora: Exclusión y racismo en la construcción del estado revolucionario." *Historia Mexicana* 65, no 3 (2016): 1059-1102.
- Murray, Dian H. *The Origins of the Tiandihui: The Chinese Triads in Legend and History*. Versión Kindle. Stanford: Stanford University Press, 1994.
- National Security Archive. "U.S. Documents on Mexico and the Events of 1968," *Electronic Briefing Book* No. 99 (2003).
- Ownby, David. 1996. *Brotherhoods and Secret Societies in Early and Mid-Qing China: The Origins of a Tradition*. Stanford: Stanford University Press.
- Portelli, Alessandro. 1989. "Historia y memoria: La muerte de Luigi Tras-tulli." *Historia y Fuente Oral*, no. 1: 5-32. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/27753227>
- Portelli, Alessandro. 2016. "La muerte de Luigi Trastulli (Terni, 17 de marzo de 1949). La memoria y el acontecimiento." En *Historias orales: narración, imaginación y diálogo*, 37-68. Rosario-La Plata: Prohistoria–FaHCE. Disponible en: <https://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/view/101/127/965-1>
- Pozas Horcasitas, Ricardo. "Elección presidencial y reproducción del régimen político en 1964." *Secuencia* 74 (2009).
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Traducción de Agustín Neira. Madrid: Trotta, 2003.
- Ritchie, Chu y Santo (1995-2005)"Wingchun Archives (www.wing-chunkuen.com)
- Romero, Robert Chao. *The Chinese in Mexico, 1882–1940*. Tucson: University of Arizona Press, 2010.
- Romero, Rolando. "La xenofobia revolucionaria: discursos y políticas antichinas en México (1911-1940)." *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, no. 42 (2011): 81-118.
- Sagan, Carl. *Cosmos*. Traducción de Margarita R. de Velasco. Barcelona: Planeta, 1980.
- Said Edward W *Reflections on Exile and Other Essays* Cambridge MA Harvard University Press 2000.
- Said, Edward W. *Reflections on Exile and Other Essays*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2000.

- Santander Oliván, Mario. “Occidente y la caída de la dinastía Qing: del Imperio a la República de China.” *Gerónimo de Uztariz*, núm. 25 (2009): 27-46. Consultado el 24 de abril de 2025. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3264032>.
- Sierra Guzmán, Eugenia. *La exclusión del otro: Racismo, mestizaje y nación en México*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 2015
- Sohu Editorial. “大刀进行曲”: 誕生在抗戰最前線的軍歌 [“La marcha del gran cuchillo”: una canción militar nacida en el frente de guerra]. Publicado en Sohu.com, 4 de octubre de 2017. Disponible en: https://www.sohu.com/a/196135187_771942.
- Spenser, Daniela, coord. *Especios de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*. México: CIESAS/SRE/Miguel Ángel Porrúa, 2004.
- Tan, Chee-Beng. *Chinese Overseas: Comparative Cultural Issues*. Hong Kong: Hong Kong University Press, 1994.
- Trouillot Michel-Rolph *Silencing the Past Power and the Production of History* Boston Beacon Press 1995.
- Tsui, Clarence Sze-Kit. *Music, Memory and Politics: Chinese Revolutionary Songs in Hong Kong, 1949-1997* *Modern Asian Studies* 47, no. 6 (2013): 1770-1803 Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/23461812>
- U.S. Central Intelligence Agency. *Political Parties in the Hung Men Society*. Declassified intelligence report. Washington, D.C.: Central Intelligence Agency, ca. 1946. <https://www.cia.gov/readingroom/document/cia-rdp82-00457r000100370002-2>
- United Nations Office on Drugs and Crime. *Abused and Neglected: A Gender Perspective on Aggravated Migrant Smuggling Offences*. Viena: UNODC, 2022. https://www.unodc.org/documents/human-trafficking/2022/Abused_and_Neglected_UNODC_Report.pdf.
- Velázquez Morales, Catalina. *Los Inmigrantes Chinos en Baja California 1920-1937* Universidad Autónoma de Baja California, 2001.
- Winston Szeto, “Chinese Freemasons celebrate 160 years of community and cultural support in Canada”, CBC News, 25 de marzo de 2023, https://www.cbc.ca/news/canada/british-columbia/canada-chinese-freemasons-160-anniversary-1.6787635?fbclid=IwZXh0bgNhZW0CMTEAAR1FUga8otc-miFbyS3jP8W0tFwvKRg3vM5YhiaD5vF6Ymn-Qhs1TvX09ZNY_aem_ZmFrZWRL1bW15MTZieXRlcw
- Wu, Guoguang. 2015. *China's Party Congress: Power, Legitimacy, and Institutional Manipulation*. Cambridge: Cambridge University Press. Disponible en: <https://www.cambridge.org/core/books/chinas-party-congress/67F0EEEE8561266947C06AEAE7C78640>

- Yeh, Catherine Vance. *Shanghai Love: Courtesans, Intellectuals, and Entertainment Culture, 1850-1910*. Seattle: University of Washington Press, 2006. Disponible en: <https://www.amazon.com/Shanghai-Love-Courtesans-Intellectuals-Entertainment/dp/0295985674>
- Zemmar, Ajmal, Akram Zafar, Raheel Ahmed, y Yazan AbuGhazaleh. "A Replay of Life: Neural Oscillations Around the Moment of Death." *Frontiers in Aging Neuroscience* 14 (2022): 813531. <https://doi.org/10.3389/fnagi.2022.813531>.
- Zhou, Shenyu. Los orígenes y los motivos de la emigración China a México desde finales del siglo ^{xix} hasta la década de 1940. *Naveg@mérica*. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas [en línea]. 2025, n. 34. Disponible en: . [Consulta: Fecha de consulta]. ISSN 1989-211X.

Se terminó de imprimir en marzo de 2026
en los talleres de Fernando González Duke
Tlacoquemecatl 533-3 Col. Del Valle,
C.P. 03100, Municipio Benito Juárez
Ciudad de México.



OTROS TÍTULOS PUBLICADOS
por *Palabra de Olio*



La mañana del 8 de abril de 1999, Eligio Ley Lim despierta como lo ha hecho durante interminables décadas. Su respiración es pesada y el silencio de su casa de la calle de la Soledad parece contener algo más que agonía. Frente a él, una fotografía familiar llegada de China en 1948 —alterada para incluirlo en un lugar que nunca volvió a habitar— abre la puerta a la narración. Ese gesto mínimo detona recuerdos hacia una vida marcada por la migración, la lealtad, el poder y el sacrificio. Lee Güi-nam, un chino llamado Eligio reconstruye la trayectoria de un niño que salió de Hoisan en 1915 y que transitara de trabajador agrícola a cobrador de cuentas y líder del Hongmen Chee Kung Tong en México. Él encarna las tensiones de la diáspora china en el siglo xx. Su historia no es la de un héroe sin fisuras ni la de un villano unidimensional, sino la de un hombre cuya vida solo puede comprenderse en el cruce entre la intimidad familiar y las estructuras invisibles del poder.

En esta obra, el autor, se adentra en el universo del Hongmen, sus rituales, símbolos y redes de lealtad que emergen como realidades históricas, atravesadas por disputas políticas, alianzas transnacionales y movimientos estratégicos. Desde los templos chinos nacionalistas de la Ciudad de México hasta los nuevos vínculos con la China comunista, el relato expone un entramado donde la frontera entre lo legal y lo clandestino permanece deliberadamente ambigua. Al mismo tiempo, el libro da voz a la vida doméstica: las mujeres que sostuvieron los hogares, los hijos formados entre dos mundos, las ausencias y las decisiones “por la familia”. Fotografías, testimonios y documentos dialogan para mostrar que toda historia es también una negociación entre lo que se recuerda y lo que se calla. El símbolo de un conejo recorre el texto como signo del tiempo, recordando que toda vida deja rastros incluso cuando la memoria guarda silencio.

UCR
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

 **CSP** Colecciones
Sede del
Pacífico

**palabra
de Clío**
historiadores mexicanos

“Divulguemos la Historia para mejorar la sociedad”

